



LESLIE CHARTERIS

El Santo decide el caso



Lectulandia

Cuando el Santo y Patricia Holm dan por casualidad con unas pruebas del gobierno de un arma de destrucción masiva, se dan cuenta de que han visto algo que no debe caer en las manos equivocadas. Pero la némesis del Santo, Rayt Marius, no anda lejos.

Solo hay una manera de impedir que Marius utilice el arma para empezar una guerra: secuestrar al científico que la construyó.

La historia alcanza su clímax en las orillas del río Támesis, y no todo el mundo sobrevivirá.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo decide el caso

El Santo - 3

ePub r1.0

Titivillus 16.05.2019

Título original: *The Saint Closes the Case*
Leslie Charteris, 1930
Traducción: Armando Lázaro Ros
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



Nota del editor digital

El Santo en el último héroe, [The Last Hero (1930)] y El Santo decide el caso [The Saint Closes the Case (1930)] son el mismo libro que se publicó con dos nombres distintos. Los traductores también son diferentes.

PRELUDIO

Se afirma que no hay noticia capaz de mantener el interés del público por espacio de más de una semana, en estos tiempos febriles; por eso los periodistas y los directores de diarios envejecen rápidamente, se quedan calvos de manera prematura y adquieren un temperamento irritable, que ningún remedio puede curar. Es preciso proporcionar día a día una noticia nueva, sensacional, y cada noticia tiene que eclipsar a la que la ha precedido. Así es como se llega a sangrar al diccionario, hasta dejarlo seco de superlativos; la imaginación empalidece ante la obligación de encontrar, o de inventar, para mañana, una trama que en punto a fantástica y colosal esté a la altura de la obra maestra del día anterior.

Si el célebre aventurero, conocido por el apodo de El Santo, se las arregló para mantenerse a la vista del público más de tres meses, a partir de la fecha de su primera exhibición, haciendo polvo todos los *records* anteriores, debiose por completo a su propia energía e iniciativa. Los martirizados periodistas de Fleet Street, cultivadores del sensacionalismo, lo acogieron con los brazos abiertos. La febril caza de novedades pudo descansar por algún tiempo. El Santo mismo lo hizo todo, y nada habría podido pedir el director más exigente... como no pidiese, claro está, que el mismo Santo se cuidase de proporcionar la noticia sensacional y culminante de su propia detención y la de su propio juicio criminal. Lo cierto es que cada aventura suya ganó en audacia a la anterior, y que no dejó que muriese el interés provocado por su actuación más reciente, sin que antes hubiese sobresaltado al público con un golpe aún más atrevido.

Esa misma ilegalidad emprendedora siguió manifestándose durante más de tres meses, y en ese plazo llevó a su terminación triunfal unas veinte incursiones contra personas y propiedades de malhechores.

Como consecuencia de todo eso, el nombre de El Santo se rodeó durante aquellos tres meses de una aureola de miedo y de espanto que obligó a hombres, que durante años se habían jactado de que la ley no podía meterse con ellos, a que empezasen a caminar acobardados. Y a que si la imagen

ridícula de un hombrecito, con el cuerpo y los miembros de una sola dimensión, tal como los niños acostumbran dibujar, pero que llevaba encima de su cabeza negra y redonda un cerco absurdo, que solo muy rara vez se les ocurre a los niños agregar a sus dibujos, si esa imagen ridícula era entregada dentro de un sobre corriente en la puerta de una persona, esa entrega resultaba tan fatal como cualquier sentencia firmada por un juez del Tribunal Supremo. Y eso era precisamente lo que El Santo mismo había deseado que ocurriese. Le divertía muchísimo.

Trabajaba, en la mayoría de los casos, en secreto y sin ser visto, y sus víctimas no podían entregar a la Policía nada tangible, en cuestión de claves, que sirviese para seguirle la pista. Claro está que había veces en que resultaba inevitable que le conociese el hombre cuya caída estaba preparando. Cuando esto ocurría, uno de los rasgos más sorprendentes del misterio lo formaba el torvo silencio de la parte perjudicada. Al cabo de cierto número de inútiles tentativas, el inspector jefe Teal habíase resignado a renunciar a que las víctimas de El Santo presentasen pruebas. Era tarea estéril.

Le habló así al comisario:

—Sería lo mismo que tratar de que una ostra sordomuda dejase escapar un chillido dentro de un tanque de cloroformo. Puede ser que El Santo no se meta nunca con un individuo por una sola acusación y que espere a tener más de una que le permita obligarle por el chantaje al silencio, o que posea el secreto de amenazarlo de manera tan convincente, que crea la amenaza al siguiente día... y todos los días después.

La teoría del tal inspector jefe era astuta y bastante sólida, pero lo habría sido más aún, y mejor trabajada, si hubiese sido un hombre de mayor imaginación; pero míster Teal confiaba poco en las cosas que no estaban al alcance de sus ojos y de sus manos, y nunca había tenido ocasión de ver a El Santo actuando.

Había, sin embargo, otras ocasiones en que El Santo no necesitó recurrir al chantaje ni a las amenazas para asegurarse el silencio de aquellos individuos cuyas carreras cortaba.

Intervino, por ejemplo, en el caso de un individuo llamado Golter, anarquista e incendiario incorregible, que se jactaba de conocer por dentro todas las cárceles de Europa. No pertenecía a ningún grupo político y, en apariencia, no difundía otro evangelio que el de su manía destructora; pero distaba mucho de ser un lunático inofensivo.

Era jefe de una sociedad conocida por Los Lobos Negros, cuyos miembros, casi sin excepción, habían cumplido en un momento u otro fuertes

condenas por algún delito político..., que, la mayoría de las veces, consistía en alguna tentativa de asesinato valiéndose de bombas por regla general.

La razón de la existencia de tales sociedades, y la mentalidad de sus afiliados, proporcionará siempre un campo de especulación interesante para el psiquiatra; pero surgen hechos en que deja de ser un caso abstracto de ocupación de un hombre de ciencia, para convertirse en problema práctico de aquellas personas a las que incumbe mantener la paz, bajo el mandato de la ley.

Los representantes de la ley abrieron los ojos ante ese hecho, y reconocieron bastante alarmados la existencia de Los Lobos Negros, al cabo de una semana en que dos fábricas del norte de Inglaterra se convirtieron en escenario de explosiones, de las que resultó una pérdida de vidas no pequeña y en que la bala de un tirador oculto rozó de parte a parte la espalda del ministro del Interior, en el instante que se metía en su auto, al salir de la Cámara de los Comunes.

La ley descubrió a Golter; pero el hombre al que se había dado la misión de seguirle y de comunicar sus andanzas lo perdió, no se sabe cómo, de vista, una tarde en que un príncipe heredero se dirigía solemnemente por las calles de Londres a un almuerzo que le ofrecía el Lord Mayor.

El cortejo debía dirigirse hasta la City pasando por el Strand y por Fleet Street. Golter había encontrado camino fácil hasta los tejados de las casas situadas en el lado norte de Fleet Street, desde un minúsculo despacho que había alquilado con ese objeto en Southampton Row. Allí estaba, en una posición más o menos cómoda, entre las chimeneas, y desde allí podía mirar hacia abajo y ver lo que ocurría en la calle. Mientras tanto, hombres armados registraban Londres buscando alguna huella de Golter y un comisario inquieto daba órdenes para que se duplicase el número de detectives de paisano estacionados a lo largo de la ruta del cortejo.

Golter era hombre cuidadoso; meditaba las cosas y tenía una base bastante razonable de los principios de la dinámica. Sabía, centímetro más o menos, a qué altura se encontraba desde la calle, había calculado con exactitud cuántos segundos invertiría una bomba en caer a esta, y había ajustado de acuerdo con esos datos las espoletas de las bombas Mills que tenía dentro de sus bolsillos. Había medido también la distancia entre dos columnas del alumbrado de Fleet Street, situadas un poco más abajo, hacia el Strand. Comprobaría por medio de un cronómetro el tiempo que el coche que iba en cabeza invertía en cubrir esa distancia, y luego, consultando un diagrama que había preparado con esmero, podría saber en el acto, sin más cálculo, el instante justo en que

tendría que lanzar sus bombas a fin de que cayesen en línea recta sobre la parte posterior del auto del príncipe heredero cuando pasase por debajo. Golter estaba orgulloso de la precisión científica con que había calculado todos estos detalles.

Fumaba un cigarrillo, taconeando suavemente sobre el plomo del tejado. Faltaban quince minutos para que el cortejo llegase hasta aquel punto, de acuerdo con el horario oficial. Abajo, en la calle, se apretujaba una densa multitud que, saliendo de las aceras, metía sus tentáculos enmarañados en la corriente del tráfico. Golter pensó que aquella masa parecía un hormiguero. Insectos burgueses. Le divirtió representarse la confusión de hormigas que seguiría a la detonación de sus tres bombas...

—Sí, sería un espectáculo divertido.

La cabeza de Golter giró súbitamente, como si le hubiesen dado un tirón repentino con un alambre invisible.

No había escuchado el más pequeño ruido que le delatase la llegada del hombre que ahora estaba encima de él, y cuya amable voz, que arrastraba las palabras, había irrumpido en sus meditaciones con un estallido más brusco que cualquier explosión. Era una figura alta, acicalada, delgada, vestida con un traje de fresco gris de increíble perfección, con un sombrero de fieltro flexible, gris, cuya ancha ala sombreaba unos ojos azules bondadosos. Aquel hombre habría podido servir de ilustración al último y más elegante esfuerzo de Savile Row en un garboso equipo de caballero..., claro está, si hubiesen conseguido convencerle de que debía abandonar la pistola automática, porque generalmente no se cree que ella forme parte indispensable de lo que un «hombre bien vestido debe llevar esta temporada».

—Extraordinariamente divertido —repitió el incógnito, mirando con sus ojos azules y una expresión bastante ensoñadora a la multitud que estaba en la calle a unos treinta metros por debajo—. Desde un punto de vista puramente artístico, es una lástima que no podamos disfrutar del espectáculo.

La mano derecha de Golter se deslizaba hacia un bolsillo bastante abultado. El desconocido le animaba a ese movimiento con su automática, que dibujaba perezosamente un arco que tenía por centro el estómago de Golter. Por fin murmuró:

—Deja las clavijas donde están, zagal, y entrégame las bombas una por una... Bien. Eres un buen muchacho.

Las fue cogiendo con su mano izquierda a medida que Golter se las entregaba. Se las pasó a alguien al que Golter no podía ver..., a otro hombre que estaba detrás de una chimenea.

Transcurrió un minuto. Golter estaba con las manos colgándole, sueltas a uno y otro costado, esperando la oportunidad de dar un tirón al arma que el desconocido manejaba afectando total negligencia. Pero esa oportunidad no se presentó.

En lugar de eso, se adelantó desde detrás de la chimenea una mano, una mano con una bomba, que el desconocido cogió, devolviéndosela a Golter y diciéndole:

—Métela en tu bolsillo.

Siguieron la segunda y la tercera bombas, y Golter, con su chaqueta deformada por el peso de ellas, permaneció mirando fijamente al desconocido. Pensó que sería un detective, pero se quedó asombrado ante aquella manera de conducirse tan incomprensible. Y le preguntó, receloso:

—¿Para qué haces esto?

El otro le contestó tranquilamente:

—Tengo mis razones. Y ahora te dejo. No te importará, ¿verdad?

El recelo..., el miedo..., la perplejidad..., todas las emociones se perseguían y se entremezclaban unas con otras sobre la cara sin afeitar de Golter. De pronto, alboreó la inspiración en sus ojos pálidos.

—Por lo que veo, no quieres meterte en el asunto.

El desconocido se sonrió:

—No..., por desgracia para ti. Quizá me conozcas de nombre. Me llaman El Santo...

Su mano izquierda entró y salió del bolsillo con movimiento rápido. Golter, paralizado súbitamente por el terror, le miró como hipnotizado, mientras El Santo trazaba su grotesca marca de fábrica sobre la chimenea.

Entonces volvió a hablar El Santo:

—No sientes la humanidad. Eres un destructor..., un asesino loco, sin más justificación que tu anhelo de sangre. Si te moviese alguna razón, quizá te hubiese entregado a la Policía, que en este momento registra todo Londres en busca tuya. No es misión mía juzgar el ideario de nadie. Pero no puede haber excusa para ti...

Desapareció. Golter miró a su alrededor, preguntándose por qué no continuaba condenándolo, pero no había nadie en el tejado. El Santo solía darse maña para desaparecer de ese modo.

El cortejo se iba aproximando. Llegaban cada vez con mayor fuerza a los oídos de Golter los aplausos. Parecían un bramido de aguas libertadas de súbito por el estallido de las compuertas de una presa. Miró hacia abajo. Pudo

ver, a un centenar de metros de distancia, el auto primero del cortejo reptando por entre el sendero de hormigas humanas.

Su cerebro daba aún vueltas a lo que El Santo había venido a decirle, queriendo comprenderlo. El Santo había estado allí, acusándolo..., y se había marchado, devolviéndole antes a Golter sus bombas. Golter pudo haberse creído víctima de una alucinación. Pero el fantástico dibujo de la chimenea estaba allí para demostrarle que no había soñado.

Pasó su manga por encima del dibujo con un movimiento histérico, y sacó del bolsillo su cronómetro y el diseño que tenía preparado. El carruaje que abría marcha llegaba en ese instante a la primera de las dos columnas del alumbrado en que había basado sus cálculos. Lo contempló como deslumbrado.

El príncipe heredero iba en el tercer coche. Golter reconoció el uniforme. El príncipe saludaba a la multitud.

Golter se estremeció en el momento de sacar del bolsillo la primera bomba y quitarle la clavija; pero la arrojó en el preciso instante que indicaban su cronómetro y el diseño.

El *Daily Record* escribía unos días más tarde:

“ «Es probable que los detalles auténticos del caso se queden para siempre en el misterio, a menos que El Santo se decida un día a dar la cara y a descubrirlos. Hasta entonces, la curiosidad del público debe darse por contenta con los descubrimientos del Comité de técnicos de Scotland Yard que han investigado el caso..., es decir, “que El Santo consiguió maniobrar las espoletas de las bombas Mills con las que Golter trató de atentar contra la vida del príncipe heredero, haciendo que estallasen en el momento mismo en que soltó la empuñadura de resorte, y haciendo volar al propio anarquista en pedazos...”.

»Cualesquiera que sean las opiniones que se manifiesten acerca del orgullo de este caballero, que tiene la presunción de tomarse la ley por sus propias manos temerarias, no puede ponerse en duda que su intervención en este caso salvó la vida de nuestro

huésped real; pocos serán los que se atrevan a negar que se hizo justicia..., a pesar de que quizá sea una justicia de carácter demasiado poético para que se acepte generalmente como un precedente...»

Con esta solución sensacional, que hizo que el nombre de El Santo fuese pronunciado en el mundo civilizado por todos los hombres y mujeres, quedó marcado claramente el final de un capítulo de su historia.

Aquella sensación producida se acabó, como se acabarán por falta de estímulo las más asombrosas sensaciones. El príncipe heredero, en una carta abierta que se publicó en todos los periódicos de Europa, supo mostrar su agradecimiento al desconocido y le prometió que la deuda no sería olvidada nunca, en el caso de que El Santo tuviera necesidad de ayuda en altas regiones.

El Gobierno británico salió casi inmediatamente ofreciendo un libre perdón de todas las culpas pasadas, a condición de que El Santo se presentase a Scotland Yard e hiciese juramento de enderezar su energía y su habilidad por conductos más legítimos. La única contestación fue una carta respetuosa de acción de gracias y una negativa lamentando no poder aceptar el ofrecimiento. Esa carta fue enviada por correo a todas las principales agencias de noticias:

“ «Por desgracia —escribía El Santo—, estoy convencido, y mis amigos lo están así mismo, de que el separarnos en el momento mismo en que nuestra campaña está empezando a encontrar justificación en las estadísticas del crimen en Londres... y (lo que es todavía más importante) en aquellas transgresiones más sutiles contra el código moral que no pueden recogerse en estadísticas..., sería un acto de cobardía indefendible por parte mía. La simple promesa de seguridad para nosotros no puede inducirnos a traicionar el móvil que nos juntó. El juego tiene mayor importancia que el que juega... Además, hablando por mí, una vida respetable me resultaría intolerablemente aburrida. No es cosa fácil salirse del carril en estos tiempos: necesitáis para eso ser un rebelde, y es más probable que acabéis vuestros días en Wormwood Scrubs que en la Westminster Abbey. Pero creo que estoy en el camino

recto, como nunca lo creí antes. Las cosas comunes, primitivas, son las que valen. La justicia es buena..., cuando se hace fanáticamente. La lucha es buena..., cuando el objeto de esa lucha es sencillo y sano y cuando se le ama. El peligro es bueno..., os despierta y os hace vivir con una vehemencia diez veces mayor. Y un vulgar matasiete puede fácilmente convertirse en lo mejor de todo..., porque supone la creencia magnífica en todas esas cosas, una fe soberbia en el encanto que la civilización está tratando de presentar, burlona, como una ilusión y como una trapisonda... Mientras que las risibles leyes de este país me nieguen esas satisfacciones, seguiré burlándome de ellas. No dejaré que se me niegue la satisfacción de aplicar mi propio remedio a las llagas humanas cuya persistente ulceración me molesta...»

Y, sin embargo, cosa extraña, un público que esperaba con ansia esperó inútilmente a que El Santo siguiese actuando de acuerdo con su manifiesto. Pasaban los días, y El Santo seguía deteniendo su mano. Aquellos que caminaban sin hacer ruido, preguntándose inquietos cuándo los descubriría la peligrosa omnisciencia del Desconocido, empezaron a levantar de nuevo sus cabezas y a jactarse, con seguridad cada vez mayor, diciendo que El Santo tenía miedo.

La quincena pasó a convertirse en mes, y El Santo empezaba a pasar rápidamente a segundo término, haciéndose confusa leyenda de tiempos pasados.

Así las cosas, cierta tarde del mes de junio los vendedores de periódicos repartieron por las calles de Londres una edición especial del *Evening Record*, y los hombre y las mujeres formaron grupos impacientes en las aceras y leyeron la más asombrosa historia de el Santo que hasta entonces había sido entregada a la Prensa.

Contamos aquí de nuevo esa historia, tal como ha sido repetida medio centenar de veces por ahora. Pero la copiamos desde un ángulo distinto y más íntimo, mostrando algunos detalles que habían permanecido secretos.

Esta narración expone de qué manera Simón Templar, conocido por muchos como El Santo (quizá por las iniciales de su nombre y apellido, aunque más probablemente por su manera santa de realizar las cosas menos santas), vino a dar por casualidad en un hilo que lo llevó a la más asombrosa

aventura de su carrera. Es también la narración de Norman Kent, que fue su amigo y que, en un momento dado de esa aventura, tuvo en sus manos el destino de dos naciones, y quizá de toda Europa; las cuentas que rindió de esa mayordomía, y cómo luchó y murió por una idea, cierta tarde tranquila de verano, dentro de una casa situada junto al Támesis, sin nada de gestos melodramáticos ni pretensiones de heroísmo.

1

SIMÓN TEMPLAR SALE A DAR UN PASEO EN AUTO Y DESCUBRE UNA VISIÓN EXTRAÑA

Pocas veces leía Simón Templar los diarios, y cuando los leía, espumaba lo más rápidamente que podía sus páginas y extraía su información con mirada presurosa. La mayor parte del material que el periódico ofrecía por el penique que costaba, era para él cosa perdida. La política no le interesaba en absoluto; la noticia de que la mujer de un impresor de Walthamstow había dado a luz unos cuatrillizos, no le conmovía; ciertos artículos como el titulado «El sitio de un hombre está en su casa» (por Anastasia Gowk, la brillante autora de *Passion in Pimlico*) lo dejaban completamente frío. Pero su mirada errante fue captada por un suelto, con fotografía, que ocupaba un cuarto de columna en un periódico que compró una tarde para enterarse del resultado de las carreras; despertó dentro de él una pequeñísima atención. Dos coincidencias lo llevaron, desde aquella noticia perezosamente asimilada, a un husmillo candente, que lo fascinó de manera que nada tenía de casual.

La primera le llegó al día siguiente. Encontrábase hacia la una de la tarde en Ludgate Circus, y se le ocurrió llamar en el Club de Prensa con la esperanza de encontrar a un conocido. Se encontró con Barney Malone, del *Clarion*, que lo invitó a que lo acompañara a almorzar. Eso era precisamente lo que El Santo andaba buscando, porque tenía arraigado el prejuicio de no almorzar nunca solo.

La conversación, en el transcurso de la comida, no salió de lo general, a excepción de un intermedio brillante. Simón dijo con acento inocente:

—Me imagino que no hay novedad alguna a propósito de El Santo.

Barney Malone movió negativamente la cabeza:

—Parece que ha cerrado el negocio.

Simón le dijo, dándole seguridades:

—Sencillamente, me tomo un descanso. Después de la calma viene la tormenta. Espere la próxima gran noticia.

Simón Templar hablaba siempre de esta forma de El Santo. En primera persona, como si él fuese el despreciable criminal. Barney Malone, que estaba muy familiarizado con el excéntrico humor de Simón, sentíase inclinado a mirar aquella afectación como una broma particularmente tonta.

Media hora después, tomando el café, recordó El Santo el suelto de cuarto de columna que le había llamado apenas la atención, y le hizo una pregunta:

—Bien, puedes hablar con entera franqueza con tu tío Simón, que conoce todos los trucos del negocio; no le quitarás ninguna ilusión si le cuentas que fue vuestro subdirector en jefe quien tomó personalmente, en el último instante, la resolución de llenar ese espacio.

Malone hizo una mueca:

—Pues estás equivocado, aunque sea extraño. Esa clase de descubrimientos científicos que se publican bajo titulares escalofriantes son, por lo general, juegos malabares. Si no estuvieses tan poco educado en estas cosas, habrías oído hablar de K. B. Vargan. Es un individuo completamente chalado, pero como hombre de ciencia lo consideran en la Royal Society como de primerísima.

El Santo le sugirió:

—Según eso, algo podría haber en la noticia.

—Pues, mira, podría haber algo y podría no haber nada. Esta clase de inventos tienen la virtud de que, no bien se los saca del laboratorio, cuando se trata de emplearlos en gran escala, resulta que tienen un escape. Por ejemplo, hace años hablaban de un rayo de la muerte que mataba los ratoncitos a veinte metros de distancia; jamás supe que lo empleasen haciendo pruebas con un buey a quinientos pasos de distancia.

Barney Malone pudo dar a Simón algunos detalles suplementarios del invento de Vargan, que el lápiz azul del subdirector había tachado por ininteligibles para el lector profano. No lo fueron menos para Simón Templar, cuyo saber científico quedaba a mucha distancia del de Einstein. Pero los escuchó con atención. Malone agregó poco después:

—Me resulta curioso que te hayas referido a ese suelto. Esta misma mañana me entrevisté con el tal hombre de ciencia. Se metió violentamente en su despacho a eso de las once de la mañana; parecía un lunático y echaba víboras y culebras porque no le habíamos dedicado la primera página del periódico.

Malone le dio a Simón Templar una descripción gráfica del encuentro. El Santo le preguntó:

—Todo eso es hablar por no callar, ya que no habrá otra guerra en centenares de años.

—¿Es esa tu opinión?

—Es lo que oigo decir.

Las cejas de Malone se alzaron de la manera tolerablemente orgullosa que se alzan a veces las cejas de un periodista cuando un ignorante profano arriesga una opinión sobre la marcha del mundo. Y dijo a su interlocutor:

—Espero verte de uniforme, si es que vives otros seis meses y si no alegas razones de conciencia para no luchar.

Simón dio golpecitos deliberados sobre la uña del dedo pulgar a un cigarrillo:

—¿Hablas en serio?

—Te lo digo con toda la seriedad del mundo. Nosotros estamos más cerca de esas cosas y las vemos llegar primero. Dentro de unos pocos meses, las verá venir toda Inglaterra. Han ocurrido últimamente una serie de cosas raras.

Simón, con su interés súbitamente despierto, esperó. Barney Malone dio unas chupadas pensativas a su pipa, y siguió luego:

—Tres extranjeros fueron detenidos el pasado mes, comparecieron ante los tribunales y fueron condenados por delitos contra la ley de Secretos Oficiales. En otras palabras, por espionaje. Cuatro ingleses han sido tratados de manera parecida en distintos países de Europa durante ese mismo período de tiempo. Los gobiernos extranjeros han desautorizado la gente a la que nosotros hemos echado el guante; pero nadie cree jamás estas cosas, porque todo gobierno desautoriza a los espías, por principio, en cuanto los ve metidos en dificultades. Nosotros, por nuestra parte, hemos abandonado a los cuatro ingleses, y, como es natural, nadie nos cree..., pero a mí me consta que la cosa es cierta. Si sabes apreciar las bromas verdaderamente sutiles, puedes darle vueltas a esta, y la próxima vez que nos veamos te reirás.

El Santo marchó a casa, pensativo.

Disponía de un talento propio suyo..., de un talento imaginativo que echaba mano de cierto número de hechos corrientes, que parecían no guardar entre sí relación y que, para otros ojos que los suyos, no parecían tener importancia alguna; pero él los leía como si fuesen un cartel que señalaba un misterio. No le ocurrían las aventuras porque las buscara, sino porque las esperaba descaradamente. Creía que la vida estaba llena de aventuras y se lanzaba hacia adelante, arrebatado por el incendio y el oleaje de esa fe. Se ha

dicho de un hombre, que se parecía mucho a Simón Templar, que «había nacido con el sonido de las trompetas en sus orejas»; eso mismo podía haberse dicho de El Santo, porque él también, como Miguel Paladino, había escuchado el trompeteo; siempre se había movido por los ecos de las trompetas, con un estruendo tal de romance, que uno de sus amigos se había sentido llamado a calificarlo de «el último héroe». En cierta ocasión se sintió empujado a rezar, como quien repite una cita absurda:

—«¡Líbranos, Señor, de la batalla, del asesinato, de la muerte repentina!»
¿Cómo es posible que un hombre en el que palpita la vida pida semejante cosa? —comentó El Santo—. Pero ¡si son la carne y la bebida..., si son las cosas que hacen que la vida merezca vivirse! «¡Buen Señor, metedme hasta el cuello dentro del combate, del asesinato, de la muerte repentina! Eso es lo que yo os pido...»

Así hablaba El Santo, hombre de magníficas temeridades, extraños heroísmos e ideales imposibles. Y siguió por ese camino para demostrar, como pocos de su época lo han hecho, que un hombre inspirado puede ser un matasiete de capa y garrota, tanto como cualquier caballero de historia con capa y espada, y que puede existir la misma caballería en la firmeza de una risa moderna, que la que pudo haber en la firmeza de una lanza medieval; que el auténtico valor y afán de aventura sabe cumplirse, no precisamente por la clase de mundo en que se acierta a nacer, sino por el corazón con que se vive.

Pero, incluso él, nunca podría haber adivinado en qué aventura extraña iban a meterlo este temperamento y la fe de que estaba animado.

El Santo construyó en su imaginación, sobre la base de lo que había leído casualmente y de lo que Barney Malone le había contado, una torre de posibilidades cuya magnitud le asustó a él mismo. Después, porque estaba dotado de la inapreciable condición de tomar en su valor práctico a los productos de su vigorosa imaginación, la archivó en su mente como una curiosidad interesante y dejó de pensar en ella.

La cordura excesiva es en ocasiones peligrosa.

Simón Templar estaba orgulloso de su imaginación. Era la única clase de orgullo que tenía, aunque en un secreto tal que nadie lo habría sospechado. Quienes lo trataban decían que era temerario hasta llegar a la baladronada vanidosa; pero la equivocación de quienes así decían no podía ser mayor. Si El Santo hubiese querido discutir esa afirmación habría asegurado que lo que entumecía su estilo era la excesiva precaución.

Pero en este caso fue barrida toda precaución, y la segunda coincidencia vino a dejar a la imaginación triunfalmente vengada.

La cosa ocurrió tres días más tarde, cuando El Santo despertó por la mañana y se encontró que el tiempo de chaparrones que tenía envuelta a Inglaterra desde hacía una semana había dejado paso a un firmamento azul y sin nubes y a un día brillante de sol. Sacó el cuerpo por la ventana de su habitación y husmeó receloso el aire, pero este no trascendía a lluvia. Decidió sin dilación que la tarea de molestar a los criminales podía ser abandonada mientras sacaba su auto y salía de la ciudad para relajarse.

—Querida Pat, sería un crimen perder un día como este —dijo El Santo.

Patricia Holm, se lamentó:

—Querido Simón, te olvidas de que tenemos prometido a los Hannassays comer hoy con ellos.

El Santo le contestó:

—Queridísima Pat, ¿crees que les desilusionará la noticia de que los dos hemos enfermado súbitamente después de jugar toda la noche al *bingo*?

Siguieron, pues, su camino, y El Santo disfrutó de sus vacaciones, poseído del cómodo convencimiento de que se las había ganado.

Por la noche, cenaron en Cobham. Después de la cena, permanecieron largo rato sentados tomando café, fumando cigarrillos y tratando de cosas íntimas que no tienen aquí lugar. Eran las once cuando El Santo puso la larga nariz de su Furillac en la carretera que los llevaba a casa.

Patricia estaba felizmente cansada; pero El Santo guiaba muy bien con una sola mano.

Estaban todavía a poco más de dos kilómetros de Esher cuando El Santo vio una luz y metió, pensativo, los frenos al coche, deteniéndolo.

Simón Templar estaba maldecido..., ¿o bendecido?..., con una insaciable curiosidad. Así que advertía una cosa que se salía una pequeñez de los límites de lo puramente normal y corriente, le acometían deseos locos de averiguar la razón de semejante conducta excéntrica. En este caso era preciso reconocer que la luz no era en modo alguno corriente.

Un hombre vulgar podía sin duda conducir algo embrolladamente; podía verse perseguido unos días por una perplejidad confusa e irritante, pero habría acabado por olvidar del todo el incidente. Simón Templar meditó, con toda la seriedad del mundo, en cuáles habrían podido ser las consecuencias de que él fuera en aquel momento un hombre vulgar. Cortó en seco ese pensamiento, horrorizado ante la vista que se le presentaba.

Simón Templar no era un hombre vulgar, habiendo quedado fuera de su manera de ser el no ocuparse sino de sus propios asuntos. Se echó hacia atrás

y metió suavemente su auto, cosa de treinta metros, por la extremidad de un camino que arrancaba de la carretera principal.

La silueta de una casa con tejadillo de gablete alzaba su masa oscura sobre el fondo del firmamento estrellado, un poco más adelante de aquel camino, entre los árboles; El Santo había visto luz en una ventana superior de la casa. Encendió hábilmente un cigarrillo valiéndose de una sola mano y miró camino adelante. La luz seguía allí. El Santo la contempló en silencio, tan inmóvil como un indio que vigila, hasta que una cabeza rubia, adormilada, se levantó sobre su hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Patricia.

—Eso es lo que me gustaría saber —le contestó El Santo, y apuntó con el extremo encendido de su cigarrillo.

Se corrieron las cortinas en aquella ventana, pero siguió viéndose con claridad luz detrás de ellas..., una luz de brillo asombroso, una luz blanca; enceguecedora, que se achicaba y se agrandaba con llamaradas rítmicas, regulares, como los parpadeos intermitentes de un relámpago.

La noche era tan sosegada como un ensueño, y no había en aquel instante más tráfico sobre el trozo de carretera. El Santo se inclinó hacia adelante y detuvo el motor de su Furillac. Luego se puso a escuchar... El Santo tenía una sensibilidad anormal en sus oídos... Escuchó en un silencio tan absoluto, que percibía el roce de la manga de la muchacha cuando esta movía el brazo.

Pero el sosiego no es lo mismo que el silencio..., era simplemente que no se oía ningún ruido aislado. Percibíase, sí, un sonido..., un sonido tan débil, tan acariciador, que era solo un fondo neutral para el silencio. Podía ser un suave zumbido, pero tan suave que podría pasar por una apagada vibración transportada sobre el aire.

—Una dínamo —exclamó El Santo.

Al decirlo abrió la portezuela del auto y salió al camino.

Patricia le agarró de la mano.

—¿Qué vas a hacer, Santo?

Los dientes de Simón mostraron su blancura en su sonrisa.

—Voy a hacer averiguaciones. Todo ciudadano corriente puede hacer funcionar una dínamo para fabricarse su propia luz eléctrica..., aunque esta dínamo se me antoja bastante más pesada que el tipo que se emplea en las instalaciones caseras. Ahora bien: yo estoy completamente seguro de que ningún ciudadano corriente y moliente emplea su dínamo para divertir a los niños produciendo chispazos de ese tamaño. En estos últimos tiempos la vida ha sido bastante insustancial, y nunca se sabe...

—Iré contigo.

El Santo hizo una mueca.

Solía decir que Patricia Holm había hecho que le saliesen dos cabellos blancos por cada día de los que llevaba tratándola. Desde un día memorable que la conoció por vez primera en el Devonshire, y de los días febriles que vinieron a continuación, días en los que se le había unido en la caza de un individuo llamado el Tigre, El Santo no había tenido más remedio que reconocer que era tarea imposible tratar de mantener a aquella muchacha fuera de jaleos. Ya se había resignado. Era como una ley a la que se sometía. Era de un temple distinto al de ninguna otra muchacha, de un temple mucho más gallardo y más orgulloso; de no haber sido, a pesar de él, tan paradójicamente femenina, El Santo habría jurado que tenía que ser hombre. Era..., bien..., era Patricia Holm, y con esto está dicho todo...

—Bien, cordera —le contestó El Santo, dándose por vencido.

Ya estaba ella a su lado. El Santo, encogiéndose de hombros, se metió en el auto y lo hizo avanzar media docena de metros, colocándolo en un lugar en que no pudiesen verse sus luces desde la casa. Luego volvió a reunirse con Patricia en el ángulo del camino.

Avanzaron juntos por este.

La casa se levantaba dentro de un jardín cercado por un seto, con numerosos árboles crecidos. El Santo, que buscaba cauteloso, encontró en la puerta el timbre y lo desconectó con mano práctica, antes de levantar el pestillo y dejar que Patricia se metiese en el prado de la casa. Mirando hacia arriba, podían ver desde allí la luz extraña y fría que brillaba detrás de las cortinas de la ventana del piso alto.

El frente de la casa estaba sumido en la oscuridad, y las ventanas de la planta baja cerradas y aseguradas, por lo visto. El Santo no se entretuvo con ellas, porque le faltaban las herramientas necesarias para forzar el gancho de una ventana y porque sabía que las puertas delanteras son invariablemente sólidas. Sabía también, por otro lado, que las puertas traseras son con frecuencia vulnerables, porque la inteligente previsión del honrado dueño de casa no supone que, llegado el caso, un ladrón de primera clase puede servirse de la entrada de servicio. De modo que El Santo dio la vuelta al costado de la casa y Patricia le siguió.

Caminaron sobre la hierba, húmeda aún y empapada por la lluvia, porque había diluviado sobre el país durante los seis días pasados. El zumbido de la dínamo se hizo entonces inconfundible, oyéndose al mismo tiempo el bordoneo y el estrépito del motor que la movía. En un momento dado, les

pareció que el ruido se producía debajo de sus pies. Dieron vuelta a la segunda esquina, y El Santo se detuvo con tanta brusquedad que Patricia se encontró dos pasos por delante de él.

—¡Qué cosa más rara! —cuchicheó El Santo.

Sin embargo, mirada a la luz del día habría sido una vista completamente ordinaria. Son muchas las casas de campo que poseen invernaderos, siendo incluso concebible que un horticultor entusiasta agregue a su casa uno de veinticinco metros de largura y de una altura suficiente para que posea un metro veinte de ventaja sobre un hombre de buena estatura.

Pero no es un espectáculo ordinario la vista de un invernadero alumbrado de manera brillante a las once y media de la noche. Y, para una imaginación inquisitiva como la de El Santo, el fenómeno se hace aún más extraordinario si la especie de vegetales para los que se provee de una iluminación tan excelente se encuentra oculta a los ojos del exterior por negras cortinas, apretadamente corridas por detrás de los cristales.

No hicieron falta a Simón Templar mayores estímulos para que tratase de penetrar en el misterio. Cuando se acercó subrepticamente a una abertura de dos centímetros que había en las cortinas, la joven estaba junto a él.

Un momento después, le agarró del brazo con manos que temblaban ligeramente.

El interior del invernadero estaba libre de tiestos y de plantas; en cuatro quintas partes de su largura no había absolutamente nada. Un piso áspero de cemento se extendía por las paredes del invernadero cosa de unos noventa centímetros, formando una especie de artesa. Y en una extremidad de la artesa había una cabra trabada, sin poder moverse.

En el otro extremo de la construcción veíase a cuatro hombres en una especie de escenario que se levantaba sobre columnas de hormigón.

El Santo los vislumbró de una sola ojeada. Tres formaban un pequeño grupo..., un hombre bajito y grueso, de cabeza calva y gafas con armazón de concha; otro, alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años, de frente alta y estrecha y cabellos de un color gris ferruginoso, y otro, jovenzuelo, de gafas a presión, que tenía un libro de notas.

El cuarto hombre permanecía un poco apartado del grupo, frente a un complicado tablero de enchufes, en que brillaban aquí y allá pequeñas lámparas parecidas a las válvulas que se emplean en la telegrafía sin hilos. Era de estatura mediana, pudiendo calcularsele de sesenta a ochenta años. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y sus prendas de vestir disformes, miserables, y estaban manchadas.

Pero después de aquel primer examen rápido, la mirada de El Santo no se concentró en nada que fuese humano ni animal.

Había allí algo más, en aquel piso de hormigón, entre los cuatro hombres y la cabra que estaba en el otro extremo. Algo que se rizaba y que se enroscaba perezosamente, algo que permanecía muy bajo, por encima del piso, y que no se levantaba; sin embargo, aunque parecía exteriormente inerte como un vellón, el interior de aquella cosa giraba y palpitaba como si luchase con una fuerza tremenda enjaulada, formando un torbellino imponente.

Era aquello como una nube; pero no se parecía a ninguna nube que hubiese cruzado por el firmamento. Era una nube que nunca había visto el firmamento brillante y sano, una nube violeta pálida, una nube del infierno. En medio del violeta confuso de su color brotaban aquí y allá pequeños chispazos y trazos de fuego, disparados como cometas minúsculos, que brillaban momentáneamente y que desaparecían, de manera que la nube se movía y se quemaba con una fosforescencia interior.

Cuando El Santo puso por vez primera los ojos en la nube, esta se encontraba quieta, pero pronto empezó a moverse. No se dilató sin finalidad por el piso; reptaba hacia adelante con deliberación, como si estuviese animada de vida. Más tarde El Santo la describió como un enorme gusano luminoso, fantasmal, que se trasladaba de costado. Su larga línea alcanzaba de un lado al otro del invernadero, y se lanzaba hacia adelante girando con pequeños ímpetus; la potencia viva que llevaba dentro parecía arder con violencia cada vez mayor, hasta que la nube tomó la forma de una débil corona de luminiscencia; brotaba del girar violeta de su parte central, que cauterizaba la vista.

Al principio había parecido que reptaba, pero El Santo vio luego que esa impresión era equivocada. La nube tenía, al reptar, la velocidad de un hombre que corre, y era evidente que solo podía tener un objetivo: la cabra. Esta, al final de la artesa, se apretujaba contra la pared más lejana, helada de espanto, mirando con ojos dilatados la nube, que iba hacia ella con la implacabilidad de una marea que sube.

El Santo lanzó una mirada relámpago hacia atrás, al escenario, y adivinó, sin comprender, la razón de que la nube se moviese de aquella manera decisiva. El hombre de la cabellera blanca sostenía en una mano una cosa de metal brillante, parecida a un pequeño radiador eléctrico, que aplicaba sobre la nube, moviéndola de un lado a otro. De aquel objeto parecía salir la fuerza de propulsión que arrastraba a la nube como pudiera haberlo hecho un viento controlado.

Entonces El Santo se volvió para mirar a la nube; y en aquel momento el borde delantero de la misma tocó a la petrificada cabra.

El Santo no llegó a escuchar ningún ruido exterior. Pero la potencia aprisionada dentro de la nube pareció romper a hervir con terrible efervescencia de fuego; y allí donde había habido una cabra, no había otra cosa que la forma de una cabra, inflexiblemente dibujada en la llama estremecida de un estremecido tono color naranja. Aquella visión de un brillo deslumbrante, en forma de cabra, duró solo un momento, una fracción de segundo; luego, como si la fuerza que la había producido se hubiese consumido, la forma se ennegreció. Se sostuvo por sí misma un segundo; después se dobló lentamente y cayó sobre el piso de hormigón. Quedó flotando en el aire un ligero polvo negro, y un pequeño retorcimiento de humo azulado se levantó hacia el techo. La nube color violeta se devanó perezosamente y se esponjó encima del suelo, formando un charco cada vez mayor de niebla.

Su fuerza no se agotó..., esa fue una ilusión engañosa producida por las parpadeantes luces que seguían brillando por su interior como una bandada de minúsculas luciérnagas. Al volverse a mirar, vio Simón que el hombre de la cabellera blanca había soltado el objeto de metal brillante con el que había dirigido a la nube y que se volvía para hablar a los tres hombres que habían presenciado la demostración.

El Santo permanecía en su sitio como hombre que estuviese soñando.

Luego arrastró fuera de allí a Patricia, riéndose con risa suave, casi de loco. Y le dijo:

—Salgamos en seguida de aquí. Ya hemos visto bastante para una noche.

Pero se equivocaba, porque algo más se sumaría a su aventura con asombrosa rapidez.

Al volverse, El Santo casi chocó contra el gigante que estaba encima de ellos. Dadas las circunstancias, Simón Templar no se sentía de humor como para discutir. Actuó instantáneamente, cosa que el gigante no esperaba. Cuando alguien apunta a otro con un revólver, hay cierto acuerdo convencional que permite que se hable algo sobre la situación en que se encuentran antes que se haga nada; pero El Santo despreciaba lo convencional.

Además, al verse frente a un hombre armado que abultaba dos veces lo que él, tuvo la sensación de que no necesitaba disculparse por recurrir a cualquier clase de juego sucio conocido en la lucha, y ni siquiera a una especialidad de su propia invención. Su mano izquierda apartó el arma que

empuñaba el brazo del gigante y al mismo tiempo le asestó un puntapié con su pie bien calzado, y con clara conciencia de lo que hacía.

Un segundo después, corría velozmente con la mano de Patricia en la suya.

Había delante de la casa un automóvil. Simón no lo había visto debajo de los árboles cuando pasó hacia la fachada posterior. Pero ahora lo vio, porque lo buscaba con la vista; eso explicaba la presencia de una robusta figura, con briches y gorra en punta, que saltó de las sombras y que se dirigió hacia la puerta de salida tratando de cortarles el paso.

—Lo siento, muchacho —dijo El Santo sinceramente, y le descargó un puñetazo con bastante energía.

Después voló por el camino, al lado de la muchacha. Los ruidos de la persecución del chófer dañado se oían demasiado lejos para que fuesen alarmantes.

El Santo se metió como un bólido en su Furillac y se sentó, poniendo un pie en el arranque automático y el otro en el pedal del embrague.

En el momento en que Patricia ocupaba su puesto junto a él, soltó de golpe los noventa y ocho caballos de que el arranque automático disponía al ser oprimido.

Su pie apretó el acelerador hasta que entraron en Putney, seguro de que cualquier tentativa para darle caza había quedado muy atrás; pero siguió todavía insólitamente taciturno durante su carrera más sosegada a través de Londres. A Patricia no se le ocurrió tratar de hacerle hablar viéndolo de semejante humor. Pero estudió la aguda y vivaz penetración de su perfil, tal como no lo había visto hasta entonces, mientras guiaba a través de la noche su auto a gran velocidad. Se dio cuenta de que nunca lo había visto tan reservado y tan sacudido al mismo tiempo por semejante dinámico arrebató de acción. Sin embargo, ella, que lo conocía mejor que nadie, no habría sido capaz de explicar la sensación que le producía. Había sido testigo con bastante frecuencia de los salvajes e inspirados saltos de su talento; pero no podía saber que esta vez ese talento se había disparado a un vuelo más frenético, de cohete, que todos los que había dado en su vida. Y guardó silencio.

Hasta que se metieron por Brook Street no expresó ella en palabras el pensamiento que durante la última hora estuvo atormentándole con violencia:

—Me da el corazón que yo he visto a uno de esos hombres antes de ahora... o algún retrato suyo...

El Santo le preguntó, un poquitín ceñudo:

—¿A cuál de ellos? ¿Al pájaro joven, el secretario..., al profesor K. B. Vargan..., a sir Roland Hale... o a míster Lester Hume Smith, secretario de Estado de Su Majestad para la Guerra?

Al volverse para encontrar sus ojos, él advirtió la perplejidad de Patricia. Pero Patricia Holm era encantadora y El Santo la amaba. Por la razón que fuese, en aquel momento su encanto lo dominó. Deslizó por sus hombros un brazo y la atrajo muy junto a sí.

—Santo —le dijo ella—, conozco las señales; estás en la pista de mayores molestias.

El Santo le contestó suavemente:

—Más que eso, querida. Esta noche he tenido una verdadera visión. Si esta es auténtica, quiere decir que tendré que pelear con alguna cosa más horrible que todo lo que he tenido que pelear hasta ahora. Y el nombre de esa cosa puede ser el del diablo mismo.

SIMÓN TEMPLAR LEE LOS PERIÓDICOS Y SE DA CUENTA DE LO QUE NO ESTÁ ESCRITO

Podríamos citar aquí oportunamente una noticia aparecida en las columnas de la Prensa de la mañana siguiente:

“ «Informan oficialmente al *Clarion* que la pasada noche, a hora avanzada, míster Lester Hume Smith, ministro de la Guerra, y sir Roland Hale, director de Investigaciones Químicas de la Oficina de Guerra, asistieron a una demostración efectuada con la nube electrónica del profesor K. B. Vargan. Las pruebas tuvieron lugar en secreto y no se publicarán detalles. Se afirma, además, que esta mañana se celebrará una reunión especial del gabinete para hacerse cargo del informe de míster Hume Smith y para estudiar, si se juzga necesario, la actitud del Gobierno con referencia al invento».

Simón Templar tomó el párrafo en su verdadero sentido, seguro ya de que solo era una confirmación y amplificación de lo que él sabía.

Esto ocurría a las diez de la mañana..., hora extraordinaria para que El Santo se encontrase levantado y vestido. Pero esta vez se había levantado temprano; rompía de ese modo costumbres de toda una vida. Estaba leyendo todas y cada una de las páginas de cuantos diarios pudo comprar su hombre.

La política le había interesado de pronto en forma desordenada. La noticia de que un turista inglés que procedía de Manchester, y que disfrutaba del apellido de Pinheedle, había sido detenido en Wiesbaden por dar un golpe en la nariz a un policía, lo fascinó. Únicamente lo dejaban completamente helado

artículos como el titulado «Por qué dejan la casa las abuelas» (por Ethelred Sapling, la brillante autora de *Lovers in Leeds*).

Pero tuvo que esperar una temprana edición del *Evening Record* para leer un relato de su propia hazaña.

“ «... Se deduce de las huellas de las pisadas descubiertas esta mañana en la tierra blanda, que fueron tres las personas que intervinieron. Una de ellas, que debió de ser de excepcional estatura, parece haber tropezado y caído en su fuga; siguió una dirección distinta de la de sus compañeros, que al fin huyeron en automóvil.

»El chófer de míster Hume Smith, que trató de detener a los dos que huyeron juntos, fue derribado de un puñetazo por el hombre y tardó en recobrase, no llegando a la carretera con tiempo suficiente para tomar el número del auto. A juzgar por el ruido del escape, opina que debió de tratarse de algún modelo *sport* de gran potencia. No oyó acercarse a la puerta de entrada a los tres intrusos, y reconoce haber despertado de un sueñecito en el momento en que vio al hombre y a la mujer.

»Al otro hombre se le siguió la pista a través de dos campos, situados detrás de la casa del profesor Vargan; se cree que debieron recogerle sus compinches más adelante, en el mismo camino. Su presencia no fue descubierta hasta que esta mañana llegaron dos detectives de Londres.

»El inspector jefe Teal, que tiene a su cargo este caso, le manifestó a un representante del *Evening Post* que la Policía no ha establecido aún una teoría acerca de la causa de la alarma que obligó a los espías a desbandarse en la forma precipitada y torpe que lo hicieron. Se cree, sin embargo, que se hallaban observando el final del experimento...»

Era mucho más lo que decía el periódico, metido a través de las dos medias columnas del centro de la página primera.

Cortó la lectura Roger Conway, queridísimo amigo de El Santo, al que este había llamado por teléfono para que acudiese a una conferencia en las primeras horas de aquella mañana. Simón Templar le puso inmediatamente la hoja delante.

Roger Conway le preguntó, en tono acusador:

—¿De modo que la noche pasada anduviste suelto por Inglaterra?

El Santo murmuró:

—Pues sí, según dicen determinados rumores.

Míster Conway sentóse en su silla acostumbrada y sacó cigarrillos y cerillas. Y le preguntó tranquilamente:

—¿Quién fue ese compañero tuyo..., el técnico en el campo a través?

El Santo estaba mirando por la ventana, y contestó:

—No lo conozco. No sé cómo se metió en la reunión. Dentro de un momento te contaré toda la historia. Telefoneé a Norman después que a ti; hace unos segundos que lo vi, vacilando bajo los muros del castillo.

Un campanillazo anunció que Norman Kent había llegado a la puerta del departamento. El Santo salió a abrirle. Míster Kent traía un ejemplar del *Evening Record*, y sus primeras palabras demostraron lo perfectamente que comprendía las excentricidades de El Santo.

—Si yo creyese que anoche estuviste cerca de Esher...

El Santo le interrumpió:

—Precisamente te he llamado para que me oigas hablar de ese asunto.

Indicó a Norman con un ademán que se sentase, y él mismo tomó asiento en el borde de una mesa revuelta, que Patricia Holm trataba de poner en una especie de orden. Patricia se levantó y permaneció en pie junto a El Santo, que deslizó un brazo en torno de su cintura. Luego dijo:

—Fue una cosa así.

Y se zambulló de lleno en el relato, sin recurrir a prefacio alguno, porque el momento de los prefacios había quedado muy atrás para aquellas cuatro personas. Tampoco necesitaba explicar las razones de ninguno de sus actos. Les contó en frases recortadas, vulgares, tranquilas y, sin embargo, vivaces lo que él había visto en el invernadero de la casa próxima a Esher; los dos hombres le escuchaban sin interrumpirle.

Se detuvo al cabo y reinó un breve silencio.

Roger Conway dijo por fin, alisándose sus rubios cabellos:

—Desde luego, debe de tratarse de un invento maravilloso, pero... ¿qué es?

—El diablo.

Conway hizo unos guiños, y dijo:

—Explícate.

El Santo prosiguió:

—Es lo que el *Clarion* lo llamó. Una cosa que no podemos describir con palabras sencillas. Los hombres de ciencia sostendrán que lo comprenden; pero una cosa es que lo digan y otra que lo comprendan. Lo mejor que esa gente nos puede decir es que se trata de una jugarreta, por la que se modifica la estructura de un gas, de manera que se le haga llevar una tremenda carga de electricidad..., ni más ni menos que una nube de tormenta. Es también algo que se hace con un rayo..., pero que no es un rayo. Me diréis que es algo completamente imposible..., pero ¡existe! El caso es que se trata de un gas que forma la más delicada esponja que puede existir en la atmósfera, y que Vargan conoce el secreto de saturar los poros de la esponja con millones de voltios y de amperes de relámpagos comprimidos.

—¿Y qué le pasó a la cabra cuando se introdujo en la nube?

—Le pasó lo mismo que si se hubiese metido en una trama hecha de alambres llenos de vida. La cabra ardió durante una fracción de segundo lo mismo que un fragmento de carbón dentro de un alto horno. Y quedó reducida a cenizas. Bonito, ¿no es cierto?

Norman Kent, moreno y melancólico, apartó su mirada del cielo raso. Era un hombre que nunca se sonreía, que hablaba poco y siempre a punto. Ahora dijo:

—De modo que Lester Hume Smith vio la experiencia. Y también sir Roland Hale. ¿Quién más?

El Santo le contestó:

—«Cara de Angel» la vio también. El hombre que, según deduce míster Teal, fue uno de nosotros..., porque no lo vio apuntarme con un Colt. Es un muchachito adorable, una especie de Primo Carnera o un gorila archicrecido, aunque no excesivamente ágil para darle al gatillo..., porque, de haberlo sido, quizá no estuviese yo aquí. Ahora bien: está todavía por averiguar el país para el que trabaja.

Roger Conway frunció el ceño:

—¿Piensas entonces...?

—Mucho —le contestó El Santo—. Pero no era asunto para que me pusiesen paños fríos alrededor de la cabeza. Puede que le haya dado mucho que pensar a Vargan el ver que no aparecía en la página delantera de los periódicos, pero le dieron publicidad suficiente para que cualquier agente extranjero mantuviese despierta su curiosidad.

Dio unos gentiles golpecitos sobre la uña de su dedo pulgar a un cigarrillo y lo encendió con deliberación lenta y exagerada. El Santo esperaba siempre, durante aquellos silencios preñados de pantomima sin importancia, que germinasen espontáneamente en los cerebros de su auditorio las semillas que él había sembrado.

Conway fue el primero en hablar:

—Si surgiese otra guerra...

Norman Kent preguntó:

—¿Quién anda buscando oportunidad de hacer la guerra?

El Santo hizo una selección de los periódicos que había estado leyendo y se los dio a leer a sus amigos. Estaban llenos, página tras página, de pinceladas azules. Había señalado muchas cosas extrañamente separadas: una proclama de Mussolini, el discurso de un delegado francés en presencia de la Liga de las Naciones, el relato de una ruptura dentro del Trust del Petróleo, que traía como cola volver a engordar un capital de doscientos millones de libras, el anuncio de una colosal fusión de intereses químicos, los últimos movimientos de los barcos de guerra, el relato de un estallido de desórdenes en la India, la historia de una inspirada incursión del elemento alcista dentro del mercado del acero y otras muchas cosas que le habían parecido asombrosamente elocuentes, hasta la detención de un turista inglés procedente de Manchester, y que disfrutaba del apellido de Pinheadle, por haber golpeado con el puño la nariz de un policía en Wiesbaden. Roger Conway y Norman Kent leyeron, llenos de incredulidad. Conway dijo:

—Pero la gente no marcharía nunca así como así a otra guerra. Todos los países se están desarmando...

El Santo dijo:

—Alardeando de todo lo que saben y esperando que alguno caiga cualquier día en sus baladronadas. Y todas las naciones recelando por completo de las demás y dispuestas a armarse a la primera señal. El pueblo nunca hace una guerra ni la quiere... Son los estadistas, los que tienen a espaldas suyos intereses, quienes se la echan encima; alguien se pone a escribir, para que lo ejecuten las bandas de instrumentos de metal, una cosa titulada «Nosotros-no-queremos-perder, pero-pensamos-que-tú-deberías-ir-a-la-guerra», y millones de pobres desgraciados se echan a la calle y mueren como héroes sin saber a punto fijo de qué se trata. Eso ha ocurrido ya. ¿Por qué no habría de ocurrir otra vez?

Norman Kent le contestó:

—Es posible que el pueblo haya aprendido la lección.

Simón trazó con el brazo una curva impaciente:

—¿Crees que la gente aprende sus lecciones de manera tan fácil? Los hombres que a ese respecto pudieran darle lecciones, pertenecen ya a una generación pasada. ¿Cuántos quedan con juventud suficiente para convencer a esta nuestra? Aunque nosotros estemos en la cresta de una ola de literatura que pinta los horrores de la guerra, ¿pensáis que esto tiene fuerza alguna? Creedme, yo he escuchado hasta cansarme a personas de nuestra edad que discutían esos libros y esas obras de teatro..., y os aseguro que no tienen fuerza alguna para conmover. Sería un milagro si la tuviesen. La imaginación de un joven sano es demasiado optimista. Salta al más débil asomo de gloria y olvida con la mayor facilidad mares enteros de lividez espantosa. Más os diré...

Y les repitió lo que Barney Malone le había dicho, agregando:

—Os he hecho ver la realidad. Pues bien: suponed que veis a un hombre corriendo por la calle con la cara contorsionada, vociferando hasta perder la cabeza, echando baba por la boca y blandiendo un enorme cuchillo que gotea sangre. Si queréis hacer el tonto, podéis imaginaros que tiene la cara contorsionada porque trata de engullir un huevo podrido, que vocifera porque alguien le ha dado un pisotón en su callo más querido, que babea porque acaba de comerse una pastilla de jabón, que acaba de matar un pollo para prepararse su comida y que está rabiando por contárselo a su tía. Por otro lado, resulta más sencillo y más seguro dar por supuesto que se trata de un maniático homicida. Pues bien: si vosotros preferís hacer el tonto, y os negáis a ver un relato completo en lo que a mí me habla como un relato completo, podéis marcharos a vuestras casas.

Roger Conway pasó una de sus piernas por encima del brazo de su sillón y se restregó pensativo la barbilla, diciendo:

—Supongo que nuestra tarea consistirá en encontrar a ese «minúsculo Tim» para impedir que birle el invento, mientras el gabinete está decidiendo lo que va a hacer con él, ¿no es eso?

Roger Conway, que había sido siempre quien más cerca estaba de El Santo en todas las cosas, dejó de adivinar el curso del pensamiento de su líder; y fue Norman Kent, el hombre apartado y silencioso, quien expresó la inspiración de aquel talento que dejaba boquiabierto..., o la locura... que ocho horas antes había nacido en el cerebro de Simón Templar.

Norman Kent dijo, desde detrás de la cortina de humo de su cigarrillo:

—Aun sin la intervención del «minúsculo Tim»... podría encontrarse el gabinete con que le han quitado de las manos la decisión...

Simón Templar le miró cara a cara.

Experimentó por un momento la extraña sensación de que los otros tres le parecían desconocidos por vez primera. Patricia Holm miraba a través de la ventana al firmamento azul, que se extendía por encima de los tejados de Brook Street. ¿Quién podía decir cuál era la visión que allí veía? Roger Conway, el alegre y garboso, esperaba en silencio, y el humo de su olvidado cigarrillo le manchaba los dedos. También Norman Kent esperaba, serio y absorto.

El Santo volvió sus ojos hacia el cuadro que estaba encima de la repisa de la chimenea, pero no lo vio.

—Si no hacemos otra cosa que suprimir al «minúsculo Tim» —dijo—, Inglaterra poseerá un arma de guerra inconmensurablemente más poderosa que todos los armamentos de ninguna otra nación. Si nosotros la hiciésemos desaparecer, robándola, habría alguna otra nación que descubriría más pronto o más tarde otra arma tan mortífera como esta, y entonces Inglaterra se encontraría desventajada.

Vaciló un momento, continuando luego en el mismo tono tranquilo:

—Hay centenares de «minúsculos Tim», y no podemos suprimirlos a todos. Nunca se ha mantenido mucho tiempo un secreto de esta clase; y cuando llegase la guerra, podríamos encontrar al enemigo dispuesto a emplear contra nosotros nuestra propia arma.

Hizo nuevamente una pausa:

—Estoy pensando en todos los hombres que pelearán en esa próxima guerra y en las mujeres que los aman. Si vieseis a un hombre que se estaba ahogando, ¿os negaríais a salvarlo porque, sin vosotros saberlo, quizá lo librabais de la muerte, para que años más tarde muriese de otra muerte mucho más terrible?

Hubo otro silencio, y durante él pareció que El Santo se enderezaba y que crecía, fortaleciéndose de manera imperceptible, pero tremenda, como si algo le rodease, llenando todos los ángulos de la habitación y reforzando su cuerpo lo mismo que el de un gigante absurdamente normal. Cuando volvió a hablar, su voz era tan suave y llana como antes; pero producía la sensación de vibrar lo mismo que un estallido de trompetas.

Y dijo:

—Nos hallamos reunidos aquí tres mosqueteros algo sucios del trabajo... y un ángel bienaventurado. Suprimiendo al ángel bienaventurado, quedamos nosotros, que en el transcurso de nuestras jóvenes vidas hemos destrozado la mitad de los Mandamientos y muchas de las leyes privadas de diversos países.

Sin embargo, de una manera u otra, nos hemos arreglado para conservar intactos ciertos ideales ridículos que son para nuestras almas perversas como una justificación de nuestros pecados. Uno de esos ideales es la lucha. El combate y la muerte súbita. Es posible que seamos los últimos tres hombres de este ancho mundo con derecho a meternos en las andanzas de una guerra perfectamente honrada. Personalmente, me imagino que deberíamos darle la bienvenida..., mirando por nuestra distracción particular. Pero no hay muchos como nosotros. La mayoría..., la enorme mayoría..., son completamente distintos. Hombres y mozos que no quieren la guerra. Que no viven para el combate, el asesinato y la muerte súbita. Que jamás serían guerreros felices, de los que marchan al combate gritando, cantando y con fanfarrias. Que serían metidos en la guerra como un rebaño, como ganado mudo que marcha al matadero, borrachos de un heroísmo miserable y fútil, para pelear ciegamente durante unos pocos días de escuálida agonía y morir luego en el barro. Vidas jóvenes y delicadas que no pertenecen a nuestro propio dios, bárbaros de las batallas... Pues bien: hemos caído sobre los proyectos que se hacen para el próximo sacrificio, en parte por suerte y en parte para nuestra propia gloria. Y aquí estamos. Nosotros no damos una moneda de penique por ninguna disputa y por ninguna ley. ¿Me tomaréis por un loco de remate si os propongo que tres hombres fuera de la ley, desharrapados, que se burlan del infierno, podrían, por la gracia de Dios...?

Dejó la frase en el aire y nadie habló durante unos pocos segundos.

Roger Conway se movió, decidido.

—¿Qué dices? —le preguntó El Santo, volviendo la mirada hacia él.

—Digo —le contestó— que estas son tortas y pan pintado. Siempre supimos..., ¿no es cierto?... allá, en el fondo de nuestras almas, confusamente, que un día u otro nos llegaría nuestra gran función. Digo que este es nuestro papel. Pudo habernos llegado de otra docena distinta de maneras; pero se le ocurrió presentarse de esta. Lo resumiré...

Encendió otro cigarrillo y se acercó más a la mesa, echando hacia adelante sus brazos encima de las rodillas, y la cara fina, luchadora, que parecía andar buscando a una mala persona, una cara conocida y amada de todos, casi sobrenaturalmente hermosa y con una luz de temeridad elegante que hasta entonces no habían visto en él. Y dijo:

—Nos has leído el relato. De acuerdo en que suena como una novelita de diez centavos; pero ahí la tenemos, mirándonos de todos modos a la cara. De pronto, surgen algunos negocios raros en las ramas del petróleo, del acero y de las industrias químicas. La cantidad de dinero que abarcan esas tres

combinaciones debe bastar para hundir los capitales de cualquier otra rama de industrias que queráis citar. No sabemos exactamente lo que ocurre; sí que sabemos que los grandes hombres de negocios, los archipámpanos de Wall Street y Stock Exchange de Londres, los pajarracos de gruesos cigarros y de nombres que terminan en *-heim* y en *-stein*, que cubiletean con las finanzas de este mundo retorcido, se dirigen hacia algún proyecto definido. Fijaos en las mercancías que llevan por delante. Hierro, petróleo, productos químicos. Me gustaría que me dijeseis si sabéis de otros tres artículos capaces de sacar de una guerra, que sea verdaderamente de primer orden, una tajada mayor... Agregad a eso la historia que contó Barney Malone acerca de los espías. ¿No os habéis fijado en lo quisquillosas que se han hecho las naciones y en lo fácil que resultaría despertar entre ellas la desconfianza? Pues bien: la desconfianza equivale, más pronto o más tarde, a la guerra. La nación más benévola y pacífica, si encuentra constantemente a los espías de otra metiendo la nariz en sus vedados, acaba cantando una canción y bailando a su música. Nadie había pensado hasta ahora en hacer eso en gran escala..., en tratar de que dos potencias europeas se echen las manos al cuello y se líen en una pelea cuidadosamente dispuesta... Sin embargo, es una idea de una sencillez gloriosa... Pues bien: ahora nos encontramos con que ya la armaron... o con que la están armando... Detrás de todo ese asunto se encuentra el único hombre del mundo con la materia gris necesaria para discurrir una intriga de esa clase y con la influencia y los arrestos necesarios para llevarla a cabo. A ese hombre ellos le llaman el Millonario Misterioso. Es el mismo al que se le atribuyen media docena de guerras, dispuestas por él, en menor escala, en interés de la alta finanza. Encaja en el enredó de una manera fantástica y encaja de muchas maneras... No se le puede tomar a risa. El doctor Rayt Marius...

Norman Kent arrojó súbitamente su cigarrillo al fuego de la chimenea.

—Ahí es donde Golter podría venir de maravilla...

Conway dijo:

—¡Pero ese príncipe heredero es el mismo que el de Marius!

El Santo preguntó gentilmente:

—¿Tiene eso alguna importancia para un hombre como Marius? ¿No le pondría precisamente más fáciles las cosas? Suponed...

El Santo contuvo un instante la respiración, y luego siguió hablando con una voz extrañamente dulce y ensoñadora.

—¿Y si Marius tentase la vanidad del príncipe heredero? El rey es ya viejo, y últimamente han corrido voces de que una nación juvenil está

necesitando un líder joven. El príncipe es ambicioso. Supongamos que Marius pudiera decirle: «Puedo daros un arma con la que seríais capaz de conquistar el mundo. La única condición que os pongo es que la empleéis...»

Sus oyentes le escuchaban sin rechistar, atónitos, fascinados. Querían desprenderse de semejante visión a fuerza de risas, aplastarla, pulverizarla, aniquilarla con los grandes manguales y mandarrias de la incredulidad y de la razón. Pero no encontraban absolutamente nada que decir.

El reloj iba lanzando con cada tictac sus segundos plomizos a la eternidad.

Patricia empezó a decir, casi sin aliento:

—Pero ese hombre no podría...

—¡Podría!

Simón Templar se había puesto en pie violentamente y su brazo derecho se proyectó con un gesto agresivo, exclamando:

—¡Ahí está la clave! ¡Ahí está la respuesta a la adivinanza! No es difícil crear por medios artificiales la desconfianza internacional, pero una violencia de esa clase no puede ser tan brusca como un odio auténtico entre naciones. Necesitaría para estallar por los aires que se le aplicase una chispa final mucho más fuerte. ¡Y el príncipe heredero y sus ambiciones..., junto con el invento de Vargan..., la producirían! Son la carta de triunfo de Marius. Si no la jugase a tiempo pudiera hundirse todo su plan. *¡Yo sé que la cosa es así!*

Patricia cuchicheó:

—Si aquel individuo del jardín fuese uno de los hombres de Marius...

—*¡Era el mismo Marius!*

El Santo echó mano a un periódico que había encima de la mesa, lo estrujó y lo extendió luego de forma que ella pudiese ver una fotografía.

Por mala que fuese la luz cuando se encontraron frente a frente con el original, no había modo de confundir en ningún sitio aquella cara..., horrible, torpemente desbastada, con expresión de pesadilla, parecida a la cara tallada en piedra de un ídolo pagano.

—*¡Era el mismo Marius!*

Roger Conway saltó de su sillón:

—Si es así, Santo..., creeré que no soñaste la pasada noche...

—¡Es cierto!

—Y que no se nos ha reblandecido a nosotros de pronto el cerebro... para estar escuchando esas tus deducciones venáticas que parecen aullidos...

—Dios sabe que nunca estuve tan seguro en toda mi vida.

—Entonces...

El Santo hizo con la cabeza un gesto afirmativo, y dijo:

—Siempre hemos sostenido que ejecutábamos una especie de justicia. ¿Qué solución justa se impone aquí?

Conway no contestó. El Santo se volvió hacia Norman Kent y le miró a los ojos pensativos; y entonces comprendió que ambos estaban esperando a que él hablase, dando forma a lo que ellos pensaban.

Nunca habían visto tan seria la cara de El Santo. Simón Templar dijo:

—Hay que destruir el invento. Y hay que destruir también el cerebro que lo concibió y que podría volver a crearlo... Conviene que muera un solo hombre para salvar a mucha gente...

3

SIMÓN TEMPLAR VUELVE A ESHER Y DECIDE VOLVER DE NUEVO

Esto ocurrió el día 24 de junio..., cosa de tres semanas después de la respuesta de El Santo al ofrecimiento generoso de perdón.

Ni un solo periódico de la mañana del día 25 publicaba, con referencia a la noticia que había llenado el día anterior las ediciones de los de la tarde, otra cosa que un sueltcito sin importancia alguna. Nada más se dijo, pues, por la Prensa, sobre los huéspedes no invitados que asistieron a la demostración de Vargan. Y tampoco dieron los diarios más que una referencia de paso acerca de la reunión especial del gabinete.

El Santo, que solo tenía ahora de día y de noche un pensamiento, vio en esta reticencia inesperada la mano de algo tan peligroso como una censura oficial. Barney Malone, al que recurrió, mostrose muy poco comunicativo y confirmó los presentimientos de El Santo.

A este le pareció que había reptado una tensión extraña dentro de la atmósfera de la temporada londinense. Sabía que aquella sensación era puramente subjetiva, y, sin embargo, era incapaz de reírse de ella y de olvidarla. Había paseado cierto día por las calles respirando despreocupado el aire fresco y suave que traía una promesa de verano, caminando entre la gente apresurada, feliz y activa; el claro firmamento se había cubierto al siguiente día con el temor de un trueno espantoso, y una generación condenada marchaba por su camino, furtivamente y asustada.

Le dijo a Roger Conway:

—Tienes que venir a Esher. Te hará bien pasar un día lejos de tu bar favorito.

Marcharon hasta Esher en un auto alquilado; y allí tropezó El Santo con nuevos presagios.

Almorzaron en el Bear, y fueron después andando por la carretera de Portsmouth. Había dos hombres en pie a la entrada del camino que conducía a la casa en que vivía el profesor Vargan. Aquellos hombres interrumpieron bruscamente su conversación al ver que Conway y El Santo se salían de la carretera principal y cruzaban cerca de ellos, paseando por debajo de los árboles. Más allá, merodeaba cerca de la puerta del jardín un tercer hombre, fumando una pipa.

Simón Templar siguió caminando hasta dejar atrás la casa, sin mirar hacia esta, y continuó hablando sobre los caballos que probablemente correrían al día siguiente. Pero un sexto sentido le informó que los ojos del hombre que merodeaba delante de la puerta los siguieron camino adelante, igual que habían hecho los otros dos hombres ante los cuales habían desfilado. Y murmuró:

—Fíjate en el cuidado que tienen en no armar barullo alguno. Huyen de atraer la atención. Permanecen tranquilos. Pero si nosotros hiciésemos cualquier cosa que despertase sus sospechas, nos veríamos llevados con mucha tranquilidad y mucho esmero hacia la cárcel más próxima. A eso es a lo que llamamos eficacia.

El Santo se detuvo un par de centenares de metros más adelante, en el lado invisible de un ángulo conveniente.

—Camina todo lo lejos que puedas para componer una estrofa absoluta, celebrando el estrado al que nunca serás admitido —ordenó a su amigo—, y luego vuelves acá. Te esperaré.

Conway continuó sumiso su camino, llevando en el rabillo del ojo la visión de El Santo, en el momento en que se metía en los campos de su derecha por una abertura que había en el seto. No era poeta míster Conway, pero siguió la sugerencia de El Santo, y jugueteó perezosamente con las posibilidades líricas de una joven de Kent que, a dondequiera que iba, silbaba. Después de forcejear durante algunos minutos con el problema de llevar aquella obra maestra a una conclusión satisfactoria, renunció a su empeño, y volvió atrás. El Santo regresó a través del seto, y fue una visión sorprendente e inmaculada para ser vista su salida del seto, con una puntualidad que hizo suponer que sus cálculos sobre las dotes poéticas de Conway eran terriblemente exactos.

—No conseguí meter una sola bola en los cinco primeros agujeros —dijo El Santo con tristeza, y siguió describiendo una jugada completamente imaginaria de golf, hasta volver a salir a la carretera principal, perdiendo de vista a los vigilantes que los espiaban al extremo del sendero.

Entonces volvió a hablar de su asunto:

—Quise hacer una pequeña exploración por la parte trasera de la casa para ver lo sólidas que son sus defensas. Hay un angelito de noventa kilos de peso que está en mangas de camisa, simulando que trabaja en el jardín, y otro pelusilla que está sentado en un sillón de cubierta de barco, debajo de un árbol, leyendo un periódico. Y es probable que nuestro querido y viejo amigo Teal esté sentado en el cuarto de baño, disfrazado de cualquier cosa. ¡No quieren correr ya ningún peligro!

Conway le contestó:

—Eso quiere decir que tendremos que ser o muy astutos o muy violentos.

—Algo por ese estilo —le contestó El Santo.

Permaneció preocupado y silencioso durante el resto de su paseo, hasta que estuvieron de regreso en el Bear, dando vueltas a la proposición que él mismo había lanzado.

Razones tenía para estarlo... aunque nada de nuevo tenía para él un forcejeo con proposiciones difíciles. No le molestaba la tonelada o cosa así de majestuosos funcionarios que se interponían entre él y su objetivo inmediato. Si El Santo hubiese querido poner en la tarea su atención profesional, habría podido ser con facilidad campeón de los pesos medios del mundo; tenía una opinión muy pobre de la velocidad y de la ciencia de lucha de los policías. En todo caso, por lo que a eso se refiere, disponía de una amplia confianza en su maña y habilidad para engañar por la astucia la simple fuerza maciza. Ni lo tranquilizaba el meterse con el destino de las naciones. En cierta ocasión, en el curso de sus quijotescas aventuras, había desarrollado en Sudamérica una revolución afortunada de un solo hombre, y si lo hubiese querido, habría podido representar a un embajador acreditado con solo ponerse un uniforme de opereta. Pero el problema de ahora, la inmensidad que encerraba, las fuerzas colosales que estaban en juego, los millones de tragedias que podrían resultar si diese un resbalón en su empresa... Algo pensó El Santo que tensó los minúsculos músculos alrededor de sus mandíbulas.

Estaba dando mucho trabajo al Destino en aquellos días.

Entraban en Kingston a la modesta velocidad que podía pedirse al auto alquilado, cuando pasó sin esfuerzo alguno ante ellos un sedan amarillo. Antes que se filtrase en la línea del tráfico que tenían delante, se había grabado indeleblemente en la memoria de Conway el rostro, parecido al de un mono, que se volvió para mirarlos a través de la ventanilla posterior, con la fijeza de una imagen tallada.

—¿Verdad que es simpático? —murmuró El Santo.

—Tremendamente romántico —convino Conway.

Una sonrisa contrajo la boca de Simón Templar, que dijo:

—Conocido por nosotros por Cara de Angel o el Minúsculo Tim..., a gusto del que habla. El mundo lo conoce con el nombre de Rayt Marius. Me reconoció a mí y ha tomado el número del auto. Nos buscará, averiguando el garaje en el que lo alquilamos, y dentro de veinticuatro horas tendrá nuestros nombres y direcciones y los registros YMCA. No puedo menos de pensar en que la vida nuestra va a verse muy ocupada en un futuro inmediato.

El Santo volvía al día siguiente caminando a Brook Street, hacia la medianoche, acompañado por Roger Conway, cuando se detuvo súbitamente y alzó la vista al firmamento con aire reflexivo, como si en aquel instante se le hubiese ocurrido algo, que venía burlándose de sus meditaciones por algún tiempo. Y suplicó:

—Discute conmigo, hombre. Discute violentamente y mueve con violencia las manos, y pon una cara tan feroz como te lo permita la esfera angelical de tu reloj. Pero no levantes la voz.

Caminaron los pocos metros que les quedaban hasta la puerta del departamento de El Santo, fingiendo un airado choque de opiniones. Conway, hablando en voz baja, según le había sido ordenado, se explayó con impasible elocuencia sobre los defectos del auto Ford. El Santo le contestaba con gestos agresivos.

—Me viene siguiendo desde hace medio día un veneno poco activo, con sombrero cazuela. Ahora está a doce metros detrás de nosotros. Quiero echarle el guante, pero si nos lanzamos contra él se escapará corriendo. Con seguridad que ahora se acercará para intentar oír nuestra pelea, y averiguar de qué se trata. Si ahora nos enzarzamos en una lucha, haremos que se coloque a tiro. Entonces tú lo agarras mientras yo abro la puerta de la calle.

—El eje posterior... —exclamó burlón Conway.

Estaban ya frente a la casa de El Santo. Este se detuvo, se volvió bruscamente, colocó sus manos en medio del pecho de Conway, y le dio un empujón.

Conway recobró el equilibrio y soltó un puñetazo. El Santo recibió el golpe en el hombro, y se tambaleó de manera convincente hacia atrás. Luego avanzó en plan de dar a su contrario una paliza y golpeó con mucho tiento a Conway en la mandíbula. Conway se desquitó hiriendo el aire a dos centímetros de la nariz de El Santo.

Aquello parecía una lucha furiosa visto a la luz incierta de la calle; El Santo se sintió satisfecho al ver que Sombrero Cazuela se adelantaba

siguiendo el área de la barandilla, hasta colocarse a pocos pasos de distancia, como espectador interesado. Y dijo con voz suave:

—Detrás de ti. Retrocede tambaleándote cuatro pasos cuando yo te largue canela.

Aplicó su puño acariciador al plexo solar de Conway, y se apartó sin esperar a ver el resultado, porque sabía que su lugarteniente estaba muy bien adiestrado. Simón tuvo apenas tiempo de encontrar su llave y abrir la puerta de la calle. Un segundo después cerraba su puerta otra vez, detrás de Conway y de su carga.

El Santo dijo arrastrando con aprobación las palabras:

—Trabajo limpio. Sube la escalera con esa monada, Roger.

Marchó El Santo por delante y, cuando se metía en el cuarto de estar, Conway puso en el suelo a Sombrero Cazuela, apartando su mano de la boca del hombrecito.

—¡Silencio! —exclamó Conway, y se tapó los oídos.

El Santo curioseaba en la calle por entre las cortinas, y dijo:

—Creo que no nos ha visto nadie. Estamos de suerte. Habríamos tenido que esperar años para cuando hubiésemos encontrado Brook Street sin un alma.

Se retiró de la ventana y se acercó a su prisionero, que estaba aún con el puño debajo de la nariz de Conway barbotando blasfemias. El Santo le hizo notar con frialdad:

—No te deshagas, pichón. Regístrale los bolsillos, Roger.

Sombrero Cazuela empezó a decir tembloroso:

—En cuanto tropiece con un policía...

El Santo murmuró en tono de broma:

—O cuando un policía encuentre lo que quede de ti... ¿Nada más que eso?

Todo lo interesante que descubrió Conway en su registro fueron tres billetes nuevos de cinco libras cada uno..., una fortuna que nadie habría sospechado en un hombrecito andrajoso como aquel.

—De manera que tendremos que aplicarle un castigo del tercer grado —dijo El Santo con suavidad, cerrando con cuidado ambas ventanas.

Volvió a acercarse con las manos en los bolsillos y una expresión nada santa en la mirada. Y le preguntó:

—¿Hablarás, Cara de Rata?

—¿Qué significa... hablar? Vosotros... grandes fanfarrones...

Esto lo dijo en una jerga mitad inglesa, mitad alemana.

El Santo le repitió con paciencia:

—Que sí hablarás... Abre tu boca y emite sonidos que te parezcan ingleses. Me vienes siguiendo todo el día, y eso no me gusta.

El hombrecito preguntó de nuevo, indignado:

—¿Qué quieres decir? ¿Que te he seguido?

El Santo suspiró, y agarró con sus dos manos las solapas de la chaqueta del hombrecito. Y lo sacudió durante medio minuto febril, igual que un perro terrier sacude a una rata en el aire.

—Habla —repitió El Santo con monotonía.

Pero el hombre del sombrero cazuela abrió su boca para lanzar un juramento o un gemido. Ambas cosas desagradaban a El Santo. Golpeó vivamente con el puño en el estómago del hombrecito, y no acabó de enterarse por cuál de las dos posibilidades se decidía; cualquiera de las dos murió antes de nacer en un estertor ahogado. Entonces El Santo lo agarró de nuevo.

Desde luego, aquello se parecía mucho a una intimidación, pero es que Simón Templar no se sentía de un humor sentimental. Tenía que hacerlo, y lo hizo con fría eficacia. La cosa duró cinco minutos.

—¡Habla! —dijo de nuevo El Santo, al cabo de los cinco minutos; y el berreante sabueso dijo que hablaría.

Simón lo agarró por la nuca y lo tiró a un sillón como si fuese un saco de cacahuetes.

Lo que contó no fue, sin embargo, muy provechoso:

—No sé cómo se llama. Me lo encontré hace seis meses en un establecimiento de bebidas cerca de Oxford Street, y me dio un trabajo. He trabajado para él, unas veces sí y otras no, desde entonces... siguiendo a la gente y averiguando cosas de ella. Me pagaba bien, y como no había ningún peligro...

El Santo le dijo:

—Hasta que me encontraste a mí... ¿Y cómo te las entiendes con él si no te ha dicho como se llama?

—Cuando él me necesita, me escribe, y yo me veo con él en cualquier establecimiento de bebidas, y me dice lo que tengo que hacer. Luego se lo comunico por teléfono. Tengo su número.

—¿Y es?

—Westminster noventa y nueve noventa y nueve.

—Gracias —dijo El Santo—. Es hombre bien parecido, ¿verdad?

—¡Qué va! La verdad, me da calambres. La vez primera que lo vi...

El Santo se apartó de la repisa de la chimenea donde se apoyaba y echó mano de la caja de cigarrillos. Luego le dijo:

—Cara de Rata, marcha a tu casa mientras puedas hacerlo sin dificultad. Ya no nos interesas. La puerta, Roger.

Sombrero Cazuela gimoteó:

—Bien. La verdad es que tengo mujer y cuatro hijos...

El Santo le contestó gentilmente:

—Terrible mala suerte para ellos. Dales mis cariñosos recuerdos. ¿Lo harás así?

—He sido secuestrado. Suponga que me acerco al primer policía...

El Santo le miró fijamente con una mirada azul y clara, diciéndole desapasionadamente:

—Bien, te doy a elegir entre bajar con tranquilidad la escalera o que el caballero que te subió te tire por ella de un puntapié. Como gustes. Pero si buscas una compensación por las molestias que has sufrido, es mejor que se la pidas a tu bello amigo. Dile que te hemos torturado con hierros calientes y que no hemos conseguido que abras la boca. A lo mejor te lo cree..., aunque yo no lo juraría. Y si te da por acercarte a un policía, encontrarás uno algo más adelante. Es muy conocido mío, y tengo la seguridad de que le interesará lo que tengas que decirle. Buenas noches.

—¡Y se llaman ustedes caballeros! —dijo el confidente con perversa intención—. Ustedes...

—Largo de aquí —dijo tranquilamente El Santo.

Estaba encendiendo su cigarrillo, y ni siquiera levantó la vista. El próximo ruido que oyó fue el de la puerta que se cerraba.

Miró desde la ventana al hombre que marcaba cabizbajo calle adelante. Hablaba por teléfono cuando volvió Conway de vigilar la marcha del hombrecito, y se sonrió ante la pregunta de su lugarteniente:

—Sí, voy a enviar mi amor al minúsculo Tim... ¡Hola! ¿Es usted Westminster noventa y nueve noventa, y nueve?... ¡Magnífico! ¿Cómo va esa vida, Cara de Angel?

Desde el otro extremo de la línea le preguntaron:

—¿Quién es ahí?

El Santo contestó:

—Simón Templar. Quizá haya oído hablar de mí. Me parece que hemos chocado recientemente —hizo una ligera mueca al oír la exclamación ahogada que le llegó débilmente por el alambre—. Sí, me imagino que esta es una sorpresa agradable. Me abruma usted... Bien, la verdad es que acabo de

hacer pasar cinco minutos difíciles a uno de sus detectives aficionados. Ahora marcha ya para su casa. Al próximo amigo suyo al que yo encuentre caminando por mi sombra, lo llevarán en una ambulancia. Es un informe de la cuadra de carreras. ¡Que tenga sueños agradables, viejo!

Colgó el receptor sin esperar respuesta.

Luego habló con Informes.

—¿Me puede dar el nombre y la dirección del Westminster noventa y nueve noventa y nueve?... ¿Cómo es eso?... ¿Pero, no hay manera de saberlo?... Sí, lo sé; pero tengo mis razones para no llamar y para no preguntárselo. La verdad es que mi mujer se fugó ayer con el plomero, y me dejó dicho que, si realmente quería que volviese, podía llamarla a este número... Bueno, señorita, una de las llaves de mi baño está goteando, y... ¡Perfectamente! Muchas gracias. Cariños a los supervisores.

Dejó el teléfono y se volvió con un encogimiento de hombros, ante los párpados de Conway que le miraban interrogadores. Y le dijo con voz que imitaba la de la telefonista:

—Lo siento..., pero no estamos autorizadas a dar los nombres y las direcciones de los abonados. Ya lo sabía, pero valía la pena de intentarlo. No es que tenga mucha importancia.

Conway le sugirió:

—Podías haberlo mirado en la Guía.

—Desde luego. Sabiendo que Marius no vive en Inglaterra, y que, por consiguiente, el noventa y nueve noventa y nueve de Westminster no es probable que esté a nombre suyo... ¡Naturalmente!

Conway hizo una mueca:

—Bien. Entonces sentémonos y tratemos de pensar el paso que dará a continuación el Minúsculo Tim.

El Santo le contradijo alegremente:

—Pues no. Eso ya lo sabemos. O bien nos pondrá mañana por la mañana ácido prúsico en la leche, o la próxima vez que yo salga por la puerta de la calle me enviará un disparo rápido desde algún auto que pase en ese momento. Podemos jugarnos nuestras camisas, sentarnos muy juntos y esperar los resultados. Pero imagínate que no esperásemos...

Luego permaneció callado unos momentos, con el cigarrillo sesgado entre sus labios, su cuerpo enjuto inclinado en una especie de inmovilidad, y ardiéndole en los ojos una luz azulina que delataba su inflexibilidad. Siguió mudo y tenso como leopardo que reúne sus fuerzas para saltar sobre su presa. Aflojó de pronto su tensión, enderezándose, y se sonrió; su brazo derecho

trazó uno de esos gestos magníficamente románticos que solo El Santo era capaz de hacer, con una espléndida falta de afectación. Y exclamó en tono de desafío:

—¿Por qué razón hemos de esperar?

Conway le contestó, como un eco difuso:

—¡Naturalmente! ¿Por qué razón?

Simón Templar no le escuchaba ya. Había vuelto al teléfono y llamaba a Norman Kent.

—Saca tu auto, llena de gasolina el depósito, y vente derecho a Brook Street. Y échate al bolsillo un arma, porque la noche va a ser de abrigo.

Unos minutos más tarde telefoneaba a su *bungalow* de Maidenhead..., al que había enviado aquel mismo día a su criado, en un momento en que todos los dioses de El Santo le inspiraron... para que preparase una estancia veraniega, que no había de tener lugar tal como Simón Templar la había planeado.

—¿Eres tú, Orace?... Bien. Te telefono para advertirte que míster Kent llegará a esa en las primeras horas de la madrugada con una visita. Quiero que tengas dispuesta la bodega... para el visitante, claro está. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —contestó impasible Orace, y El Santo colgó.

No había más que un Orace, que había sido sargento de Marina, y muy devoto servidor de Simón Templar. Aunque Simón hubiese dicho que el visitante sería un presidente de los Estados Unidos que iba a ser raptado, Orace se habría limitado a contestar con aquel áspero y falto de emoción: «Sí, señor»... y habría cumplido sus órdenes.

Roger Conway, levantándose de su sillón y aplastando la punta de su cigarrillo en el cenicero, dijo:

—De modo que...

—Si le damos tiempo, pueden ocurrir dos cosas. O bien: a) Vargan entregará su secreto a los técnicos del gobierno, o b) Marius se apoderará de él... o de Vargan... u ocurrirán ambas cosas. Y nuestros cálculos se esfumarán para siempre. En tanto que Vargan sea el único hombre del ancho mundo que lleve debajo de su sombrero ese invento del demonio, nos queda aún una posibilidad. ¡Y cada hora que dejamos pasar le proporciona al Minúsculo Tim una oportunidad de adelantárenos!

Conway frunció el ceño a una foto de Patricia Holm que estaba encima de la repisa de la chimenea. Y en seguida la señaló con un ademán de la cabeza.

—¿Dónde está Pat?

—Pasando un par de días en el Devonshire con los Mannerings. La costa está, pues, completamente despejada. Me alegro de tenerla fuera de este asunto. Regresará mañana al atardecer, y esto es precisamente lo que necesitamos. Esta noche llevamos a Vargan a Maidenhead, mañana descansamos de nuestras honradas fatigas, y regresamos a tiempo para encontrarnos con ella. Después marchamos todos hasta el *bungalow*... y allí nos estableceremos tan ricamente. ¿Qué te parece?

Conway asintió de nuevo con la cabeza lentamente. Continuaba frunciendo el ceño, como si hubiese en la parte posterior de su cerebro algo que lo turbase.

Y de pronto salió fuera ese algo, al decir:

—Yo no fui nunca en mi clase un muchacho despejado, pero me gustaría saber con claridad una cosa. Estamos de acuerdo en que Vargan se halla a punto de iniciar una guerra, a favor de determinados intereses financieros. Si lo consigue, nosotros nos veremos metidos en lo más duro de ella. Siempre nos ocurre igual. El pobrecito pueblo británico se ve siempre envuelto en las trifulcas de todos los demás... Claro está que no queremos que este Vargan se sirva contra nosotros de esa arma terrible, pero ¿no podríamos ahorrarnos una cantidad de molestias si la empleásemos nosotros?

El Santo movió negativamente la cabeza, y le contestó:

—No creo que la guerra estalle si Marius no se apodera de Vargan. Por lo menos, le habremos cerrado el camino..., y pueden ocurrir un sinfín de cosas antes que ese individuo pueda iniciar de nuevo la zarabanda. En cuanto a emplear nosotros mismos esa arma... No, Roger, no me parece bien. Hemos tratado ya de ese asunto. No podríamos guardarla para nosotros. Y aunque lo pudiéramos... Te digo, Roger, que el mundo podría ser mejor y permanecer más limpio sin ella. Ya hay en la armería bastantes cosas feas sin esa arma.

Y te digo que la destruiremos...

Conway le miró fijamente durante algunos segundos. Luego le dijo:

—Entonces Vargan hará un viaje a Maidenhead. ¿No lo matarás esta noche?

El Santo le contestó tranquilamente:

—No, a menos que me obliguen a ello. Lo he pensado bien. No sé qué esperanza puede abrigarse haciendo un llamamiento a su humanidad, pero mientras exista esa esperanza, tiene derecho a vivir. Hemos de averiguar hasta qué punto podemos contar con ella. Pero si me encuentro con que se niega a escuchar...

—Perfectamente.

El Santo explicó eso mismo al tercer mosquetero, cuando Norman Kent llegó diez minutos más tarde, y la contestación de Norman fue un poco menos categórica de lo que había sido la de Roger, porque dijo:

—Quizá tengamos que matarlo.

Su cara morena estaba más seria que de costumbre, y habló con mucha tranquilidad porque, aunque Norman Kent había despachado en cierta ocasión a un mal hombre, era el único de los tres que no había sido testigo de la muerte de una persona.

SIMÓN TEMPLAR PIERDE UN AUTOMÓVIL, Y GANA UNA DISPUTA

Dijo El Santo:

—El antiguo arte del mando militar supremo estriba en ponerse en el lugar del enemigo. Pues bien, ¿cómo guardaría yo a Vargan si fuese tan robusto como el inspector jefe Teal?

Formaban un pequeño grupo en la carretera de Portsmouth, a cosa de dos kilómetros de distancia de Esher, punto en el que habían detenido los automóviles que trajeron en su viaje desde Londres. Se habían separado para hacer el viaje, porque El Santo había insistido en llevar como suplemento su propio Furillac, además del Hiron del de Norman Kent, por si les ocurría algún accidente. Y se había negado a admitir que fuese necesario trazar sus planes antes de arrancar. Les dijo que él cuidaría de eso durante el viaje, y que de esa manera economizarían media hora.

Conway dijo:

—Ayer, cuando estuvimos aquí, había cinco hombres. Si Teal no ha aumentado mucho el relevo de la noche, yo diría que los tendrá colocados como los vimos ayer, es decir: puestos avanzados en la entrada del camino, puestos en el jardín delantero y en el jardín de atrás, una guarnición en el invernadero y en la casa misma. El número de hombres, inseguro; aunque probablemente solo sean parejas.

El inevitable cigarrillo de El Santo brilló en la oscuridad como una estrella fugaz.

—Eso mismo había pensado yo. Y me he trazado en términos generales un plan de ataque sobre esa base.

Lo expuso brevemente. No era difícil, porque apenas si era un plan..., era poco más que una simple idea para una actuación desesperada y rápida, un juego de azar contando con el elemento sorpresa. El Santo tenía una

costumbre agradable de acometer algunas cosas con ese humor. Y le salían bien. Pero todo ese planeamiento iba a resultar innecesario en esta ocasión.

Algunos minutos más tarde volvieron a ponerse en camino.

El Santo, dentro de su Furillac, iba delante y llevaba a Conway a su lado. El Hirondel, llevando a Norman Kent, seguía cincuenta metros más atrás. Con gran disgusto suyo, no se le consideró a Norman realizador activo en las primeras etapas de la empresa. Tenía que detener su auto a poca distancia de la desembocadura del camino, girar, y esperar con la máquina en marcha, hasta que El Santo o Conway llegasen con Vargan. Lo encantador de este arreglo consistía en su simplicidad, pero no consiguieron hacer comprender este punto a Norman... y echaron la culpa a su cerebro, pobre y quimerista.

Sin embargo, si esta reducción de sus fuerzas móviles no hubiese sido una parte incidental del proyecto de campaña trazado por El Santo, el resultado de su aventura podría haber sido muy otro.

En el momento en que Simón detenía su coche en la misma boca del camino, dirigió por encima de su hombro una mirada relámpago, y vio al Hirondel que giraba a través de la carretera para dar la vuelta.

Y en ese instante oyó un disparo:

—¿Qué es esto, vive Dios?

La pregunta cayó de los labios de El Santo en voz baja, cortándole la respiración. Salía en ese momento de su coche, y completó la operación poniendo su segundo pie en la carretera con una atención terriblemente cuidadosa. Al erguirse con la misma fría deliberación, encontró a Conway junto a su brazo.

—¿Lo oíste?

La interrogación breve, casi incrédula, de Conway:

—¿Pero cómo...?

—Cara de Angel...

—¡No me digas!

Simón Templar estaba en pie, como una roca. A la impaciencia de Conway le pareció que llevaba de aquella manera toda una eternidad, como si su cerebro lo hubiese abandonado de pronto. Sin embargo, solo había sido cosa de unos segundos, y durante ese tiempo el cerebro de El Santo había girado y remolineado, tratando de hacer los reajustes necesarios con salvaje precisión.

De manera que Cara de Angel los había aventajado en el salto... No debió de ser por más de una fracción de minuto. Como habían pedido dificultades, se vieron metidos de lleno en lo más confuso del jaleo. Habían venido

preparados para burlarse de los hombres de la Ley; ahora tenían que vérselas con los hombres de la Ley y con los hombres sin ley, y una causa común unía por lo menos a ambos grupos: ¡hacerse los dueños de K. B. Vargan! A pesar de que ambas partes estuviesen en guerra en todo lo demás...

El Santo dijo suavemente, para asombro de su compañero:

—Hemos ganado este ¡manos abajo! ¡Tenemos suerte!

—¡Si a esto le llamas suerte!...

—¡Claro que sí! ¿Podíamos haber llegado en mejor momento? Ambas cuadrillas se han sacudido de firme... y se han dañado la una a la otra, probablemente..., y los muchachos amigos del Minúsculo Tim han trabajado para nosotros haciendo la tarea sucia...

Otro disparo le cortó la palabra... y luego otro... y después un chisporroteo confuso de tres o cuatro...

—¡Llegó nuestro momento! —exclamó El Santo. Roger Conway estaba a su lado cuando saltó camino adelante.

No había señal de los centinelas, pero salió corriendo hacia ellos desde la oscuridad un hombre, pisando fuerte y jadeando. El Santo apartó de lado a Conway y levantó un pie muy a tiempo. Al caer el hombre cabeza abajo y con los brazos extendidos, Simón se arrojó encima y le golpeó la cabeza contra el suelo con fuerza capaz de aturdirle. Luego levantó rápidamente al hombre, que había quedado entontecido y lo miró muy de cerca.

—Que me ahorquen si no es un policía —dijo El Santo—. Es un ligero error, Roger.

El hombre le contestó con un puñetazo, bamboleándose inseguro, y El Santo, muy pesaroso, le lanzó un directo a la barbilla, y vio cómo caía al suelo convertido en un montón desquiciado de huesos.

—¿Y ahora? —preguntó Conway; una segunda sucesión de disparos resonó en medio de la noche a modo de contestación.

El Santo dijo tristemente:

—Esta es una reunión muy alborotada. Vamos a empeorarla, ¿no te parece?

Tiró de pistola automática e hizo un par de disparos al aire. La respuesta fue mucho más rápida de lo que él había esperado. Dos pequeñas lenguas de fuego le escupieron desde la oscuridad de enfrente, y dos balas cantaron por encima de sus cabezas.

Simón hizo notar con tranquilidad:

—Ahí tienes a alguien que nos quiere. Por este lado...

Se precipitó camino adelante, dirigiendo.

Y en ese momento, saliendo de la oscuridad, adquirieron vida deslumbrante los faros de un automóvil, parecidos a dos ojos monstruosos. Conway y El Santo quedaron inmóviles durante un segundo en medio del resplandor que había tallado en la oscuridad un gran agujero luminoso, como si fuese la boca de una draga gigantesca. Tan repentina y cegadora resultaba aquella luz inesperada, que casi fatalmente perdieron un instante antes de advertir que el auto no permanecía inmóvil, sino que se lanzaba hacia ellos, aumentando su velocidad como un tren expreso.

—¡Cuidado! —dijo El Santo, y su voz se sobrepuso al ¡rat-rat-rat-! de otra automática invisible.

En el mismo instante giró y se agachó con la velocidad de una culebra que va a dar el golpe. Agarró a Conway por las rodillas y lo precipitó, literalmente, por encima del seto bajo que había junto al camino. Lo hizo con una exactitud y una rapidez que apenas podría haber mejorado el más duro y hábil futbolista.

Conway, sobresaltado, al ponerse en pie tambaleante, vio caer a tierra a El Santo junto a él, después de dar un salto, y pudo ver cómo la larga forma de un coche cerrado cruzaba como un relámpago, siguiendo la pista de aquel brillo de luces que hería los ojos...; lo vio tan cerca, que las aletas y el cuadro de mando arrancaron del seto un vuelo de ramitas. Y comprendió que, sin la rapidez de El Santo, no habrían tenido en manera alguna aquella escapatoria por los pelos.

Podía haber hablado algo del asunto. De acuerdo con un procedimiento corriente, debería haber dado las gracias a su salvador con voz conmovida; pero algo hubo que le dijo a Conway que no había tiempo para tales pequeñeces. Además, El Santo había metido aquel incidente en su carrera: para entonces ya lo había deslizado en la confusa aureola de sus recuerdos lejanos, y se habría asombrado, probablemente, de que le recordasen en aquella ocasión el asunto. Quizá en sus años decrepitos, al lado de un fuego pacífico y perezoso... Pero de inmediato, en el acto, solo se preocupaba del futuro que estaba encima.

Miraba hacia atrás, en dirección a la casa. Veíanse aún luces en algunas ventanas..., podía haber sido una escena completamente serena y tranquila, a no ser por el fondo trepidante de las descargas que se oían con intermitencia, aunque estas pudieran haber sido un festejo infantil de Guy Fawkes, si fuera el día de Guy Fawkes. Pero tampoco pensaba El Santo en estas cosas. Buscaba las sombras de junto a la puerta exterior y de pronto descubrió una

más profunda y de aspecto más sólido entre las demás, una sombra voluminosa...

¡Crack!

Surgió de la sombra voluminosa una minúscula llamarada, y oyeron un tintineo de cristales rotos; pero el coche que escapaba hallábase solo a pocos metros de la carretera principal.

Conway daba a El Santo sacudidas en el hombro, balbuciendo:

—¡Se escapan!, Santo, ¿por qué no haces fuego?

El Santo levantó de manera mecánica su pistola a pesar de que sabía que la probabilidad de hacer blanco con aquella luz era de uno contra cien... y El Santo, como tirador de pistola, no había tenido nunca necesidad de acudir a una clase de campeonato.

Volvió a bajar de nuevo su arma, lanzando una especie de jadeo, y su mano izquierda se cerró sobre el brazo de Conway, apretando como un tornillo. Y exclamó:

—*¡No podrán pasar! ¡Dejé mi coche metido en la parte delantera del camino y no les queda espacio para girar!*

Y Roger Conway, que miraba fascinado, vio cómo el resplandor de los faros delanteros del coche que avanzaba ponían de relieve la forma fina y azulada del Furillac, y escuchó, antes de oír el ruido del choque, el chirrido de los torturados neumáticos agarrándose ineficazmente al camino.

Las luces se desvanecieron en medio de un estrépito de astillas, y se hizo momentáneamente el silencio, produciéndose la oscuridad.

—¡Son nuestros! —exclamó con fuerza y lleno de júbilo El Santo.

La sombra voluminosa había salido de la puerta exterior y caminaba hacia ellos por el camino. El Santo saltó por encima del seto lo mismo que un gato, cayendo con ligereza sobre sus pies, delante mismo de Teal; el detective lo vio demasiado tarde.

—¡Lo siento! —murmuró El Santo, y realmente lo sentía; pero puso en el golpe que lanzó a la boca del estómago de Teal hasta la última onza de su dinámico peso de luchador.

El Santo trataba de ordinario con la más sincera atención a la Policía en general y al inspector-jefe Teal en particular; pero aquella noche no estaba sino para cortesías lacónicas. Además, el inspector Teal disponía de una pistola y, dadas las circunstancias, era posible que le hiciese fuego primero y que luego le preguntase. Además, El Santo tenía sus propias ideas y proyectos del rescate de Vargan de entre las manos de la partida atacante, y en esas ideas y proyectos no entraba ni la cooperación ni la interferencia de las

fuerzas de Policía. Estos tres argumentos convincentes los resumió en aquel golpe de martinete que dirigió al tercer botón del chaleco de Teal y que hizo caer al detective lanzando un gemido de angustia.

El Santo se volvió y marchó volando por el sendero adelante, en pos de Roger Conway.

Oyó un grito a sus espaldas, y otra vez ladró salvajemente en la noche una pistola. El Santo sintió que el proyectil movía junto a su mejilla un golpe de viento. Era evidente que otro policía, por lo menos, había quedado superviviente del ataque de Marius; pero El Santo se dijo que podía posponer de momento otras disputas con la Policía. Se ladeó, pegando un salto como el de una liebre, y voló hacia adelante, sabedor de que solo por un golpe de suerte..., o de desgracia..., podía haberle herido aquel disparo, sin temer que otro fuese tan afortunado.

El detective, que había salido del jardín siguiendo a Teal, también debió de darse cuenta de lo mismo, porque ya no hizo fuego. Pero cuando El Santo se detuvo junto al coche sedan, que estaba inexplicablemente destrozado junto con los restos del Furillac, oyó en la oscuridad los pasos del hombre que se lanzaba hacia él.

Conway estaba abriendo la portezuela delantera; y fue un milagro que su carrera no quedara allí, cortada en seco por el disparo que desde el interior del coche le hicieron y que pasó ladrando junto a su oreja. Pero no tuvo eco..., fue nada más que el ¡plop! de un silenciador eficiente..., y entonces se dijo que el único disparo escuchado por ellos lo habían hecho los policías. Los asaltantes no se habían mostrado tan violentos como El Santo creía.

Un instante después, Simón Templar había abierto una portezuela del otro lado del sedan.

—¡No seas malo, muchacho! —dijo Simón Templar al ocupante, reconviéndole.

Su largo brazo se lanzó por encima del hombro del artista de la pistola, y su mano musculosa se cerró, retorciendo, encima de la automática. El disparo de esta atravesó el techo del coche, en lugar de agujerearle la cabeza a Conway.

Entonces El Santo retorció la pistola hasta ponérsela al hombre encima de las costillas:

—Haz fuego ahora, precioso —le dijo, animándolo; pero el hombre permaneció completamente inmóvil.

Estaba en el asiento posterior del coche, junto a Vargan. No había nadie en el asiento del conductor, y la portezuela de ese lado estaba abierta. El

Santo se preguntó quién había sido el conductor, hacia dónde había tirado y si no habría sido el mismo Cara de Angel; pero poco era el tiempo de que disponía para especular sobre ese asunto, y cualquier posibilidad de peligro que se presentase de parte del conductor desaparecido tendría que afrontarla en el momento en que se materializase.

Conway sacó de un tirón a Vargan a la carretera por un lado; El Santo apretó con su mano libre el cuello del artista de la pistola y lo sacó por el otro lado. Lo desarmó, retorciéndole la mano, y acto continuo le hizo volverse con habilidad, diciéndole:

—Duerme, hermoso.

Lo noqueó de un *uppercut* aplicado con una sabia mezcla de ciencia y de fuerza bruta.

Se volvió, descubrió la boca de una pistola automática y levantó en el acto sus manos. Había deslizado su propia arma dentro del bolsillo, a fin de tratar con mayor comodidad al hombre del automóvil, y comprendió que sería peligroso tratar de alcanzarla. Y dijo genialmente, arrastrando las palabras:

—Estamos disfrutando de un tiempo precioso, ¿no es cierto?

Sacó la conclusión de que debía de ser el guardia que le había disparado mientras corría por el camino; aunque pesado, no parecía por su cuerpo ser hombre de las gigantescas proporciones de Cara de Angel. Además, Cara de Angel, o cualquiera de sus hombres, le habría dado al gatillo hacía ya diez segundos.

La automática estaba metida en el pecho de El Santo, y este sintió que su bolsillo era aliviado ligeramente de su pistola. Aquel hombre exhaló su satisfacción respirando largamente. Y comentó con voz severa:

—Ya tenemos por lo menos a uno.

—Encantado de conocerlo —dijo El Santo.

Así estaban las cosas.

La voz de El Santo seguía imperturbable, como si estuviese en un cuarto de fumar ocupado en una charla sin importancia, y no hablando, con sus manos en el aire, teniendo a un detective con cara de pocos amigos apuntándole al diafragma con una Smith-Wesson. La situación era indiscutiblemente apretada. De haber sido ligeramente distintas las circunstancias, El Santo se las habría entendido con esta dificultad de la misma manera que con Marius en su primer encuentro. Marius lo había tenido tan efectivamente encañonado como este. Pero aquel había calculado que se trataba de una cosa sencilla, y se había visto por ello una fracción por debajo de tono; en cambio, este hombre esperaba evidentemente dificultades. Habría

sido un tonto de nacimiento si no las hubiese esperado, en vista de lo que debía haber pasado ya aquella noche. Algo dijo a Simón, que tampoco había nacido tonto. Algo, con la firmeza natural con que sostenía la automática...

Sin embargo, había que superar aquel obstáculo fuese como fuese. El Santo gritó fríamente, con alegría:

—Roger, llévate a Vargan. Algún día nos veremos.

Dio dos pasos hacia un lado, manteniendo sus manos muy en alto. El detective le gritó:

—¡No se mueva!

El Santo se detuvo prontamente; pero ahora estaba en situación de ver lo que pasaba por la parte de detrás del sedan.

La luz posterior roja del Hironde se movía... Norman Kent retrocedía con el auto para ganar tiempo.

Conway se inclinó y se echó al profesor a la espalda igual que si fuese un saco de patatas. Después miró hacia atrás, vacilante, en dirección a Simón. Este le gritó con impaciencia:

—¡Lárgate, estúpido, mientras tienes oportunidad!

En aquel momento seguía creyendo aún que tendría que sacrificarse a fin de cubrir la retirada de su amigo. Claro está que no se dejaría matar tranquilamente. Pero...

Vio que Conway se alejaba y empezaba a trotar, y expresó su alivio con un suspiro.

Luego, vio en un segundo de qué manera tendría la oportunidad, y tensó vivamente sus músculos. Y se le presentó la oportunidad.

No fue culpa del detective, que trató simplemente de lograr lo imposible. Estaba dividido entre el deseo de conservar a su prisionero y de ver lo que le ocurría al hombre al que tenía obligación de guardar. Sabía que se lo llevaban y tendría que hacer algo para impedirlo; sin embargo, el respeto a la desesperación de su cautivo lo tenía tan sujeto como si hubiese sido el cautivo quien le amenazaba con el arma. El detective debió haber disparado contra el cautivo, siguiendo adelante con su tarea; pero, poseído de una especie de pánico, trató de encontrar una solución menos sangrienta, y la solución que halló no tenía nada de tal. Trató de dividir su atención, aplicándola a dos cosas a un tiempo; y esa pretensión, debió haberlo sabido, era fatal para emplearla con un hombre como El Santo. Pero la verdad es que entonces no lo conocía muy bien.

Simón Templar se había situado en tal posición, con aquellos dos pasos de costado que el detective le había permitido dar, que las líneas de visión de

este, si hubiese sido capaz de mirar en las dos ocasiones, es decir, a Conway con un ojo y a El Santo con el otro, habrían formado un ángulo obtuso. Y como las órbitas ópticas del detective no eran capaces de semejante hazaña, no podía ver lo que Conway estaba haciendo sin apartar sus ojos de Simón Templar.

El detective era un ser absurdo.

Su mirada abandonó por un instante a El Santo. Quedará en el misterio cómo se imaginó que saldría del paso. El Santo no se hizo en aquel momento esa pregunta, ni se preocupó de hacérsela más tarde. En aquel instante de gracia, El Santo, despreocupándose de la amenaza de la automática, descargó un golpe demoledor con su izquierda, que reunió la fuerza de todos los músculos de su cuerpo, desde las puntas de los pies hasta la muñeca.

El Santo corrió hacia el Hiron del antes que el hombre hubiese llegado al suelo.

Acababa Conway de arrojar su carga forcejeante en el asiento trasero del coche, cuando El Santo saltaba a la parte delantera y daba un golpe a Norman Kent en el hombro.

—¡Da marcha hacia adelante, muchacho! —le gritó.

El Hiron del volaba hacia adelante cuando él y Conway trepaban en la parte de atrás.

Sujetó con un abrazo hercúleo las piernas que Vargan sacudía y mantuvo inmóvil al hombre de ciencia, que se retorció, en tanto que Conway le ataba los tobillos con la cuerda que habían traído con ese objeto. Las hábiles manos del equipo de raptos le ataron todo lo demás que había que atarle..., las muñecas estaban trabadas con un trozo de fuerte cuerda y una mordaza de profesional ahogaba los posibles gritos que de otra manera habría lanzado.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Norman Kent por encima del hombro.

El Santo se inclinó sobre el asiento delantero y le explicó:

—La verdad es que no habríamos podido hacerlo mejor aunque lo hubiésemos pensado. Desde luego, Cara de Angel llevó esta correría como no la habría llevado un aficionado. No es posible vencerlo. Nada de sutilezas ni de reservas, que nosotros sepamos. Ha dado el golpe como un bandido de los de Chicago, y al diablo las consecuencias. Aquí tenéis la prueba de lo muy en serio que toma este asunto.

—¿Cuántos hombres puso en juego?

—No lo sé. Solo tropezamos con uno, que no era Cara de Angel. Es posible que este se encontrase dentro del auto con Vargan, pero se había largado con viento fresco cuando Roger y yo llegamos. Un hombre como él

no acomete la tarea con un coche solitario y un par de hombres. Debía de tener un auto de repuesto en alguna parte..., es probable que lo tuviese en el camino, pero más adelante. Debieron de entrar por otro lado, aunque no sé por dónde... Puedes encender las luces, que estamos ya fuera de su vista.

Se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo.

A pesar de que el éxito era en gran parte accidental, les había costado gran trabajo. El Santo fruncía el ceño bastante pensativo. No se preocupaba de la pérdida de su automóvil..., ese era un detalle sin importancia en sí. Pero aquella noche había perdido algo mucho más importante.

—Parece que voy a tener que decir adiós a Inglaterra —dijo.

Conway, que tenía un cerebro algo más lento, quedó sorprendido.

—¿Cómo? ¿Te vas a marchar al extranjero después de esto?

El Santo se echó a reír con bastante tristeza.

—¡No tengo otro remedio! —contestó—. No pudimos ausentarnos con mi Furillac, y gracias a él me seguirá Teal la pista. No sabe que yo soy El Santo, pero creo que, aunque no lo sepa, pueden aplicarme con todo su peso la ley de Secretos Oficiales. Sin contar con que todo el daño que la cuadrilla de Cara de Angel haya podido hacer a la Policía nos lo cargarán a nosotros. No hay nada que demuestre que no formábamos parte de la incursión primitiva, como no sean las declaraciones de la cuadrilla misma..., y yo apostaría a que ellos no hablarán... No, Roger mío. Estamos indudablemente nadando en un enorme cuenco de sopa. Mañana por la mañana, toda la Policía de Londres estará buscándome, y para mañana por la noche mi fotografía estará expuesta en todas las comisarías de Inglaterra... ¿Verdad que va a ser divertido?... como le dijo el obispo a la actriz.

Pero El Santo no le daba la importancia y la gracia que podía tener.

—¿Será seguro que marchemos a Maidenhead? —preguntó Conway.

—Eso nos sirve de consuelo. Las escrituras del *bungalow* están a nombre de Patricia Windermere, que se entretiene en sus momentos libres haciendo el papel de Patricia Holm. Durante todo el año pasado he guardado esa broma oculta, por si ocurría algún accidente.

—¿Y Brook Street?

El Santo se rió por lo bajo. Y dijo:

—Brook Street está puesto a tu nombre, mi querido y respetable Roger. Me pareció que sería más seguro. Me instalé simplemente como inquilino tuyo. No, por ese lado estamos seguros..., aunque no creo que la seguridad dure mucho. Quizá unos cuantos días... La dirección registrada en mi automóvil la inventé con idea... Pero hay una dificultad..., irán a dar con los

agentes, con aquellos a quienes les compré el auto. Hace nada más que un mes que se lo envié para limpiar y les di la dirección mía de Brook Street... ¡Fue un descuido!... ¿En qué día estamos?

—Domingo por la mañana.

Simón se irguió:

—¡Otra vez salvado! No podrán hacer averiguaciones en serio hasta el lunes. No necesitamos más tiempo. Tengo que echar mano a Pat...

Se tumbó otra vez en el asiento y permaneció silencioso durante el resto del viaje; pero en su imaginación había escasa quietud. Hacía vagos proyectos, imaginaba disparates, soñando despierto, dejando que su fantasía jugase como bien le pareciese con aquel nuevo estado de cosas; pero todo cuanto encontró fue una resignación lastimosa.

—Por lo menos, podría haber salido peor, para ser una última aventura... —exclamó.

Eran las cuatro de la madrugada cuando detuvieron el auto fuera del *bungalow*; el incansable Orace abrió la portezuela delantera antes que se detuviese el auto. El Santo vio cómo se llevaban a Vargan al interior de la casa, y encontró en el comedor cerveza y bocadillos, que Orace había sacado antes que llegasen.

—Lejos, pero bueno —dijo Robert Conway cuando estuvieron reunidos los tres delante del tentempié.

—Lejos —convino El Santo..., dando tal entonación a la frase, que sus dos compañeros le miraron bruscamente.

—¿Lo dices con alguna segunda intención? —preguntó Norman Kent.

Simón se sonrió.

—Lo digo... por lo que lo digo. Tengo la sensación de que algo nos amenaza. No es la Policía..., por lo que a la Policía se refiere, yo diría que las probabilidades son de dos a uno en favor nuestro. No sé si se trata de Cara de Angel. En realidad, no sé nada. Es lo que llamaríamos una premonición, muchachos.

—Olvídala —le aconsejó Roger Conway, con sano juicio.

Pero El Santo se puso a mirar por la ventana la fría palidez que blanqueaba el borde oriental del firmamento, y seguía preguntándose por aquel misterio.

SIMÓN TEMPLAR REGRESA A BROOK STREET Y LO QUE ALLÍ LE OCURRE

Sirvieron en el *bungalow* el desayuno a una hora en que la gente ordinaria, aun en domingo, está terminando la comida del mediodía. Conway y Kent se sentaron a la mesa en mangas de camisa y con un despeinado que los hacía gruesos; pero El Santo, que estuvo nadando en el río, se había afeitado con la navaja de Orace y se había vestido con el mismo esmero que si se estuviese preparando para que le hiciesen un retrato para la portada de una revista; la proverbial margarita mañanera habría parecido positivamente macilenta a su lado.

Roger se quejó, después de inspeccionar la aparición:

—Nadie tiene derecho a presentarse así a semejantes horas de la mañana.

El Santo se sirvió tres huevos fritos, con el correspondiente tocino, y se sentó en su sitio.

—Si me fuera posible abrir bastante vuestros ojos legañosos para que vierais la esfera de ese reloj, os daríais cuenta de que son más de las dos y media de la tarde.

Conway protestó en tono suave:

—Las cosas tienen un principio. No nos hemos acostado hasta cerca de las seis. Y tres huevos...

El Santo hizo una mueca:

—Es el apetito del hombre sano que vive al aire libre. Mientras vosotros dos roncabais, yo me zambullía alegre en el Támesis.

Norman abrió un periódico, y dijo, rectificándole:

—Quien roncaba era Roger. Veinticuatro horas al día está con la boca abierta —y agregó ofensivamente—: Ahora está hablando con la boca llena.

Conway se manifestó contrariado:

—No estaba comiendo.

—Sí que lo estabas —afirmó El Santo, abrumándolo—. Yo te oí.

Echó mano al cacharro del café y llenó una taza para sí mismo, haciendo un floreo.

La premonición del peligro que tuvo aquella mañana temprano la había olvidado tan por completo como si le hubiesen borrado una parte de su memoria. La verdad es que rara vez se había sentido más dispuesto y mejor aparejado para enfrentarse con cualquier suma de riesgos.

El sol brillaba fuera, sobre el jardín y el prado que llegaban hasta el río; entraba por los miradores abiertos una corriente de aire suave, frío, fragante, del olor de las flores.

La violencia febril de la noche anterior se había desvanecido tan por completo como su oscuridad, y al desvanecerse la oscuridad y la violencia, se desvanecieron también los humores de negros presentimientos. Todo aquello pertenecía a la noche; bajo la clara luz del día le faltaba realidad, era fantástica e increíble. Había habido un combate... Nada más. Habría más combates. Estaba muy bien que así ocurriese... Un hombre debería tener una causa como aquella para luchar, y un corazón y un cuerpo con los que acometer la pelea... El Santo parecía haber escuchado de nuevo hacía una hora el sonido de la trompeta, cuando regresaba de su baño...

Al terminar de comer, empujó hacia atrás su silla y encendió un cigarrillo. Conway le miró, como esperando.

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Dices nos vamos?

—Yo te acompañaré.

—Perfectamente —le contestó El Santo—. Saldremos así que estés preparado. Tenemos muchas cosas que hacer. Brook Street, con todo lo que allí hay, estará probablemente en manos de la Policía el lunes, pero eso es una cosa que no la podemos remediar. Me gustaría poner a salvo mis ropas y un par de objetos más sin importancia. Vosotros dos tendréis que hacer vuestras maletas, para que dispongáis de todo mientras estáis aquí, y habrá también que empaquetar las cosas de Pat. Por último, yo necesitaré algún dinero. Creo que eso es todo, y habrá para mantenernos bien ocupados.

—¿En qué tren viaja Pat? —preguntó Norman.

El Santo reconoció que la pregunta estaba en su punto.

—Convendría enterarse. Voy a echar mano del teléfono y lo averiguaré mientras Conway se arregla.

Consiguió la conferencia en diez minutos, y acto continuo le habló:

—¡Hola, Pat, querida! ¿Cómo andamos?

Ella no necesitó preguntar quién era el que le hablaba con aquella voz perezosa y divertida.

—¡Hola, Simón! ¿Qué dices, muchacho?

El Santo le contestó:

—Llamé porque hace ya dos días que te dije que eres la mujer más encantadora y adorable del mundo, y que te amo. Además, para nosotros, que vivimos a la par, ¿quieres decirme cuándo regresas?... No, no es que tenga un compromiso especial... Eso no importa... Para decirte la verdad, no queremos que te retrases, pero tampoco queremos, para decirte la verdad, que adelantes tu vuelta... Te lo contaré cuando nos veamos. Es sabido que el teléfono tiene oídos... Bien, ya que insistes, el hecho es que Roger y yo estamos obsequiando a una pareja de gentecilla, y si llegases antes de tiempo lo descubrirías... Sí, son gente muy lista... Eso se arregla en seguida... Elegiré ahora mismo un tren, si eso te agrada. Espera...

Se volvió.

—Pásame la guía de ferrocarriles, Norman... Está en ese rincón, debajo de los números atrasados de *La Vie Parisienne*...

Cogió con habilidad el volumen.

—¿A qué hora podrás salir de esa fiesta?... ¿A las siete?... Perfectamente. Terry puede llevarte en su auto hasta Exeter, y si no te mata en el camino te sobrará tiempo para que cojas allí un tren de apariencia muy bonita... ¡Maldita sea! Estaba mirando los trenes de entre semana... Los trenes dominicales son tan lentos como un escocés despidiéndose de medio penique... Escucha, el único tren que podrás coger ahora es el de las cuatro cincuenta y ocho. Llega a las nueve y veinte. El único, después de este, en que podrás salir no llega a Londres hasta cerca de las cuatro de mañana por la mañana... Creo que no debes esperar ese tren. Es cosa importante... Muy bien, querida. Te espero en Brook Street a eso de las nueve y media... Hasta pronto, muchacha. Que Dios te bendiga...

Colgó el receptor, sonriente, en el momento mismo que Roger Conway volvía al comedor después de vestirse y arreglarse con rapidez digna de elogio.

—¡Y ahora, Robert, muchacho, nos largamos!

—Todo listo, patrón.

—Pues ¡andando!

El Santo, con las manos en las caderas, se rió suavemente. Sus negros cabellos estaban peinados con la máxima perfección, sus azules ojos

bailoteaban y su cara morena estaba iluminada con un entusiasmo absurdamente juvenil. Agarró del brazo a Conway y salieron juntos.

Al acercarse al coche, Roger caminaba con paso cada vez más lento. Parecía como si una idea se le hubiese ocurrido de pronto.

—¿Vas a guiar tú?

—Sí —le contestó El Santo.

Conway subió al auto dejando escapar un suspiro insatisfecho. Sabía, por experiencia amarga, que El Santo tenía ideas originales, que ponían los pelos de punta, sobre la manera de guiar autos de mucha potencia.

Llegaron a Brook Street a las cuatro y media. Roger preguntó:

—¿Piensas también conducir en el viaje de vuelta?

—Eso pienso —le contestó El Santo.

Conway se tapó los ojos, y dijo:

—¿Quieres poner antes a mi disposición un hermoso tren que marche a pequeña velocidad? Entonces puedes matarte con la bendición mía.

Simón se echó a reír y lo agarró del brazo, diciéndole:

—Arriba encontrarás cerveza. Y luego a trabajar. ¡Andando, muchacho!

Trabajaron por espacio de tres horas. Una parte de ellas las invirtió Conway en ayudar a El Santo; luego se marchó a preparar sus cosas y las de Norman Kent. Regresó a eso de las ocho, y cargó directamente en el Hiron del equipaje, sacándolo del taxi. El Santo completó la aportación..., dos maletas, de las del barco, en el portaequipajes, y una pesada maleta dentro. El Hiron del producía la sensación de ayudar al traslado completo de una casa.

Conway encontró a El Santo despachando con rapidez fenomenal un doble de cerveza.

—¡Vaya! —exclamó alarmado Conway.

—Bébette tu cerveza con rapidez —le aconsejó El Santo señalándole otro doble que esperaba, lleno y dispuesto, encima de la mesa—. Ahora mismo salimos.

—¿Que salimos? —repitió Roger, intrigado.

Simón le indicó con su doble vacío la ventana.

—Ahí fuera hay una pareja de buenos mozos ocupados enérgicamente en no hacer nada. Me imagino que no te fijaste en ellos cuando has llegado. Yo tampoco, hasta hace un momento. Juraría que los pusieron de guardia hace poco..., no pude menos que verlos cuando cargué el auto. Pero han visto ya lo suficiente. Demasiado. Con exceso.

Conway se dirigió a la ventana y miró fuera.

Y dijo luego:

—No veo a ningún sospechoso.

El Santo, aproximándose a él, dijo:

—Tienes el alma inocente y sin doblez, monada. Si fueras un pecador tan viejo como yo, habrías... ¡Que me lleven todos los demonios!

Conway le miró con gravedad, y le dijo:

—Es la cerveza. No te preocupes; dentro de unos minutos te sentirás mejor.

—¡Que me condene si me siento mejor! —contestó, irritado, El Santo.

Dejó de golpe su doble en la repisa de la ventana y agarró a Roger por los dos hombros, gritando:

—¡No seas idiota, Roger! Ya me conoces. Te digo que esta casa estaba vigilada. Por la Policía o por Cara de Angel. No puedo decir por cuál de los dos, pero casi de seguro que por Cara de Angel. Teal no ha tenido posibilidad de disponer de tiempo para hacer esto. Te apuesto cualquier cosa. Pero sí que Cara de Angel ha dispuesto de tiempo. Y esos dos vigilantes suyos se han largado con la noticia de nuestras andanzas. ¡Si lo poco que yo sé sobre Cara de Angel es cierto, Brook Street se va a convertir en un lugar poco más saludable que una hoguera del infierno!... ¡antes que pase una hora!

—Pero Pat...

El Santo miró a su reloj.

—Tenemos un par de horas que ocupar de cualquier manera. El Hironde nos sacará de apuros. Marcharemos a Maidenhead, dejaremos el equipaje y regresaremos a la estación de Paddington antes que llegue el tren.

—¿Y si tenemos una avería?

—¡Al diablo la avería!... Pero tienes razón... Estamos a tiempo de rectificar: te dejaré a ti en la estación y haré solo el viaje de vuelta hasta Maidenhead. Puedes tú pasarlo bien en el bar, y yo te encontraré allí... También es una buena idea esta de desembarazarse del equipaje. No sabemos si el mundo se habrá vuelto bastante pegajoso para las nueve y media, y si no será más seguro hacer el viaje con la carga mientras no hay dificultades. Si me marcho en este instante, no habrán tenido tiempo de hacer preparativos para seguirme; y si más tarde nos siguen, será mucho más fácil burlarlos no teniendo carga que nos obligue a retrasar la marcha.

Conway se vio forzado a bajar a toda prisa las escaleras en tanto que escuchaba las últimas palabras de El Santo. Su discurso dio la sensación de haber empezado en Brook Street y de acabar en Paddington. Desde luego, que una gran parte de la impresión que le produjo fue tan solo producto de la imaginación sobreexcitada de Conway; pero tenía cierto fundamento en la

realidad, y la impresión surgida de esta era un síntoma de la asombrosa velocidad que Simón Templar tenía de transformar sus decisiones en actos.

Roger Conway recobró su conciencia coherente dentro del comedor de la estación..., y ya para entonces volaba Simón Templar en su Hirondele hacia el Oeste.

El cerebro de El Santo era un fenómeno vivo de interrogaciones. ¿Dispondría Marius hacer una incursión en el piso de Brook Street? ¿O llegaría a la conclusión de que los pájaros habían volado al encontrarse que había desaparecido el auto cargado con las maletas? En ninguno de los dos casos parecía tener importancia la decisión de Marius, pero sí que la tenía el que decidiese qué debía hacer. En todo caso, puesto que Marius tenía que saber que El Santo había tomado parte en la trifulca de Esher, ¿por qué razón no había realizado antes la incursión contra Brook Street?... Contestación: a) porque una salida como aquella precisaba organizarla un poco, y b) porque en todo caso era preferible esperar hasta después de oscurecido. En una época del año como la que se encontraban, eso exigía que la noche estuviese bastante avanzada. Por consiguiente, con tal que el viaje de ida y vuelta a Maidenhead se hiciese con el debido tiempo... Con seguridad que Marius estaba preparando algo. Ponte en el lugar de tu enemigo...

De modo, pues, que El Santo llegó a Maidenhead en menos de una hora, y antes de cinco minutos estuvo de nuevo en la carretera.

No fue culpa suya si a mitad del camino de vuelta se vio obligado a parar por una avería en el carburador, que le llevó quince minutos encontrar y reparar.

Aun así, prodújole asombro a él mismo el tiempo que invirtió en el resto del viaje.

A la entrada de la estación se vio realmente lanzado como una bala sobre Roger Conway.

—¡Hola! —dijo El Santo—. ¿Adónde vas? El tren está a punto de llegar. Conway se le quedó mirando.

Luego apunto sin decir palabra el reloj del despacho de billetes.

Simón lo miró y se puso blanco.

—Pero mi reloj —empezó a decir atontado—, mi reloj...

—Debiste olvidarte de darle cuerda la noche pasada.

—¿Saliste al tren?

Conway movió la cabeza afirmativamente:

—Es posible que no la haya visto, pero juraría que no estaba en el tren. Probablemente lo perdió...

—Entonces tiene que haber en Brook Street un telegrama anunciándolo. ¡Iremos allá..., aunque tropecemos en el camino con todos los ejércitos de Europa!

Marcharon. Más adelante, Conway prefirió no recordar el viaje.

La paz parecía reinar allí, a pesar de todo. Las lámparas de la calle estaban encendidas, y estaba oscureciendo rápidamente, porque el firmamento se había encapotado al avanzar la tarde. Había por allí poca gente y apenas si se notaba el tráfico de coches. Nada había que pudiera compararse con una multitud... y tampoco había señal alguna de perturbación. Un hombre, apoyado negligentemente en una columna del alumbrado, fumaba su pipa como si nada más tuviera que hacer en el mundo. Como quien no quiere la cosa, otro hombre se le acercó, cuando el Hiron del se detuvo, y habló con él. No escapó el incidente a El Santo, pero lo pasó por alto.

Se metió por la puerta principal como un torbellino. Conway le siguió.

En realidad Conway pensaba que El Santo tropezaría allí con un puesto de guardia de la Policía, o con todo un batallón de gente de Cara de Angel. Pero allí no estaban ni los unos ni los otros. Por lo que él podía ver, no habían entrado en el piso. Este se encontraba tal como ellos lo habían dejado.

Pero tampoco había un telegrama. Conway exclamó sin esperanza:

—Es posible que yo no la haya encontrado. Pero ella debería estar camino de casa. Como no sea que el taxi se haya deshecho..., o que haya tenido un ligero accidente...

Se detuvo bruscamente ante la mirada que observó en los ojos de El Santo.

—Mira al reloj.

Roger miró al reloj. Este marcaba las diez menos cuarto.

Vio la mirada terrible de la cara de El Santo, y quedó hipnotizado. Todo había ocurrido con mayor rapidez que cuantas cosas se le habían presentado hasta entonces a Conway; le había hecho perder la cabeza, como un hombre embarcado en los mares tropicales en una pequeña lancha, que puede perderse en una borrasca. El golpe había sido demasiado fuerte para él. Lo sintió, pero incapaz de decir en qué forma le había sido aplicado; ni siquiera si, en efecto, le habían aplicado un golpe de alguna manera comprensible.

Solo pudo mirar al reloj y decir con abatimiento:

—Las diez menos cuarto.

El Santo decía:

—De haber perdido el tren me habría avisado.

—Quizá haya aguardado al próximo.

—¡Oh, por todos los diablos! —le contestó, refunfuñando, El Santo—. ¿No oíste cómo la llamé desde Maidenhead? En aquel momento miré todos los trenes y el más próximo no llega aquí hasta las tres cincuenta de mañana por la mañana... ¿Piensas que habría esperado a ese tren sin enviarme un telegrama?

—Pero yo no la vi en Paddington, y si algo le hubiese ocurrido a su taxi...

Pero El Santo había sacado un cigarrillo, y lo estaba encendiendo con una mano que nunca había estado tan segura; y su cara parecía una máscara helada.

—Sírvelte más cerveza —dijo.

Roger se movió para obedecer. El Santo agregó:

—Háblame tranquilamente y con cabeza, ¿quieres? Porque si me expones ideas tontas, no me ayudarás de ninguna manera. No tengo que llamar por teléfono a Terry para preguntarle si Pat subió al tren, porque sé que lo hizo. No tengo que preguntarte si estás seguro de que no la encontraste en la estación, porque estoy seguro de que no...

El Santo estaba partiendo pausadamente una cerilla en minúsculos fragmentos, dejándolos caer uno a uno en el cenicero. Y acabó diciéndole:

—Y no me digas que me estoy excitando por nada, porque ya lo sé. Y sé que Pat venía en un tren lento, que se detiene en otros lugares antes de llegar a Londres. Sé que Marius se apoderó de Pat, y sé que va a tratar de servirse de ella como de una fuerza para obligarme a que le entregue a Vargan, y sé también que voy a buscar al doctor Rayt Marius, y que lo mataré. De manera, Roger, que háblame muy tranquilamente y con mucha cordura, porque, de otro modo, voy a volverme loco.

6

CÓMO ROGER CONWAY GUIÓ EL HIRONDEL, Y EL SANTO COGIÓ EN SUS MANOS UN CUCHILLO

Conway tenía en cada mano un doble lleno de cerveza. Miró a los dobles igual que un hombre podría mirar a una pareja de dragones que se hubiesen metido en su sala. Le pareció a Roger, por no se sabe qué razón, que resultaba indeciblemente ridículo que él estuviese en el centro del cuarto de El Santo con un doble en cada mano. Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Estás seguro de que..., de que no le das demasiada importancia?

Y al decirlo comprendió que había dicho una cosa fatuamente absurda, y que habría ordenado alegremente que cualquiera que la hubiese dicho fuese ejecutado. Dejó los vasos de cerveza encima de la mesa y encendió un cigarrillo, con cara de pocos amigos. El Santo le dijo:

—Esa no es una observación serena ni de buen juicio. Eso es perder el tiempo. ¡Tú sabes, muchacho, cómo están las cosas entre Pat y yo! Tuve siempre la intuición de que si algo le ocurría a ella, yo lo sabría inmediatamente... aunque estuviese a mil kilómetros de distancia. Y ahora lo sé.

El férreo control de El Santo se perdió por un momento. Solo por un momento. Roger sintió que le agarraba el brazo de forma aplastadora. El Santo no conocía su fuerza. Roger gritó de dolor: pero no dijo absolutamente nada. Hallábase en presencia de una cosa que solo podía comprender confusamente.

—He visto por completo el asunto —dijo El Santo, con frialdad diabólica en la voz—. Lo vi mientras tú mirabas al reloj con la boca abierta. Tú también lo verás si pones tu alma en ello. Pero yo no necesito pensar.

—Pero ¿cómo pudo Marius...?

—¡Muy fácil! Nos había seguido ya la pista hasta aquí. Estuvo vigilando la casa. Es un hombre que hace las cosas completas. Naturalmente, hizo que

otros agentes siguiesen a las personas que me visitaban. ¿Y cómo iba él a pasar por alto a Pat?... Es probable que uno de sus hombres la siguiese hasta Devonshire. Y después de la función de Esher, Marius debió de ponerse en contacto con ese hombre. Podía hacerse fácilmente con ella viniendo en el tren. Pudieron sacarla, digamos en Reading... drogada... Ella no estaba prevenida. Ignoraba que la acechase ningún peligro. Ese individuo pudo hacerlo... Bastaba con que saliese a Reading un auto... y Marius pondrá a Pat en la balanza contra mí..., contra todo lo que nosotros estemos dispuestos a hacer. Quiere atarme de pies y manos. Va a poner a mi amiga en el frente de combate para ver si me atrevo a hacer fuego. Pondrá el reguero de pólvora debajo de su cuerpo bendito, dispuesto a la matanza ignominiosa. *Y se reirá de nosotros...*

Roger empezó entonces a ver las cosas menos confusamente, y miró con ojos dilatados a El Santo, tal como habría mirado a un espectro.

Y dijo, como hombre que se despierta de un sueño:

—Si lo que dices es verdad, nuestra función ha terminado.

El Santo le contestó:

—Lo que digo es verdad. Hazte a ti mismo la pregunta.

Soltó el brazo de Roger, como si entonces se hubiese dado cuenta de que lo tenía agarrado.

Se plantó en tres zancadas delante de la ventana. Conway había empezado a darse cuenta de sus propósitos, justificándolo y haciendo al mismo tiempo añicos esa justificación con dos palabras:

—Se marcharon.

—Que se han...

—Los dos. La cosa está clara; Marius mantuvo la vigilancia sobre la casa, por si nosotros queríamos hacerle una mala pasada. El hombre que llegó al mismo tiempo que nosotros era el relevo.

O un mensajero que traía el informe de que Marius se había hecho con la carta de triunfo, y que el que estaba de guardia podía largarse. Luego nos vieron llegar.

—Pero han tenido que marcharse hace un momento...

El Santo había vuelto junto a la mesa. Y dijo con violencia:

—Eso es precisamente. Se han marchado... y se han marchado hace solo un momento. Tenemos el auto fuera. ¿Te atreverías a reconocer a cualquiera de ellos?

—A uno sí, desde luego.

—Pues yo reconocería al otro. Pajarracos de aspecto extranjero con feas bocas. Otra vez se nos presenta la cosa fácil. ¡Sigámoslos!

Aquello era superior a la capacidad de Roger. Su cerebro no había recobrado aún el equilibrio. No lograba alejar de sí el convencimiento de que El Santo estaba levantando una sólida montaña, asentándola sobre una condenada topinera. No podía escapar a ese pensamiento, aunque el reloj de la repisa de la chimenea lo trataba de mentiroso con cada tic tac. Se interpuso entre El Santo y la puerta, de cualquier manera..., aunque no estaba seguro de lo que quería.

—¿No haríamos mejor en sentarnos y pensar bien antes de dar un paso temerario?

—¿No harías mejor en ahorcarte? —le contestó El Santo con irritación.

Pero luego se suavizó. Y puso sus manos en los hombros de Roger, diciéndole:

—¿No te acuerdas de otra ocasión en que estábamos en esta misma habitación tú y yo? Tratábamos de apoderarnos de Marius..., aunque por otras razones. Lo único que logramos fue dar con el número de su teléfono. Y eso es todo lo que sabemos hasta hoy... como no podamos conseguir que uno de estos pajarracos nos dé algo más que ese número. Es probable que sepan más que eso... Ya somos tipos de categoría para que nos ponga vigilancia de hombres importantes. Es la única posibilidad que tenemos de conseguir una clave; voy a aprovecharla... ¡Por aquí!

Apartó a Conway a un lado, y salió a toda prisa del piso. Conway le siguió. El Santo se detuvo en Brook Street y se volvió para mirar: Roger estaba a su lado.

—Tú guías.

Estaba abriendo la portezuela del auto cuando le espetó la orden. Al poner la mano en el mecanismo de arranque, El Santo trepó a su lado.

Roger exclamó, desesperanzado:

—No tenemos idea del camino que habrán seguido.

—¡Pon el auto en marcha! No son muchas las calles que hay por aquí alrededor. Toma este lugar como centro de un círculo. Métete en primer término por Regent Street, y da vuelta por Conduit Street hasta New Bond Street... Luego Oxford Street, para volver por Hanover Square. Vuela, hijo. ¿Es que no tienes imaginación?

Ahora bien, las calles deshabitadas de aquel distrito forman en el mapa un desatinado enredo, con tan pocos puntos de guía, que Roger tuvo la sensación de que era más difícil aquello que buscar un determinado granito de arena en

el desierto de Arizona. Pero no trató de decírselo a El Santo. Este no se lo habría admitido, y Roger no hubiera tenido valor para tratar de convencerlo.

Sin embargo, Roger estaba equivocado, y El Santo, sentado junto a él, guiaba el coche con las manos de aquel. Sabía El Santo que la gente de las ciudades tiende a moverse por los caminos más concurridos, especialmente cuando se encuentra en una ciudad extraña, por miedo a perderse... exactamente como un hombre perdido en el bosque sigue una senda tortuosa, más bien que dirigirse a través de campo abierto, en la dirección que cree que debería tomar. Aquellos hombres parecían extranjeros, y probablemente lo eran, y el extranjero teme perderse si se sale de las vías largas, rectas y brillantes, aunque estas lo lleven hacia su objetivo por las rutas más desviadas.

Todo eso, a menos que los extranjeros hubiesen echado mano de un guía del país que tuviese la forma de taxi. Pero tampoco podía Conway apuntar esa posibilidad a El Santo.

—Sigue por aquí —le dijo Simón Templar—. No te importe lo que te he dicho antes. Ahora yo me metería hacia la derecha... por Vigo Street.

Roger hizo girar el volante, y el Hiron del pasó rozando por delante de la nariz de un ómnibus. En la parte más estrecha de Vigo Street, un conductor de taxi pareció por un segundo que calculaba disputarles el derecho de paso; por suerte para todos los que mediaban en el asunto, abandonó precipitadamente esa idea.

Simón volvió a hablar:

—Derecho por Bond Street. Eso es.

Roger le dijo:

—Antes que hayamos terminado el recorrido, nos habremos encontrado con cuatro denuncias...

—¡Al diablo las denuncias! —dijo El Santo.

Cruzaron desatinados por delante de un policía que trató de detenerlos, y ellos ahogaron su grito ofendido en el tartamudeo de su tubo de escape.

Roger Conway recordó más tarde entre pesadillas cómo había conducido aquel día, y más que todo el resto del viaje, cómo había conducido en aquella última parte.

Obedecía ciegamente a El Santo. En todo caso, no era de Roger el auto. Jamás habría creído que en una calle de Londres pudiera llevar a cabo una manera de conducir tan cochina... si él mismo no se hubiese visto obligado.

La cosa, sin embargo, parecía ser inútil. Aunque en cada segundo de aquella carrera, cuando pudo apartar sus ojos de la calzada, se vio pasando en

revista las caras de los peatones que encontraban a su paso, no veía en modo alguno las que buscaba. Y suponiendo que encontrasen al fin a los hombres aquellos, ¿qué era lo que podría hacer en plena calle de Londres? ¿Llamaría a la Policía? A eso precisamente no se atrevían.

Pero Roger Conway era el único descorazonado. El Santo seguía insistiendo:

—Ahora nos meteremos por algunas calles laterales. Por allí...

Y Roger, como un autómata, se metió sobre dos ruedas por una esquina.

Por fin, hacia el extremo de George Street, Roger apuntó, y El Santo descubrió a dos hombres que caminaban el uno al lado del otro.

—¡Aquellos dos!

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó El Santo con suavidad, sin saber lo que decía, desesperadamente.

Y el coche saltó hacia adelante igual que caballo espoleado, al abrirle Roger todo el regulador.

En ese mismo momento, El Santo miraba a su alrededor y se levantaba del asiento. En Conduit Street había habido tráfico; pero en George Street no había en aquel instante más que un auto, aparcado y vacío, junto al bordillo, y tres peatones que marchaban por la otra acera... y los dos hombres.

Dijo El Santo:

—Ya son nuestros...

—Eso creo —le contestó Roger.

La verdad es que no lo creía, sino que estaba seguro, porque para entonces ya habían dejado atrás a los dos hombres y el Hiron del giraba hacia el bordillo con un chirrido de frenos, adelantándose unos metros a ellos.

—¡Sígueme! —dijo El Santo, y saltó del auto antes que estuviese completamente parado.

Se atravesó derecho en el camino de los dos hombres, que le miraron con curiosidad, sin sospechar nada.

Agarró por la solapa de la chaqueta con una mano al hombre más próximo con gran sorpresa suya. Un momento después, el hombre no sentía sorpresa ni emoción alguna. El Santo miró hacia un lado y vio que Roger venía hacia él; luego miró hacia el otro lado y le pegó un puñetazo debajo de la mandíbula al individuo.

La cabeza del hombre se dobló hacia atrás como si le hubiese pegado una bala de cañón. La verdad, era muy pequeña la diferencia entre la velocidad y la fuerza del puño de El Santo y la velocidad y la fuerza de una bala de cañón.

Pero el hombre no llegó al suelo. Conforme sus rodillas cedieron bajo su peso, y cuando su compañero saltaba hacia adelante con un grito que estallaba en su garganta, El Santo lo cogió por la cintura y lo alzó en el aire, arrojándolo por encima de la acera, de manera que fue a caer en los brazos de Conway.

—¡Uno a casa! —exclamó El Santo, y giró de nuevo sobre su talón.

Aún tenía el segundo hombre en su garganta el despertar de un grito, y en sus ojos el despertar de algo que hubiera podido tomarse por miedo, recelo, o una especie de perplejidad, confusa y sobresaltada; pero estas expresiones eran nebulosas y a medio formar, y jamás llegaron a la madurez, porque El Santo hizo girar al individuo alrededor de un hombro y cerró un brazo sobre su cuello de tal manera que le fue imposible gritar o dar salida a otra expresión que no fuese la de un hombre que está a punto de ahogarse.

Y con la misma presa, El Santo lo levantó del suelo, haciendo casi toda la fuerza en su cuello, de modo que el individuo debió de pensar que estaba a punto de rompérselo; lo único que se rompió efectivamente fue un muelle de uno de los asientos de la parte trasera del coche, cuando El Santo arrojó al individuo encima.

Y detrás de él subió al asiento trasero; y cuando el hombre intentó, al parecer, dar otro grito, Simón le agarró de las muñecas con tal fuerza que habría cambiado el grito en alarido, de no haberle hecho una advertencia:

—No chilles, corazón. Eso pudiera romperte ambos brazos.

Se lo dijo con frialdad.

El hombre no dio el alarido. Ni gritó. Su compañero yacía como muerto en el suelo del coche, a los pies de El Santo.

Esto ocurrió mucho después, a la fría luz del sentido común. Simón Templar tenía que preguntarse cómo diablos se había salido con la suya. Roger Conway, que en aquel momento estaba demasiado sano de juicio para sentirse cómodo, se preguntaba cómo estaba saliendo todo bien. De momento, Simón Templar estaba loco..., y la demostración era que se habían salido con la suya.

La rapidez ingeniosa de El Santo, y la soledad enteramente fortuita de la calle, habían hecho posible llevar a cabo el rapto sin hacer ruido alguno que llamase la atención. La poca gente que habría podido sentirse atraída siguió su camino sin preocuparse, inconsciente de los pocos segundos de febril melodrama que giraba por George Street detrás de sus pacíficas espaldas.

Nada habría tenido que ver con todo aquello, si El Santo hubiese actuado de la misma forma con la calle concurrida por una población atacada de

pánico, de hombres de paisano y de policías uniformados. De nuevo había demostrado El Santo, a plena satisfacción suya, que la mejor manera de solucionar los problemas desesperados es recurrir también a medidas desesperadas, y que la temeridad inteligente triunfa allí donde la excesiva discreción convierte el valor en cosa inofensiva. Y no quitó nada al aprecio que El Santo hizo de su éxito el que la gente se hubiese fijado en el Hiron del durante la primera parte de aquella caza salvaje, porque, en el mejor de los casos, hasta cuando era dirigido con prudencia, la gente se fijaba en aquel rey de la carretera, largo, delgado, color gris plateado. No era posible guardar el pastel y comerlo. Desde luego, llevaban un pastel para comérselo. Dos pasteles. Feos...

Aun entonces, podrían haber provocado dificultades en Brook Street cuando regresaban con su cargamento. Pero El Santo no las consentía.

Había que llevar a dos hombres hasta la puerta del piso, atravesando la faja de la acera. Uno de ellos era largo y delgado, y el otro pequeño y grueso. El hombre delgado dormía. El Santo mantuvo su presión sobre la muñeca del hombre gordo, y sostuvo a medias con el otro brazo al hombre delgado. Roger se colocó entre el delgado y el gordo.

—¡Canta! —mandó El Santo; y cruzaron la acera como borrachos discordiantes.

Un hombre vestido de etiqueta se cruzó con ellos y alzó una nariz recelosa. Un hombre desaliñado se cruzó con ellos y alzó una nariz envidiosa. Un policía que estaba de patrulla los miró con nariz del oficio; pero El Santo había abierto la puerta, y se fueron metiendo en la casa de manera cacofónica. La nariz del de oficio siguió, pues, imperturbable su camino, después de anotar el número del auto del que se habían bajado, porque la Policía no tiene aún fuerza para impedir que la gente se emborrache y sea tan desordenada como le plazca dentro de su propia casa.

Desde luego, la representación había sido muy convincente, a pesar de ser extemporánea. El hombre delgado no había podido soportar la última carrera; los dos jóvenes, altos y bien vestidos, daban prueba circunstancial de cómo habían lubricado sus interiores a fondo; y los sonidos que emitía el hombre gordo eran demasiado desatinados y agudos para poder ser calificados como canción, y si parecía algo reacio a meterse con sus compañeros en mayores juergas, si había en su mirada un algo extraño y forzado..., bueno, era lamentable el estado a que por lo visto había llegado, pero era asunto suyo y nadie tenía que meterse con él.

Antes que la nariz recelosa hubiese llegado a la próxima esquina, los hombres que habían pasado por delante de ella estaban en el departamento del primer piso, y al hombre delgado le dejaban caer descuidadamente, boquiabierto, encima de la alfombra del cuarto de estar.

—Hijo de cerdo —empezó por decir el hombre grueso, frotándose tiernamente la muñeca.

Pero de pronto se calló, aterrado ante lo que estaba viendo.

Había en la mano de El Santo un cuchillito..., un juguete con una hoja de diez centímetros, y un puño de marfil delicadamente trabajado. No se le vio de dónde lo sacaba, aunque lo había extraído de la vaina de cuero adaptada al antebrazo de El Santo, debajo de la manga donde siempre vivía; y el nombre del cuchillo era Ana. Tenía una historia salvaje de países extravagantes e impíos, que quizá contemos algún día; Había privado de la vida a muchas personas. Era para El Santo un ser casi humano aquella arma mortal, bellamente trabajada, bellamente equilibrada; era capaz de realizar con ella trucos que habrían hecho aparecer como aficionados a muchos lanzadores de cuchillo de los circos. Pero en aquel momento no estaba pensando en ninguna habilidad.

Cuando Roger encendió la luz, esta centelleó sobre la hoja del arma; pero la luz que brillaba en los ojos de El Santo no era menos fría y sin compasión que la del acero.

SIMÓN TEMPLAR SE PORTO SANTAMENTE Y RECIBIÓ OTRA VISITA

En todos sus años de vagabundeo y de aventura, Simón Templar solo se había enamorado de una mujer, de Patricia Holm. Y, como podía esperarse, se enamoró perdidamente. Sin embargo, en los dieciocho meses que llevaban juntos, había empezado a habituarse a ella..., se estaba dando cuenta vagamente, como quien advierte una herejía imposible de pensar. Sí, se daba cuenta de que estaba saliendo de la primera admiración extática; y el sentimiento que había sucedido a este era tan sosegado e insidioso, que lo había dejado hechizado, sin que él lo advirtiese. Le fue necesaria esta dolorosa sorpresa de ahora.

Cuando esa revelación se le manifestó, le produjo un asombro tal, que eclipsó el brillo más luminoso del que se había disipado ya. Se parecía al desatinado y terrible que podría apoderarse de un hombre que, acostumbrado todos los días de su vida a pasear al sol, comprendiese de pronto la realidad de manera tremenda y espantosa al ver de golpe la oscuridad que caería sobre el mundo, si el sol dejase de brillar.

El Santo dijo muy suavemente al hombre grueso:

—Hijo de cerdo tú, cariño. Y ahora escúchame. Voy a hacerte algunas preguntas. Puedes contestarme a ellas, o morir lenta y dolorosamente. Como gustes..., pero harás una cosa u otra antes que salgas de esta habitación.

El hombre gordo pertenecía a una clase distinta de la del hombrecito del sombrero-cazuela, al que Simón Templar había sacado antes los informes. Había en sus ojos pequeños una decisión animal, una burla desafiante en la curva de sus finos labios, parecida a la resolución desesperada de una fiera acorralada. Simón hizo caso omiso, y le preguntó gentilmente:

—¿Me has comprendido, gordo infecto?

Había, además, en el corazón de El Santo, odio, un odio propio suyo, que nadie sino él habría sabido comprender; pero en los ojos de El Santo y en la runruneante gentileza de su voz se escondía otro género de sentimiento diabólico que nadie habría dejado de comprender, que el hombre que tenía delante comprendió con terror, porque era un odio que salía al exterior, que era visible y dañino. Un odio que se centró en aquel hombre gordo; este retrocedió lentamente, paso a paso, a medida que El Santo se adelantaba, hasta que dio contra la mesa y ya no pudo retroceder más.

El Santo prosiguió, con la misma voz aterciopelada:

—Querido gordito, no pienses que estoy fanfarroneando. Cometerás una torpeza. Has hecho algo que a mí me molesta muchísimo. O has colaborado en hacerlo. Me molesta en términos generales, y siempre me ha molestado; pero esta vez me opongo a ello todavía más, de una manera personal, porque la cosa complica a alguien que significa para mí mucho más de lo que tu torpe cerebro comprenderá nunca. ¿Me sigues el razonamiento, verruga miserable?

El hombre trataba de echarse hacia atrás siguiendo la curva de la mesa, pero tenía siempre a El Santo delante, pues se movía simultáneamente.

Y no podía apartarse de los ojos de El Santo..., de aquellos ojos claros y azules que de ordinario rebosaban de risa y bullían de malicia, pero que eran entonces helados e implacables.

Y El Santo siguió hablando:

—No me preocupa que seas un simple agente del doctor Rayt Marius... ¿Qué, te hace saltar la noticia? Sé algo más de lo que tú creías, ¿no es así? Pero tampoco eso me preocupa... Si te empeñas en confundir de esa manera a la gente, tienes que prepararte a sufrir las consecuencias. Y si piensas que el juego se merece la vela, tienes que estar preparado para un accidente con la vela. La cosa es justa, ¿no es cierto?... De modo que el punto en que no vamos a estar de acuerdo es que has participado en causarme molestias... y yo me opongo por completo a que se me moleste... No, buen muchacho, nada de eso.

Una pistola apareció en la mano del hombre gordo, e instantáneamente dejó de estar en ella. El Santo se movió hacia adelante y hacia un lado con un movimiento rápido, felino, de gato, y el gordo no pudo menos que lanzar un alarido de dolor al dejar caer el arma.

—¡Ach! Me rompes la muñeca...

Simón le dijo:

—Poquito a poco, encanto. Y más tarde te romperé el cuello. Pero antes...

Apretando la presa sobre la muñeca del gordo, en lugar de aflojarla, El Santo dobló hacia atrás encima de la mesa a su hombre, manteniendo fácilmente apretados sus dedos, de fuerza increíble; y el hombre vio relampaguear ante sus ojos la hoja del cuchillo.

—Hubo un tiempo, siendo yo Papua, en que salió del bosque un hombre y vino a la población en que yo vivía —dijo El Santo de una manera tranquila, conversando; resultaba más aterradora que su cólera, en voz exaltada—. Era un investigador de minas, un investigador que era, también, un cochino; se había empeñado en ir a investigar una zona del país que todos los viejos investigadores le habían aconsejado que dejase tranquila. Los indígenas le echaron mano durante la luna llena. En esa época son muy aficionados a apoderarse de los hombres blancos, porque pueden servirse de ellos para sus festejos, y para divertirse. Tienen formas primitivas de diversión... muy primitivas. Una de las formas de divertirse con aquel hombre consistió en cortarles los párpados, Antes que yo empiece a hacer lo mismo contigo, medita un momento en el efecto que semejante operación tendría probablemente sobre tus sueños de belleza.

—¡Válgame Dios! —empezó a chapurrar el individuo—. No puedes...

El hombre trató de forcejear, pero una mano de hierro lo mantenía firmemente sujeto. Consiguió mover la cabeza un momento. Pero El Santo saltó sobre la mesa, poniéndose encima de él, y mantuvo la cabeza clavada entre sus rodillas.

—No alborotes tanto —le dijo, y sus dedos abandonaron la muñeca para apretar alrededor del cuello—. Hay en este edificio otras personas, y me molestaría que las pusieses en alarma. Volvamos al asunto de cortarte los párpados... Parece que dijiste que no podrías hacerlo. Pues mira; soy de opinión completamente distinta. Puedo hacerlo muy bien. Te trataré con tiento y no experimentarás mucho dolor... Será cosa de un momento... Lo que resultará muy doloroso para ti son los efectos posteriores. De modo que, piénsalo. Si hablas y te portas como un buen chico, quizá me convenzas y te deje en libertad. No te prometo nada, pero es posible.

—¡No hablaré!

—¿De verdad que no?... ¿Vas a poner dificultades, pequeño? ¿Vas a sacrificar tus hermosos párpados y a volverte lentamente ciego? ¿Vas a obligarme a tostar las plantas de tus pies con gas encendido, a meterte astillitas de madera entre las uñas de tus dedos, y a poner por obra otra serie de cosas rudas como estas... antes que recobres el buen juicio? Desde luego, sufrirás con ello una cantidad de dolores innecesaria...

El Santo mantenía el cuchillo muy próximo a los ojos del hombre, y lo fue bajando lentamente. La punta brillaba como una estrella solitaria, y el gordo no apartaba sus ojos de la misma, hipnotizado, mudo de espanto. También Roger Conway estaba hipnotizado, como tallado en hielo.

—¿Hablarás? —preguntó El Santo con voz acariciadora.

Una y otra vez trató el hombre de gritar, y una y otra vez los dedos de El Santo ahogaron el grito, metiéndolo en sus pulmones. El Santo bajó todavía más el cuchillo, hasta pincharle realmente la piel.

Roger Conway sintió que se abrían paso en su frente frías gotas de sudor, pero no le fue posible encontrar su voz. Sabía que El Santo cumpliría exactamente su amenaza, si le obligaban a ello. Conocía a su hombre. Había visto a El Santo en un centenar de extrañas situaciones y de un centenar de humores, pero jamás había visto su cara tan inexorablemente ceñuda como entonces. Parecía de granito.

Y Roger Conway supo, a la luz enceguecedora de la experiencia, una cosa que hasta entonces solo había sabido confusamente, a la media luz de la teoría..., que la cólera de los santos puede ser una cosa mucho más terrible que la cólera de los pecadores.

El hombre que estaba encima de la mesa debió de comprenderlo también..., debió de comprender que un hombre del calibre de Simón Templar, en un acceso de fría cólera, no se detendría ante nada, ni siquiera en el interior de la civilizada Inglaterra. Y la respiración que El Santo le permitió exhalar fue como una especie de gemido vacilante.

—¿Hablarás, hermoso? —volvió a preguntarle con la misma gentileza que antes.

—Hablaré.

No era aquello una voz, sino un gemido.

—Hablaré —sollozó—. Haré cuanto quiera. Pero aparte ese cuchillo...

El Santo permaneció un momento sin moverse.

Después, muy lentamente, como si estuviera hipnotizado, retiró el cuchillo y lo miró como si nunca lo hubiera visto hasta entonces. Y corrió por su boca una risita extraña.

—Es muy dramático —observó—. Casi llega a lo horrible. Ignoraba que lo tuviese dentro de mí.

Y contempló con mirada curiosa al individuo, lo mismo que habría podido contemplar en un momento de ociosidad a una mosca que estuviese en el cristal de la ventana, recordando historias de muchachos a quienes divertía el arrancarles las alas.

Luego se bajó lentamente de la mesa y sacó su pitillera.

El hombre, al que había dejado en la mesa, rodó fuera de ella, y cuando sus pies tocaron el suelo, se vio que apenas podía ponerse en pie.

Roger lo empujó ásperamente, sentándolo en una silla, desde la que, al mismo tiempo que se tocaba con los dedos la garganta, podía ver al compañero suyo que yacía aún en el suelo donde había caído. Roger le dijo:

—No te sorprendas tanto. El último individuo al que mi compañero golpeó estuvo sin sentido por espacio de media hora, y tu compinche solo lleva desmayado veinte minutos.

Simón tiró una cerilla a la chimenea y se volvió para encararse con el prisionero.

—Venga tu cancioncita, monada —le dijo brevemente.

—¿Qué desea saber?

—Lo primero de todo, quiero saber qué habéis hecho con la joven de la que os habéis apoderado esta noche.

—Es una cosa que yo ignoro.

El cigarrillo que fumaba El Santo tomó un ángulo peligroso entre sus labios, al mismo tiempo que metió profundamente las manos en los bolsillos del pantalón. Y le dijo suavemente:

—Me parece, hermoso, que no has comprendido bien la cosa. Esto no es un juego..., como lo comprenderás si no despiertas en menos tiempo del que me cuesta a mí volver a ponerte las manos encima. Estoy completamente dispuesto a reanudar mi operación quirúrgica así que tú quieras. De manera que sigue hablando, porque me gusta oír tu voz, que me ayuda a olvidarme de todas las cosas que debería estar haciendo en tu cara repulsiva.

El hombre se estremeció y se arrinconó en las profundidades de su sillón. Se llevó las manos a los ojos; pudiera ser para apartar de ellos una visión espantosa, y también pudiera ser para tratar de escapar de la mirada azul e implacable de El Santo. Y dijo casi gimiendo:

—Lo ignoro... Le juro que...

Simón le dijo:

—Cuéntame, pues, lo que sabes, rata, y yo haré que recuerdes algunas cosas más.

Acudieron las palabras al gordito en un arroyo incoherente, como llovidas con fuerza y sacudidas por el miedo.

Actuaba obedeciendo las instrucciones del doctor Marius. Eso era la verdad. Desde hacía veinticuatro horas que vigilaba estrechamente la casa de Brook Street, y él mismo había sido uno de los vigilantes. Los había visto

salir de la casa la noche anterior, pero no disponían de medios para seguirlos. Otros dos hombres enviados aquella tarde para examinar el local, habían visto el coche cargado frente a la puerta, y se habían lanzado a informar a toda prisa.

—¿Los dos? —le interrumpió El Santo.

—Los dos. Fue una equivocación criminal. Pero serán castigados.

—Me pregunto qué recompensa recibirás tú —murmuró Simón.

El gordo tembló, y siguió diciendo:

—Se envió inmediatamente a un hombre para que siguiese vigilando, pero el automóvil había desaparecido. El doctor nos dijo entonces que se había trazado otros planes, y que bastaría un hombre para mantener la vigilancia, por si ustedes volvían. Yo fui ese hombre. Hermann —señaló a la figura que estaba en el suelo, inerte—, había venido en el instante en que volvieron ustedes, para relevarme. Marchábamos a informar del asunto.

—¿Los dos?

—Los dos.

El Santo exclamó, burlón, arrastrando las palabras:

—Una equivocación criminal. Espero que será usted castigado, ¿verdad que sí?

El gordo dio un respingo.

Dijo que otro de sus camaradas había sido destacado para que siguiese a la joven. El doctor había insistido con sus agentes en que no debían perder ninguna de las andanzas de El Santo, ni pasar por alto ninguna de sus costumbres, por insignificantes que fuesen. El doctor Marius no había divulgado la razón de aquella vigilancia, pero no les había dejado duda alguna acerca de su importancia. Por esa razón había hecho seguir a Patricia hasta el Devonshire.

—Vuestro amo parece tener muy pocas ganas de volver a encontrarse personalmente conmigo —hizo observar El Santo con adustez—. ¡Es un hombre muy prudente!

—No podíamos permitirnos correr riesgos...

—¿Permitirnos?

Simón se precipitó sobre el verbo como un halcón.

—Quise decir...

—Sé lo que quisiste decir, dulzura —dijo El Santo con suavidad—. Quisiste decir que no querías que se transparentase que sabías más acerca de este asunto. No eres precisamente un bribón alquilado, como el ejemplar con quien tropecé últimamente. Tú eres un agente secreto. Comprendemos eso.

Comprendemos también que por mucho que sea el respecto que puedas sentir por la integridad de tu piel piojosa, el patriotismo muy recomendable que sientes por tu bastardo país, hará que sigas luchando y mintiendo mientras puedas. Muy bien. Yo te aplaudo. Pero mucho me temo que el aprecio en que tengo esa solitaria virtud tendrá que detenerse ahí..., en una palmada teórica en la espalda. Después de lo cual volvemos a nuestra propia cuestión privada, práctica. Y quiero que te metas bien en ese pedazo de hueso mal formado que mantiene apartadas tus orejas sucias, esto: que yo mismo tengo un poquitín de peleador..., sí, creo que un poquitín, querido mío..., y creo que soy mejor peleador que tú.

—No quise decir...

—No mientas —dijo El Santo, en un tono de censura burlona, que escondía una especie de amenaza glacial detrás de su ligereza superficial—. No me mientas. Me disgusta.

Roger se apartó de la pared en que había estado apoyado, y le sugirió:

—Viejo, vuelve a ponerlo encima de la mesa.

El Santo le contestó:

—Es lo que voy a hacer como no suelte su secreto en menos tiempo que el que emplea un pato en cambiar la dirección de su marcha.

Se acercó un poco más al gordo.

—Repugnante monstruosidad, veamos..., óyeme. Se acabó el juego. Metiste las dos pezuñas con esa palabrita de «permitirnos». Yo soy curioso. Muy, muy curioso y preguntón. Quiero que me cuentes todo acerca de ti..., la historia de tu vida, cuál es la estrella de cine favorita tuya, si juegas bien al golf, y si duermes con los pantalones de tu pijama metidos dentro o fuera de la chaqueta. Quiero que me lo cuentes todo, sin callarte nada. Por ejemplo, cuándo te dijo Marius que podías suspender la vigilancia aquí, porque él había trazado «otros planes»..., ¿no te dijo que en esos planes estaba envuelta una muchacha?

—No.

—Ahí tienes dos mentiras —le dijo El Santo—. La próxima vez que mientas recibirás un mal golpe. Segunda pregunta: Sé que Marius lo dispuso todo para que la muchacha fuese drogada en el tren, y sacada del mismo antes que llegase a Londres..., pero ¿adónde fue llevada?

—No lo sé... ¡A-a-a-a-ay!

—El que avisa no es traidor —le dijo El Santo.

—¡Es usted un demonio! —sollozó el hombre.

El Santo le mostró los dientes.

—En manera alguna. Soy un hombre corriente y moliente al que le molesta que le fastidien. Pensé que te había aclarado esto por completo. Esta noche tengo prisa, y quizá por esa razón parezca un poco precipitado. Bueno, ¿vas a acordarte de las cosas..., de cosas verdaderas..., o tendremos algún desagrado más?

El individuo retrocedió, temblando. Y balbució:

—Le he dicho todo lo que sé. Le juro que...

—¿Dónde está ahora Marius?

El hombre no contestó inmediatamente porque, en aquel instante, resonó con claridad un timbre por todo el departamento.

El Santo permaneció inmovible durante un segundo.

Después caminó por detrás del sillón del preso, y nuevamente salió de su vaina el cuchillo. El preso vio sus destellos, y sus ojos se dilataron de terror. Subió a sus labios un grito, que El Santo ahogó, tapándole la boca con una mano. La punta del cuchillo golpeó al hombre encima del corazón.

Y El Santo le dijo:

—Una sola palabra, y el resto de la frase se lo dirás al Angel del juicio final... ¿Quién crees que será, Roger?

—¿Teal?

—¿Que ha descubierto al agente del auto en su cubil dominical, averiguando así nuestra pista?

—Con no contestar...

—Abrirán a viva fuerza. Está abajo el automóvil para anunciarles que nos encontramos aquí. No, es preciso que entren...

—¿Ahora que estamos descubriendo secretos?

Los ojos de Simón Templar relampaguearon:

—¡Dame esa pistola!

Conway recogió la automática que había dejado caer el gordo, y que había estado desde entonces abandonada en el suelo, y se la entregó, obediente. El Santo dijo:

—Te digo que ningún nacido de mujer va a mezclarse en mis asuntos. Voy a terminar de sacar a esta basura todo lo que sabe, y después actuaré sobre lo que él me diga..., para encontrar a Pat..., y me abriré camino a través de toda la Scotland Yard, si me obligan a ello. Y ahora, ve y abre la puerta.

Conway hizo un ademán afirmativo con la cabeza, y dijo:

—Estoy contigo.

Y fue hacia la puerta. El Santo esperó tranquilamente.

Su mano izquierda seguía oprimiendo, encima del corazón del gordo, la delgada hoja del Ana, dispuesto a hundírsela en el mismo; sus oídos estaban alerta, a fin de no perder el más leve ruido de una inspiración profunda que pudiera ser el preludio de un grito. Su mano derecha mantenía oculta la automática detrás del respaldo de la silla.

Cuando Roger volvió, y El Santo vio de quién venía acompañado, no hizo el menor movimiento, y nadie habría podido observar el más ligero cambio en la desolada insensibilidad de su rostro. Únicamente su corazón pegó un salto y volvió a resbalar hasta colocarse en su sitio, dejando una extraña sensación de vacío palpitante por el camino de aquel salto mortal doloroso.

Y dijo El Santo:

—Encantado de verlo de nuevo, Marius.

DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR ENTRETUVO A SU HUÉSPED, Y DE CÓMO ROMPIÓ LA REUNIÓN

Entonces El Santo se irguió despacio.

Nadie llegará nunca a adivinar el esfuerzo que tuvo que hacer para conservar su calma y su imperturbabilidad; y, sin embargo, aquella calma le costó menos trabajo que la que había mantenido delante de Roger Conway, que era un momento que no había verdaderamente razón alguna para estar tranquilo.

Y era porque El Santo comprendía esta nueva situación. No tenía temperamento para permanecer tranquilo en períodos de inacción forzosa; no sabía hacer entrar en acción lo mejor de su persona contra un enemigo al que no veía; las sutilezas estaban, bien sea por debajo de él, bien sea por encima, según como se mirase el asunto.

Había en Simón Templar mucho de su célebre tocayo, el Simple. Siempre estaba dispuesto a reconocerlo, y decía que, a pesar de conocer instintivamente el alma de un criminal, jamás sería un detective de éxito. Su cerebro sí que era capaz, no así su carácter. Prefería los colores más charros, la línea más ancha y más limpiamente cortada, las cosas más sencillas, más directas y más sobrecogedoras. Era un luchador. Su temperamento y su inspiración lo llevaban a combatir y le enseñaban la manera de salir victorioso; pero lo hacía sin pensar la mayoría de las veces. Tenía unos ideales, aunque rara vez pensaba en ellos: se los proporcionaba una autoridad superior a él, y quedaban como cosa aparte, sin discusión. Le molestaba cualquier clase de pensamiento que no fuese tan palpable como un arma. Cualquier otra clase de pensamiento venía a ser para él una herejía y una maldición, una enfermedad insidiosa, que minaba la honradez y la acción. Eran otras cosas las que él pedía..., el gran corazón del guerrero feliz, la fanfarria y el floreo, el sonido de las trompetas. Él mismo lo había dicho, y

quedaría como una de las afirmaciones que El Santo había hecho acerca de sí mismo, sin afán de adoptar posturas:

—La lucha, el asesinato y la muerte repentina.

Eso había dicho. En esta ocasión se encontraba en terreno conocido, por muy desesperado y peligroso que resultase.

—Roger, quítale la pistolita.

La voz de El Santo sonaba fría, suave, burlona, con una insinuación de risa. Se volvió de nuevo hacia Marius, sonriente y divertido, diciéndole con simpatía:

—Es usted muy atento en venir a visitarnos. ¿Quiere beber algo, minúsculo Tim?

Marius se adelantó algo más en el cuarto.

Vestía una chaqueta mañanera con pantalones a rayas. La rígida perfección del atavío contrastaba de manera grotesca con su estatura de hombre neolítico y con la expresión, horrible y fea, de su cara, que parecía haber sido modelada según el rostro salvaje de algún dios-demonio.

Miró sin emoción a Roger Conway, que estaba apoyado contra la puerta, concentrando cómodamente la puntería de su automática sobre un blanco fácil; y después se volvió hacia El Santo, que balanceaba su cuchillito entre su dedo índice y el pulgar, lo mismo que un péndulo.

El Santo estaba pensativo, tranquilo, con una tranquilidad viva y violenta, como la del leopardo que tensa sus músculos para el salto. Pero Marius tenía la tranquilidad de un Buda gigantesco.

—Veo que tiene usted aquí a algunos servidores míos —dijo Marius.

Parecía extraña su voz, que resultaba muy suave y elevada de tono. Su inglés habría sido perfecto, de no haber tratado de darle una precisión exagerada.

El Santo le contestó dulcemente:

—Pues sí, es cierto. Quizá lo juzgue raro en mí, pero la verdad es que he renunciado a mi dignidad y me he convertido en socialista práctico. Todos los domingos salgo por la noche a las carreteras y a los caminos desviados, y me dedico a recoger monedas y moneditas. Estos pertenecen al talego de esta noche. ¿Cómo lo supo?

—No lo sabía. Uno de ellos debería haber venido a informarme hace mucho, y mis servidores no acostumbran llegar tarde. Vine para averiguar lo que le había ocurrido. Tenga usted la amabilidad de dejarlo ir a él... y a su amigo.

El Santo ensanchó uno de sus párpados, y contestó:

—No estoy seguro de que quieran marcharse. Por lo menos uno de ellos se encuentra temporalmente incapacitado para decir lo que prefiere. En cuanto al otro..., ¡precisamente ahora que empezábamos a intimar! Estoy seguro de que le molestaría mucho dejarme.

Al hombre así aludido le entraron ganas de babear algunas palabras en un lenguaje que El Santo no comprendió. En vista de lo cual le tapó la boca con un almohadón, canturriándole:

—No me interrumpas. Es una descortesía. Deja que diga yo primero lo que tengo que decir, y luego hablarás. Eso es lo correcto. Y estoy seguro de que al doctor Marius le gustará participar de nuestra broma, en especial porque se trata de él mismo.

La boca del gigante dibujó una especie de lívida sonrisa. Y le preguntó:

—¿No preferiría usted oír primero la broma mía?

El Santo le contestó:

—En segundo lugar. Decididamente, en segundo lugar. Porque estoy seguro de que su broma es mucho más divertida que la mía, y me molestaría que la mía no hiciese gracia detrás de la suya. Esta broma mía tiene la forma de una cancioncilla, que trata de un hombre al que nosotros llamamos el minúsculo Tim, al que en cierta ocasión tuve que patear con bastante energía. Me temo que se ha recobrado, más o menos, pero la caza a caballo va a tener para él pocos atractivos este año. No nos ha dado usted tiempo para ensayarla, pero, si quiere, pediré a los muchachos que se la canten. No importa. Siéntese ahí mismo y cuénteme la historia de su vida.

Esta palabras no impresionaron al gigante, que dijo:

—Parece que me conoce usted por el nombre.

—¡Muchísimo! —dijo El Santo, reventando de satisfacción—. ¿No es pariente del célebre doctor Marius?

—No me es desconocida esa persona.

—Me refiero —dijo El Santo— al célebre doctor Marius, cuya vida fue un tiempo precaria, porque su técnica para atender a los enfermos era resueltamente débil, a pesar de que sus ideas eran muchas y variadas. ¿Le dice esto algo?

Marius movió su enorme manaza con un gesto de impaciencia:

—No he venido a escuchar sus humorismos, míster...

—Templar —dijo El Santo terminando la frase—. De modo que ya nos conocemos.

—No deseo gastar el tiempo de nadie...

Simón bajó los ojos, que había tenido clavados en el techo durante aquellas filigranas poéticas, y los fijó sobre Marius. Había en aquellos ojos algo especialmente acerado y salvaje. Había desaparecido de ellos por completo la risa. Roger la vio desaparecer.

—Naturalmente, que no deseamos perder tiempo —dijo con calma El Santo—. Gracias por recordármelo. Es una cosa que me molestaría mucho estando usted aquí. Podría decirle que voy a asesinarlo, Marius. Pero, antes que hablemos una palabra más de este asunto, permítame que le ahorre el trabajo de que me diga lo que iba a decirme.

Marius se encogió de hombros:

—Parece usted un hombre inteligente, míster Templar.

—Muchas gracias. Pero dejemos los cumplidos en la nevera hasta que los necesitemos, ¿verdad? Es posible que luego vengan bien, como elogio fúnebre... Me interesan más los negocios inmediatos. Uno de ellos: va usted a decirme que tiene prisionera a una señora llamada Patricia Holm.

El gigante se inclinó, y dijo:

—Lamento haberme visto obligado a dar un paso tan convencional. Por otro lado, se dice con frecuencia que los principios más convencionales son los que tiene raíces más profundas. He comprobado que este dicho es verdadero cuando se aplica al recurso honrado por el tiempo de reducir a una mujer al papel de rehén, para obligar al hombre que la ama a que observe buena conducta..., especialmente si es un hombre del tipo que yo creo el suyo, míster Templar.

El Santo contestó secamente:

—Muy interesante. Me imagino que la seguridad de miss Holm es el precio de la seguridad de..., bueno..., de vuestros servidores, ¿no es así? Creo que eso es también lo convencional.

Marius extendió sus manos enormes, y dijo con su vocecita aflautada:

—¡Oh, no! ¡Eso, no! Lo convencional no es en modo alguno tan trivial como eso. ¿No es siempre la seguridad de la hermosa dama el precio de algo que supone más que los simples peones del ajedrez?

—¿A qué se refiere? —preguntó con ingenuidad El Santo.

—Me refiero a determinado caballero en el que estoy interesado y al que usted consiguió la noche pasada retirarlo de la protección de mis hombres.

—Pero ¿fui yo?

—Tengo razones para creer que fue usted. Por mucho que yo respete su integridad, míster Templar, me temo que no bastará que lo niegue para convencerme de que la prueba de mis ojos me equivocó.

El Santo se ladeó gentilmente sobre sus talones, y dijo:

—Permítame que le sugiera que está usted muy seguro de que yo me lo llevé.

Marius le contestó con suavidad:

—Permítame que le sugiera que está usted muy seguro de que yo me llevé a miss Holm.

—Yo no me llevé a Vargan.

—Pues entonces, tampoco yo me llevé a miss Holm.

Simón asintió con la cabeza, y dijo murmurando:

—Sumamente ingenioso. No me lo esperaba exactamente así..., pero es muy ingenioso, de todos modos. Y sin respuesta. De modo que...

—De modo que, míster Templar, ¿por qué no descubrir el juego? Hemos convenido en no perder tiempo. Yo confieso con toda franqueza que miss Holm está en mis manos. ¿Por qué no admite usted que el profesor Vargan está en las tuyas?

El Santo dijo:

—No tan rápido. Usted acaba de reconocer ante testigos, haber tomado parte en el rapto de una persona. Suponga, por un momento, que la Policía se entera de ese hecho. ¿No sería delicada su posición?

Marius movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Pues, no. Tengo un testigo muy bueno para negar que yo haya hecho semejante confesión.

—¿Algún fullero?

—¡De ninguna manera! Un compatriota mío sumamente respetable. Le aseguro a usted que sería inútil tratar de desacreditarlo.

Simón se recostó contra la mesa, y contestó, arrastrando las palabras:

—Comprendo. ¿De manera que esa es su última palabra?

—Creo haber señalado todos los puntos importantes.

El Santo dijo:

—Entonces, voy ahora a exponer los míos.

Volvió a colocar con cuidado en su vaina el cuchillito, y se ajustó la manga. Una mirada al hombre que estaba en el suelo le informó de que el desafortunado servidor de la Causa se estaba recobrando, pero eso no le interesó a Simón. Habló al gordo, que estaba sentado.

—Cuéntale a tu amo el juegucito a que estábamos entregados —le dijo como invitándole—. Confiésaselo todo, encanto. Es un hombre de cara por demás simpática, y quizá no se porte con excesiva dureza contigo.

El gordo volvió a hablar en su propio idioma. Marius le escuchaba impasible. El Santo no comprendía una sola palabra de lo que decía; pero cuando el gigante le interrumpió con un movimiento de su mano y una palabra áspera y ruda de impaciencia, comprendió que la narración había pasado de ser útil exposición de hechos, degenerando en un rosario de disculpas.

Marius miraba con curiosidad a Simón Templar. Parecía encerrarse en aquella mirada un humorismo ceñudo:

—Sin embargo, míster Templar, no parece ser usted un individuo feroz.

—No me fiaría demasiado.

Otra vez hizo Marius un gesto nervioso de impaciencia:

—Tampoco yo especulo con ello. Me ha ahorrado usted muchas palabras, muchas explicaciones fatigosas, con una perspicacia que debí esperarme, y que no puedo menos de elogiar. Ha resumido usted la discusión con admirable brevedad. ¿Puedo pedirle que sea tan breve en la resolución que tome? Le diré que la afortunada casualidad de haberlo encontrado en su casa, cosa que no esperaba, me ha ahorrado la considerable molestia de ponerme en contacto con usted por medio de las columnas fastidiosas de los periódicos, y me ha permitido plantearle mi ofrecimiento con el mínimo retraso. ¿No sería una lástima que echásemos a perder tan excelente arranque con un regateo innecesario?

—Desde luego —le contestó El Santo.

Y en ese instante supo lo que tenía que hacer. La cosa se le presentó como un relámpago..., como una inspiración, como una suma, resta y comprensión instantáneas, con una seguridad y claridad mayores que todo lo que hubiese podido producirle cualquier esfuerzo mental.

Que estaba en la salsa, y que no había manera de salirse de ella. Que la situación estaba revuelta y archirrevuelta, confundida en una maraña de sutilezas, de hechos y de amenazas entrecruzadas, en fin, de lo que él más odiaba en el mundo, según hemos explicado ya..., de una especie de problema de ajedrez complicadísimo que era probablemente la única cosa capaz de hacerle perder su activo equilibrio mental y de volverlo loco furioso... Que ponerse a pensar en ello, tratando de trazar ardidés, sería la manera segura de perder el juego. Que era evidente que no podía competir con Marius en una intriga complicada..., que tratar de ponerse a prueba con un profesional de tan complicadas habilidades, sería actuar como un loco suicida. Que, por tanto, su única probabilidad de ganar consistía en saltarse las reglas mismas del juego que menos podía esperar Marius que fuese a

romper. Que el momento de hacerlo era precisamente cuando todos los prejuicios y convicciones que hacían de El Santo lo que era, debía ponerse a prueba. Que toda la fe suya sobre la superioridad fundamental de la acción implacable sobre el razonamiento laborioso debía de justificarse, o debía ser derribada, destruyéndola, y llevándolo a él con ella hasta el mismísimo infierno... Que, en realidad, cuando todas las piezas del juego se hallaban tan entremezcladas, enlazadas entre sí y contra-cercadas, su única probabilidad consistía en aplastar toda la estructura paralizada, barriéndolas todas del tablero... con un tajo de espada.

Dijo El Santo:

—Desde luego. Voy a hacerle conocer mi decisión ahora mismo. Roger, dame esa pistola, y tráeme una cuerda. La encontrarás en la cocina.

Cuando Conway salía para hacer su encargo, El Santo se volvió de nuevo hacia Marius, y le hizo notar cortésmente:

—Ha debido usted observar ya, querido mío, que soy un genio para resumir situaciones. Pero esta de ahora puede ser expuesta muy sencillamente. La verdad es, Cara de Angel, que me propongo aplicarle exactamente los mismos métodos de convencimiento que iba a emplear con su servidor. Fíjese en que tengo un arma. A treinta pasos de distancia soy capaz de hacer volar pepitas de fruta de una carta de juego, o hacer cualquier otra de las diabluras del Oeste salvaje; en fin, que no creo sea tan mal tirador como para no hacer blanco en una persona de su volumen. Por consiguiente, tiene usted dos alternativas, o dejarse atar tranquilamente por un amigo, o ser muerto instantáneamente. Elija la que guste.

En los ojos del gigante brilló un algo, que desapareció tan pronto como había venido, y dijo con gran cortesía:

—Míster Templar, parece que ha perdido usted el dominio de la situación. Para cualquiera que sea tan práctico, como usted parece, en estos asuntos, resultaría inútil explicarle que al venir aquí lo hice teniendo preparada una respuesta evidente: ¿Necesitaré cansarlo con los detalles de lo que ocurrirá a miss Holm si no vuelvo al lugar en que está guardada? ¿Me verá obligado a convertir este paso convencional que he dado en otro más convencional todavía, exponiendo melodramáticamente los peligros a que está expuesta?

El Santo le recordó blandamente:

—Es cosa extraña que, más de la mitad de los bribones con los que he tratado, hayan tenido verdadera ansiedad en evitar el melodrama. A mí, personalmente, me gusta. Y ahora vamos a tenerlo en cantidad... por toneladas, querido Marius, mi pequeño rayo de luz de sol...

Marius se encogió de hombros:

—Tenía mejor opinión de su inteligencia, míster Templar.

El Santo se sonrió con una sonrisa muy santa.

Con las manos en las caderas, columpiándose suavemente sobre los dedos de sus pies, le contestó en el tono más desesperadamente provocativo de su vida:

—Se equivoca usted. No se le ocurrió pensar lo bastante bien de mi inteligencia. Pensó que sería lo suficientemente débil para que me jugasen la mala pasada de permitir un encuentro con usted en su propio terreno. Y eso precisamente no es usted bastante hábil para hacerlo.

—No sigo su razonamiento —dijo Marius.

Simón le contestó suavemente:

—Entonces no soy el único que padece reblandecimiento cerebral. Porque usted sí que lo padece. Le invito a que aplique a la situación su propio sistema admirable de lógica. Yo podría contarle a la Policía sus andanzas, pasadas y presentes; pero también usted podría contarle las andanzas mías. Tablas. Usted podría dañar a miss Holm, pero yo podría privarle de Vargan. Otra vez, tablas..., con un ligero sombreado a favor suyo en los dos casos.

—Podemos dejar de lado, de momento, a la Policía. Si lo hiciésemos, e intercambiásemos nuestros prisioneros...

Simón le contestó con terrible simplicidad:

—Pierde usted de vista la cuestión. Eso sería una rendición de mi parte. Y yo no me rindo nunca.

Marius movió las manos:

—Yo entrego también a miss Holm.

—Todavía existe una diferencia, encanto —le contestó Simón—. Fíjese, usted no quiere verdaderamente a miss Holm sino como rehén. Y yo quiero muy seriamente a Vargan. Es un huérfano al que quiero lavar, peinar, comprarle un trajecito de terciopelo, y adoptarlo. Quiero que, después de almorzar, charle infantilmente conmigo sobre el teorema de binomio. Quiero poder presentarlo, después de comer, a mis invitados para que los divierta con recitados del cálculo diferencial. Pero quiero, sobre todo, uno de sus pequeños juguetes... De modo que, si yo le dejo a usted marchar, miss Holm se encontraría en el mismo peligro que si lo guardo a usted aquí, ya que no puedo estar de acuerdo con los términos de su rescate. La diferencia está en que, si le dejo marchar, pierdo mi única posibilidad de encontrarla, y tendría que entregarme a la casualidad para volver a descubrir su rastro. En cambio,

mientras lo tengo a usted aquí, dispongo de una carta magnífica..., y no voy a dejarle marchar.

—No gana usted nada...

El Santo le contestó con su tonillo ensoñador:

—Al contrario, lo gano todo. Lo gano todo, o lo pierdo. Pero estoy cansado ya de regateos. Estoy cansado de jugar al juego de su seguridad. Ahora va usted a jugar el juego *mío*, Marius, querubín mío. Espere un segundo, que vuelva a disponer la escena...

Cuando Conway regresaba con cuerda suficiente, El Santo sacó de su bolsillo un pequeño cilindro brillante y lo enroscó con rapidez a la boca de la pistola que tenía en la mano, diciendo:

—Ahora los disparos no harán un ruido que valga la pena. Usted conoce el silenciador, ¿no es así? Bien, Marius, hágame conocer su resolución rápidamente, antes que me acuerde de algo que deseo hacer más que nada en el mundo.

—Nada saldrá usted ganando con matarme.

—Y nada saldré ganando dejándolo marchar. Ya hemos hablado bastante de eso. Además, podría no matarlo. Podría atravesarle los riñones con la bala, y estaría usted dispuesto a darme cualquier cosa que lo librase de su angustia mucho antes que muriese de la herida. Estoy de acuerdo con usted en que eso no aumentaría mis probabilidades de encontrar a miss Holm, aunque, por otro lado, tampoco las echaría a perder..., y en todo caso, usted estaría tan muerto que la cosa no le preocuparía. Recapacite, pues. Le doy dos minutos. ¡Tómale el tiempo por ese reloj, Roger!

Marius puso en el acto sus manos en la espalda:

—Le ahorraré tiempo. Áteme ahora... si cree que con eso sacaré algo.

—¡Adelante, Roger! —dijo El Santo.

Estaba seguro de que Marius seguía sin creerle... que la descripción que le hizo el gordo de su prueba no le había producido la impresión que debiera. Sabía que la conformidad de Marius no era otra cosa que una invitación para que descubriese la baladronada inevitable. Y continuaba, con su cara de granito, vigilando, en tanto que Conway le ataba las manos a la espalda y lo tiraba luego sobre un sillón.

—Roger, toma otra vez tu pistola.

De pronto, tuvo El Santo una idea:

—Antes que empecemos, Roger, podrías registrarlo.

Un relámpago de miedo, que era el primero que se presentaba, provocó una contorsión, algo así como un espasmo, en la cara del gigante; y El Santo

estuvo a punto de dar un salto de júbilo. Marius forcejeó como un demonio, pero estaba bien atado, y sus esfuerzos fueron inútiles.

El punto débil de la armadura...

Simón aguardó, casi temblando. Estaba preparado a aplicar ceñudamente la tortura; pero reconocía al mismo tiempo todo lo fútil que resultaría contra un hombre como Marius. Podía haber reanudado la tortura del hombre gordo; pero también esto habría resultado menos eficaz, ahora que tenía allí para contrarrestarla el apoyo moral... o la amenaza... de Marius... Obtendría, sin duda, algunos informes..., traspasando los límites de la resistencia humana lo conseguiría de manera inevitable..., pero no contaría con los medios de comprobar su verdad. Sin embargo, contar con un documento escrito...

La colosal facilidad del éxito hizo que el corazón de El Santo le martillase como un martinete, y que le invadiese un terror devastador por si resultaba que el éxito no era tal. Porque, si había allí un éxito, no era posible que Marius lo demostrase con su respuesta de una manera más elocuente. Si era verdad..., si Marius se había dejado llevar de tal manera por las reglas del juego, en la forma que creía en ellas..., si Marius se había sentido tan ciegamente seguro de que, bajo la amenaza que podía blandir sobre ellos, los hombres de Brook Street no se atreverían a ponerle las manos encima..., si...

—¡Cerdo inglés!

Roger dijo plácidamente:

—Mal genio tiene.

—Gracias —dijo El Santo, echando mano a la carta que Roger le entregó—. Ha sido usted un descuidado, Marius, en venir aquí con este documento encima. Yo, personalmente, nunca pongo nada por escrito. Es peligroso. Pero quizá traía usted la intención de echarla al correo de paso, y lo olvidó.

Miró la dirección, y murmuró:

—¡Vaya! A nuestro viejo amigo el Príncipe Heredero. Esto debe de ser interesante.

Abrió el sobre con un golpecito rápido del pulgar, y extrajo la hoja mecanografiada.

Estaba escrita la carta en el idioma de Marius, pero eso no era una dificultad. El Santo se aproximó con ella al teléfono; y a los pocos instantes estaba hablando con un amigo que desempeñaba en el Foreign Office un cómodo empleo, gracias a su familiaridad casi increíble con todos los idiomas del mapa de Europa. El Santo le dijo rápidamente:

—Me alegro de encontrarte en la oficina. Escucha..., tengo aquí una carta que quiero que me traduzcas. Como no sé pronunciar las palabras, te la leeré

letra por letra. ¿Listo?

Le llevó bastante tiempo; pero El Santo se encontraba dueño de una paciencia inesperada. A medida que el amigo le dictaba la traducción, él la iba escribiendo entre líneas. Hasta que estuvo terminada.

Regresó sonriendo.

Roger le dijo:

—¿Y qué significa, una vez traducida?

—Me marcho ahora mismo.

—¿Adónde?

—A la casa de la colina, en Bures, Suffolk.

—¿Está ella en esa dirección?

—Sí, según lo que asegura esta carta.

El Santo se la entregó, y Conway leyó las líneas garrapateadas en la traducción:

“ «... la muchacha, y la he hecho llevar a una parte tranquila de Suffolk... Bures... la casa que está encima de la colina, a bastante distancia del pueblo, de manera que está segura... esta vez no puede fallar...»

Conway se la devolvió:

—Te acompañaré.

El Santo movió la cabeza negativamente:

—Lo siento, hijo pero tú tienes que quedarte aquí a cuidar de esta casa de fieras. Son mis rehenes.

—¿Pero supongamos, Simón, que algo no marcha bien?

El Santo consultó su reloj. Seguía estando parado. Le dio cuerda poniéndolo por el reloj de la repisa de la chimenea. Y dijo:

—Volveré antes de las cuatro de la madrugada. Ya ves que me tomo tiempo para pinchazos, roturas, y todo lo demás que pueda pasar. Si no llego para esa hora, mata a tiros a estos pájaros y ven a buscarme.

La voz de Marius borró las vacilaciones de Conway:

—Templar, ¿insiste usted en actuar temerariamente? ¿No se da cuenta de que mis hombres tienen órdenes en Bures de considerar a miss Holm como rehén en caso de ser atacados o en cualquier otra emergencia?

Simón Templar se acercó a él, y lo miró desde su altura:

—Lo podría haber adivinado. Y eso hace que llore por su mal generalato, Marius. Me imagino que se da usted cuenta de que si ellos la matan, habrá desaparecido la primera y última influencia que tiene sobre mí. Pero eso es

tan solo la mitad de la debilidad fundamental de su brillante esquema. La otra mitad estriba en que tendrá usted que rezar para que todo me salga bien. Marius, rece para que yo triunfe esta noche..., rece con un fervor que no habrá empleado en toda su asquerosa vida. Porque, si fracaso, volveré directamente aquí para matarlo de la manera más vergonzosa que pueda inventar. Se lo digo, y lo pienso.

Se volvió fríamente, deliberadamente, y marchó hasta la puerta como si fuese nada más que a dar un paseo a la manzana, antes de volver a entrar. Pero, ya en la puerta, giró sobre sus talones para dirigir un mirada, lenta y recta, a Marius, y para sonreír luego a Roger.

—Que te salga todo bien, muchacho —le dijo este.

—«Lucha, asesinato y muerte súbita» —exclamó El Santo, con gesto alegre y temerario. Su sonrisa de santo no habría podido brillar nunca con mayor magnificencia—. Ya lo verás —dijo, y desapareció.

ROGER CONWAY SE MUESTRA DESPREOCUPADO, Y HERMANN COMETE TAMBIÉN UN ERROR

Roger Conway se movió un tanto inseguro por el cuarto cuando el estrépito del Hiron del de Norman Kent se perdió entre los ruidos de Regent Street. Se acercó a la mesita lateral donde estaba la garrafa, se sirvió una bebida y recordó el saludo caballeresco de la mano de El Santo y el doloroso tormento de sus ojos. Luego dejó la bebida en la mesa y echó mano, en lugar de aquella, a un cigarrillo, al caer súbitamente en cuenta de que quizá tendría que permanecer despierto y alerta toda la noche.

Miró a Marius. El gigante se había hundido en una apatía inexcrutable; pero habló:

—Me agradecería fumar un cigarro, si me lo permite.

Roger meditó:

—Podría arreglarse... si no necesita tener libres sus manos.

—Lo probaré. La pitillera está en el bolsillo del pecho.

Conway la encontró, mordió la extremidad, lo colocó en la boca de Marius y lo encendió. Marius le dio las gracias.

—¿Quiere acompañarme?

Roger se sonrió, y le contestó:

—¿Probar una cosa nueva? En principio, nunca acepto el ofrecimiento de un extranjero para fumar. Bueno, a propósito, si lo encuentro tratando de quemar sus cuerdas con la punta encendida, tendré mucho gusto en dar vueltas al cigarro en su cara hasta que se apague.

Marius se encogió de hombros y no contestó. Roger volvió a su cigarrillo.

Acercándose al teléfono, vaciló un momento y luego marcó un número. A los pocos instantes le contestaban:

—¿Orace? ¿Puedo hablar con míster Kent?... ¡Oh, hola, Norman!

—¿Quién es? ¿Roger?

—Sí, Llamé por si estabas preocupado por nosotros. Dios solo sabe a qué hora podremos estar ahí... No, el coche sigue bien..., por lo menos es lo que yo sé. Simón marchó en él... Brook Street... Bien... Marius se apoderó de Pat... Sí, mucho me temo. Se hizo con ella en el tren. Pero nosotros tenemos a Marius... Sí, lo tengo aquí. Yo quedo de guardia. Hemos descubierto a dónde se han llevado a Pat, y Simón fue en busca suya... Por una aldea de Suffolk.

—¿Quieres que vaya yo?

—¿Y cómo? Es demasiado tarde para que cojas un tren, y a esta hora no podrás alquilar nada que merezca el nombre de automóvil. De todos modos, no veo lo que podrías hacer... Escucha, ya no puedo hablar más ahora. Tengo que tener los ojos muy abiertos sobre Marius y Compañía... Haz lo que te parezca... Muy bien. Hasta siempre, muchacho.

Colgó el aparato.

Más tarde se le ocurrió pensar en que Norman podría haber hecho algo. Podría haber atado al gordo y al delgado, que habían recobrado el conocimiento y que podían moverse según les indicase su valentía. Debía de haberlo hecho Simón antes de marcharse. Debían de haber pensado en ello..., o Simón debiera haber pensado. Pero no podía esperarse razonablemente que El Santo pensase en ello, ni en nada parecido, a semejantes horas. Roger conocía demasiado bien a El Santo y a Pat para censurar al primero por su omisión. Simón estaba como loco en el momento en que se marchó. La locura había estado allí presente desde las nueve y media, hirviendo con olas cada vez más feroces detrás de todas las máscaras de calma, despreocupación y paciencia de que El Santo se había revestido a intervalos, y había llegado a su punto culminante detrás de la alegre sonrisa y del ademán que le había hecho desde la puerta.

Pasó media hora.

Roger empezó a sentir hambre. Había tomado un tentempié en la estación, mientras esperaba; pero empezaba a olvidarse de aquella satisfacción. Si quería ir a la cocina en busca de algo, tendría que obligar a sus tres prisioneros, a punta de pistola, a que le precediesen. Y la cocina era pequeña... Roger se resignó con gran pesar a una vigilia hambrienta. Miró al reloj con resignación dolorosa. Faltaban cuatro horas y media para que pudiera matar a tiros a los presos y lanzarse a la despensa, si obedecía las órdenes de El Santo. No tendría más remedio que aguantar. El Santo había dispuesto la cura y se largó con ella; pero El Santo era un aventurero completamente preparado, y lo que él no conocía del juego no merecía el

nombre de conocimiento. Conway era infinitamente menos experimentado, y lo sabía. En el reducido espacio de la cocina, en tanto que él trataba de localizar la comida con una mano y un ojo, podían fácilmente sorprenderlo y dominarlo. El riesgo era demasiado grande.

Si Norman se decidiese a venir...

Roger Conway estaba sentado en el borde de la mesa, balanceando perezosamente la pistola en la mano. Marius seguía silencioso. Su cigarro se había apagado, y no había pedido que se lo volvieresen a encender. El gordo estaba en otro sillón, cabizbajo, mirando a Roger con ojos venenosos. El delgado permanecía torpemente en un rincón. No había hablado palabra desde que recobró el conocimiento; pero también vigilaba. El reloj señalaba con monotonía los segundos.

Roger empezó a despertar. Fue cosa extraordinaria cuán rápidamente entró en marcha la cosa. ¡Ojalá fuese él El Santo! En primer lugar, El Santo no habría pasado hambre. Habría hecho que sus prisioneros le hubiesen aderezado una comida de cuatro platos, que le hubiesen puesto la mesa, y que se la sirviesen. El Santo los habría mantenido ocupados haciendo que le pusiesen el gramófono y que le hiciesen en general sus mandados. Y para colmo, es probable que hubiese compuesto la letra de una canción y algunas estrofas. Se habría sentido, desde luego, molesto por el silencio y por la malevolencia concentrada de aquellos tres pares de ojos. Habría ahuyentado el silencio y pasado el tiempo distrayéndose con las tonterías que hablasen.

Pero lo que más nervioso le ponía era el silencio y la vigilancia de aquellos ojos. Roger empezó a comprender por qué razón no había sentido nunca el apremio irresistible de convertirse en domador de leones. La sensación de estar encerrado y solo en una jaula de fieras, debía de ser muy parecida a lo que experimentaba en aquel momento. El mismo dominio frágil del hombre, la misma vigilancia inquieta de las fieras, la misma tensión, la misma sumisión taimada de estas, la misma certidumbre de que no hacían otra cosa que esperar, y esperar. Aquellas fieras humanas estaban apoderándose de él, buscando su alma, desnudándolo de toda fanfarronada, encontrando en silencio su debilidad, planeando, trazando tretas, meditando, dispuestas a saltar. Aquello le atacaba los nervios a Roger. Más pronto o más tarde, de cualquier manera, él lo sabía, exigirían la libertad. Pero ¿cómo?

Y esa incertidumbre tenía que seguir durante horas y horas. Un lance y un contralance, una amenaza y una contraamenaza, el enseñar los dientes y el latigazo, el silencio y la vigilancia y los ojos. ¿Cuánto tiempo?

De pronto estalló en la boca del gordo el primer balbuceo de palabras en su propio idioma.

—¡Cállese! —le gritó Conway, dispuesto a saltar—. Si tiene algo que decir, dígalo en inglés. Si sigue hablando, le daré un golpe encima de la oreja con el extremo blando de esta pistola.

El gordo habló de nuevo a conciencia y de manera desafiadora, todo en su propio idioma.

Roger se bajó de la mesa como si estuviese furioso. Se acercó al hombre y levantó la mano, y él le devolvió la mirada con torva insolencia.

Y la cosa ocurrió.

El plan era hermosamente sencillo.

Roger se había olvidado por un momento de que Marius tenía las manos atadas. Las manos, porque los pies estaban libres. Y mientras permanecía junto a la silla del gordo... hacia la cual había sido atraído tan fácilmente por el cebo, que era también una explicación para los demás..., la espalda de Roger estaba vuelta del lado de Marius.

Conway oyó detrás de él un movimiento, pero no tuvo tiempo para volverse y hacerle frente. El pie del gigante se desató violento sobre la parte baja de su espalda con fuerza tal, que habría podido quebrantarle la espina dorsal... si hubiese dado en el mismo espinazo. Pero fue a dar a un lado, en un lugar casi tan vulnerable, lanzando a Roger al suelo con un jadeo de angustia.

En ese instante saltaron juntos encima de él los dos hombres, el gordo y el flaco.

Le arrancaron de la mano la pistola. De todos modos, no habría podido ver para hacer fuego, porque el dolor lo había cegado. No pudo gritar..., su garganta estaba atada con unas nauseas horribles y paralizadoras, y sus pulmones parecían haber quedado inservibles. El puño del delgado, golpeó una y otra vez la mandíbula indefensa.

—¡Suéltame en seguida, idiota! —siseó Marius, y el gordo obedeció, deshaciéndose en excusas.

Marius le cortó la palabra:

—Más tarde pensaré en cómo he de castigarlo. Quizá esto de ahora disculpe un poco su imbecilidad. Atad ahora a ese hombre con esta cuerda...

Roger permanecía inmóvil. No sabía cómo..., pero conservaba su conciencia. Había perdido la fuerza de todos sus miembros; no veía; su cabeza sangraba, y le dolía horribilmente; todo su cuerpo se hallaba dominado por una angustia aplastadora, entumecedora, cuyo centro estaba en

la parte de su espalda donde había recibido el puntapié, extendiendo sus tentáculos de hierro a todos los músculos; pero su mente estaba libre, alta y clara, por encima de la rugiente oscuridad; oyó todo y se acordó más tarde de todas las palabras que se habían hablado.

—Busque una cantidad mayor de cuerda, Hermann —ordenó Marius.

El delgado salió y volvió. Los pies de Roger fueron atados igual que lo habían sido sus muñecas.

Marius cogió entonces el teléfono...

—Conferencia... con Bures...

Una pausa impaciente. Luego una maldición gutural de Marius:

—¿Que la línea está averiada? ¿Y cuándo volverá a funcionar? Es asunto de vida o muerte... ¿Mañana?... ¡Dios del cielo! Un telegrama... ¿Entregarían un telegrama en Bures esta misma noche?

—Le pondré con...

Nueva pausa.

—Sí, deseo preguntarle si entregarían un telegrama en Bures esta misma noche... Bures, de Suffolk... ¿Que cree que no? ¿Que está casi seguro de que no?... Muy bien. Gracias. No, no lo enviaré.

Volvió a colgar el receptor, y lo levantó casi inmediatamente.

Esta vez habló con Westminster 9999, y dio en voz baja instrucciones que Roger no pudo entender. Parecían órdenes detalladas que le llevaron algún tiempo. Por fin, Marius pareció satisfecho.

Cortó la comunicación, se volvió y dio un puntapié desdeñoso a Roger:

—Te quedarás aquí, cerdo. Eres garantía de la conducta de tu amigo.

Habló nuevamente al hombre delgado en un lenguaje que era para Roger lo mismo que el chino:

—Hermann, quédate aquí guardándolo. Te dejaré la pistola. Espera... Voy a copiar el número del teléfono... —lo copió del aparato—. Si tengo que dar órdenes, telefonaré. No saldrás de esta casa sin permiso mío... Otto, acompáñame. Vamos en automóvil, siguiendo a Templar. Tengo agentes en la carretera, y he dado órdenes de que los pongan al corriente. No llegará a Bures con vida, si no son todos tan incapaces como tú. Pero le seguiremos para tener esa seguridad... ¡Espera! Este cerdo que está en el suelo habló con un amigo que está en Maidenhead, y que es posible que venga a juntarse con él. Lo apresará y lo atará también. ¡Cuidado con equivocarte, Hermann!

—Vaya tranquilo.

—¡Bien! Andando, Otto.

Roger les oyó marcharse; y la rugiente oscuridad que le rodeaba se cerró por completo y taponó en su cerebro aquella solitaria claridad.

Lo mismo pudo permanecer inconsciente cinco minutos que cinco días, puesto que perdió toda idea del tiempo. La primera cosa que vio al abrir los ojos fue el reloj, y por él supo que debió de permanecer inconsciente unos veinte minutos.

Hermann estaba sentado frente a él en una silla, hojeando las páginas de una revista. Levantó la vista y vio que Roger estaba despierto; dejó la revista, se fue hacia él y le escupió en la cara:

—Cerdo inglés, pronto te mataremos. Y tu país...

Roger hizo un esfuerzo tremendo para controlar su lengua.

Descubrió que le era posible respirar. La presión de hierro que sentía alrededor del pecho se había suavizado, y la angustia del cuerpo disminuyó. Seguía en su espalda el dolor físico lacerante, lo mismo que en su cabeza; pero estaba mejor. Y no pedía que se agravasen innecesariamente sus molestias... Por lo menos, no de momento.

El flaco siguió hablando:

—El doctor es un hombre grande. Es el hombre más grande que hay en el mundo. Tendrías que haber visto de qué manera arregló las cosas en dos minutos. Fue magnífico. Es un nuevo Napoleón. Él hará que nuestro país se convierta en el primero del mundo. Y vosotros, estúpidos, tratando de luchar contra él...

Las palabras se convirtieron en un estallido ininteligible, ya que hablaba en su lengua nativa; aunque Roger comprendió lo bastante. Comprendió que un hombre capaz de ilusionar a sus servidores, inyectándoles una lealtad fanática como aquella, no era un hombre cualquiera. Y se preguntó qué probabilidad podría tener El Santo de convencer a nadie de que a Marius no le preocupaban el patriotismo ni las nacionalidades, sino únicamente sus propios dioses del dinero y del poder.

El primer acceso de fútil cólera desapareció del rostro de Conway, quedando, mientras estuvo atado, en un silencio impasible, dando vueltas en su cerebro a maquinaciones y contramaquinaciones. Hermann, viendo que no lograba exasperarlo con sus improperios, lo abofeteó por dos veces. Roger ni siquiera se movió, y el individuo volvió a escupirle a la cara.

—Es lo que yo me imaginaba. Sois unos perros ingleses que no tenéis valor. Solo cuando os reunís muchos contra un pequeño..., entonces sí que sois valientes.

—Sí, mucho —le contestó Roger, cansado de oírle.

Hermann le miró furioso:

—Bien, como hayas sido tú quien me golpeó...

¡Triiiiiiiiiin!

El agudo tintineo de un timbre resonó en el departamento tan repentinamente, que dio viveza al sonido convencional. Hermann se detuvo en mitad de su frase, y se puso en tensión. Una mirada agria de soslayo apareció en su cara:

—Cerdo, voy a dar la bienvenida a tu amigo.

Roger aspiró profundamente.

Lo debió de hacer despreocupado, con naturalidad, porque el cerebro de Roger Conway era poco dado a la astucia. Quizá Hermann había estado esperando un acto de esa clase de manera subconsciente, y sus oídos esperaban aquel sonido. El caso es que se detuvo en su marcha hacia la puerta volviéndose, y le dijo murmurando:

—Inglés, ¿vas a intentar avisarle?

Tenía la pistola en la mano. Llegó hasta Roger en tres zancadas.

Roger comprendió que se jugaba la vida. Si no gritaba, su única posibilidad de rescate quedaba liquidada... y Norman Kent al mismo tiempo. Si dejaba adivinar que iba a gritar, también se veía muerto. En todo caso, ya que había sido adivinada su intención de gritar, lo liquidarían de cualquier forma. No pertenecía Hermann al tipo de hombre que se entretiene poniendo una mordaza a su preso. De modo que...

—Vete al diablo —gritó Roger con temeridad.

Y lanzó un alarido.

Un instante después la pistola de Hermann caía sobre un lado de su cabeza.

El golpe era como para atontarlo. Pero no lo atontó. Más adelante pensó que había de tener un cráneo con unas paredes de cuatro centímetros de grosor, y la complexión de un toro, para haber aguantado todo lo que le dieron. Pero la realidad era que lo habían dejado como muerto, aunque sin perder del todo el conocimiento; yacía inmóvil, tratando de recobrase a tiempo de lanzar un segundo alarido cuando Hermann abriese la puerta.

Hermann se irguió, volviéndose de nuevo con la pistola. La metió en el bolsillo de su chaqueta, manteniendo el dedo en el gatillo, y luego, con una especie de terror pánico de que la persona que estaba en el exterior de la puerta de la calle hubiese oído y comprendido el grito, salió gateando pero sin correr, echando maldiciones por lo bajó.

Pero el timbrado se repitió cuando llegaba a la puerta de la calle, y la manera de tocar lo tranquilizó. No podía creer que nadie que hubiese oído y comprendido el primer grito, volviese a llamar tan rápidamente. Con ello Hermann demostró ser menos ingenioso psicólogo que el hombre de fuera...

Abrió la puerta, manteniéndose oculto detrás de ella.

Nadie entró.

Esperó, con una especie de temor supersticioso deslizándose por su espalda abajo, lo mismo que una minúscula cascada de agua helada. Nada ocurrió... y, sin embargo, la segunda llamada había sonado un momento antes que abriese la puerta, y nadie que llamase por segunda vez se habría marchado inmediatamente, sin esperar a ver si alguien contestaba a la llamada repetida.

Entonces Conway gritó:

—¡Cuidado, Norman!

Hermann lanzó un juramento por lo bajo.

Pero no podía elegir. Había recibido sus órdenes. Tenía que apoderarse del hombre que llegaba. No podía permitir que escapase y diese la alarma aquel hombre que por fuerza había tenido que oír el segundo grito de Conway, si es que no había oído también el primero.

Hermann salió incautamente a la puerta.

Apenas había sacado sus pies del umbral, al rellano exterior, cuando una mano como un codillo agarró por detrás su cuello, por encima del hombro, y otra enorme mano aferró la muñeca del arma, igual que un tornillo. Y se vio tan desamparado como un niño.

La mano que estaba en su garganta le retorció la cara, exponiéndola a la luz. Y vio una pesada cara roja, de ojos adormilados, unida, por un cuello como una columna, a unos hombros dignos de un búfalo:

—Venga conmigo, vuelva a donde escapó, y abra su corazón al Tío...

Eso le dijo con entonación dormida el inspector-jefe Eustace Teal.

SIMÓN TEMPLAR VA EN AUTOMÓVIL HASTA BURES, Y DOS POLICÍAS SALTAN A TIEMPO

La carretera que sale de Londres hacia el nordeste es uno de los caminos menos agradables para salir a campo libre. En primer lugar, está infestada con muchos kilómetros de tranvías interminables, que serpentean, que cierran el tráfico, que enloquecen a quien va al volante de un coche rápido.

Aunque fuese tarde, había en la carretera el tráfico suficiente para impedir a El Santo lanzarse a carreras de más de unos pocos centenares de metros. Al cabo de todas ellas no tenía más remedio que recurrir a los frenos, detenerse, y volver a acelerar, lo que rebaja el promedio de su velocidad.

Sabía que existía otro camino más rápido. Lo había tomado en una ocasión..., era un camino que avanzaba intrincado por callejuelas desiertas, que cruzaba de cuando en cuando los barrios más populosos, y que otra vez se metía por caminos sin tráfico. Era más largo, pero se cruzaba por él con mayor rapidez. El Santo sólo había avanzado por esta carretera una vez, y eso a la luz del día; ahora, en la oscuridad, no podía fiarse de volver a encontrarla. Las señales que el conductor elige automáticamente a la luz del día, le sirven de poco cuando las lámparas eléctricas le dan un aspecto diferente. Perderse resultaría más enloquecedor que la obstrucción del tráfico. Lo que habría llevado a El Santo al borde del delirio habría sido perder minutos, y quizá kilómetros, viajando en una dirección equivocada; verse confundido por direcciones vagas y contradictorias de los peatones y de la Policía; encontrarse importunado y cargado por la constante incertidumbre... Lo que podía ganarse marchando por esa carretera no tenía comparación con lo que podía perderse. Eso lo había decidido al subirse al coche en Brook Street.

Y se atuvo a las vías importantes.

Se metió por entre el tráfico ceñudamente, aprovechando todas las oportunidades que se le ofrecían, creando otras por sí mismo, desafiando todas las leyes, principios y normas de etiqueta por que se gobierna el uso de las carreteras de Su Majestad, ganando inapreciables segundos cómo y donde podía.

Los demás conductores le maldecían; dos policías le hicieron señal de que se detuviese, no les hizo caso, y le tomaron el número; rozó una aleta de su auto en un lanzamiento desesperado por un paso que a ningún otro conductor le habría parecido tal; se salvó por tres veces de la muerte por un verdadero milagro, al pasar a otro coche en un ángulo oscuro; y el conductor tenaz de un coche pequeño, que se arriesgó a insistir en la parte que le correspondía de la carretera, se quedó blanco al obligarle el Hiron del a tomar el bordillo so pena de aniquilarlo.

Fue una exhibición incomparable de brutalidad, que hizo que todas las cosas que Roger Conway tuvo que hacer a primera hora de aquella noche, porque se las mandaba, resultasen como juegos de un niño con el coche-cuna. Pero a El Santo nada le importó. Estaba en su camino y, si el resto de la población ponía inconvenientes en la manera que él tenía de hacer las cosas, podían guardarse sus objeciones.

Algunos de los que presenciaron aquella noche el paso de El Santo se acordarán de él hasta el fin de sus días; el Hiron del, reconociendo que lo guiaba una mano maestra, se convirtió casi en una cosa viva. Sus fabricantes lo llamaban el rey de la carretera, pero aquella noche el Hiron del fue más que rey: fue la encarnación y la apoteosis de todos los automóviles. El Santo guiaba llevando al diablo a su lado, y el Hiron del tomaba el humor suyo. Si hubiésemos estado en una época supersticiosa, quienes lo vieron habrían hecho la señal de la cruz, jurando que no era un coche lo que pasó aquella noche, sino un enemigo rugiente y de plata que cruzaba Londres en alas de un viento ultraterreno.

Durante media hora..., inquieto el pulgar de El Santo en el botón del claxon, y la voz estridente de un espíritu malo aullando y pidiendo paso con un tono que no admitía réplica..., hasta que las casas fueron haciéndose menos frecuentes y dejaron espacio a los primeros campos. Entonces El Santo se entregó a su tarea, suavemente, con manos tan seguras y gentiles como las de cualquier conductor, sacando la última onza posible de esfuerzo de los cien caballos que estaban bajo su control...

A uno y otro lado suyo había oscuridad: la única luz del mundo estaba a lo largo del túnel que los poderosos faros horadaban en la cerrada negrura. De

tiempo en tiempo, saliendo de la oscuridad, un gran animal de ojos de fuego se lanzaba contra él, ladrando, y era burlado lo mismo que un torero burla al toro que carga contra él, y era dejado con un gruñido frustrado y con un resbalón fugaz de viento. Una y otra vez el Hiron del se lanzaba en la oscuridad en pos de ridículos y serpenteantes gusanos de luz, olfateaba sus rojas colas, bufaba burlón, y los dejaba atrás con un profundo trompetazo. Ningún automóvil de Inglaterra habría podido sostener aquella noche la carrera con el Hiron del.

El zumbido del gran motor seguía resonando como el fondo de una canción gigantesca; cantaba a tono con el suave siseo de los neumáticos y con la corriente del aire fresco de la noche; y la canción que cantaba era esta: *Patricia Holm... Patricia... Patricia... ¡Patricia Holm!*

El Santo no tenía idea de lo que iba a hacer. Ni siquiera lo pensaba. No sabía nada de la geografía de «la casa de la colina»..., nada de cómo estaban las tierras a su alrededor..., nada de los obstáculos que pudieran surgir en su camino, ni de la resistencia que se ofrecería a su acometida. De manera que no se molestaba pensando en esas cosas. Estaban más allá del alcance de la inútil especulación. No tenía clave alguna; por eso habría sido una pérdida pura de tiempo el especular. Sólo podía vivir para el momento, y la tarea del momento era esta: lanzarse a través de Inglaterra lo mismo que un rayo en medio del combate que le espera.

¡Patricia!... ¡Patricia!...

El Santo entró con suavidad en la canción; pero nadie podía escuchar su propia voz, ahogada por la del Hiron del. La canción del auto aullaba a través de los anchos espacios del campo, golpeaba y se quebraba entre las paredes de las sobresaltadas casas de las aldeas, refluía y rodaba formando ecos desde los muros de las colinas.

No quitaba nada a su éxtasis el que marchase a un asalto casi ciego. Eso hacía que saborease aún más la aventura; porque esa era la salida desesperada por la que suspiraba su corazón..., el fin de la inacción, el final de la perplejidad y del desamparo, el final de la maldita duda y del temblor de la excitación. Y en el corazón de El Santo había un grito de júbilo, porque, al fin, el dios de las buenas peleas y de las empresas desesperadas había vuelto a acordarse de él.

No, no era egoísmo. No era la simple ansia de aventura, que no se preocupa del peligro de aquellos que consideran que la aventura vale la pena. Era el resurgir irresistible de la más fundamental de todas las inspiraciones del hombre. Un violento agitarse dentro del antiguo sueño del espíritu, que

envió a los caballeros del rey Arturo a sus empresas, que hizo que Tristán llorase por Iseo, que la llama de un corazón de hombre llevase sobre Troya el fuego y la espada, que el grito de Roldán y el canto de la espada Durendal resonasen en medio de la carnicería de Roncesvalles. «El sonido de la trompeta...»

Con esos pensamientos se tragó muchos kilómetros, y dejó a su espalda más de la mitad del trayecto.

¡Con tal que no tuviese un fallo el motor!... La gasolina y el aceite no le faltarían, porque había llenado los depósitos en el camino de vuelta de Maidenhead.

Simón accionó una llave, y todas las luces del salpicadero se encendieron ante él con luminiscencia rara y fantasmal. Apartó un instante su vista de la carretera y se fijó en el cuentakilómetros.

Ciento cuarenta...

Ciento cuarenta y dos...

Ciento cuarenta y tres..., cuatro...

¡Patricia!...

«Pelea, asesinato y muerte súbita...»

«Ya sabes, Pat, que en estos tiempos no tenemos ni una sola probabilidad. No hay ocasión para el amor magnífico... El hombre tiene que luchar por su dama. Preferentemente con dragones...»

Ciento cuarenta y cinco...

Ciento cuarenta y seis...

Surgió de la oscuridad una curva, se precipitó contra él amenazadora, asesina. Los neumáticos, girando con mano cruel, rasgaron la carretera, vociferantes. El auto dio la vuelta a la curva, sobre su grupa, como si dijéramos..., se dobló sobre sí, y encontró de nuevo su marcha...

¡Ping!

Era un ruido como el chasquido que produce al saltar un alambre demasiado tirante. El Santo, mirando fijamente delante, parpadeando, vio que en el parabrisas había nacido una estrella..., una estrella de puntos largos y delgados que irradiaba desde un agujero redondo que atravesaba el cristal. Apareció en sus labios una sonrisa.

¡Ping!

¡Bang!

¡Bang!

El primer sonido se repitió, y luego, en rápida sucesión, otros dos más, agudos y chirriantes, como el choque de dos piezas de metal. Quedaban

delante de él. En el casquete brillante de aluminio.

—¡Vaya! ¡Es un grupo resuelto a todo! —jadeó El Santo.

No tuvo tiempo necesario para ajustarse a la interrupción, para analizarla y extraer su filosofía. ¿Cómo podía ser tiroteado en aquella etapa del viaje...?

La cosa podía esperar. Algo se había torcido. Alguien había cometido una tontería. Seguramente que Roger había caído en alguna trampa, y Marius se había escapado... o cosa por ese estilo. Pero entre tanto...

Por suerte, el primer disparo le había hecho ir más despacio, porque si hubiese continuado a igual velocidad habría quedado muerto.

El ruido que oyó a continuación no era ni el impacto de una bala ni el chasquido fino, lejano, del rifle que la disparaba. Sonó con fuerza, próximo a él, explosivo, como si dijéramos, bajo sus pies. Casi le arrancó de las manos el volante.

Nunca se explicó de qué manera lo mantuvo aferrado. Un instinto más rápido que el pensamiento debió de hacerle apretar aún más su presión, al oír el ruido que hizo al explotar; dirigió el volante con ambas manos. Torció este en la dirección hacia la que no quería ir, apretando con sus pies los pedales del freno y del embrague, poniendo en juego hasta la última reserva de todos los músculos de su espléndido cuerpo.

La muerte, todo lo repentina que habría podido desear, le miró de frente. El esfuerzo era terrorífico. El Hiron del había dejado de ser criatura suya. Había enloquecido, se le había escapado de las manos, con el freno dentro de su tremenda boca, caracoleando hacia la demoníaca zambullida que lo destruiría. No habría habido ninguna energía humana capaz de retenerlo. El Santo, por fuerte que fuese, no habría podido hacerlo nunca... normalmente. Era preciso que hubiese encontrado alguna fuerza sobrenatural.

No sé cómo logró evitar que el auto se metiese en la cuneta; consiguió detenerlo.

Entonces, casi sin pensarlo, apagó todas las luces.

Se asombró confusamente de cómo el eje no había saltado lo mismo que un palo seco bajo el terrible esfuerzo, o cómo la dirección no se había hecho pedazos bajo sus manos.

«Si salgo de esta con vida —pensó El Santo—, la Hiron del Motor Company recibirá de mí un testimonio espontáneo».

Pero este pensamiento pasó por su cerebro lo mismo que una golondrina pasa rozando una charca tranquila..., y se perdió en el acto. Y luego, de la misma manera confusa, se dijo que por qué no habría traído una pistola. Era probable que ahora tuviese que pagar la prisa temeraria con que había salido.

Su cuchillito estaba bien..., era capaz de emplearlo con tan buena puntería como cualquiera pudiera servirse de una pistola, y tan rápidamente..., pero servía para un solo lanzamiento. Nunca se había entrenado para hacerlo funcionar como un *bumerang*.

No era probable que lo estuviese atacando un hombre solo. Y un cuchillo solitario, por muy hábil que estuviese manejado, no servía contra cierto número de hombres armados, que lo cercasen dentro de su automóvil dañado. Simón pensó:

«Es evidente que tengo que salir del auto».

Salió instantáneamente, y se agazapó junto al mismo en la cuneta. Sus probabilidades serían mayores protegido por la oscuridad, y al aire libre.

No pensó ni por un momento en huir, aunque le habría sido fácil. Pero el Hírdel era el único automóvil con que contaba y tendría que salvarlo... o tendría que entregar encima su mano. Eso era una broma. Precisamente la finalidad de la emboscada era obligarle a hacer tal cosa..., detenerlo, de cualquier manera..., y a él no le detenía nadie...

Al apagar todas las luces, la oscuridad se había hecho menos absoluta, y la carretera cruzaba por ella, entre el negro volumen de los árboles que la flanqueaban, lo mismo que una cinta opaca de acero. Mirando hacia atrás, vio El Santo sombras que se movían. Contó cuatro.

Se lanzó a su encuentro, reptando como una culebra por la seca cuneta. Avanzaban separados. Evitando el brillo apagado del trozo de carretera, venían por la oscuridad, a ambos lados de la misma, dos por un lado y dos por el otro.

No eran momentos de lucha suave. Tenía que cambiar la rueda delantera, que estaba cortada, y tenía que hacer frente a aquellos cuatro hombres que se le venían encima. Era, pues, preciso eliminarlos... todo lo rápidamente que fuese posible, y todo lo definitivamente. El Santo no podía perder tiempo.

El jefe de los dos hombres, que venía por el lado de Simón, casi pisó a la negra figura que pareció levantarse súbitamente del suelo delante de él. Se detuvo y trató de retroceder, de manera que pudiese servirse del rifle que llevaba, y su compañero tropezó con sus tacones y largó una maldición.

El que iba delante lanzó un gemido, que murió en un estertor de agonía.

El que venía detrás vio caer al suelo a su jefe, pero más allá de su jefe había otro hombre..., un hombre que no estaba antes allí, que se reía con un suave cuchicheo de alegría desesperada. Trató de apuntarle con la automática que llevaba; pero dos manos de acero agarraron sus muñecas, y se sintió volar

sin compasión por los aires. Le pareció que volaba un largo trecho... y luego se durmió.

El Santo cruzó la carretera.

Una pistola habló desde la mano de uno de los dos hombres del otro lado, que se había detenido, irresoluto, al escuchar el primer gemido. Pero El Santo había vuelto a perderse en las sombras.

Se agazaparon, esperando, vigilando, atentos a su próximo movimiento. Miraban a ras de tierra, a lo largo de la cuneta y de la hierba que había junto al camino, que era donde El Santo se había desvanecido como un fantasma; pero este se hallaba en aquel momento encima de ellos, agazapado como un leopardo debajo del seto que había en lo alto del ribazo, preparándose subrepticamente para saltar.

Se dejó caer encima de ellos como si cayese del cielo; y los tacones de sus dos botas hicieron blanco en la parte posterior del cuello de uno con todo su peso, hiriéndolo de manera que lo dejó en el mismo lugar en que estaba, sin que volviera a moverse.

El otro hombre, al levantarse y pretender apuntar con su riñe, vio que se dirigía hacia él una brizna remolineante de acero que brillaba lo mismo que un pez volador a través de un mar de negrura, y golpeó con el rifle para defenderse. Tuvo éxito, por un verdadero milagro, y el cuchillo saltó del cañón de su fusil, y cayó tintineante sobre la carretera.

Entonces peleó con El Santo en defensa de su rifle.

Era probablemente el más fuerte de los cuatro y no conocía el miedo; pero hay una martingala gracias a la cual quien la conoce puede siempre hacer que un hombre suelte un rifle o un palo, y El Santo conocía esa martingala desde niño. En efecto, hizo que el hombre dejase caer el rifle; pero no tuvo la posibilidad de recogerlo, porque su enemigo se abalanzó sobre él en un instante. Lo único que Simón pudo hacer fue lanzar de una patada el fusil hacia la zanja, donde se perdió.

La pelea fue entonces pareja.

Pearon dos hombres sobre aquella oscura carretera, mano a mano, el león y el leopardo.

Aquel hombre tenía la ventaja de la energía y del peso, pero El Santo tenía de su parte la rapidez y el salvajismo peleando. Nadie, que no fuese un Colosus, o que no hubiese enloquecido, habría tratado de interponerse aquella noche en el camino de El Santo; pero aquel hombre, que quizá tenía poco de las dos cosas, lo intentó. Peleó como una fiera. Pero El Santo estaba fuera de sí. No solo se atravesaba aquel hombre en su camino; era el servidor y el

símbolo de todos los poderes que El Santo odiaba. Defendía a Marius y a todos los hombres que había detrás de Marius, a toda la conspiración que El Santo había jurado romper, y que le obligaba a enfrentarse con ella en el momento en que tenía que estar corriendo desesperadamente para rescatar a su dama. De modo, pues, que aquel hombre tenía que morir, lo mismo que habían muerto sus tres compañeros. Y quizá conocía su destino, porque dejó escapar un grito que pareció un sollozo antes que los dedos de El Santo hicieran en su garganta una presa de la que no había manera de soltarse.

Fue una presa hasta la muerte. Simón no podía elegir, aunque lo hubiese querido, porque aquel hombre luchó hasta el fin. Ni siquiera cuando perdió el conocimiento se atrevió Simón a soltarlo, porque quizá estaba simulando que había perdido el sentido. El Santo no podía permitirse riesgo alguno. Solo había un modo de asegurarse...

El Santo se puso en pie lentamente al cabo de un rato, respirando profundamente, como hombre que ha permanecido debajo del agua durante mucho tiempo, y se puso a buscar su Ana. Y nadie más se movió en la carretera.

En aquel momento se le ocurrió la idea de quitarle la automática cargada a uno de los hombres al que ya no podía servirle.

Después marchó a cambiar el neumático.

Esa operación hubiera debido llevarle únicamente cinco minutos; pero no pudo prever que el neumático de repuesto se desinflaría totalmente cuando retiró el gato y bajó la rueda.

No había más que una solución.

Poco podía consolarle recordar que Norman Kent, que pensaba en todo, llevaba siempre un equipo de herramientas doblemente eficaz de lo que el motorista corriente juzga necesario. Y en ello estaba incluido el con qué arreglar un pinchazo.

Aun así, con solo la luz movible del auto para alumbrarse, y no teniendo un cubo de agua para descubrir el lugar del pinchazo, no iba a ser tarea fácil arreglarlo.

Simón se quitó la chaqueta, refunfuñando.

Tardó más de media hora en poner al Hiron del en situación de tomar de nuevo la carretera. En conjunto, había perdido tres cuartos de hora. Minutos preciosos para perderlos malamente, aunque se había jugado la vida para ganar...

Pero le pareció que transcurrían cuarenta y cinco años, en lugar de cuarenta y cinco minutos, antes que pudiese encender un cigarrillo y volver a

ocupar el asiento del conductor.

Puso en marcha el motor y movió su mano para encender los faros; pero en el momento mismo en que tocó la llave, la carretera a su alrededor quedó inundada de luces que no eran las suyas.

Cuando desembragó, miró hacia atrás por encima de su hombro, y observó que el coche de detrás no lo alcanzaba. Se había parado.

Sin aliento por la reacción del primer regusto de la pelea, no esperaba tan pronto otro ataque. Al arrancar, se quedó un momento más sorprendido que lastimado por la sensación de algo que le atravesó el hombro izquierdo como una punta de lanza ardiente.

Comprendió de qué se trataba, y se volvió en su asiento teniendo en la mano la pistola automática.

Cierto que no era, y así lo reconoció, el mejor tirador de pistola del mundo; pero aquella noche, algún genio divino guiaba su mano. Apuntó fríamente, como si estuviese haciendo ejercicios de práctica, y destruyó los dos faros del coche que venía detrás. Entonces, sin luz que le cegase, agujereó una de las ruedas delanteras, antes de tomar la próxima curva entre una verdadera lluvia de balas que zumbaron cerca de sus oídos y que multiplicaron las estrellas en el parabrisas.

Tampoco esta vez resultó herido. El mismo poder de antes lo protegió ahora guardándolo como con un escudo.

Al enderezar el coche, se palpó suavemente el hombro herido. Hasta donde pudo descubrir, no había sido tocado hueso alguno: se trataba simplemente de una herida en la carne, que atravesaba el músculo trapecio; aquello no lo dejaba fatalmente impedido, pero quizá le quitase sensibilidad al brazo y lo debilitase con la pérdida de sangre. Dobló su pañuelo formando una almohadilla, que metió debajo de su camisa para cubrir la herida.

Era todo lo que podía hacer mientras conducía; y no podía detenerse para examinar la herida con mayor cuidado o para mejorar la cura. En diez minutos, todo lo más, se reanudaría la caza. Siempre que los perseguidores no fueran tan poco afortunados como él lo había sido. Y eso era mucho para apostar.

Pero ¿cómo había aparecido aquel coche en escena? ¿Había estado detenido y esperando para apoyar a los cuatro hombres, y se había lanzado al escuchar el grito del primero o el alarido del cuarto? Imposible. Había perdido demasiado tiempo tapando el pinchazo. Aquel auto habría llegado mucho antes que hubiese terminado. ¿O es que había venido más tarde, a fin de preparar a lo largo del camino otra emboscada, por si fracasaba la primera?

Simón revolvió las interrogaciones en su mente igual que un hombre podría repasar las páginas de un libro que se supiese de memoria, y siguiese adelante, buscando una página que pudiera leer con mayor facilidad.

Ninguna de aquellas suposiciones era exacta. Las examinó una tras otra, torvamente, como una tentativa subconsciente de evitar el enfrentarse con la desagradable verdad; y ceñudamente las enterró. Aún se adaptaba a ellas la solución que había encontrado cuando el primer disparo le atravesó el parabrisas. Si Marius se había fugado, fuese como fuese, o había sido rescatado, o se las había arreglado para enviar un aviso a su cuadrilla, lo evidente era que se pusiese en comunicación con sus agentes de la carretera. Y que avisase a los hombres que ocupaban la casa de Bures, en lo alto de la colina. Luego, Marius le habría seguido en persona. Sí, tenía que haber sido Marius...

Entonces recordó que cuando dejó a Roger, ni el gordo ni el flaco habían quedado atados. Y Roger Conway, lugarteniente incomparable, era un simple aprendiz en este juego, sin tener la mano del jefe para guiarlo.

«¡Pobre Roger!», pensó El Santo. Era una cosa típica suya que solo pensase en Roger con esa bondad.

Y siguió adelante.

Guió, con la muerte en su corazón y el asesinato en los ojos azules, claros y fríos, que seguían la carretera lo mismo que dos halcones que giran en la estela de su presa. Y solo quedó en sus labios un simple espectro de Santa sonrisa.

Porque, en aquel momento, significaba que iba a una diligencia condenada de antemano.

Ese pensamiento no le quitó velocidad.

Más bien le hizo conducir su auto más de prisa, olvidándose del resquemor de su hombro herido, que se perdió bajo todas las pulsaciones de su cuerpo, más salvajes y positivas.

La aguja del cuentakilómetros, temblando y pasando por encima de la línea que marcaba la velocidad, marcaba, bajo la presión implacable del pie sobre el acelerador, cifras cada vez más disparatadas.

Ciento cuarenta y cinco...

Ciento cuarenta y siete...

Ciento cincuenta...

Ciento cincuenta y uno..., y dos..., y tres..., y cuatro..., y cinco.

El Santo iba pensando:

«La carretera no está lo bastante bien para carreras..., y menos de noche...»

La velocidad del viento al paso torrencial del Hiron del le abofeteaba con golpes casi animales, retumbando en sus oídos por encima de la tonante fanfarria del tubo de escape.

Rompiendo sus nervios durante un minuto, mantuvo el auto a ciento sesenta.

¡Patricia!...

Le pareció oír la voz de ella que le llamaba: *¡Simón!*

El Santo gritó, como si le hubiese oído:

—¡Querida, querida, estoy en camino!

Cuando el auto pasaba vociferante por Baintree, quedándole cincuenta kilómetros de camino, a juzgar por el poste de señales, dos policías se adelantaron desde un lado de la carretera y le cerraron el paso.

Su intención era evidente, aunque él no se imaginaba la razón por la que querían detenerlo. ¡Desde luego, que el haber desobedecido las órdenes de detenerse que le había dado el guardia de Londres, no merecía un esfuerzo tan lejano y tan terminante para traerlo al orden! ¿O es que Marius, para dar doble seguridad a sus emboscadas, había ido a Scotland Yard con alguna historia ingeniosa y convincente acerca de sus actividades en el papel de El Santo? ¿Pero cómo podía Marius haberse enterado de estas? Teal..., él tenía la seguridad de que no habría podido... ¿O es que Teal le había seguido la pista con mayor rapidez de lo que él se imaginaba, gracias al Furillac? Pero, aun así, ¿cómo podía Teal saber que El Santo se encontraba en la carretera?

Cualesquiera que fuesen las contestaciones que pudieran darse a tales preguntas, El Santo no iba a detenerse aquella noche por nadie. Apretó los dientes y su pie se hundió hasta el fondo del acelerador.

Los dos policías debieron de adivinar lo implacable de su resolución desafiadora, porque se pusieron a salvo de un salto, escapando por los pelos.

Allá se fue de nuevo El Santo, metiéndose por el campo abierto con una desafiadora ventolera de su claxon y con un tartamudeo burlón de su tubo de escape, cruzando por la noche como un grito de la vanguardia en una carga de olvidados valientes.

CÓMO ROGER CONWAY DIJO LA VERDAD Y EL INSPECTOR TEAL CREYÓ QUE MENTÍA

El inspector Teal sentó a Hermann en el cuarto de estar y le colocó hábilmente un par de esposas en sus muñecas. Luego puso sus ojos adormilados en Roger, y suspiró:

—¡Vaya! Inconsciente.

Roger le replicó:

—No del todo. Pero condenadamente cerca. Recibí un buen golpe de pistola en la cabeza por haberle advertido a usted con un grito.

Teal movió la cabeza. Estaba perpetuamente cansado, y hasta aquel movimiento tan ligero pareció costarle un esfuerzo de gargantúa. Y contestó pesadamente:

—No me llamabas a mí. Mi nombre no es Norman. ¿Qué estabas haciendo aquí?

Roger le contestó sarcásticamente:

—Simular que era un león marino. Es un bonito juego. ¿No le gustaría tomar parte en él? Hermann nos echará los peces para que los cojamos en nuestras bocas.

Teal suspiró de nuevo, con cara adormilada, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Roger no contestó durante unos momentos.

En ese tiempo tenía que tomar una decisión que podría alterar todo el curso de la vida de El Santo, y, junto con ella, la de Roger mismo..., si es que no alteraba el curso de toda la historia de Europa. La resolución que tenía que tomar era difícil.

¿Se presentaría como el auténtico Simón Templar? Tal fue la pregunta desesperada que se le presentó inmediatamente... Por regla general, nunca llevaba muchas cosas en sus bolsillos, y, por lo que recordaba, no había en su

maleta nada que pudiera delatarlo si le registraban. El fraude se descubriría sin tardar mucho, pero quizá podía fanfarronear por espacio de veinticuatro horas. Durante todo ese tiempo, El Santo podría moverse libremente..., podría salvar a Pat, regresar a Maidenhead, negociar con Vargan y dar fin a la misión a que se había comprometido.

Roger nunca se preguntaba cuáles podrían ser las consecuencias posibles, ni siquiera probables, para sí mismo. El sacrificio sería pequeño comparado con las cosas que podría conseguir. Dijo, pues:

—Yo soy Simón Templar. Creo que usted anda buscándome.

Hermann abrió mucho sus ojos, y exclamó:

—Miente. Él no es Simón Templar.

Teal clavó en el individuo su mirada de sonámbulo:

—¿Quién le pidió a usted que hablase? —le preguntó.

Roger dijo:

—No le haga caso. Él no sabe nada. Yo soy, efectivamente, Templar. Y seguiré a usted tranquilamente.

Hermann insistió, excitado:

—¡Pero él no es Templar! ¡Templar hará una hora que se marchó! Este individuo...

Roger le dijo, insultante:

—¡Usted se calla esa boca repugnante! Y si no quiere hacerlo, se la cerraré yo. Usted...

Teal parpadeó:

—Uno de ustedes dos me está mintiendo —hizo notar sabiamente—. ¿Quieren callarse un momento los dos?

Movió su gruesa humanidad a través del cuarto y se inclinó sobre Roger. Pero fundamentó su decisión en una cosa en la que no había pensado este: la etiqueta del sastre, que Roger llevaba en el interior del bolsillo de su americana. Y dijo, suspirando:

—Me temo que quien me está contando un cuento sea usted..., como quiera que se llame.

Roger le dijo entonces con amargura:

—Mi verdadero nombre es Conway... Roger Conway.

—Eso ya es más probable.

—Aunque ignoro la razón de que ese miserable, que carece de padre...

—Un chivato —explicó Teal, con paciencia—. Entre los bribones resulta una idea honrada por el tiempo esta de salir ellos del paso con una condena ligera, ayudando a la Policía a meterse pesadamente con sus camaradas...

¿Me imagino que será su camarada? —agregó burlón el detective—. Parece que os conocéis el uno al otro, ¿no es eso?

Roger guardó silencio.

De manera que así andaba la cosa. ¿Qué vendría luego?

Hermann resolvió entonces abiertamente chivatear. Eso parecía raro, teniendo en cuenta la clase de hombre que él se había imaginado que era Hermann. Pero...

Roger miró al hombre, y adivinó súbitamente la verdad. No era un chivato. Había protestado sin darse cuenta, de una manera instintiva, en un acceso momentáneo de pánico, por miedo a que se demostrase que su señor se había equivocado. Incluso en aquel instante Hermann lo lamentaba, y estaba buscando afanosamente en su cerebro una mentira con que disimularlo. Buscaba afanosamente en su cerebro, también para defenderse...

La situación permanecía casi tan complicada como lo había sido antes del incidente. Ahora Hermann torturaba su cerebro buscando mentiras, y tanto el uno como el otro tenían el único propósito de escudar a sus jefes a toda costa; ambos se contradecirían mutuamente de todas maneras, y ambos se irían metiendo cada vez más profundamente en el lodazal. Porque ninguno de los dos podía decir la verdad.

Pero ¿ninguno de los dos podía decir la verdad?

La idea irrumpió a través de la oscuridad del dilema de Roger como una batería de arcos luminosos que se encendiese súbitamente. La audacia de la idea le cortó la respiración.

¿No podía ninguno de los dos decir la verdad?

Roger se había encomendado en aquel instante a su jefe, pidiéndole que lo guiase, y allí estaba.

¿No era en principio el mismo dilema que El Santo había tenido que resolver hacía una hora? ¿No era el mismo aniquilarse mutuamente, el mismo cruce de propósitos, la misma inmovilidad cataléptica? ¿La misma vieja historia de fuerza irresistible y de finalidad única?... Y El Santo la había resuelto. La había resuelto barriendo el tablero de ajedrez y dejándolo limpio con una jugada temeraria que no estaba permitida por las reglas.

¿No funcionaría otra vez..., por lo menos para aclarar la atmósfera..., y en el barajeo que resultase no descubriría quizá un agujero que antes no estaba allí..., si Roger repetía la maniobra..., si realizaba lo que posiblemente no podía realizar..., es decir, *contar la verdad*?

La verdad convencería a Teal. Roger podía contar la verdad con mayor convicción y más circunstancialmente que una mentira, resultándole

sumamente fácil darle forma... Incluso a Hermann le sería difícil desacreditarla. Y...

Teal le dijo:

—En todo caso, muchachos, voy a llevaros al Yard y allí podremos hablar.

Quizá se pospusiese la marcha hasta el Yard. La verdad podría resultarle a Teal tan interesante que no saliese de Brook Street. Y entre tanto quizá llegase Norman Kent..., y Norman era un conspirador mucho más diestro que Roger...

Dijo, pues, Roger:

—Quizá haya algo que a usted le interesaría oír antes que nos marchemos.

Teal levantó sus párpados un milímetro, y preguntó:

—¿De qué se trata? ¿Vas a decirme que eres el rey de las Islas de los Caníbales?

Roger movió la cabeza. ¡La cosa era sencillísima! Teal era quizá el único hombre del *CID* que había sentido interés; era por lo menos una certeza. Un hombre tan letárgico no tendría prisa por averiguar nada..., y menos que nada, la tarea prosaica de llevar a sus dos presos al Scotland Yard.

Roger dijo:

—Voy a hacer de chivato de mí mismo.

Teal asintió con la cabeza.

Como si nada más tuviera que hacer en toda aquella noche, se acomodó en un sillón y sacó del bolsillo un paquete de chicle. Y exclamó, mientras sus mandíbulas se movían automáticamente:

—¡Venga ya!

Roger, para perder tiempo, dijo:

—Si a usted le da lo mismo, me gustaría sentarme en una silla. Este suelo pudiera ser más blando. Y si me fuera posible fumar un cigarrillo...

Teal volvió a levantarse y lo alzó del suelo, suministrándole un cigarrillo. Luego volvió a colocarse en su asiento, con paciencia cerril.

No puso ningún inconveniente al retraso, basándose en que había en la calle gente que le estaba esperando. Eso quería decir, casi con certeza, que no le esperaba nadie. Roger se acordó de que Teal tenía fama de trabajar solo. Esto era un síntoma de la confianza que tenía aquel hombre en su experimentada habilidad..., una confianza que diremos que se merecía, porque estaba justificada por su propia historia. Pero en este caso...

—Esta vez le diré la verdad —empezó Roger—. Estamos todos en el carro..., comprendido Simón Templar..., gracias a algunos compañeros de

Hermann, aquí presente..., aunque Templar lo ignora. Yo no quisiera que usted le echase el guante; pero si usted no le echa rápidamente el guante, va a ocurrirle algo peor. Compréndalo usted, nos hemos hecho con Vargan. Pero nosotros no fuimos los primeros entremetidos. Fueron los compañeros de este Hermann...

Hermann interpuso, venenosamente:

—¡Esa es otra mentira! Inspector, ¿va usted a perder con él más tiempo? Ya lo sorprendió usted en una...

Roger le dijo, tajante:

—Y a ti te sorprendió en juegos subrepticios con una pistola. ¿Qué me dices de eso? ¿Y por qué diablos estoy yo atado aquí? Adelante..., dile que tú eres un detective particular ¡y que ibas en busca de un policía para entregarme a él!

Teal cerró los ojos, y dijo.

—Puedo escuchar a dos personas a la vez. ¿Cuál de vosotros se supone que está contando esta historia?

—Yo —dijo Roger.

Teal reconoció lo siguiente:

—Por lo que veo, tu historia es más interesante, aunque luego Hermann demuestre que tiene una historia de hadas que contar. Adelante, Conway. Hermann..., tú esperas la vez, y no vuelvas a meter la pata.

Hermann volvió a caer en su ceñudo silencio. Roger dio una profunda chupada a su cigarrillo y lanzó el humo junto con una breve plegaria de acción de gracias. Y dijo:

—Marchamos a Esher para apoderarnos de Vargan, pero cuando llegamos allí nos encontramos con que ya se habían hecho con él. Esa noche pareció gozar por allí de una profunda popularidad. Sin embargo, nosotros fuimos el grupo que se salió con la suya y que se le llevó.

—¿Adónde os lo llevasteis?

—Siga usted su propio consejo, y no se meta..., ¿eh? —le contestó Roger con brevedad—. Contaré este relato a mi manera, o no lo contaré.

—Sigue, pues.

—Nos llevamos a Vargan... a algún lugar fuera de Londres. Luego volvimos a esta casa Templar y yo para recoger algunas cosas... A propósito, ¿cómo descubrió usted este lugar?

Teal le respondió cómodamente:

—Marché a Brighton y di con el agente del automóvil. Todos los agentes de automóviles pasan el domingo en Brighton con los autos más costosos que

tienen en exhibición. Fue cosa fácil.

Roger asintió.

Siguió hablando lentamente, con un ojo en el reloj:

—Los compañeros de Hermann sabían que estábamos interesados en Vargan antes que empezase el baile. No le importe cómo..., esa es otra historia... No, no es otra historia..., ahora que pienso en ello... ¿Recuerda usted el primer jaleo en Esher?

—Lo recuerdo.

—Hubo dos personas que escaparon pasando por delante del chófer Hume Smith..., un hombre y una mujer. Eran Templar y una amiga suya. Dieron por casualidad con el lugar. Pasaban en auto por allí, vieron una luz y eso los llevó a investigar. Los asustó y alarmó el segundo hombre..., el gigante, las huellas de cuyos pasos usted encontró. Yo le diré su nombre, porque es el jefe de la cuadrilla de Hermann...

Hermann le interrumpió:

—Inspector, va a decirle otra mentira.

Teal levantó un párpado, y preguntó suavemente:

—¿Cómo lo sabes?

Roger exclamó triunfalmente:

—¡Sabe que estoy contando la verdad! Ahora se ha vendido. Voy a decirle la verdad..., el nombre de esa persona es doctor Rayt Marius. ¡Si no me cree, hágase con uno de sus zapatos y verá cómo se adapta igual que el molde a las impresiones de yeso que usted tomó de las pisadas!

La barbilla y la papada de mister Teal estaban hundidas en su pecho. Pudiera haber estado dormido. Su voz sonó como si lo estuviera:

—¿Y esa gente les siguió la pista hasta aquí? Roger le contestó:

—Así es. Y por otro lado se apoderaron de la joven que estaba con Templar aquella primera noche..., una muchacha de la que él está enamorado..., y Marius vino aquí para proponerle a Templar cambiarla por Vargan. Pero Templar no accedió. Quería para sí a los dos. Conseguimos averiguar adonde habían llevado a la muchacha, y Templar salió para rescatarla. A mí me dejó para guardar a los prisioneros..., a Marius, a Hermann y a otro que se llama Otto. Fueron más vivos que yo y se marcharon... Marius y Otto..., dejando a Hermann para que me guardase. Yo venía a ser un segundo rehén para negociar con Templar. Marius y Otto salieron persiguiendo a Templar...; desde aquí dispusieron en el camino una emboscada para detenerlo. Marius se valió de este teléfono..., puede usted llamar a la centralita y comprobar si habló o no habló, si no me cree. Y

Templar no sabe lo que le espera, está creído que sorprenderá a los hombres de la casa de la colina. Y marchó, cerrando los ojos, a una muerte segura...

Teal dijo:

—¡Un segundo! ¿Qué casa es esa que está encima de la colina, de que me habla usted?

El tono de la pregunta indicaba que no se había perdido para los oídos de Teal el auténtico tañido de la historia. Roger respiró profundamente.

Y ahora..., ¿qué? Roger había contado todo cuanto se proponía contar..., y eso era un largo e interesante prefacio que no tenía importancia real.

Y ahora, ¿qué era lo que podía permitirse agregar al relato? ¿Hasta qué punto era grande el peligro que corría El Santo?

Roger conocía las condiciones de luchador de El Santo. ¿Serían esas condiciones suficientes para conseguir la victoria frente a todas las probabilidades en contra? ¿Serviría la llegada de la Policía, inmediatamente después de la victoria, para algo más que para dar a El Santo otra pelea que combatir?... ¿O es que era probable que El Santo pudiese contra todos sus enemigos? ¿No sería una especie de traición el comprometer todo lo demás..., aunque fuese para salvar a Pat? ¿Cómo podía un hombre igualar la seguridad de una muchacha con la paz del mundo? Aunque esa traición significase el sacrificio de El Santo y de él mismo, Vargan quedaría en poder de Norman Kent. Y Norman tenía instrucciones para el caso de que ocurriese algún accidente...

Pero ¿dónde estaba Norman?

Roger miró a los ojos pequeños y brillantes del inspector-jefe Teal. Luego apartó la vista y tropezó con el brillo de los ojos velados de Hermann.

Y durante ese traslado de su mirada, se las arregló para echar otra ojeada al reloj... sin dejar que Teal lo viese.

—¿Qué casa y en qué colina? —le preguntó de nuevo Teal.

—¿Tiene eso importancia? —le contestó Roger, contemporizando desesperadamente.

—Nada más que una poca —le contestó Teal, controlándose de manera terrible—. Si usted no me dice adónde ha ido Templar, ¿cómo voy a salvarlo de la trampa en que, según lo que me cuenta, él se ha metido?

Roger inclinó la cabeza.

No le quedaba más remedio que descubrir algo más de la verdad, a menos que Norman Kent llegase rápidamente y superase en ingenio a Teal, de manera que Roger y Norman pudieran ir juntos en auxilio de El Santo. Esa

sería la única manera de salvarlo..., costase lo que costase el salvamento. Roger lo comprendía ahora:

—Póngase primero en comunicación telefónica con la Policía de Braintree. Templar tiene que pasar por allí. Conduce un Hiron del abierto Seguiré hablando cuando usted haya hecho eso. No hay tiempo que perder...

Los ojos cansados de Teal habían adquirido expresión de bien abiertos. Examinaban, sin pestañear, la cara de Roger.

—¿Es la verdad eso que me ha contado?

—¡Palabra de honor!

Teal hizo muy meditadamente un gesto afirmativo, y dijo:

—Le creo a usted.

Y marchó al teléfono con sorprendente rapidez.

Roger tiró la punta de su cigarrillo a la estufa y clavó sus ojos en la alfombra, en tanto que su cerebro daba vueltas para poder dominar el tumulto que se había desatado en su interior.

Si Norman venía, debía haber llegado para entonces. Por lo visto, Norman había decidido no venir. Eso era todo.

La voz del detective llegó a los oídos de Roger en medio de su confusa desesperación:

—Un Hiron del abierto..., conducido probablemente a una velocidad de vértigo... Detened de todos modos a los autos que lleguen esta noche... Sí, mejor estad armados... Cuando os hayáis apoderado de él, poned una guardia en el auto y mandadlo a él para Londres..., a New Scotland Yard..., inmediatamente... Llámeme por teléfono y avíseme cuándo está en camino...

El receptor fue colgado en su gancho.

—Bueno, Conway..., ¿qué me dice de aquella casa?

La garganta de Roger pareció ahogarse por un momento.

Luego...

—Únicamente sabemos que se trata de «la casa encima de la colina». Así es como la llamaba Marius en la carta que le encontramos. Pero si está en...

¡Triiiiiiiin!

Teal miró hacia la puerta.

—¿Sabe usted quién es?

—No tengo ni la más remota idea.

¡Triiiiiiiin!

Otra vez la estridente llamada. El corazón de Roger saltaba como alocado. Nunca supo de qué manera mantuvo la máscara de desorientación, pero supo que la había mantenido. Al desaparecer la expresión de recelo de la mirada de

Teal se lo confirmó. Había puesto en su mentira todo su ser: *No tengo ni la más remota idea...*

Pero sabía que el que llamaba solo podía ser un hombre entre todos los del mundo.

También Hermann lo sabía.

Pero Roger no dio señal de ello ni miró al hombre. Siguió siendo un juego de azar. Roger decía la verdad..., y por lo visto tenía el propósito de seguir diciéndola... El hombre estaba en la incertidumbre. El relato que Roger estaba levantando contra sí mismo le dejaba también a Hermann mucho que contestar... ¿Acaso Hermann era bastante prudente y rápido para comprender que tendría una probabilidad mejor con sus enemigos no oficiales que con la Policía?...

Hermann no dijo una sola palabra.

Teal se dirigió al vestíbulo, y Roger habría sido capaz de pregonar a gritos su alivio.

Pero no podía gritar..., ni siquiera para advertir a Norman. Ninguna utilidad tenía aquello contra Teal como la hubiera tenido contra Hermann. Era preciso que Norman cayese en la trampa... y que todos los extraños dioses de El Santo le inspirasen igual que habían hecho con El Santo mismo...

Teal abrió la puerta delantera. Conservó la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta.

Norman sólo vaciló una fracción de segundo.

Más adelante, Norman le dijo que las palabras habían acudido a sus labios sin pensarlas conscientemente, lo mismo que si un ángel bueno se las hubiese puesto en la boca, sin pedírselo.

—¿Es usted míster Templar? —preguntó Norman Kent.

Y, al escuchar aquellas palabras que él no sabía que iba a hablar, se quedó atónito ante la colosal sencillez y la colosal audacia del ardid.

—No; no soy yo —le contestó concisamente Teal.

—¿Está en casa?

—En este momento, no.

—¿Y no podría usted hacer nada? Yo no conozco a míster Templar; pero acabo de recibir un mensaje extraordinario y pensé que antes de ir a la Policía...

Teal tensó sus orejas, y dijo más cordialmente:

—Quizá pueda hacer algo por usted. ¿Quiere pasar?

—Desde luego —dijo Norman.

Teal se hizo a un lado para dejarle paso y se volvió para cerrar de nuevo la puerta.

Colgando de las paredes del vestíbulo había cierto número de armas curiosas, reliquias de la vida juvenil de El Santo y de sus andanzas por los más extraños rincones del globo: cuchillos de España y una espada de matador de toros; mosquetes y pistolas anticuadas; lanzas de las islas del Mar del Sur; crises, krambits y cuchillos parang de Malaya; una cimitarra y un *bumerang* de Nueva Zelanda, un arco iroqués, una azagaya y otras armas de esa clase.

La mirada de Norman Kent cayó desde un bastón con un nudo en la punta. Se adaptaba a su mano de manera muy conveniente.

Y lo cogió.

SIMÓN TEMPLAR SE DESPIDE DE ANA, Y ABRAZA A PATRICIA

Tratar de localizar en una parte desconocida del país, y en una noche oscura, una casa que no se distinguía sino por estar situada encima de una colina..., especialmente en un distrito en que las colinas no son más que simples ondulaciones..., podría considerarse tarea desesperada hasta para el hombre más optimista. El Santo cayó en la cuenta cuando estuvo cerca del pueblo y juzgó las cosas por sí mismo.

Pero, aun antes de empezar a desesperarse, si se hubiese entregado a la desesperación, sus faros hirientes iluminaron la figura de un rústico trasnochador que caminaba afanosamente carretera adelante. El Santo, que no era extraño a la vida campestre, y que estaba habituado a la costumbre de que se retirasen a la cama así que la casa de bebidas de la aldea los echaba a la calle a las diez de la noche, comprendió que aquello solo podía debérselo a un ángel enviado directamente desde el cielo. Seguramente que los dioses de El Santo estaban con él aquella noche.

—¿Conoce usted una casa a la que llaman la de la colina? —preguntó Simón con descaro.

—¡Sí, naturalmente!

Entonces comprendió El Santo que en los distritos campesinos de Inglaterra todo es posible, y que los indígenas pueden fácilmente considerar «la casa que está encima de la colina» dirección plena y suficiente, tal como el hombre de la ciudad puede juzgar que le basta con decir «la casa de bebidas a la vuelta de la esquina».

—Cruce la aldea, de vuelta alrededor de la iglesia y siga todo lo derecho que pueda por espacio de un kilómetro. No puede usted equivocarse.

Así habló el paleta. El Santo aumentó la velocidad. Pero metió el auto en una curva lateral, próximo a lo alto de la colina, lo aparcó con las luces

apagadas y siguió a pie. Es posible que le esperasen, pero no iba a anunciar innecesariamente su llegada.

Venía preparado a meterse dentro y a levantar a tiros a los moradores de todas las casas del distrito a las que pudiera aplicarse la descripción de «encima de la colina», hasta dar con la verdadera. Pero le habían ahorrado esta tarea; no le quedaba sino capitalizar la ganga que se había encontrado.

La pistola que llevaba en el bolsillo ofrecía un bulto voluminoso al caminar; y podía sentir en la pequeña funda del antebrazo el peso ligero, pero tranquilizador, de Ana, el rey de los cuchillos, ganado con sangre y bautizado con sangre. No era un juguete de mocito. Había venido envuelto en sangre, y en sangre tenía que marchar aquella noche.

Pero esto no podía saberlo El Santo, cualesquiera que fuesen sus presentimientos, cuando recorría furtivamente el impenetrable seto de espino que cerraba el paso a los terrenos de la casa que había venido a atacar. El seto le pasaba por encima de su cabeza; y era impenetrable, salvo la abertura en que estaba encajada la puerta, según lo averiguó después de dar una vuelta completa. Pero, echándose hacia atrás, pudo distinguir la parte superior de la casa, que se proyectaba por encima del seto y que formaba un negro volumen sobre el fondo del firmamento oscuro; en el piso superior solo había una ventana iluminada. Permaneció inmóvil, escuchando con toda la agudeza de sus oídos, y no logró oír ruido alguno en toda la casa.

La ventana encendida del piso superior le proporcionó una idea.

Fijándose bien, una sola ventana iluminada solo podía significar una cosa..., si no era una trampa. Pero si era una trampa, lo era tan sutil que El Santo no podía adivinarla.

Lo que sí vio, con la fuerza aplastante de la lógica, fue que la guarnición de una casa fortificada, que esperaba una tentativa de rescate de su prisionera, era probable que situase a esta lo más lejos posible del atacante, Es cosa corriente que se trate casi instintivamente a los presos de esta forma, confinándolos ordinariamente en áticos o bodegas, incluso cuando no se espera ningún ataque. Una casa de campo del tipo de aquella no era probable que dispusiese de una bodega bastante grande para confinar en ella a una presa, cuyo valor desaparecía si se asfixiaba. Patricia no podía estar más que en un sitio..., y aquella ventana iluminada indicábalo con tanta claridad como si hubiese puesto en las paredes exteriores un letrero con letras de medio metro de altura.

El Santo no podía saber que aquella deducción era la pura verdad..., que la misma buena suerte que había tenido a lo largo de toda la aventura había

dispuesto aquella avería en el alambre de larga distancia, a fin de impedir a Marius que comunicase con la casa de la colina. Pero lo adivinó y lo aceptó (salvo en la avería) con una fuerza de convencimiento que nada habría sido capaz de fortalecer. Y sabía, concretamente, sin recurrir a ninguna adivinación ni deducción, que Marius estaba en aquel momento a menos de diez minutos por detrás de él. Su finalidad debía de cumplirla rápidamente, si no quería fallar.

El Santo vaciló un momento. Estaba en un campo, del lado de fuera del seto de espino. Se agachó y rebuscó en el suelo piedras pequeñas. Las quería pequeñísimas, a fin de que no hiciesen mucho ruido. Tres contó que satisfacían sus exigencias.

Luego escribió, alumbrado por una cerilla, a la que formaba pantalla cuidadosa una mano, un pedazo de papel que encontró en su bolsillo:

“ «Estoy aquí, Pat querida. Devuélveme a Ana por encima del seto, e inicia algo que los perturbe, para dividir su atención. Entraré en seguida. —Simón».

Ató el pedazo de papel al mango de Ana con un hilo de seda que arrancó de su camisa, y se enderezó.

Gentilmente y con exactitud tiró las dos piedrecitas, y oyó cómo golpeaban débilmente el iluminado panel. Esperó.

Si no había respuesta, sería que Pat estaba atada, drogada o cualquier cosa por ese estilo... El pensamiento puso en tensión sus músculos de tal manera, que los sintió estremecerse por todo su cuerpo lo mismo que una masa de hilos de acero reforzados... Tendría que meterse dentro, aun sin la ayuda de la perturbación que los distrajese, desde luego... Pero no era eso lo que multiplicaba las pulsaciones suyas, y lo que hacía que su boca formase una línea que no admitía en modo alguno una sonrisa. Era el pensamiento de Patricia misma..., el pensamiento de lo que pudiera haberle ocurrido, de lo que pudiera estarle ocurriendo...

«¡Vive Dios! —pensó El Santo, doliéndole el corazón—. Si alguna de sus cochinas manos...»

Pero quería verla una vez más antes de lanzarse a la lucha, que tenía la seguridad de que sería arriesgada para él. Quería verla, en caso de que ocurriese algún accidente. Quería ver una vez más su rostro bendito, llevarlo con él al combate como una bandera...

Contuvo el aliento.

El marco de la ventana se levantaba poco a poco, con precauciones infinitas, para no hacer ruido. Y El Santo vio al mismo tiempo, que lo que él había creído que eran paneles de plomo siluetados, eran en realidad unos barrotes apretadamente juntos.

Luego la vio a ella.

Miró al exterior, al jardín que había abajo, y a lo largo de la casa, como desorientada: El vio la vacilante división de los rojos labios, el oro desordenado de sus cabellos, la luz valerosa de sus ojos azules...

Después equilibró en su mano a Ana y envió el cuchillo revoloteando a través de la oscuridad. El arma se hundió de punta, temblando, en el travesaño de madera que estaba junto a la mano de la muchacha.

Vio a Patricia sobresaltarse, mirando fijamente al arma y haciendo conjeturas de una manera impetuosa. Luego la arrancó de la madera y desapareció dentro de la habitación.

Transcurrió medio minuto. El Santo esperaba con impaciencia hormigueante, temeroso de escuchar en cualquier momento el ruido de un automóvil que se acercaba a la colina, y que solo podía pertenecer a un hombre. Pero, por temerosamente que tensaba sus oídos, nada rompía el silencio de la noche.

Por fin volvió a aparecer la muchacha. Vio que su mano salía de entre los barrotes, y vio su cuchillo Ana descender hacia él lo mismo que una guedeja arrancada de un rayo de luna...

Encontró su pequeña arma con algún trabajo entre una mata espesa de hierba larga. Su tira de papel seguía atada al mango, pero al desenrollarlo encontró nuevas palabras escritas por el otro lado.

“ «Aquí hay ocho hombres. Dios te bendiga, querido.
—Pat»

El Santo volvió a meter el papel en el bolsillo y deslizó a Ana nuevamente en su funda.

—¡Que Dios nos bendiga a los dos, Pat, maravillosa muchacha! —cuchicheó al silencio de la noche; y, volviendo a mirar hacia arriba, la vio aún en la ventana, forzando sus ojos para encontrarlo.

Él la saludó moviendo un pañuelo, a fin de que pudiese ver, y ella le devolvió esa clase de saludo. Luego se cerró la ventana. Él la había visto. Y el dolor se convirtió en su corazón en una canción...

No perdió más tiempo en buscar un camino en el seto. Su primera inspección le había demostrado que estaba plantado y probado como una

eficaz empalizada. Pero quedaba siempre la puerta.

Daba a la carretera. Era una puerta del todo corriente.

Aquel era el camino por el que, sin duda, lo esperarían.

¡Los iba a chasquear!

Apenas si dirigió una mirada a la puerta. Probablemente estaba electrizada. Tendría seguramente alambres conectados con timbres. Y seguramente..., apostaría cualquier cosa..., habría por algún lado un tirador de rifle cubriéndola. Pero era el único punto visible para entrar.

El Santo tomó velocidad y saltó limpiamente por encima.

Más allá estaba el cascajillo de la carretera, pero únicamente lo tocó con un solo pie. Al tocarlo, dirigió su marcha hacia un lado y volvió a saltar... al piso silencioso del prado y a la sombra encubridora de un arbusto. Allí se agazapó, levantando el gatillo de la pistola automática que sacó, y preguntándose por qué nadie disparaba contra él.

Lanzó por la borda esa duda. Había oído muy débil, en medio del silencio, el zumbido lejano, pero inconfundible, el runruneo de un auto poderoso. Apenas puso a tono su oído para escuchar ese sonido, cuando otro lo cortó lo mismo que un tajo de sable..., el grito de una muchacha aterrorizada...

Tenía la seguridad de que aquel grito era fingido.

¿No le había dado él sus instrucciones? ¿No sabía él que Patricia no era de las mujeres que gritan asustadas? Claro que sí... Pero aquel grito ejerció sobre él idéntico efecto que si hubiese sido verdadero. Hirió unas cuerdas profundamente enraizadas de feroz espíritu protector, recordándole violentamente que quien había lanzado el grito estaba aún allí, aunque Pat nunca habría gritado si él no le hubiese dado instrucciones. Algo quedó cuajado en su interior igual que si hubiese recibido un chorro de agua helada; y al igual que un chorro de agua helada, vigorizó, espoleó y despertó en su interior una reacción furiosa, algo primitivo, homicida e implacable, algo que no correspondía a las ropas que vestía, ni a las armas que llevaba, ni a la fortificación que él iba a asaltar.

El Santo enloqueció.

No hubo ni sano juicio ni risa en la manera que tuvo de salvar el trozo de prado que le separaba de la casa y de la ventana iluminada de la planta baja, que se había señalado como objetivo para el momento en que salvase la puerta. No pudo asombrarse todavía de que no escupiesen desde la oscuridad una rociada de balas contra él, ni pudo sentir que aquel silencio escondiese una trampa. Simón Templar había visto rojo.

Ocho hombres, según la nota de Patricia, esperaban para oponerse a su entrada... Que viniesen todos juntos... Cuantos más fuesen, más sangriento sería el combate...

El Santo, que había sido siempre el caballero sonriente, el hombre capaz de intercambiar un chiste, alternando con un golpe, que nunca peleó sin la sonrisa en los labios, y que jamás hizo frente al peligro si no era con una canción dentro de su alma, distaba mucho ahora de la risa.

Entró por aquella ventana como seguramente nadie había entrado antes que él, como no fuese filmando una película. Se metió por ella de un salto, limpiamente, con el hombro derecho adelantado para romper el quebradizo obstáculo del vidrio, y el brazo izquierdo en alto para proteger su cara de los cortes.

Aquel saltó loco lo metió de golpe en el cuarto, haciendo que tomase tierra en el interior con una sacudida, cayendo y levantándose inmediatamente, lo que dio tiempo a que los seis hombres que estaban jugando a las cartas alrededor de la mesa, pudieran ponerse en pie precipitadamente.

Eran seis..., lo que quería decir que los otros dos atendían probablemente al grito de Pat. Debiera haber sido posible distraer a más gente que a dos; pero puesto que la cosa había salido así...

¿Y dónde estaban, en todo caso, las defensas que tendría que echar abajo? Hasta llegar a aquella ventana, los obstáculos habían sido fáciles de vencer. Y aquellos hombres no parecían, en modo alguno, estar preparados para ser atacados.

Estos pensamientos cruzaron por la mente de El Santo en menos del segundo que le llevó recobrar su equilibrio. Los dos hombres que habían mostrado suficiente velocidad para sacar las armas contra él, se quedaron retrasados, y murieron allí mismo, antes que la automática se detuviese dando a los otros cuatro su posibilidad de vivir.

Nunca hasta aquel momento atacó El Santo con odio tan asesino; porque el grito del otro piso no se había repetido, y eso solo podía tener un significado; que había sido ahogado por la fuerza, de cualquier manera que esta se hubiese empleado. Y el pensamiento de Patricia, luchando sola en el piso superior, y que tendría que seguir esa lucha a menos que Simón Templar ganase la suya contra todos los obstáculos... La primera sombra de sonrisa apareció en sus labios cuando cayó el primer hombre; y cuando el arma se calló, inútil en sus manos, miró y oyó que alguien se reía. Reconoció aquella risa como suya propia.

Entonces Ana llameó saliendo de su vaina, y silbó a través de medio cuarto igual que una franja de luz viviente, mordiendo profundamente en la garganta del tercer hombre.

Si El Santo hubiese recapacitado, quizá no habría dejado que Ana saliese disparada, porque solo podía tirarla una vez, y, en cambio, hubiera podido dar con ella todas las puñaladas que quisiese. Pero no lo había pensado. Solamente tenía una idea, una idea clara y brillante por encima del remolino rojo, por encima de la niebla asesina que bordeaba su visión, y era armar la revolución más mortífera que le fuese posible, en el más breve espacio de tiempo.

El primer hombre, el que atacó con sus manos limpias, se vio proyectado contra la pared gracias a un golpe de izquierda que llevaba toda la diabólica fuerza de un martinete enloquecido, un golpe que hizo danzar a los dientes en sus alvéolos, y que destrozó una mandíbula como si hubiese sido de vidrio.

Volvió a reír El Santo..., pero ahora se dio cuenta. La primera salida de aquella furia ciega, el primer gusto de sangre, la primera feroz satisfacción primitiva del contacto destructor de la carne y del hueso, le había despejado la vista y había afianzado sus nervios, devolviéndoles su frialdad combativa.

—Venid otra vez, hermanos míos —dijo, arrastrando jadeante las palabras, porque había algo más de Santidad en la risa de su voz, aunque sus ojos seguían siendo tan fríos y sin expresión como dos trocitos de hielo azul...—. ¡Venid otra vez!

Los dos restantes se lanzaron a una contra él.

A Simón Templar le habría dado lo mismo que hubiesen sido veintidós. Se había entusiasmado ya; volvía a él, a través de la implacabilidad glacial de su propósito, algo de la alegría heroica y de la magnificencia que rara vez lo abandonaba durante mucho tiempo.

—¡Venid otra vez!

Avanzaron apareados; pero Simón redujo la formación a un tándem, dando un rápido salto lateral. El que venía a la izquierda giró en redondo y descargó contra la sonrisa de El Santo un puñetazo que era una patada de mula; pero este se ladeó, cosa de seis centímetros, y el puñetazo pasó silbando inofensivo cerca de su oreja. Entonces, con otra risa, en voz baja de triunfo, Simón giró sobre sus pies, y todo su cuerpo pareció desenroscarse con un solo espasmo suave, y descargó un golpe sobre la barbilla que dobló hacia atrás la cabeza de su adversario, como si le hubiese pegado con un remachador neumático, dejándolo caer como un timón cortado de un hachazo de marinero.

Luego se volvió El Santo para recibir al otro atacante; y en ese mismo instante abrióse con violencia la puerta y volvió a poner la partida a dos contra uno.

En teoría. En la práctica aquella nueva llegada equivalía a una vida nueva contra El Santo. Porque aquel hombre debía de ser uno de los que habían estado ocupados acallando el grito, uno de los que habían puesto sus manos sobre Patricia... Y contra él y su acompañante tenía el Santo una cuenta personal pendiente...

Cuando Simón lo vio llegar, las chispitas de hielo azul que había debajo de las cejas de Simón, en línea recta, brillaron con una luz ordenada. Y respiró, diciendo en tono bajo y acariciador:

—Muchacho mío, ¿dónde estuviste durante toda mi vida? ¿Por qué no bajaste antes... para que pudiera yo sacarte esa fea cara, de un puñetazo, por la parte de atrás de tu monstruoso cuello?

Se dirigió hacia los dos, ligeramente encorvado, apoyado en las puntas de sus pies, moviendo gentilmente los puños. Y, desde el punto límite a donde alcanzaba, culebreó un izquierdazo largo, ladeado, del que tan solo un campeón habría podido guardarse; fue un izquierdazo que rompió limpiamente la nariz del que lo había recibido. El Santo sólo se proponía herir..., herir con fuerza... antes de acabar su tarea.

Y quizá hubiera debido ganar la pelea con la cabeza, siguiendo el plan que se había trazado hasta el final. Ágil, fuerte como un caballo, rápido como un espadachín, adiestrado en la más dura de las escuelas del boxeo, desde el día en que aprendió a poner delante las manos, y siempre perfectamente entrenado, El Santo no habría vacilado nunca en enfrentarse con dos hombres corrientes. Y aquella noche, con el humor de que estaba poseído, era un superhombre.

Pero se había olvidado de su herida.

El hombre que estaba más próximo a él le lanzó un salvaje derechazo..., es decir, el golpe hacia el que cualquier boxeador entrenado y de cabeza fría siente un menosprecio máximo. Y con menosprecio, casi perezosamente, seguro, sin pensar en adoptar una guardia que era casi una costumbre, Simón adelantó su hombro.

El golpe no habría sido nada si le hubiese dado en una abultada almohadilla de sanos músculos; pero El Santo se había olvidado. Atravesó todo su cuerpo con un desgarrón de agonía que pareció que ponía fuera de combate hasta el último nervio de su sistema.

Sintióse súbitamente a punto de marearse; nada vio durante un segundo por entre la neblina que giraba sobre sus ojos.

Durante ese segundo de ceguera recibió un cruzado de izquierda altamente explosivo que le lanzó a la mandíbula el enemigo suyo de la nariz rota.

Simón retrocedió, encogido, sobre la pared.

Los dos hombres, quizá porque no podían ambos pegarle bien al mismo tiempo, no cargaron contra él durante un momento, para liquidarle. Y durante ese instante de gracia, El Santo flaqueó en el sitio en que se apoyaba, haciendo esfuerzos titánicos para reanimar sus músculos paralizados y torturados y hacer que obedeciesen a su voluntad, forcejeando con un cerebro que parecía querer dormírsele.

Pero, a través del sonido de un millar de dínamos que resonaban en su cabeza, oyó otra vez la canción del Hironde! *¡Patricia!... ¡Patricia!*

Se dio cuenta súbitamente de lo mucho que lo había agotado la pérdida de sangre. La primera excitación, el primer estremecimiento y éxtasis de la lucha, le había enmascarado su propia debilidad; y ahora la sintió por completo en la terrible lentitud con que se recobraba del puñetazo en la mandíbula. La herida recibida en el hombro había vuelto a abrirse. Sentía correr la sangre por su espalda en un cálido reguero. Lo único que parecía haberle quedado era la voluntad, luminosa, clara, alejada, en medio de la oscuridad paralizadora, algo que disponía la terrible energía de un gigante que se encontraba cercado, que quiere luchar como no ha luchado nunca.

Y entonces, por entre las nieblas que atontaban sus sentidos, oyó lo que durante todo aquel tiempo había temido..., el ruido de un auto que se detenía delante de la puerta.

Marius.

Volvió a llamear por el cerebro de El Santo, lo mismo que una lanza, larga y brillante, la frase valerosa, de inútil orgullo, que él había dicho, ¡oh!, hacía infinitas edades: «Que vengan todos ellos...»

Quizá fue ese recuerdo, quizá algo más, quizá el esfuerzo indomable de su voluntad luchadora fue lo que quebró las débiles esposas del atontamiento fatigoso que le sujetaban, y sintió que un poco de vida volvía subrepticamente a sus miembros.

El Santo, en el momento en que ambos hombres daban un paso hacia adelante para acabar con él, alzó la mano con un gesto que tenía que ser reconocido, y dijo:

—Ahí está vuestro amo. Quizá haríais mejor en esperar a que él me vea.

Se detuvieron, escuchando, porque su oído tendría que ser muy fino para igualarse con el de El Santo; para Simón, aquellos segundos que se le concedieron eran la diferencia entre la vida y la muerte.

Se recogió en su interior, con una oración silenciosa, para jugar su loca partida. Acto continuo, se disparó fuera de la pared, lo mismo que una piedra de una honda, y cruzó por entre sus adversarios en una carrera desesperada.

Cuando ellos se dieron cuenta era ya demasiado tarde. El Santo estaba fuera.

Subiendo la escalera, les dobló la ventaja.

En lo alto se encontró frente a un pasillo con puertas a ambos lados; pero no habría tenido excusa si hubiese vacilado, ya que al poner el pie en él salió a mirar, a media distancia, el octavo hombre.

Este octavo hombre, viendo a El Santo, trató de cerrar de nuevo la puerta en su cara; pero tardó demasiado, o El Santo corrió mucho. Este se lanzó contra la puerta como un tigre y la cerró en la cara de aquel hombre..., le dio literalmente en la cara con ella, de manera que se vio lanzado hacia atrás por la habitación lo mismo que un fragmento de vilano pudiera verse arrastrado por un ciclón. El Santo lo siguió y cerró la puerta con llave.

Dirigió una mirada por la habitación, vio al octavo hombre que se levantaba con una mezcla de rabia y de miedo en sus ojos, y vio a Patricia encima de la cama, atada por las muñecas y por los tobillos.

Entonces, en el momento en que el líder de la persecución se precipitaba contra la puerta, El Santo giró de nuevo como un remolino y con un impulso terrible lanzó una pesada cómoda desde el sitio que ocupaba para arrimarla a la puerta.

Faltábanle para ello unos treinta centímetros, y cuando saltó para colocarla completamente en su lugar, el octavo hombre le cortó el camino armado de un cuchillo.

El Santo agarró su muñeca, retorció... y el hombre gritó de dolor y dejó caer el arma.

Era un hombre de fortaleza más que mediana, pero no pudo ni por un momento contra la desesperación de El Santo. Este lo cogió por la cintura y lo lanzó contra la puerta, dejándolo casi sin aliento. Antes que pudiera hacer otro movimiento, lo enjauló contra ella cargándole encima todo el peso de la cómoda. Un momento después le siguió el macizo armario, que fue tumbado encima para reforzar la barricada. El hombre quedó allí, moviéndose débilmente, lo mismo que un insecto clavado en un tablero.

El Santo oyó las maldiciones y juramentos que se pronunciaban del otro lado de la puerta, y se rió suavemente, bendiciendo la antigüedad de la casa. La puerta era de sólido roble, de un grosor de ocho centímetros, y estaba encajada como una roca; los muebles estaban a tono con ella. Tardarían mucho tiempo los hombres de fuera para cuando pudiesen forzar aquella barrera. Aunque eso quizá no supusiese otra cosa que retrasar el final inevitable...

Pero El Santo no pensaba en eso. Aún podía reírse, a pesar de todo su dolor y de su cansancio, con aquella manera suya suave y santa. Se encontraba junto a Patricia otra vez, y ningún daño podía ocurrirle a ella mientras él viviese teniendo energía en su mano derecha. Y deseaba que ella le oyese reír.

Con esa risa, acompañándola de un floreo, cogió del suelo el cuchillo caído. No era un Ana, aunque para una cosa por lo menos iba a servir exactamente como si lo fuese. Con dos cortes rápidos, limpios, libertó a Patricia de las cuerdas que la sujetaban.

—¡Oh, Simón, encanto mío...!

¡Otra vez escuchaba su voz, y en su voz la fe y el seguro valor que tanto amaba él!... La última cuerda cayó con una última cuchillada, y ella quedó libre y él la cogió en sus brazos como si hubiera sido una niña.

—¡Oh, Pat, dulzura mía! ¿No te han herido, verdad que no?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Pero si tú no hubieses venido...

Él le contestó:

—Si yo hubiese llegado demasiado tarde, habría en esta casa más muertos de los que ahora hay. Y no habrían sacado del juego ni un solo penique. Pero ¡ya estoy aquí!

—¡Estás herido, Simón!

Ya lo sabía él. Sabía que era un lastimoso campeón en aquella hora de necesidad. Pero ella no tenía que saberlo..., tenía que ignorarlo por lo menos mientras quedase un resto de esperanza..., mientras él pudiese ir tirando... Volvió a reírse con una risa tan alegre y despreocupada como nunca pasó por sus labios.

—No es nada —dijo alegremente—. Calculando el daño que les he hecho a ellos, yo diría que he trabajado con el dos mil por cien de beneficio líquido. ¡Y para cuando esta noche me acueste habré trabajado con el doscientos mil por ciento!

SIMÓN TEMPLAR SE ENCONTRÓ SITIADO Y PATRICIA HOLM PIDIÓ AYUDA A GRITOS

Simón la mantuvo muy junto a sí por un momento, que valió para él por una eternidad de combates, y luego la soltó muy gentilmente. Y murmuró:

—Querida, sostente un segundo mientras que yo mejoro la fortificación.

La habitación era, por suerte, estrecha, y para su tamaño contenía una gran masa de muebles. Arrimando la cama, el lavabo, otra cómoda, se podía alargar la barricada formando un apiñamiento que llegase desde la puerta hasta la pared de enfrente, de modo que no podría abrirse aquella si no era echando mano de un ariete. Por otra parte, era imposible extender la barricada hacia arriba, para darle la altura de la puerta. El Santo se las había arreglado para colocar el armario encima; pero ni siquiera su fuerza, aunque hubiese estado fresco y entero, podía haber levantado la barricada de forma que cubriese la puerta en su sentido vertical. Y si el enemigo traía palancas...

Pero también esto era una probabilidad sombría, y no sacaría nada encarándola.

—De todos modos, ya tienen algo en que pensar —dijo El Santo, haciéndose atrás para ver el resultado de su trabajo.

Parecía estar escuchando mientras hablaba; y cuando acabó la frase todavía escuchaba.

Del lado de fuera había cesado el tumulto, y una voz se alzaba con claridad y se distinguía sola entre la confusión que desaparecía.

Simón no podía oír lo que decía aquella voz, pero no tenía duda alguna de quién era el que hablaba. Nadie podía confundir aquella voz chillona y su tono arrogante de mando. El Santo gritó alegremente:

—¡Hola, Marius, corderito mío! ¿Cómo va la vida?

Entonces Marius habló en inglés:

—Templar, yo que usted me apartaría de la puerta —le hizo observar con suavidad—. Voy a hacer saltar la cerradura a tiros.

El Santo se echó a reír, contestándole:

—A mí me da lo mismo, encanto; pero creo que debería saber usted que uno de sus brillantes muchachos está pegado contra la puerta, precisamente delante de la cerradura, y mucho me temo que no pueda moverse... Yo no puedo sacarlo de donde está porque tendría que echar abajo mi obra.

—Será una desgracia para él —fue la contestación implacable de Marius.

El hombre que estaba aplastado contra la puerta lanzó un alarido terrible.

El Santo había colocado a Patricia en un rincón, y la cubría con su propio cuerpo, cuando Marius hizo el disparo. El Santo miró por encima de su hombro y vio que el hombre que estaba ensartado contra la puerta descubría de una forma horrible sus dientes antes de caer hacia adelante, encima de la cómoda, lo mismo que un muñeco, quedándose inmóvil. Los nervios de El Santo eran de tungsteno puro, pero el cálculo inhumano de aquel asesinato hizo que su sangre corriese fría por un instante.

—¡Pobre diablo! —murmuró.

Fuera, Marius había ladrado una orden, y volvió a renovarse el asalto.

Simón se acercó a la ventana; pero una mirada a los barrotes bastó para que comprendiese que habían sido muy bien colocados, y el esfuerzo aislado de un hombre no era suficiente para arrancarlos. Y en la habitación no había nada que pudiera emplearse como palanca, salvo quizá una de las columnas de la cama..., y para hacerse con ella habría que desorganizar la totalidad de la barricada.

La trampa era completa.

No podía esperarse ayuda de fuera, a menos que Roger... Pero el simple hecho de que Marius estuviese allí borraba por completo las posibilidades de Roger Conway.

—¿Cómo pudiste venir hasta aquí? —le preguntó la muchacha.

Simón le contó toda la historia, a pesar de que estaba pensando en otras cosas. Quizá porque su atención estaba tan dividida, se olvidó de que a la rápida inteligencia de Patricia le costaría poco captar la deducción principal; y casi se sobresaltó cuando ella le interrumpió:

—Pero, si dejaste a Roger con Marius...

El Santo la miró y afirmó lastimosamente:

—Miremos las cosas cara a cara. Al viejo Roger se le escapó un punto. Pero es posible que esté volviendo a tejer de alguna manera. Roger no es mi

mejor discípulo, pero yo no sé cómo se las arregla para salir de dificultades. A menos que Teal se haya metido...

—¿Por qué Teal?

Simón volvió a caer a tierra. Tantas cosas habían ocurrido desde la última vez que la había visto, que se había olvidado de que ella las ignoraba.

Le contó lo que se había perdido de la historia..., la aventura de Esher y la fuga a Maidenhead. Pat comprendió por vez primera todas las consecuencias que encerraba el asunto y también por qué razón había sido llevada a la casa de la colina.

Tranquilo y sin darle importancia, con despreocupación y en estilo bromista, le refirió la historia como si se tratase de un incidente trivial. En realidad, para él se había convertido en un incidente trivial: veía el bosque y no veía los árboles.

—De modo —dijo— que si te das cuenta de que Cara de Angel va a lo suyo muy en serio, ya comprenderás por qué razón reina en Bures esta noche tanta excitación.

Mientras hablaba, miró involuntariamente a la figura sin vida caída encima de la cómoda, testimonio silencioso de la verdad de sus palabras. La muchacha siguió su mirada.

Simón entonces le miró a los ojos y se encogió de hombros.

La hizo sentarse en la cama y él se sentó a su lado; sacó un cigarrillo de la pitillera e hizo que ella se sirviese otro. Y dijo, sin darle importancia:

—De nada nos servirá quebrarnos la cabeza. Es una desgracia lo de ese individuo que está ahí; la manera grata de mirarlo es pensar que es uno menos de la chusma. Alegrémonos... Y mientras estamos alegres, cuéntame cómo caíste dentro de este jaleo del que estoy sacándote con tan gran peligro.

—Muy sencillo. Comprenderás que yo no esperaba nada por este estilo. ¡Si te hubieses explicado más cuando me llamaste por teléfono!... Yo caí en el lazo como una pipiola. Había muy poca gente en el tren, y ocupé sola un departamento. Debíamos de estar cerca de Reading cuando vino un individuo por el pasillo y me pidió una cerilla. Se la di, y él me invitó con un cigarrillo... Fue una locura tomarlo; pero parecía un hombre de tipo corriente y no tuve razones para mostrarme recelosa...

Simón asintió con la cabeza.

—Después te despertaste dentro de un automóvil, por donde sea.

—En efecto... Atada de pies y manos y con una bolsa tapándome la cabeza... Caminamos durante mucho rato, y entonces me trajeron aquí. Eso

ocurrió tan solo una hora antes que tú tirases piedrecitas a mi ventana... ¡Qué alegría siento de que hayas venido, Simón!

El brazo de El Santo se apretó sobre sus hombros.

—Y yo también —le contestó.

Estaba mirando a la puerta. La fortaleza de su barricada había quedado demostrada, porque el ataque se había detenido. En ese momento Marius dio otra orden.

No se percibió por un rato sino el murmullo de la conversación; luego cesó ese murmullo y alguien se acercó pesadamente por el pasillo. Simón Templar retuvo la respiración, diciéndose que sus peores presagios iban a realizarse.

Un instante después le trajo la justificación una grieta que rasgó la puerta y que era una cosa distinta de todo cuanto antes la había aporreado ruidosamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Patricia.

—Han traído el hacha de la carne —dijo El Santo al desgaire.

Pero no se sintió despreocupado en su interior, porque el estrépito que se oyó encima de la puerta y la grieta que había aparecido en un panel le anunciaban que empleaban un hacha que no tardaría mucho en estropear los ocho centímetros de roble bien seco.

Los golpes se repetían.

E insistían nuevamente.

Apareció en la puerta a los pocos golpes el filo de una cuchilla, parecida a una estrecha tira de plata.

En cosa de minutos abrieron un agujero lo bastante grande para permitir a los sitiadores disparar al interior de la habitación..., disparar apuntando. Una vez conseguido eso...

El Santo sabía que los ojos de la muchacha estaban puestos en él, y trataba con desesperación de retrasar la pregunta que iba a hacerle.

—¡Marius, compañerito mío!

Hubo una pausa, y entonces Marius respondió:

—¿Vas a decirme que nos ahorrará el trabajo de romper a pedazos la puerta? —le preguntó, burlón, el gigante.

—¡Oh, no! Deseaba solamente saber cómo te encuentras.

—Nada tengo de qué quejarme, Templar. ¿Y tú?

—Cuando el firmamento está gris —dijo El Santo, al estilo de Al Jolson—, no me importan los firmamentos grises. Tú los conviertes en azules, hijo querido... A propósito, ¿cómo te las arreglaste para dejar a mi amigo?

La burlona carcajada de Marius resonó, coagulada, a través de la puerta:

—Sigue aún en Brook Street al cuidado de Hermann. ¿Te acuerdas de Hermann, el individuo al que hiciste perder el sentido?... Estoy seguro de que Hermann lo tratará con mucho cariño... ¿Hay algo más que desees saber?

—Nada, por el momento —le contestó El Santo.

Marius volvió a hablar en su propio idioma, y el hacha volvió a golpear la puerta.

Ya no hubo manera de pasar por alto a Patricia. El Santo encontró sus ojos y vio que había comprendido. Pero ella no demostraba temor.

Se miraron el uno al otro tranquilamente y sus manos se unieron de una manera cariñosa y firme. Simón le dijo en voz baja:

—Lo siento, muchacha. No sé cómo decirte que lo siento.

—Me doy cuenta, Simón —dijo ella; y su voz seguía siendo firme, clara, sin titubeos, tal como a él le gustaba—. En fin de cuentas, los dioses no te han olvidado. ¿No les pedías esta clase de final?

Él le contestó tranquilamente:

—Es el fin del mundo. Roger era mi único refuerzo. Si yo no regresaba a Brook Street para una hora determinada, él tenía que venir a buscarme. Pero es evidente que Roger está incapacitado para venir...

—Lo sé.

—Yo no consentiré que se apoderen de ti con vida, Pat.

—¿Y qué harás?

Él se echó a reír.

—Trataré de llevarme conmigo a Marius. Pero..., ¡te juro, Pat, que daría cualquier cosa porque no estuvieses metida en esto! Para mí, ese es el modo de salir de la vida, pero no para ti...

—¿Por qué no? ¿Acaso yo no deseo acompañarte en tu última lucha?

Patricia le puso las manos en los hombros y él cogió la cara de ella entre sus manos. Ella alzó la vista para mirarle.

—Querida, no me quejo —le dijo él—. No vivimos en una edad magnífica, pero siempre hice cuanto pude para convertir mi vida en una cosa espléndida, tal como yo la veo..., para vivir mi ideal del guerrero feliz. Tú lo hiciste posible. Tú me hiciste buscar las cosas tremendas por qué pelear. El combate y la muerte súbita..., sí; pero el combate y la muerte súbita en favor de la paz, de la vida y del amor. Sabes que te adoro, Pat...

Ella lo sabía. Y si hasta entonces no le había entregado la máxima profundidad de su corazón, se lo entregó entonces, poniendo en aquel beso

suyo una alegría tal, que pareció como un grito penetrante en el silencio. Y le preguntó:

—¿Hay algo que importe tanto como esto?

—Pero ¡te he sacrificado! Si hubiese sido como los demás hombres..., si no hubiese buscado tan locamente el peligro..., si hubiese pensado más en ti y en qué cosas te metía para...

Ella se sonrió:

—Habrías sido exactamente el mismo. Nunca encontraste razones para disculparte, ¿por qué lo haces ahora?

El Santo no le contestó. ¿Cómo podría haber contestado a semejante generosidad?

De manera, pues, que permanecieron sentados juntos mientras seguían los golpes tremendos contra la puerta. A cada golpe, esta se estremecía y resonaba, y el ruido era como el retumbo de una campana embozada que tocase a muerto.

De pronto El Santo alzó la vista y vio que en la puerta había un agujero del tamaño del puño de una persona. Sintió de repente la inyección de una fuerza extraña, en el estado de debilidad y de cansancio en que se encontraba. Y exclamó:

—¡Vive Dios, que no va a ser aún nuestro final! ¡Todavía tenemos grandes cosas que hacer tú y yo!

Se puso en pie.

No podía creer que aquello fuese el final. No estaba aún dispuesto a dejar esta vida..., ni siquiera rodeado del resplandor de alguna clase de gloria. No podía creer que fuese aquella su última hora. Seguramente que tenían grandes cosas que hacer. Quedaban Roger Conway, y Vargan, y Marius, y envuelta en estos dos individuos la paz del mundo. Y más allá, aventuras y aventuras. Otras cosas... En aquella única aventura, en aquella única hora, había tenido una visión más amplia de la vida, más amplia inclusive que el ideal del guerrero feliz, más amplia que el placer feroz del combate y de la muerte súbita, porque era el cumplimiento y la consumación de todas esas cosas... ¿Y cómo iba a morir antes que pudiera seguir más lejos aquella visión?

Miró a la puerta y vio los ojos de Marius. El gigante le dijo con toda frialdad:

—Le aconsejo, Templar, que se entregue. Si se obstina, tendremos que matarlo a tiros.

—Eso le vendrá bien a usted. Cara de Angel. Pero ¿cómo va a encontrar luego a Vargan?

—Le haremos hablar a su amigo Conway.

—¿Esa esperanza tiene?

—Tengo mis métodos propios de persuasión, Templar, y algunos de ellos son casi tan ingeniosos como los suyos. Además, ¿no se le ha ocurrido pensar en que si usted muere, miss Holm quedará sin protector?

El Santo le contestó:

—Lo he pensado. Y he pensado también en que si yo me entregase, ella quedaría exactamente en la misma situación. Pero ella dispone de un cuchillo, y no creo que le sirva a usted de mucho. ¡Piénselo otra vez!

Marius le contestó en el mismo tono desapasionado:

—No haría falta matarlo a usted de golpe. Sería posible volver a herirlo.

El Santo retiró su cabeza:

—No me rendiré nunca.

—Muy bien —le contestó Marius tranquilo.

Soltó otra orden, y el hacha resonó de nuevo sobre la puerta. Sabía El Santo que estaban ensanchando el agujero de manera que un hombre pudiese disparar apuntando, y sabía que el final no podía tardar mucho.

No había nada en la habitación que los resguardase. Los de fuera tenían el recurso de taparse con la pared en que estaba la puerta, de manera que no se les viese, pero la diferencia sería escasa. Unos pocos disparos bien juntos, disparados con una automática, harían con seguridad blanco.

El Santo no tenía más arma que el cuchillo que había quitado al hombre muerto dentro de la habitación; y ese se lo había dado a Patricia tal como había dicho.

Las probabilidades en contra eran absolutas.

Mientras contemplaba cómo volaban las astillas de la abertura que habían hecho..., y que era casi tan grande como la cabeza de un hombre..., se le ocurrió la disparatada idea de desafiar a Marius a un combate personal con él. Pero inmediatamente la dejó de lado. Teniendo en cuenta la diferencia que había en sus tamaños, habría sido aceptada por docenas de hombres: el vituperio de cobardía, la necesidad de mantener el prestigio entre su gente, les habría forzado la mano obligándolos a aceptar seriamente el desafío. Pero Marius estaba por encima de todo eso. Tenía un objeto a la vista y se había demostrado que lo miraba con una exclusividad que alejaba todos los móviles ordinarios. El hombre que se había abierto fríamente camino a través del cuerpo de uno de su cuadrilla..., sin ninguna vacilación..., no era probable que se conmoviese por ninguno de los razonamientos que pudiese emplear El Santo.

Entonces..., ¿qué?

El Santo tenía a Patricia en sus brazos, y su cerebro parecía dar vueltas lo mismo que gira un gran volante loco. Sabía que su posición se debilitaba rápidamente. El esfuerzo heroico que le había llevado hasta aquella habitación, que le hizo parapetarse dentro, y el súbito acceso de fuerza y energía que se había apoderado de él, no podía durar mucho tiempo. Era lo mismo que una máscara transparente de cristal esplendoroso, duro, pero quebradizo, y a través del mismo podía ver cómo se derrumbaban los fundamentos de su tenacidad.

Era cuestión de ganar tiempo, lo mismo que le había ocurrido en otras circunstancias apretadas.

Y era también lo contrario. Debía de hacer rápidamente, fuese lo que fuese, lo necesario para ganar tiempo..., antes que se apagase aquella llamarada de vitalidad y lo dejase impotente.

El Santo se pasó la mano por los ojos y se sintió extrañamente débil. Si estuviese fuerte y en la plenitud de sus facultades, si recibiese nuevamente la sangre que había perdido y no tuviese un hombro que se le iba entumeciendo de dolor, y si su cerebro estuviese limpio de los confusos resultados de aquel directo a la mandíbula que había estado a punto de noquearlo, aún podría ser útil a Patricia en su necesidad.

—¡Oh, Dios! —dijo gimiendo—. ¡Ayudadme, Dios mío!

El gigante le preguntó, ceñudo:

—¿Qué pasa ahora, Templar?

—Nada, encanto —gruñó El Santo, con una risita—. Que estoy aquí, nada más, y que me estoy preparando cuidadosamente de forma que, en cuanto hagan fuego contra mí, me muera. Y ya sé que tú no quieres que muera aún. De modo que tendrás trabajo en hacer un poco más ancho el agujero..., ¿verdad?..., de forma que podáis apuntarme con toda comodidad.

—Se está usted poniendo absurdamente molesto —dijo Marius, en tono frío, y agregó una orden.

El hombre del hacha continuó su trabajo.

Pero la cosa les llevaría más tiempo... Eso era lo que El Santo buscaba. Había esperanza en tanto que había vida. El milagro podía realizarse..., sí, podía realizarse...

Encontró a Patricia a su lado.

—¿Qué se adelanta con ello, Simón?

—Lo veremos, querida. Lo principal es que seguimos dando puntapiés. Eso es lo que tiene mayor importancia.

Patricia trató de llevárselo de allí a la fuerza, pero él le apartó las manos. Entonces ella se arrancó de su presión; él la vio, con ojos turbados y sin comprender, acercarse a la ventana..., la vio levantar el marco y asomarse a la oscuridad.

—¡Socorro!

—¡Estás loca! —le dijo El Santo, burlándose amargamente—. ¿Quieres que se den el gusto de oírnos gemir?

Se olvidó de todo menos de eso..., de su altivo orgullo..., y abandonó su lugar junto a la puerta. Llegó hasta ella en cuatro saltos, y sus manos la agarraron ásperamente de los hombros para arrancarla de allí.

Ella volvió a gritar:

—¡Socorro!

—¡Estate tranquila! —volvió a decirle, burlón.

Pero cuando le hizo volverse vio que su cara estaba tranquila y serena, y que no respondía, en modo alguno, a lo que debía haber sido con aquellos gritos. Ella le dijo:

—Tú le pediste ayuda a Dios, muchacho, ¿por qué no he de pedir yo ayuda a los hombres que han venido?

Y apuntaba hacia el exterior de la ventana.

El Santo miró; y vio que la puerta situada al extremo del jardín, y el paseo interior estaban iluminados como con luz diurna por los faros del auto que se había parado en la carretera, más lejos. Él lo habría oído acercarse de no haber sido por el estrépito del hacha.

Y entonces salió al camino de luz un hombre alto, moreno y bien arreglado, que formó tornavoz con sus manos alrededor de su boca, y que gritó:

—¡Ahí vamos, Patricia!... ¡Hola, Simón!

Entonces vociferó El Santo:

—¡Norman! ¡Norman, serafín mío, mi dulce ángel!

Se acordó de las ventajas del enemigo y volvió a gritarles:

—¡Tened cuidado! Están armados...

Norman Kent le contestó, feliz:

—También nosotros. El inspector Teal y su alegre gente están rodeando la casa. Los vamos a coger con las manos en la masa.

El Santo se quedó un momento sin poder hablar.

Y luego...

—¿Has dicho el inspector Teal?

—Sí —le gritó Norman.

Y agregó algo. Lo agregó brillantemente. Sabía que los hombres que estaban dentro de la casa eran extranjeros..., que también Marius lo era, a pesar de su inglés excesivamente perfecto..., y que nadie más que El Santo y Patricia podían estar familiarizados con las abstrusas perversiones y profanaciones posibles en el venero del inglés de los suburbios. Y pronunció el agregado, sin cambiar de tono, a fin de que no pudiesen descubrir su sentido. Esto fue lo que agregó: *¡Todo corteza y cebo de agua dulce! ¡No muerden!* Simón comprendió entonces la jugarreta. Quería decir que aquello era una invención.

El brazo de Simón rodeaba los hombros de Patricia, y había visto una luz en la oscuridad. El milagro se había hecho, y la aventura continuaba.

El Santo encontró su voz.

—¡Oh, muchacha! —exclamó, arrastrando a Patricia hasta ponerla al abrigo temporal de la barricada, cuando el primer disparo del exterior pasó por encima de sus cabezas y se perdió en la oscuridad, más allá de la ventana abierta.

EN EL QUE ROGER CONWAY GUIÓ EL HIRONDEL MIENTRAS NORMAN KENT MIRABA HACIA ATRÁS

Un segundo balazo ladró cerca del oído de El Santo, y fue a aplastarse en una cicatriz plateada que había en la pared, detrás de él; pero no se oyeron más disparos. Llegó desde fuera de la casa el estrépito de otras pistolas. Simón oyó que Marius hablaba con voz encrespada, y luego percibió los pasos que se apresuraban a alejarse del pasillo. Sacó la cabeza al descubierto, y no vio a nadie por el agujero de la puerta.

—Van a tratar de lanzarse como desesperados por entre la hilera de policías que creen que existe —adivinó, como lo iban a demostrar los hechos.

Se puso en pie, y empezó, con la ayuda de la muchacha, a quitar la barricada.

Corrieron juntos por el pasillo, deteniéndose en lo alto de la escalera. Pero no vieron a nadie en el vestíbulo de abajo.

Simón bajó por delante. Sin detenerse a pensar hacia donde iba, se metió con violencia en la habitación más próxima, encontrándose que era aquella en que había peleado la primera escaramuza. La ventana a través de la cual se había lanzado, se encontraba ahora abierta, y por ella llegaban los ruidos dispersos del tiroteo.

Echó mano a una pistola que había en el suelo, sin hacer alto en su carrera hacia la ventana.

Por la parte de afuera, en el prado, con la luz detrás de él, pudo ver a un pequeño grupo de hombres apilándose dentro de un auto. El motor se puso en marcha un segundo más tarde.

En la boca de El Santo apareció una sonrisa..., la primera sonrisa enteramente despreocupada que había aparecido en ella durante toda la noche. Había algo irresistiblemente divertido en el espectáculo de aquella salida de gloria o muerte, cuya desesperada audacia no era más que un «¡Buu!» gritado

a un ganso amaestrado..., de haber sabido lo que pasaba los individuos que huían. Pero no podían saberlo, y Marius hacía la única cosa posible.

No podía esperar sobrevivir a un asedio, pero una salida resultaba por lo menos una probabilidad. Deleznable, pero una probabilidad. Desde luego, el efecto de los disparos de un pelotón de guardias alrededor de la casa había sido simulado de manera convincente. Simón adivinó que la partida que venía a rescatarlos no había economizado municiones ni aliento. Debieron de correr como desesperados para mantener la impresión de un fuego de pistola, que se disparaba, al mismo tiempo, desde todas las partes del jardín.

El auto, con su carga frenética, se iba a lanzar de un segundo a otro por el camino adelante. Simón apuntó con la pistola y vomitó plomo en su seguimiento, pero no pudo decir si le había producido algún daño.

De pronto sintió en los riñones el cañón de otra pistola, y se volvió, diciendo:

—¡Déjalo estar, Roger!

—¡Ladrón de caballos viejos!

—¡Vulgar fiambre!

Se estrecharon las manos.

Norman Kent surgió por entre la oscuridad.

—¿Dónde está Pat?

Pero Patricia estaba junto a El Santo. Norman la levantó de sus pies y la besó desvergonzadamente. Después le dio un golpe a Simón en el hombro, preguntándole:

—¿Los perseguimos?

El Santo movió negativamente la cabeza.

—Ahora no. ¿Está Orace contigo?

—No. Nada más que Roger y yo... La vieja firma.

—Aún así... Tenemos que volver donde está Vargan. No podemos correr el peligro de perder nuestra ventaja, metiéndonos otra vez todos en el jaleo. Dentro de unos diez segundos más se verá este lugar infestado de aldeanos que corren a la desesperada, preguntándose si ha estallado ya la próxima guerra. Huyamos, mientras todo se presenta bien.

—¿Qué tienes aquí en la chaqueta..., sangre?

—No es nada.

Los guió hasta el Hirondele, caminando con bastante lentitud, para lo que él solía. Roger marchaba a su lado. Al dar un paso, El Santo vaciló, y se agarró al brazo de Roger, murmurando:

—Lo siento. De pronto me he sentido muy extraño...

—¿No sería mejor que nos permitieses mirarte?

—Dejémoslo por ahora —le contestó El Santo con una frialdad indudable, mayor que toda la que había empleado con Roger Conway en su vida.

La energía, el vigor antinatural que hasta entonces le había sostenido, lo abandonaban a medida que no los necesitaba. Pero experimentaba una alegría profunda y absurda.

Roger Conway guiaba, porque Norman había entregado pronto el volante de su coche recobrado... Así fue cómo Roger pudo explicarle todo a El Santo, que estaba sentado a su lado, delante.

—Fue Norman quien nos trajo aquí. Siempre juré que tú eras la última palabra de conductores, pero es mucho lo que podrías enseñarle a Norman.

—¿Qué auto traía?

—Un Lancia. Se encontró arrinconado en Maidenhead sin auto y no tuvo más remedio que echar mano a uno. Anduvo hasta el garaje de Skindle, y eligió el que mejor le pareció.

El Santo le preguntó pacientemente:

—Vamos a ver, desde el principio, ¿qué te ocurrió?

—Una mala jugada —le contestó Roger—. El gordo me distrajo, y Cara de Angel me puso fuera de combate de un puntapié. El flaco dejó casi terminado el juego. Marius llamó al teléfono, pero no pudo conseguir comunicar con Bures. Arregló otra llamada con el número de Westminster noventa y nueve noventa y nueve.

—Tropecé con ellos. Eran cuatro.

—Entonces Marius se largó con el gordo, dejándome al cuidado de Hermann. Antes de eso llamé yo a Norman y este me dijo que vendría. Cuando llamaron al timbre, yo grité para advertirle, y eso me valió que otra vez me dieran lo mío. Pero no era Norman..., sino Teal. Teal agarró por el cuello a Hermann. Conté a Teal una parte de la historia. No se me ocurrió pensar en hacer otra cosa..., en parte para poder quedarme un rato más en Brook Street, por si Norman aparecía, y en parte para ayudarte a ti. Le dije a Teal que llamase a la Policía de Braintree. ¿Dieron contigo?

—Trataron de detenerme, pero yo crucé por delante de sus narices.

—Después apareció Norman. Se la pegó a Teal magníficamente... y lo dejó fuera de combate con un hacha o cosa así que había en la pared. Dejamos a Teal y a Hermann espetados como dos pollos...

El Santo le interrumpió, preguntándole tranquilamente:

—Espera. ¿Has dicho que llamaste por teléfono a Norman?

Conway asintió:

—Sí. Pensé que...

—¿Hablaste delante de Marius?

—Así es.

—¿Te oyó dar el número?

—Creo que no pude evitar que oyese. Pero... Simón se recostó en el asiento, y le dijo:

—No vengas a decirme que la central no tiene permiso para dar los nombres y direcciones de los abonados. No me vengas a decir que Hermann, que está con Teal, no habrá podido recordar el número. *Pero ¿qué loco no recordaría la palabra «Maidenhead»?*

Roger se dio una palmada en la boca.

El daño saltaba a la vista..., pero Roger no lo había visto hasta aquel instante. El súbito conocimiento de lo que había hecho, lo aterró.

—Dame de puntapiés, Santo, dame...

Simón colocó una mano sobre su brazo, y rompió a reír, diciendo:

—No te importe, Roger. Lo hiciste sin pensar. No has nacido para esta clase de juego, y no es culpa tuya si tropezaste. Además, tú no habrías sabido que iba a salir una diferencia. No podías saber que Cara de Angel iba a escaparse, ni que Teal iba a llegar...

Roger le contestó con amargura:

—Estás inventándome las excusas. No hay ninguna. Ya lo sé. Pero esa es tu manera de ser.

Apretó la mano sobre el brazo de Roger, y le dijo suavemente:

—No seas burro. ¿Por qué llorar por la leche derramada? Estamos seguros todavía durante horas, y eso es lo que importa.

Conway se calló, y el Hiron del corrió a través de la noche sin obstáculo.

Simón marchaba recostado, y encendió un cigarrillo. Pareció dormir, pero no dormía. Se relajaba, permaneciendo tranquilo, tomándose el descanso que tanta falta le hacía. Nadie habría sabido el gigantesco esfuerzo de voluntad que había necesitado para llegar hasta el fin. Pero no habría dicho nada a otra persona que a Roger, porque este lo había descubierto. No se lo dejaría saber a Patricia. Habría insistido en demorar el viaje, y eso no se atrevía a permitírselo.

Exploró cautelosamente su herida, cuidando de que sus movimientos no fuesen observados desde atrás. Por suerte, la bala le había atravesado limpiamente el hombro, y no eran probables complicaciones. Mañana, con su incomparable capacidad de recuperación y la salud espléndida de que siempre había disfrutado, no le quedaría otra incapacidad seria que un hombro rígido y

dolorido. El único peligro verdadero era su debilidad después de haber perdido tanta sangre. Pero aun a eso, sentía que podría hacerle frente.

Permaneció, pues, sentado, con los ojos cerrados y el cigarrillo apagado, olvidado casi, entre sus dedos. Pensó en el notición que Roger había dejado caer.

Vio un resultado indudable, y fue que Maidenhead ya no sería seguro por mucho tiempo para su estadía democrática.

Marius, suelto aún, no perdería tiempo en volver al ataque. Maidenhead no era un pueblo grande, y el número de casas que podían ser tomadas en cuenta era estrictamente limitado. Marius se habría puesto por la mañana a trabajar con desesperación, y esa desesperación se duplicaría haciéndole creer que la Policía había formado una liga contra él. También por la mañana sería rescatado Teal, y empezaría a tratar de conseguir informes de Hermann. ¿Cuánto tardaría Hermann en confesar? No tardaría indefinidamente; de eso estaba seguro. Dadas las circunstancias, los Altos poderes quizá hiciesen la vista gorda a los métodos de persuasión que jamás serían tolerados en Inglaterra en tiempos ordinarios: era posible que llamasen al asunto de «urgente necesidad nacional». Y una vez que Teal hubiese conseguido el número de teléfono...

Hablando con exactitud. Digamos mañana por la tarde. Para entonces Marius, con una buena ventaja a fin de compensar su falta de facilidades oficiales, seguiría también con calor la pista.

El Santo no era un necio. Sabía que el departamento de Investigación Criminal, salvo en el género de historias detectivescas en que algún aficionado gomoso, con un violín y el gusto por las filosofías exóticas, formaba rizados alrededor de sus altezas endurecidas, no estaba compuesto de estúpidos. Simón no vacilaba en reconocer que, entre los hombres de New Scotland Yard, había un cerebro que no era completamente idiota. Por ejemplo, Claud Eustace Teal. Y Teal, era algo así como una bombilla ciega en cuestiones espectaculares, era un sabueso para actuar cuando tenía algo definitivo. Y quizá hubiese cosas más concretas que un nombre y una dirección para lanzarse a una caza de esa clase; pero, si las había, El Santo no podía pensar en ellas.

Marius también. Bueno, Marius hablaba por sí mismo.

Mirando las cosas con amplitud, se diría que Maidenhead tenía probabilidades de convertirse en centro de considerable actividad antes de la noche próxima.

—Pero nosotros no nos lamentaremos por la leche vertida, muchachos; no nos lamentaremos por la leche vertida. Debemos disponer de la parte mejor de un día para movernos, y eso representa un demonio de trabajo para mí. De manera que no lloraremos por la leche vertida, compañeros... ¡Eso es lo que decimos todos!

Pero Roger Conway no decía eso. Lo que decía era:

—Mañana tendremos que largarnos de Maidenhead..., con o sin Vargan. ¿Qué ideas tienes a ese respecto?

El Santo le contestó alegremente:

—Tengo docenas de ideas. En cuanto a Vargan, no tendremos ninguna necesidad de mantenerlo prisionero mañana por la tarde, o... bueno, ninguna necesidad tendremos de mantenerlo prisionero... Por lo que hace a nosotros, tengo en Hanworth mi Desoutter. Teal no tuvo tiempo de descubrirlo, y no creo que permita que se publique nada de nosotros en los periódicos, mientras tenga la seguridad de poder quitarse de encima las dificultades sin ningún género de publicidad. Somos aún ciudadanos perfectamente respetables para el mundo ordinario que está fuera del asunto. Nadie dirá en Hanworth una palabra, si yo anuncio que salimos para París en avión. Lo tengo hecho antes. Y una vez que estemos en el aire, dispondremos de una gran zona en la que podemos elegir nuestro aterrizaje.

Y volvió a callarse, revolviendo en su cabeza proyectos para más adelante.

En la parte trasera del auto, la cabeza de Patricia se había dejado caer sobre el hombro de Norman. Estaba dormida.

Cuando se metieron por el este de Londres, las primeras pálidas ráfagas de aurora iluminaban el firmamento. Roger lanzó al Hiron del por la City todo lo rápidamente que se lo permitieron las calles casi desiertas.

Dobló hacia el Embankment por la New Bridge Street, y de esa manera cruzaron por la Parliament Square, en su camino hacia occidente. Y allí fue donde a Norman Kent le ocurrió una cosa extraña.

Desde hacía un rato resonaban en su cerebro, tan suavemente que ni siquiera se había dado cuenta de ellas... unas palabras que le eran familiares, tan familiares como su propio nombre, pero que no había oído durante muchos años. Era la letra de una especie de canto, que no era una canción... Y en aquel momento, cuando el Hiron del runruneaba cruzando por delante del Parlamento, Norman tuvo conciencia de las palabras que le corrían por la cabeza, y que parecían dilatarse y hacerse más y más sonoras y claras, como si se apoderase de ellas un enorme coro, levantándolas. La ilusión fue tan

perfecta, que le hizo mirar con curiosidad hacia los campanarios de Westminster Abbey, antes de caer en la cuenta de que a semejante hora no podía estar celebrándose ningún servicio religioso.

Dad luz a los que se sientan en la sombra, y en la oscuridad de la muerte: y guiad nuestros pasos en el camino de la paz...

En el momento en que Norman Kent volvía sus ojos, cayeron sobre la gran estatua de Ricardo Corazón de León, que se levanta en la parte exterior del Parlamento. Y, de pronto, las voces aquellas se apagaron por completo. Pero Norman seguía mirando atrás, y veía a Ricardo Corazón de León cabalgando, el último de su raza, enorme y heroico, sobre el fondo del pálido firmamento del alba, con su mano derecha y su brazo alzando con un gesto su gran espada. Y Norman Kent, por la razón que fuese, se sintió a sí mismo completamente solo, apartado y muy frío. Pero esa frialdad podría haber sido producida por el alba.

VARGAN DA SU RESPUESTA, Y SIMÓN TEMPLAR ESCRIBE UNA CARTA

Era pleno día cuando llegaron a Maidenhead. Orace no estaba acostado. Orace nunca estaba acostado cuando podía ser útil, sin que importase la hora endiablada a que eso podía ocurrir. Pero, si la cosa ocurría porque nunca se acostaba, o porque alguna extraña clarividencia lo despertaba a tiempo de que estuviese preparado para todas las circunstancias, era su secreto misterioso.

Como por arte de una varita mágica, sirvió una gran fuente de tocino acabado de freír, huevos y una cafetera humeante.

El Santo le dio sus órdenes:

—Dormiremos hasta la hora del almuerzo. La diferencia que eso supondrá para nosotros en fortaleza, nos compensará del tiempo perdido.

La verdad era que el mismo Santo estaba a punto de caerse de cansancio.

Llevó a Orace consigo a su habitación, y le hizo jurar que no diría nada a nadie, antes de dejarle ver su herida. Pero, al ver esta, Orace exclamó:

—¿Qué condenación...?

Simón movió una mano cansada, y le amonestó vagamente:

—No jures, Orace. Yo no juré cuando ocurrió la cosa. Y miss Patricia no lo sabe aún... Cuidarás de Patricia y de los muchachos, Orace, mientras yo duermo. Que no se metan en jaleos... Y si es que descubres a Cara de Angel, le pegas un tiro en mitad de su sucia cara, con mis felicitaciones...

De pronto, se deslizó de la silla, pero los fuertes brazos de Orace le agarraron antes que diese en el suelo.

Orace lo llevó a la cama con la misma ternura que si se tratase de un niño.

Y, sin embargo, El Santo estaba a la mañana siguiente levantado y vestido antes que los demás. Hallábase bastante pálido bajo su cutis bronceado, y su delgado rostro estaba más delgado que nunca; pero había agilidad en sus

andares. Durmió lo mismo que un colegial sano. Su cabeza estaba clara como sus ojos, y una ducha fría había enviado por sus venas un nuevo hormigueo de vida.

Comiéndose el tercer huevo, dijo:

—Aprended de mí una lección: si dispusieseis de organismos como el mío, fortalecidos por mi pureza espiritual, incólumes, no perjudicados, como no lo está el mío, por el vivir disipado y libertino que ha hecho de vosotros unas ruinas...

Al decir esto, bromeaba menos de lo que ellos creían. Su implacable fuerza de voluntad había obligado a su espléndido físico a una recuperación casi milagrosa. Simón Templar no tenía tiempo que perder en recuperaciones pintorescas.

Envió a Orace a comprar los periódicos, y los leyó todos. Seguían sin decir una gran parte de lo que debieran decir. Pero él podía poner en claro una insinuación aquí, una advertencia allá, y una confirmación en todas partes; y al final pareció estar viendo a Europa bajo la sombra de una terrible oscuridad. Pero nada dijo. Solo había claves irritadoramente incompletas para que un hombre receloso las interpretase de acuerdo con sus recelos. Se diría que la presencia de la sombra esperaba que ocurriese algo, antes de lo cual no se desvelaría. El Santo sabía qué era aquello, y por vez primera dudaba de sí mismo, desde que reunió bajo su mando a sus amigos para que sirviesen a las finalidades de su ideal quijotesco.

Pero nada se decían aún en los diarios sobre lo ocurrido en Esher; y El Santo sabía que ese silencio solo podía significar una cosa.

Hasta las tres de la tarde no tuvo ocasión de hablar con Roger y Norman acerca de Vargan. Se había acordado que, si bien Patricia debía de saber que tenían a Vargan preso, y por qué razón lo estaba, y a pesar que su posible final lo habían mencionado ante ella una vez, no debería tratarse del caso en su presencia.

Cuando se presentó la ocasión, dijo El Santo:

—No podemos guardarlo con nosotros para siempre. En primer lugar, la impresión que producimos es la de gastar una parte de nuestras vidas con entera libertad, y eso no podemos hacerlo si nos cargamos con un equipaje como este. Claro es, que podríamos hacerlo si encontrásemos un lugar solitario y decidiésemos vivir como ermitaños para el resto de nuestros días. En cualquier caso, correríamos siempre el riesgo de que se nos escapase.

Y esto no es en modo alguno para mí una diversión.

Norman Kent dijo sobriamente:

—La noche pasada hablé con Vargan. Yo creo que está loco. Es un megalómano. Su única idea es la de que su invento le traerá fama mundial. Está molesto contra nosotros porque dice que le interrumpimos sus negociaciones con el gobierno, retrasando de ese modo la aparición de los grandes titulares de primera página. Recuerdo que me dijo que había exigido un título de par del reino como precio del invento.

El Santo recordó su almuerzo con Barney Malone, del *Clarion*, y la conversación que había reforzado su interés por Vargan, y le pareció fácil aceptar el análisis de Norman.

—Le hablaré yo mismo —dijo.

Y lo hizo poco después.

La tarde se había hecho calurosa y soleada, de modo que fue fácil disponer que Patricia se la pasase en el prado con un libro. El Santo le dijo:

—Querida, danos una personificación de la inocente juventud inglesa. En esta época del año y con un tiempo como el que hace, cualquiera que busque una casa sospechosa en Maidenhead y que descubra una que no se emplea como es corriente en las casas del pueblo, se lanzará tras ella como un gato tras los arenques ahumados. Tú eres ahora la única persona de entre nosotros que no ocupa un puesto..., salvo Orace. De manera que tendrás que darle tú misma el color local. Y mantén tus ojos bien abiertos. Busca a un hombre gordo que mastique chicle. Estamos fusilando sin formarles juicio a todos los hombres gordos que mastican chicle, nada más que para estar seguros de que no erramos a Claud Eustace...

Cuando ella se marchó, despidió también a Roger y a Norman. El haber tenido presentes a estos dos habría sido lo mismo, para su humor, que haber conservado la corte de un canguro.

Tan solo tuvo aquella entrevista un testigo: Orace, centinela impasible y sin expresión, que estuvo junto al preso lo mismo que un tronco, igual que un sargento mayor presentando a su jefe a un individuo que ha faltado a las ordenanzas.

—¿Quiere un cigarrillo? —le dijo El Santo.

El Santo sabía lo que podría hacer su personalidad; y, abandonado a sí mismo, se aferró a una paja de esperanza, creyendo que podría triunfar allí donde Norman había fracasado.

Pero Vargan rehusó el cigarrillo. Se mantuvo hoscamente desafiador. Y preguntó:

—¿Puedo preguntarle hasta cuándo se propone seguir con esta farsa? Son ya tres días los que me tiene preso. ¿Por qué?

Simón le contestó:

—Creo que mi amigo se lo ha explicado ya.

—Él me ha dicho un montón de disparates...

Simón le cortó la palabra en seco con un breve movimiento de la mano.

Se había puesto en pie, y el profesor parecía pequeño y frágil a su lado. El Santo era alto, recto y delgado. Y dijo:

—Quiero hablarle muy en serio. Mi amigo ha hecho un llamamiento a su persona. Ahora se lo hago yo. Y mucho me temo que sea el último que estamos en disposición de hacer. Se lo hago en nombre de lo más sagrado que haya para usted. Se lo hago en nombre de la Humanidad. En nombre de la paz del mundo.

Vargan le miró con sus ojos de corto de vista. Y le dijo:

—Es una impertinencia. He oído ya su proposición, y puedo decirle que en mi vida escuché una cosa más ridícula. Esa es mi respuesta.

Simón le contestó tranquilamente:

—Entonces, permítame que le diga que en mi vida he visto nada tan condenable como su actitud. ¿O es que usted es simplemente un loco..., un chiquillo crecido que juega con fuego?

—Señor...

Pareció que El Santo crecía aún más. Su actitud se revistió instantáneamente de una arrogancia de mando tal, que no aguantaba una negativa. Permanecía lo mismo que un rey de hombres en aquella habitación casera. Sin embargo, cuando siguió hablando, su voz era más suave y más razonable que nunca, y le dijo:

—Profesor Vargan, no lo he traído aquí para divertirme insultándolo. Le pido que trate de olvidar por un momento, las circunstancias, y que me escuche lo mismo que un hombre ordinario escucharía a otro hombre ordinario. Usted ha perfeccionado el invento más horrible con que la ciencia ha esperado torturar a un mundo, enfermo ya con la bestialidad de la guerra científica. Usted trata de entregar este invento a manos que no vacilarían en emplearlo. ¿Puede usted justificar esa acción?

—La ciencia no necesita justificarse.

—Millones de hombres se hallan enterrados en Francia, que podrían hoy estar con vida. Fueron muertos en la guerra. De haber ocurrido esta guerra antes que la ciencia se dedicase a perfeccionar la matanza, solo serían millares en lugar de millones. Y, por lo menos, habrían muerto como hombres. ¿Es que la ciencia no necesita justificación por el despilfarro de esas vidas?

—¿Cree usted que puede detener la guerra?

—No. Sé que no puedo detenerla. No se trata de eso. Escúcheme otra vez. Hay en Inglaterra muchos millares de hombres ciegos, lisiados, impedidos para toda su vida, que hoy podrían encontrarse sanos. Un número igual lo hay en Francia, Bélgica y Alemania, Austria. Los cuerpos que Dios les dio, y que formó admirables, complicados y hermosos..., destrozados y arruinados por su ciencia, y convertidos, con mucha frecuencia, en cosas tan horrendas que con solo verlos se estremecen los hombres... ¿Es que la ciencia no necesita justificación?

—No es asunto que a mí me incumba.

—Lo está usted convirtiendo en asunto suyo.

El Santo se detuvo un momento. Luego prosiguió con un tono de voz que nadie se habría atrevido a interrumpir, el tono de voz apasionado de un profeta que clama en el desierto:

—Hay una ciencia buena, y hay una ciencia mala. La de usted es una ciencia mala, y todas las bendiciones que la ciencia buena ha dado a la Humanidad, no justifican su ciencia malvada. Si hemos de tener ciencia, que sea una ciencia buena. Que sea una ciencia en la que los hombres puedan seguir siendo hombres, aun cuando maten y sean muertos. Si no hay más remedio que tengamos guerra, que sea una guerra santa. Que los hombres peleen con armas de hombres y no con armas de demonios. Dejemos que los hombres se peleen y mueran como adalides y héroes, como solían morir antes, y no como animales que perecen, como los hombres tiene que morir en nuestras guerras de hoy.

—Es usted un idealista absurdo...

—Soy un idealista absurdo. Creo que ha de ser verdad todo cuanto llegue a ser. Si no fuese verdad, el mundo sería feo y desolado. Y yo creo que puede llegar a ser verdad. Creo que, por la gracia de Dios, los hombres despertarán y serán de nuevo hombres, y que el color, la risa, y la vida espléndida, volverán a ser una civilización encanecida. Pero eso será únicamente verdad porque unos pocos hombres creerán en ello, lucharán por ello, y lucharán en su nombre contra todo lo que se burla y se mofa de ese ideal. Usted es una de esas personas que se burlan y se mofan.

—¿Es usted acaso el último héroe... que lucha contra mí?

El Santo le contestó sencillamente:

—No soy el último héroe. Quizá no soy en modo alguno un héroe. Yo soy un soldado de la vida. He pecado tanto como cualquier hombre, y más que la mayoría. Fui un criminal perseguido. Eso soy ahora. Pero todo cuanto hice lo

llevé a cabo para la gloria de su propio ideal..., para la gloria de Inglaterra, si a usted le parece bien.

En los ojos de Vargan brilló una obstinación fantástica. Y dijo:

—No me parece bien, porque no sería verdad. La ciencia es internacional. Yo he ofrecido primero mi invento a Inglaterra..., eso es todo. Si son tan absurdos que se niegan a recompensarme por él, ya encontraré otro país que lo acepte.

Se acercó a El Santo con la cabeza ladeada, y sus pálidos labios curiosamente retorcidos. El Santo vio que había malgastado todas sus palabras. Vargan balbució:

—He trabajado y he vivido como un esclavo durante años. ¡Durante años! ¿Y qué he conseguido con ello? Unas pocas letras mezquinas que poner detrás de mi nombre. Ninguna gloria visible para todos. Ningún dinero. ¡Soy pobre! ¡He pasado hambre, he vivido pobremente, ahorrando dinero para llevar adelante mi trabajo! ¡Y ahora usted me pide que entregue todo cuanto he sacrificado, los mejores años de mi vida..., para dar gusto a su sentimentalismo de escuela dominical! ¡Le digo, señor, que es usted un hombre absurdo..., un imbécil!

El Santo permaneció completamente inmóvil, mientras las huesudas manos de Vargan arañaban el aire a pocos centímetros de distancia de su cara. Su impasible aspecto pareció enfurecer al profesor.

—¡Usted está ligado con ellos! —chilló Vargan—. ¡Lo sabía! Está usted ligado con esos demonios que han tratado de mantenerme tirado por el suelo. Pero ¡no me importa! ¡No le temo! Puede usted hacer lo que peor le parezca. ¡No me importa que mueran millones de personas! ¡Espero que usted se muera con ellos! Sería capaz de matarlo...

Súbitamente se lanzó contra El Santo como una bestia ciega, berreando de manera incoherente, tirándole arañazos y puntapiés...

Orace lo cogió por la cintura, y lo apartó, levantándolo en vilo con sus brazos de hierro; El Santo se apoyó contra la mesa, frotándose una espinilla que no había apartado con bastante rapidez de aquel ataque maniático.

—Vuelve a encerrarlo —dijo Simón gravemente, y vio cómo Orace se llevaba a aquel loco furioso.

Cuando Orace regresó, El Santo había terminado de hablar por teléfono.

—Junta las ropas y cosas de todos —le ordenó—. Incluidas las tuyas. He pedido por teléfono un camión para que las lleve a la estación. Irán como equipaje, dirigidas a míster Tremayne, en París. Yo escribiré las etiquetas. El camión estará aquí a las cuatro, de manera que tienes que darte prisa.

—Sí, señor —dijo Orace, con gesto de obediencia.

El Santo hizo una mueca, y dijo:

—Formábamos una buena sociedad, ¿no es cierto? Ahora voy a largarme de Inglaterra con mi cabeza puesta a precio. Lamento no tener más remedio que... romper nuestra alianza...

Orace refunfuñó:

—Lo ha estado usted buscando, ¿verdad? —le preguntó sin ninguna simpatía—. ¡Se lo he dicho una docena de veces!... ¿Y adónde va usted a ir? —agregó en el mismo tono feroz.

—¡Dios lo sabe! —le contestó El Santo.

—Nunca estuve en ese lugar —le contestó Orace—. Muchas veces quise ir, pero nunca me invitaron. Me prepararé para marchar cuando usted esté preparado.

Dio una vuelta hábil sobre sus tacones y marchó hacia la puerta. Simón tuvo que volver a llamarlo:

—Hombre estúpido, dame un apretón de manos, si quieres —dijo El Santo y le alargó la mano—. Si crees que la cosa vale la pena...

—No vale la pena —dijo Orace con acritud—. Pero yo debo de mirar por usted.

Orace se marchó. El Santo encendió un cigarrillo y tomó asiento junto a la ventana abierta, contemplando ensoñador el prado y el río encendido de sol.

Y le pareció que veía una nube semejante a una niebla color violeta, desenrollada sobre el prado y el río, las casas blancas y los campos de detrás; una nube gigantesca que reptaba sobre el país como una cosa viva; y la nube centelleaba como el revuelo y el relampagueo de un millar de millares de chispas de fuego violeta. Y la hierba se arrugaba por el aliento agostador de la nube; y a medida que la nube se tragaba a los árboles, estos se ennegrecían y se contraían, convirtiéndose en cálidas cenizas. Y los hombres corrían delante de la nube, los hombres buscaban respirar angustiados, hombres con caras blancas, trasnochadas, y con ojos vidriosos y dilatados... Pero la nube corría mucho más rápida que todo lo que podía correr el hombre más rápido...

Y Simón se acordó del frenesí de Vargan.

Permaneció sentado, acompañado de sus pensamientos, mientras se fumaba dos cigarrillos. Luego se sentó y escribió una carta.

«Al inspector jefe Teal.

»Departamento de Investigaciones Criminales,

»New Scotland Yard. —London, E. W. I.

»Mi querido Claud Eustace. Antes que nada, deseo presentarle mis excusas por el ataque dirigido el sábado contra usted y sus hombres, y también por la manera como uno de mis amigos lo trató a usted ayer. Las circunstancias no nos permitieron, por desgracia, en ambas ocasiones, disponer de usted por medios más pacíficos.

»El relato que la noche pasada le contó Roger Conway era absolutamente la verdad. Liberamos al profesor Vargan de los hombres que primeramente se apoderaron de él... y que, según Conway le dijo, estaban dirigidos por el célebre doctor Rayt Marius... y lo trasladamos a un lugar seguro. Cuando usted reciba esta carta, conocerá nuestras razones; y, puesto que no tengo tiempo para enviar una circular a la Prensa, espero que esta explicación les llegará con seguridad por sus manos.

»Poco me queda para agregar a lo que usted ya sabe.

»Nos hemos visto obligados a recurrir a Vargan para que suprimiese su invento, basándonos en razones humanitarias. No quiso escucharnos. Su único pensamiento es que la Humanidad reconozca lo que él cree que se debe a su genio científico. No es posible discutir con maniáticos: por esa razón, nos hemos encontrado con un solo camino abierto.

»Creemos que el que este diabólico descubrimiento ocupe su lugar en el armamento de las naciones de Europa, en un momento que los celos, los temores y los rumores de guerra levantan de nuevo su cabeza, sería llegar a un refinamiento de “civilización” que el mundo puede ahorrarse. Usted dirá que la posesión exclusiva de este invento confirmaría la supremacía inatacable de la Gran Bretaña, asegurando de ese modo la paz de Europa. Le contestamos que no hay manera de guardar para siempre un secreto. La espada tiene dos filos. Y, según Vargan me contestó “que la ciencia es internacional”..., de la misma manera yo le contesto que la Humanidad es también internacional.

»Nos damos por satisfechos con ser juzgados por el veredicto de la Historia, cuando se conozcan todos los hechos.

»Pero, al llevar a cabo lo que hemos realizado, le hemos puesto a usted en camino de conocer nuestra identidad; y esto,

como comprenderá, tiene que ser un golpe casi fatal para una organización como la mía.

»Sin embargo, creo que con el tiempo encontraré para nosotros el trabajo de seguir la tarea que nos hemos trazado.

»No lamentamos nada de lo que nos hemos propuesto hacer. Nuestro único pesar es el de vernos dispersados antes que hayamos tenido tiempo de realizar más cosas. Sin embargo, creemos que hemos hecho mucho bien, y que lo mejor de todo es este último delito nuestro.

»*Au revoir!*

Simón Templar
(EL SANTO)»

Mientras él escribía, oyó los ruidos de Orace que despachaba el equipaje; y cuando firmaba con su nombre, entró Orace con una bandeja de té y el informe de que el camión había sido despachado.

Un momento después entró Patricia por los ventanales del salón de la planta baja. Al Santo le pareció más esbelta, serena y encantadora que nunca. Y, cuando se acercó a él, le levantó con un brazo como si se hubiera tratado de una pluma.

—Ya ves que no soy todavía hombre al agua —le dijo, sonriendo, al sentarla.

Ella permaneció junto a él, con sus brazos frescos, morenos y delgados alrededor de su cuello. A El Santo le sorprendió que Pat se sonriese tan bajito:

—¡Oh Simón, te amo tanto! —le dijo.

—Querida —le contestó El Santo—, ¡qué cosa tan repentina! Si yo lo hubiese sabido...

Algo hizo pensar a El Santo que no era tiempo de bromear, y se detuvo.

Claro está que ella le amaba. ¿Acaso no lo sabía desde hacía un año divino, cuando le confesó su amor en la colina rocosa de Baycombe..., la pacífica aldea del Devonshire..., a la semana justa de haberse presentado en el distrito como un perdonavidas, en busca de dificultades, sin que tuviese la más ligera noción de que iba a caer en una dificultad a la que había sido hasta entonces singularmente inmune? ¿No se lo había demostrado de un centenar de maneras? La misma noche anterior, en Bures, ¿no había bastado para demostrárselo fuera de toda duda y para siempre?

Y ahora, en nombre de la buena suerte y de todos los misterios de las mujeres, tenía que soltárselo de esa forma, como si cayese del cielo...

«¡Diablos! —pensó El Santo—. ¿Es que se cree que voy a abandonarla?»

Y dijo:

—¡Querida, grandísima idiota! ¿Qué pasa?

Roger Conway le contestó, por encima del hombro de El Santo, porque había entrado sin que nadie reparase en él. Y le contestó con una pregunta:

—¿Hablaste con Vargan?

—Sí.

Roger asintió con la cabeza.

—Hemos oído algunos ruidos. ¿Qué dijo?

—Se volvió loco, y habló no sé qué monsergas. Orace le echó mano y se lo llevó de aquí..., peleando como un gato salvaje. Norman tenía razón al decir que Vargan es un loco. Y el loco dijo... «No».

Conway marchó a la ventana y miró río arriba haciendo sombra a sus ojos con la mano, para resguardarse del sol. Después, volvió a ocupar su lugar, y dijo con voz corriente:

—Teal anda por acá. El mismo individuo enérgico ha estado corriendo arriba y abajo del río en un barquito de motor. Lo descubrimos por la ventana de la cocina, mientras bebíamos cerveza y te estábamos esperando.

—¡Vaya, vaya, *vaya!* —dijo El Santo arrastrando las palabras muy gentilmente y con aire pensativo.

—Espió por todas partes con un par de gemelos. Es posible que Pat lo haya despistado un rato estando como estaba en el prado. Dejé a Norman vigilando, y en cuanto oí que habías terminado, envié a Orace en busca de Pat.

En ese instante llegó Norman Kent, y Simón lo cogió del brazo y lo acercó al grupo, diciendo:

—Nuestro cerebro, ágil como siempre, sostiene que Hermann ha chivateado, pero que se olvidó del número auténtico de nuestro teléfono. Según eso, Teal tiene que hacer una investigación general en Maidenhead. Esto nos puede reservar aún dos horas; pero no altera el hecho de que nuestras órdenes de marcha estén dadas. Son fáciles de cumplir. Vuestro equipaje salió ya. De manera que si os largáis a vuestras habitaciones y os dais un lavado y un cepillado final, estaremos listos. ¡Daos, pues, prisa!

Los dejó para que lo realizasen, y marchó a la cocina en busca de Orace.

—¿Tienes arreglado tu talego?

—Sí, señor.

—¿El pasaporte en orden?

—Sí, señor.

—Muy bien. Me gustaría llevarte en el Desoutter, pero me temo que no haya espacio disponible. De todos modos, la Policía no te persigue a ti, de manera que no tendrás dificultad alguna.

—Desde luego, señor.

El Santo sacó cinco billetes de diez libras cada uno, de un abultado monedero. Y dijo:

—Hay un tren para Londres a las cuatro cincuenta y ocho. Llega a Paddington a las cinco cuarenta. Esto te dará tiempo para despedirte de todas tus tías, y coger en Victoria Station el tren de las ocho y veinte, que te llevará a París, vía Newhaven y Dieppe. Llegarás mañana por la mañana a las cinco y veintitrés a la Gare Saint Lazare. Mientras estás en Londres, lo mejor que podrías hacer es arrancarte del trato con tus tías el tiempo que necesitas para enviar un telegrama a míster Tremayne, pidiéndole que salga a recibirte a la estación, para protegerte de todas esas damas francesas, de las cuales habrás leído mucho. Te esperamos en casa de míster Tremayne... Bien, hazme el favor de echar al correo esta carta mía.

—Sí, señor.

—*Okay*, Orace. Tienes justamente el tiempo para llegar a la estación sin darte ninguna carrera... ¡Hasta la vista!

Marchó a su habitación, donde encontró a Patricia.

Simón la tomó en sus brazos inmediatamente, y le preguntó:

—¿Nos acompañas en esta marcha?

Ella se aferró a él estrechamente, y le dijo:

—Eso era lo que me preguntaba cuando regresé del jardín. Tú fuiste siempre, Simón, un hombre quijotesco muy simpático. Sabes lo que ocurrió en Baycombe.

—Creíste que yo te largaría en el acto.

—¿Me vas a largar?

—En una ocasión, sí —le contestó El Santo—. Te habría largado. Fue en los viejos tiempos... Pero ahora... ¡Oh Pat, querida muchacha, te amo demasiado para no ser egoísta! Amo tus ojos, y tus labios, y tu voz, y el brillo de oro que tienen tus cabellos al sol. Amo tu prudencia, tu comprensión tu cariño, tu valor y tu risa. Te amo con todos los pensamientos de mi mente y con todos los minutos de mi vida. Te amo tanto que siento dolor. No podría pensar en perderte. Sin ti, nada tendría yo por qué vivir... Y no sé adónde iremos, ni lo que haremos, ni lo que encontraremos en los días que están por llegar. Lo que sí sé es que si nunca encuentro más de lo que tengo ya..., ¡te tengo a ti, muchacha!..., habré tenido más que a mi vida...

—Y yo, Simón, habré tenido más que a la mía... ¡Que Dios te bendiga!

El Santo se echó a reír, y dijo:

—Me ha bendecido. Ya lo ves... Y conozco a un caballero, que sería fuerte y callado, y que te mandaría, por el bien tuyo, a morir. Pero me tiene sin cuidado. Yo no soy un caballero. Y si tú crees que vale la pena de ser perseguida fuera de Inglaterra conmigo...

Pero los labios de ella le hicieron callar, y no hubo necesidad de hablar. Y el corazón de Simón Templar fue una maravilla para dar a Dios las gracias y también para elevarle una plegaria.

SIMÓN TEMPLAR PRONUNCIA LA SENTENCIA, Y NORMAN KENT MARCHA EN BUSCA DE SU PITILLERA

Unos minutos más tarde, El Santo fue a reunirse con Roger Conway y con Norman Kent en el cuarto de estar. Había puesto ya en marcha al Hiron del, comprobado lo mejor que pudo su buen funcionamiento, y examinado sus neumáticos. Él colector no necesitaba aceite, y había en el tanque gasolina suficiente para un viaje doble del que tenía que hacer. Había dejado el coche en marcha en el paseo exterior, y regresó para afrontar la decisión que había que tomar.

—¿Listos? —preguntó tranquilamente Norman.

Simón asintió con la cabeza.

Hizo en silencio un breve examen desde los ventanales; después regresó, y se colocó delante de ellos, diciendo:

—Sólo tengo que hacer una advertencia preliminar, y es esta..., ¿dónde está el minúsculo Tim?

Los demás no contestaron, y El Santo dijo:

—Poneos en su lugar. No ha tenido las facilidades de Teal para seguirnos la pista. Teal está aquí, y donde Teal se encuentra, Cara de Angel no puede andar lejos. Cara de Angel, al que hay que suponer que no es ningún tonto, se figurará, como es natural, que la cosa más hábil que puede hacer, sabiendo que Teal nos sigue la pista, es seguirla a Teal. Así es como obraría yo, y podéis apostar a que Cara de Angel, en cuestión de ondas cerebrales, es tan rápido en el salto como nosotros. Os digo esto como factor que habrá que tener en cuenta durante este acto, tras el cual vamos a desaparecer..., porque es otra de las razones que tenemos para solucionar rápidamente el problema.

Sabían a qué se refería e hicieron frente a su mirada con firmeza; Roger Conway, adusto; Norman Kent, grave y silencioso.

El Santo se limitó a decir:

—Vargan no escuchaba razones. Ya le oísteis... Para nosotros no hay más que un camino. Solo nos resta una cosa por hacer. He tratado de pensar en otras soluciones, pero no las hay... Me diréis que lo hago a sangre fría. Todas las ejecuciones son así. La ley ejecuta a una persona a sangre fría para hacerle pagar un asesinato que es historia vieja. Nosotros ejecutamos a Vargan para salvar un millón de asesinatos. En nuestro cerebro no caben dudas sobre que ese hombre será el instrumento de tales asesinatos, si lo dejamos libre. Y como no podemos llevarlo con nosotros... digo que debe morir.

Norman dijo:

—Una pregunta que creo que ha sido hecha ya: si quitamos de en medio a Vargan, ¿hasta qué punto quitamos con él la amenaza de guerra?

—Es una pregunta que ha sido ya contestada antes. Creo que Vargan es la clave. Pero incluso si no lo es..., aunque la maquinaria que Marius ha puesto en movimiento pueda funcionar sin necesidad de más combustible..., aunque tenga que haber guerra..., yo sostengo que el arma creada por Vargan no debe ser usada. Quizá nos acusen de que tracionamos a nuestra patria, pero no tenemos más remedio que hacer frente a esa acusación. Quizá hay cosas que son aún más importantes que ganar una guerra... Me pregunto si me comprendéis.

Norman miraba por la ventana, y alguna imaginación caprichosa, ajena a semejante conferencia, tocó sus labios con la sombra de una sonrisa:

—Sí, hay otras muchas cosas de igual importancia en qué pensar —dijo.

El Santo se volvió hacia Roger Conway:

—Y tú, Roger..., ¿qué dices?

Conway tenía entre sus dedos un cigarrillo sin encender. Y se limitó a contestar:

—¿Quién ha de hacerlo?

Simón Templar miró, después de Roger, a Norman; y dijo lo que había tenido el propósito de decir:

—Si nos cogen, el hombre que lo haga será ahorcado. Los demás pueden salvarse. Yo lo haré.

Norman Kent se puso en pie, y dijo:

—¿Hablas en serio?... Perdonadme, acabo de recordar que me he dejado en el dormitorio mi pitillera. Regresaré en un momento.

Salió, y cruzó lentamente, pensativo, por el pequeño vestíbulo, hasta una puerta que no era la suya.

Llamó y entró. Patricia Holm se volvió en el tocador para verlo.

—Estoy lista, Norman. ¿Se impacienta Simón?

—Todavía, no —le contestó Norman.

Se adelantó, y le puso las manos en los hombros. Una sonrisa se despertó en sus labios; pero la sonrisa se apagó al ver la extraña luz que ardía en lo más profundo de los ojos negros de Norman.

—Querida Pat —le dijo este—, he buscado siempre con anhelo una probabilidad de servirte. Y ahora ha llegado. Sabías que te amaba, ¿no es cierto?

Patricia le tocó la mano, diciéndole:

—Querido Norman... no hables..., por favor. Claro que lo sabía. No podía menos de saberlo... ¡Cuánto lo siento!

Él se sonrió, contestando gentilmente:

—¿Por qué sentirlo? Nunca te molestaré. Ni aunque tú me lo permitieses. Simón es el hombre más franco del mundo, y es mi amigo más querido. Mi pensamiento más feliz será el de que tú lo amas. Y sé que él te ama. Vosotros dos marcharéis juntos hasta que las estrellas caigan del cielo. Cuida de que nunca te falte el esplendor de la vida.

—¿Qué quieres decir? —le suplicó ella.

La luminosidad de los ojos de Norman Kent tenía en sí misma algo que era como una risa magnífica.

—Todos somos fanáticos —dijo—, y quizá sea yo el más fanático de todos nosotros... ¿Te acuerdas, Pat, de cómo fui yo el primero en decir que Simón era un hombre que había nacido con el sonido de trompetas en sus oídos?... Fue la cosa más verdadera que he dicho en mi vida. Y seguirá viviendo entre el sonido de las trompetas. Hoy mismo he oído yo ese sonido, y lo sé... ¡Que Dios te bendiga, Pat!

Antes que ella se diese cuenta de lo que ocurría, Norman se inclinó y le besó ligeramente en los labios. Luego marchó rápido a la puerta, y la estaba cerrando en el momento en que ella recobró su voz. Patricia no tenía la más remota idea de las cosas que él le había dicho y no podía dejarle marchar tan misteriosamente.

Lo llamó... Era una Patricia en plan de mando:

—¡Norman!

Volvió al momento, casi antes que hubiera pronunciado su nombre. Algo había cambiado en su cara.

Sus dedos le indicaron que guardase silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella cuchicheando.

Norman le contestó con tranquilidad.

—La última pelea. Únicamente, es un poco antes de lo que esperábamos. ¡Toma esto!

Quitó la funda a una automática pequeña, y la puso en sus manos. Un instante después, cargaba rápidamente una pistola mayor, que se sacó del bolsillo posterior del pantalón.

Después abrió sin hacer ruido la ventana, y miró al exterior. La llamó a su lado. El Hirondel esperaba en el paseo de coches, a menos de una docena de metros. Norman se lo señaló.

—Escóndete detrás de las cortinas —le ordenó—. Cuando oigas tres disparos en rápida sucesión, será la señal para que salgas corriendo hasta el auto. Dispara contra cualquiera que trate de impedirte.

—Pero ¿adónde vas tú?

—A recoger las tropas —se echó a reír silenciosamente—. ¡Adiós, querida!

Se llevó la mano de ella a los labios, y desapareció, cerrando con suavidad la puerta tras él.

Cuando dejó la habitación por vez primera, oyó, a través de la puerta abierta del cuarto de estar, el seco mandato de «¡Arriba las manos!», dicho con una voz que no era ciertamente ni la de Roger ni la de Simón. Ahora se quedó un instante fuera de la puerta de Patricia, escuchando, y llegó a sus oídos el inimitable acento alegre de Simón Templar que se encontraba en un aprieto.

—Sea usted bien venido..., según dijo la actriz al obispo en una ocasión particularmente auspiciosa. Pero ¿por qué razón no ha traído con usted a Cara de Angel, dulzura?

Norman Kent oyó la última frase en el momento que estaba abriendo la puerta de la cocina.

Cruzó por esta y abrió otra puerta. Un tramo de escalera se ofreció a su vista al dar vuelta a la llave de la luz. Los bajó, encontrándose con otra puerta..., una puerta pesada, de roble, de seis centímetros, asegurada por dos gruesos barrotes de hierro. Levantó los barrotes y entró, cerrando tras él esta tercera puerta con el mismo cuidado con que había cerrado las otras dos. Esas tres puertas que lo separaban del mundo, serian suficientes para ahogar cualquier sonido...

Vargan estaba sentado y arrebujaado en una silla, garrapateando en un desastrado libro de notas con un trozo de lápiz.

Al oír que entraba Norman, levantó la cabeza. Tenía despeinados sus cabellos, y sus ropas manchadas y desaseadas estaban pegadas muy anchas

encima de sus huesos. Los ojos parecían los únicos rasgos llenos de vitalidad en una cara arrugada como un viejo pergamino plegado; los ojos, con el fuego triste de su locura moviéndose dentro, como la pálida llama centelleante que se mueve por encima de la costra de un volcán que se despierta.

Norman sintió una puñalada de absurda compasión hacia aquella figura lastimosa y enloquecida. Sabía, sin embargo, que a él no le correspondía tratar con el hombre, sino con la locura del hombre..., la locura dispuesta a soltar sobre el mundo un horror que dejaba en mantillas a todo cuanto los demás hombres habían concebido.

La cara de Norman Kent, era como una cara grabada en piedra negra.

—He venido a conocer su respuesta, profesor Vargan —le dijo.

El hombre de ciencia estaba hundido en su silla, mirando de soslayo a la negra figura rígida, encuadrada sobre la puerta. La cara de Vargan estaba crispada espasmódicamente, y sus manos amarillas metieron torpemente su libro de notas en su bolsillo; no hizo otro movimiento. Y no habló.

—Estoy esperando —dijo Norman Kent.

Vargan se pasó por el cabello una mano temblorosa. Y contestó con aspereza:

—Ya he dado mi respuesta.

—Piénselo —dijo Norman.

Vargan miró al cañón de la automática, sus labios se alzaron enseñando los dientes en una mueca animal, y gruñó:

—Es usted amigo de mis perseguidores.

Su voz se levantó, convirtiéndose en un sollozo agudo, al ver cómo blanqueaban los nudillos de Norman Kent encima del gatillo.

SIMÓN TEMPLAR INTERCAMBIA UNA CONVERSACIÓN, Y GERALD HARDING DA UN APRETÓN DE MANOS

El Santo hizo observar:

—Estábamos esperando a Cara de Angel, pero no lo esperábamos tan pronto. Mandamos que viniese la banda; los *cameramen* de la Movietone están sudando tinta, los periodistas afilan sus lápices mientras corren, y nosotros íbamos a desenrollar nuestra alfombra roja. La verdad es que, si usted no hubiese actuado con tanta rapidez, le habríamos esperado con una recepción cívica en pleno. Todos menos el alcalde. El alcalde iba a ofrecerle un discurso iluminado, pero él mismo se encendió mientras lo preparaba, de manera que me temo que esté, en todo caso, fuera del jolgorio. Sin embargo...

El Santo se encontraba al lado de Roger Conway, y tenía sus manos prudentemente levantadas.

Lo había pescado agachándose; en toda su peligrosa carrera no lo habían sorprendido tan limpiamente.

Si hubiera podido tomar aquella curvatura de una manera normal, y con los adornos necesarios de maestría, se habría hecho rico en una tienda de Coney Island, como el Hombre de la Espina Dorsal Movable.

El Santo tuvo la sensación de que aquella última aventura suya no era en modo alguno su esfuerzo más brillante. No se le ocurrió culpar a nadie de las diversas filtraciones que la habían producido. Habría podido culpar a Roger Conway de ella, si él hubiese sido de esa clase de hombres, porque es indudable que habían tenido que ver algo en la dificultad las dos brillantes contribuciones que Roger había hecho, dejando caer su indiscreción acerca de Maidenhead, y dejando fugarse a Marius. Podía únicamente visualizar la aventura, y a los que tomaban parte en la misma, como un todo coherente, incluyéndose a sí mismo; y, ya que él era el que dirigía, tenía que aceptar una

parte igual de censura que sus lugartenientes, como si se hubiese tratado de cualquier otro general. Pero, a diferencia de cualquier otro general, se reservaba la censura para sí, rehusando pasarla de golpe a quienes estaban bajo su mando. Cualquier ladrillo que dejasen caer, en forma de indiscreción, tenía que dar en los dedos de los pies a todos, de manera simultánea y doliéndoles con el mismo golpe: por consiguiente, lo único inteligente y útil era tomar los ladrillos por ladrillos, las indiscreciones por indiscreciones, y tratarlas como tales indiscreciones, simples y absolutas, sin perder el tiempo con la cuestión sin importancia de quién la cometió y por qué.

Y allí tenían verdaderamente un ejemplo admirable de indiscreción, una indiscreción colosal y catastrófica, una verdadera apoteosis de la indiscreción, en la forma de un jovencito de cara fresca que se metió por los ventanales medio minuto después que Norman Kent saliera por la puerta.

Lo realizó con tanta tranquilidad y con tanto descaro que ni Simón ni Roger pudieron hacer absolutamente nada. En ese momento fue cuando los sorprendieron completamente distraídos. Estaban mirando por la ventana al jardín; un momento después estaban mirando por la ventana a una pistola. No les dejaron ni respirar.

¿Y qué le había ocurrido a Norman Kent? Para entonces debería estar de vuelta. Hubiera debido meterse a ciegas, y al trotecito, en aquel berenjenal... y Patricia con él. A menos que uno de ellos hubiese oído la conversación. Simón se había fijado en que Norman no cerró la puerta tras él; por esa razón levantaba deliberadamente la voz. De modo que, si Norman y Patricia recibían el aviso sin que el aprehensor les oyese llegar...

—Usted no me creería —continuó Simón afablemente—, si yo le dijese con cuánta ansiedad he procurado renovar mi amistad con Cara de Angel. Es un muchacho hermoso, y a mí me gustan los muchachos hermosos. Tengo además la sensación de que unas cuantas charlas improvisadas nos harían amigos para toda la vida. Sí, hay entre nosotros una especie de afinidad de alma. Cierto que nuestros primeros encuentros fueron algo desagradables; pero esto es una cosa natural entre hombres de personalidades tan fuertes e individuales como nosotros en un primer encuentro. Esas diferencias no deberían durar. Lo profundo llama a lo profundo. Tengo la sensación de que no volveremos a separarnos de nuevo sin que él haya llorado sobre mi hombro, me haya jurado eterna amistad y me haya prestado medio dólar... Aunque tal vez se halle esperando para entrar a que usted le haga la señal de «sin novedad».

En la cara del joven que empuñaba la pistola, apareció un ceño ligero.

—¿Quiere decirme quién es ese amigo suyo..., ese Cara de Angel?

El Santo dilató sus párpados:

—Pero ¿qué me dice, dulzura? Tenía la idea de que ustedes iban a resultar amigos del alma. Un error mío. Cambiemos el tema. ¿Cómo está mi querido amigo Teal? ¿Siempre alimentándose de hierbabuena y luchando con el sobrante de su figura juvenil? No puedo menos que pensar que debió parecerle por demás inhospitalaria nuestra conducta de la noche última, dejándolo solo y caído por el suelo en Brook Street, sin más compañía que la de Hermann. ¿Le pareció demasiado ruda?

—Me imagino que usted es Templar.

Simón se inclinó:

—Acertó en una, encanto. ¿Cómo se llama usted?... ¿Ramón Novarro? ¿O es usted uno de los hombres callados y fuertes del coro de la comedia musical? Ya sabe usted: ropas de caballeros por Morris Angel y los hermanos Moss. Cabelleras por Marcel. Caras, lo que salga. ¿Cómo dice?

El joven le replicó calmamente:

—Sería usted sensacional como cómico. Como vidente, sería nada más que un cargador de carbón de mucho éxito. Puesto que le interesa, soy el capitán Harding, del Servicio Secreto Británico, agente dos mil doscientos treinta y ocho.

El Santo le contestó, arrastrando la voz:

—Encantado de conocerlo.

—¿Y este es Conway?

Simón asintió:

—Otra vez acertó, hijo. De verdad que es usted un sabelotodo... Vamos, Roger, di lo que tengas que decir, sin dejar nada dentro. A este encanto no se la pegas. No me sorprendería que supiese incluso dónde alquilaste tu traje de noche.

Roger dijo:

—En el mismo sitio en que él se hizo tatuar las iniciales sobre esos pantalones. Muy sorprendente, ¿verdad? ¿Crees tú que las letras se leen de izquierda a derecha o hacia arriba y hacia abajo?

Harding, apoyado con un hombro contra la pared, contempló a los dos hombres que había capturado con cierta admiración reacia:

—Son ustedes un par de guasones de mucha correa —les confesó.

El Santo le dijo:

—Profesionalmente, representamos dos veces todas las noches ante unas salas concurridísimas, y siempre se viene abajo el teatro. Y esto me hace

pensar en nuestras manos. ¿Podemos aplaudir? No queremos que usted se ponga nervioso, pero esta postura es bastante molesta, y resulta muy incómoda para la circulación de la sangre. Puede usted despojarnos previamente de nuestra artillería, si le parece bien, de acuerdo con lo corriente.

Harding dijo:

—Conforme, si se conducen bien. Vuélvanse.

El Santo murmuró:

—Con mucho gusto. Y gracias.

Harding se acercó por detrás y los despojó de las pistolas. Después les hizo dar otra vez la vuelta.

—Perfectamente..., pero nada de tonterías ¡Cuidado!

—Nunca nos permitimos hacer tonterías —dijo Simón con dignidad.

Echó mano a un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa y se preparó sin prisas a encenderlo.

Según todas las apariencias, se encontraba completamente sereno, tal como lo había estado desde la llegada de Harding. Pero esa era simplemente la actitud que adoptaba cuando la tormenta se iba espesando más a su alrededor. El Santo reservaba sus emociones para sus ratos libres. Era capaz de mantener su aire de despreocupada tranquilidad en cualquier momento, y con ese aire había traído perplejas y desconcertadas a otras personas antes de Harding. Siempre hacía lo mismo..., afectaba una lánguida indiferencia y un genial desborde de charla perezosa que ardía sin esfuerzo desde la superficie de su cerebro y que no perturbaba el pensamiento concentrado que detrás de ella se escondía.

Cuanto más serio era un problema, más rehusaba El Santo tratarlo seriamente. Y por esa razón siempre poseía alguna sutil ventaja sobre el hombre que estaba encima de él. La seguridad jactanciosa de Simón era tan perfectamente simulada, que únicamente un adversario, casi suicida y lleno de confianza en sí mismo, dejaba de sentir turbación, como atacado por una intranquilidad oculta. Tan solo un loco o un genio habría dejado de sacar la consecuencia de que una despreocupación tan tranquila tenía que fundamentarse en algún naipe importante que estaba escondido en la frívola manga; el hombre que ni era un loco ni era un genio solía acertar con mucha frecuencia.

Pero en esta ocasión la carta que tenía escondida en la manga era muy corriente. El Santo no podía encontrar aún nada que agregar a la primera apreciación que había hecho del asunto, a pesar de que revolvió en su interior

todos los aspectos de la interrupción, furiosamente atento. La única carta escondida era la de Norman Kent.

Este tenía que conocer ya lo ocurrido. En caso contrario, habría estado hacía mucho tiempo embarcado con sus socios dentro del bote y tendría sus manos en alto, en tanto que aquel joven a la moda zumbaba con su Webley. Pero si Norman Kent estaba enterado, Patricia lo estaría también. La cuestión era esta: ¿Qué sería lo más probable que hiciesen? ¿Y cómo podría Simón Templar, sin contacto con ellos y prácticamente incapacitado bajo la amenaza de la automática de Harding, adivinar su plan de acción más probable y llevar a efecto algo en ayuda suya?

Tal era el problema de El Santo..., invertir el proceso normal estratégico, situarse en el lugar del amigo y no en el del enemigo. Y mantener entre tanto distraído a Harding...

Le dijo, pues:

—Es usted un muchacho inteligente. ¿Puedo permitirme preguntarle cómo fue el venir a realizar la tarea de Teal?

Harding le contestó ceñudo:

—En casos como este trabajamos a una con la Policía, pero no nos importa robarles alguna ventaja, si es que podemos. Teal y yo salimos a nuestra tarea con independencia. Él echó a caminar por el camino clásico, y yo me metí por el enrevesado y, según parece, he llegado antes que él, Vi el coche de usted ahí fuera, en el paseo, y me metí de rondón.

Simón dijo, con cara compungida:

—Se ha ganado usted una medalla. Mucho me temo que no pueda otorgarle otra cosa que mi amor, bebé mío, pero escribiré de todos modos al War Office, recomendándolo, si cree que eso le servirá de algo.

Harding se sonrió y se alisó el revuelto cabello:

—Me gusta su nervio —dijo.

El Santo le contestó, a la recíproca:

—Y a mí el suyo. Veo que es usted un hombre bueno que se ha metido por mal camino. Debería usted ser uno de los nuestros. Hay en la cuadrilla un puesto vacante para usted, si le interesa juntarse con nosotros. ¿No le gustaría ser mi segundo?

—¡De modo que usted es El Santo! —exclamó Harding, poniéndose alerta.

Simón bajó los párpados y sus labios se crisparon:

—*Touché!*... Claro está que usted no lo sabía de una forma concreta, ¿no es cierto? Pero captó la alusión con mucha finura. Muchacho, es usted una

centella brillante..., se lo contaré al mundo de los desviados.

—La cosa no era tan difícil. Teal dijo a todo el mundo que él se jugaba cualquier cosa a que se comería su sombrero, eso fue lo que dijo, si resultaba que usted presumía exhibiendo a Vargan. Dijo que él conocía demasiado bien su manera de trabajar para equivocarse, a pesar de que no hubiese echado usted la firma de costumbre.

Simón asintió, murmurando:

—Yo me pregunto: ¿Qué sombrero se comería Teal: el de copa, que lleva cuando va a los clubs nocturnos disfrazado de caballero, o el hongo, manchado de cerveza? ¿Es que tiene otro? Si lo tiene, nunca se lo vi. Es una idea fascinadora...

El Santo volvió sus ojos hacia el techo como si verdaderamente estuviese fascinado por esa idea...

Pero lo que El Santo pensaba era esto:

«Si este mozo bonito y Teal han juntado sus cabezas, Harding debe saber que en la casa hay otro hombre. Y además un hombre que sabe manejar cómodamente el hacha de combate... ¿Por qué, pues, no ha dicho nada acerca del mismo? ¿Será que Harding, el brillante y saltador Harding, está pasando por un momento de aberración y prescinde de Norman?»

Y El Santo dijo en voz alta:

—Vamos a ver...: ¿qué le parece aceptar ese trabajo como segundo mío? ¿Le seduce la idea?

—Lo siento, viejo.

El Santo suspiró:

—¡No hay de qué! No venga con disculpas... ¿Qué más podemos hacer por usted? Parece que está satisfecho de todo, de modo que ignoro cómo podemos hacernos útiles. Díganos el caballo por el que juega.

—Bien, la verdad es que los he atrapado fácilmente.

De esa forma quedaba contestada la cuestión astutamente oculta. Era cierto. Norman Kent estaba por el momento invisible y se le había ido a Harding de la cabeza.

Durante un segundo pasajero los ojos de El Santo cambiaron una mirada con los de Roger Conway.

Luego El Santo le preguntó amistosamente:

—Bien, ¿qué hacemos? ¿Permanecemos en pie y chivateamos?

El jovencito se retiró a la ventana y miró por ella al exterior. Simón dio un paso hacia él, subrepticamente, pero la distancia que los separaba era

demasiado grande y Harding solo apartó los ojos un momento. Cuando se volvió de nuevo, El Santo estaba eligiendo con tranquilidad otro cigarrillo.

—¿Tiene a Vargan aquí?

El Santo alzó la vista, y dijo, cauteloso:

—¿Cómo?

Harding apretó los labios.

Simón Templar había tenido tiempo, en los pocos minutos que duraba su entrevista, para apreciar en el joven una eficacia tranquila, que desmentía la primera impresión de juventud que producía, al mismo tiempo que un agradable sentido de humorismo que complacía a su interlocutor. El sentido de humorismo no se manifestaba en aquel momento; pero sí que estaba presente toda su eficacia, y junto con ella cierta adustez en sus resoluciones. Y Harding le dijo:

—Ignoro por qué razón se apoderó usted de Vargan. Es un misterio que no hemos solucionado aún, a pesar de lo que sabemos acerca de su manera de ser en general. ¿Para quién trabaja usted?

El Santo le contestó:

—Para nosotros mismos, gente bondadosa. Comprenda usted, nuestro prado se fue todo al diablo, y ninguno de los productos que empleamos para matar las malas hierbas ha conseguido ningún resultado; por eso se nos ocurrió pensar que quizá el exterminador eléctrico de Vargan podría...

—¡Hablo en serio!

Simón le miró, contestándole muy seriamente:

—Pues en serio, ya que usted quiere saberlo, nos apoderamos de Vargan para que su invento no fuese empleado en la guerra. Y esa resolución nuestra continúa en vigor.

—Esa fue la teoría de Teal.

—¡Teal querido! Ese hombre es una maravilla, ¿verdad? Es igual que uno de esos detectives disimulados de los libros de historias... Sí, esa es la razón por la que nos apoderamos de Vargan. Teal recibirá esta mañana una carta mía en la que se lo explico con todo detalle.

—Me imagino que le hablará usted del bienestar de la Humanidad.

El Santo le contestó:

—Así es, y por esa razón me burlo subrepticamente de Cara de Angel, quien desde luego no piensa en el bien de la Humanidad.

Harding pareció intrigado:

—Sigue usted hablando de este individuo... Cara de Angel...

—Por otro nombre, el minúsculo Tim —le explicó Simón.

Alboreó en su interlocutor una luz de comprensión.

—Es un individuo que se parece a un gorila muy crecido... y que tiene una cara en consecuencia...

—¡Qué bellamente lo ha expresado usted, querido! Casi son las mismas palabras que yo empleé. Usted sabe...

—¡Marius! —dijo con voz fuerte Harding.

El Santo señaló su conformidad, y dijo:

—Ha hecho usted sonar el timbre, y le será debidamente devuelto su penique. Pero usted no me sorprende. Sé que lo sabía.

—Adivinamos que Marius andaba en esto...

—Nosotros se lo hubiéramos dicho.

Los ojos de Harding se achicaron, y preguntó:

—¿Sabe usted mucho del asunto?

El Santo le respondió suavemente:

—¡Oh, un montón de cosas! En mis momentos más brillantes soy capaz de correrle a Teal una carrera, en pos de algunas pistas. Por ejemplo, no me importaría jugarle mi segundo par de botas elásticas a que hoy le están siguiendo la pista a usted..., a que se la sigue uno de los hombres de Marius. Aunque es posible que usted lo haya advertido ya.

—¡Claro que lo advertí!

La automática de Harding seguía apuntando con frialdad y firmeza al estómago de El Santo, tal como venía apuntando durante toda la entrevista... Eso, cuando no cambiaba temporalmente su puntería hacia Roger Conway. Pero había ahora un poco más de firmeza y de rigidez en la mano que apuntaba. El cambio era casi imperceptible, pero a Simón Templar no se le escapaba un detalle como ese. Lo tradujo a su propia manera; y cuando levantó la mirada para mirar a Harding a los ojos, encontró en ellos confirmada la interpretación.

—Despisté a mi sombra a unos dos kilómetros de distancia —dijo Harding—. Pero no me importa decirles que no habría venido aquí solo, sin esperar refuerzos, si no hubiese advertido que alguien estaba en extremo interesado en lo que yo hacía. ¡Y por esa misma razón necesito a Vargan!

El Santo se apoyó graciosamente contra la mesa, y expulsó dos anillos de humo perfectos, sin comparación.

—¡De manera que esas tenemos!

Harding le contestó secamente:

—Esas tenemos. Le daré dos minutos para que decida.

—¿Y qué alternativa me ofrece?

—La alternativa será agujerearle la piel: brazos, piernas... Creo que me dirá usted lo que deseo saber, antes que pasemos a mayores.

Simón movió la cabeza negativamente y dijo:

—Tal vez usted no lo haya advertido, pero tengo un impedimento en mi manera de hablar. Soy muy sensible, y cuando se me trata desconsideradamente, empeora ese impedimento. Si usted se pusiese a dispararme tiros, eso haría que mi tartamudeo aumentase de manera tan espantosa, que tardaría media hora en pronunciar mi primera ¡condenación!..., y vaya usted a saber lo que tardaría en contestar a sus preguntas.

Harding dijo implacable:

—Y a su amigo lo trataría de la misma manera.

El Santo proyectó una sonrisa sobre Roger Conway:

—Tú no dirías una palabra, ¿verdad que no, viejo Roger?

Conway contestó burlón:

—¡Déjale que pruebe!

Simón se volvió otra vez hacia Harding:

—Honradamente, amigo mío —le dijo con tranquilidad—. De esa forma, nada sacará usted. Y, además, lo sabe.

—Lo veremos —dijo Harding.

El teléfono estaba en una mesita junto a la ventana. Harding echó mano del receptor, manteniendo cubiertos con su automática a El Santo y a Roger:

—¡Hola...! ¡Hola...! ¡Hola...!

Harding miró a su reloj, enredando nervioso con el gancho del receptor:

—Han pasado quince segundos... ¡Condenada centralita! ¡Hola!... ¡Hola!

Después escuchó por un momento en silencio y volvió a colocar con cuidado en su sitio el receptor. Y dijo:

—Había otro individuo en su cuadrilla. Ahora caigo. ¿Está aquí?

—¿No le contestó nadie en la línea?

—Estaba cortada.

Simón dijo:

—Nadie en esta casa habría cortado la línea. Le doy mi palabra.

Harding le miró a los ojos:

—Si eso es cierto...

El Santo dijo lentamente:

—Solo puede ser Marius. Quizá el hombre que siguió a usted no resultó tan fácil de sacudírselo de encima.

Roger Conway estaba mirando por otra ventana, por la que podía ver el prado, el río y el final del jardín. Más allá de la lancha a motor de El Santo, corría otra por mitad de la corriente; pero no era la misma en que había visto a Teal. A Roger le pareció que los dos hombres de la segunda lancha a motor miraban fijamente hacia el *bungalow*; pero no podía estar seguro.

—Naturalmente que podría ser Marius —convino.

Entonces tuvo Simón su momento de inspiración. Se puso repentinamente en pie, gritando:

—¡Harding!

Lanzó ese nombre en un tono que habría sobresaltado a cualquiera. Harding no habría tenido la condición de hombre, si no se hubiese vuelto en redondo.

Había estado mirando por la ventana, con la mesa entre él y El Santo para seguridad, tratando de descubrir qué estaba mirando Conway. Pero todo el tiempo que estuvo allí había tenido la mirada clavada en él con disimulo. Simón había advertido ese hecho en el momento que tuvo su inspiración, y lo había comprendido. Norman no se había descuidado. Pero Harding reconoció que había venido solo, y tenía que arreglárselas como podía, manteniendo cubiertos con su pistola a los dos prisioneros que había hecho, y esperando confiado que el tercer hombre caería sin sospecharlo en la trampa. Y, mientras una parte de la vigilancia de Harding estaba dedicada a esperar y a confiar, las manos de Norman estaban atadas. Pero ahora...

—¿De qué se trata? —preguntó Harding.

Se había vuelto para mirar a El Santo, y su espalda estaba completamente vuelta hacia la ventana que tenía detrás. Roger Conway, desde el otro lado de la habitación miraba también a El Santo, sorprendido y perplejo. Únicamente este vio cómo Norman Kent daba un paso por el ventanal situado detrás de Harding.

Este sintió y comprendió la presa de hierro que agarró la muñeca en que tenía la pistola, y sintió el objeto duro que husmeaba en la parte estrecha de su espalda.

—No haga tonterías —le apremió Norman Kent.

—Perfectamente.

Las palabras cayeron con amargura de la boca del joven, tras un segundo de vacilación desesperada. Sus dedos se abrieron involuntariamente para soltar la pistola, y El Santo echó limpiamente mano a esta en la alfombra.

—Vengan ahora nuestras dos «tiraguisantes» —dijo El Santo.

Sacó del bolsillo de Harding las otras dos automáticas, devolvió una a Roger, y retrocedió hacia la mesa con una pistola en cada mano, haciendo notar:

—Otra vez como en el buen libro de historietas. Y aquí estamos nosotros, armados hasta los dientes. El lugar parece un arsenal, y todos nos sentimos cómodos. Venga usted acá, y muéstrese sociable, joven. No haya rencores entre nosotros... Norman, ¿aceptarás un cheque en falso o una bolsa de nueces en premio de tu acción?

—Me estaba preguntando el tiempo que necesitarías para crear un motivo de perturbación.

El Santo dijo:

—Hoy me siento perezoso para manejar el carro de carga. No sé lo que me pasa. Pero bien está todo cuando termina bien, como las actrices solían decir, y...

—De modo que está cortada la línea —dijo Norman secamente.

Simón alzó un párpado.

—¿Por qué lo dices? tampoco se habría divertido. Ni el inspector en jefe Teal, ni ninguno de sus hombres, habría empezado a disparar de aquella forma, con pistolas armadas de silenciador, y sin cambio de palabras preliminares. Tan solo había un hombre en la lista de actores que pudiera portarse de esa manera; y contra aquel hombre El Santo podía disfrutar plenamente en su lucha. No podía poner todo su corazón en la tarea de pelear con hombres como Harding y Teal, a los que en cualquier otra circunstancia le habría agradado tener por amigos. Pero Marius era harina de otro costal. Su enemistad con él era algo más que una simple diferencia de opinión y un punto técnico de interpretación de ley. Era una cosa personal y vital, como una bofetada y como un guante lanzado a la cara.

Por eso Simón vigilaba, e hizo nuevamente fuego. Esta vez oyó un grito lastimero. Y, en contestación, una bala pasó rozándole la oreja, y otra se clavó en el tapizado del sofá, a dos centímetros por encima de su cabeza; y la sonrisa Santa se hizo positivamente beatífica.

—Esto es como la guerra —exclamó feliz El Santo.

—¡Es una guerra! —le replicó Harding—. ¿No se da cuenta?

Roger Conway estaba arrodillado junto a Norman Kent, cortándole la pernera del pantalón, manchada de sangre negra que manaba por ella.

—¿Qué quiere usted decir?

Harding dio un paso atrás.

—¿No ha comprendido usted, que parecía comprender tantas cosas?... Aunque esto no tenía posibilidad de saberlo. Sin embargo, había sido anunciado en las ediciones de los periódicos del mediodía, y era mucha la gente que anoche lo conocía. Nuestro ultimátum fue entregado hoy a las doce.

—Te oí que hablabas del teléfono. Tenías razón. Yo no corté la línea. No pensé en ello. Pero si la línea no funciona...

La frase no se terminó.

Nadie oyó el ruido que la interrumpió. Tuvo que oírse algún ruido débil, que no se habría perdido de haber estado al aire libre. Pero todos vieron que la cara de Norman Kent se contraía, volviéndose súbitamente blanca; vieron también que vacilaba y que se caía sobre una rodilla.

—¡Apartaos de las ventanas!

Norman lo había comprendido tan rápidamente como cualquiera, y lanzó la advertencia con un jadeo angustioso. Pero El Santo no le hizo caso. Saltó hacia adelante, y cogió a Norman Kent por debajo de los brazos; lo arrastró, poniéndole a cubierto en el momento en que una segunda bala hizo saltar una astilla del marco de la ventana, unos pocos centímetros por encima de sus cabezas.

—¡Los tenemos aquí!

Harding permanecía desesperado, a tiro de bala, sin cuidarse de lo que hacían sus aprehensores. El Santo le mandó vivamente que se cubriese, sin que Harding le hiciera caso. Roger Conway tuvo que arrastrarlo fuera de la zona de peligro, casi por la nuca.

Simón había arrancado un sofá de su sitio, junto a la pared, y lo había colocado cubriendo tres cuartas partes del vano de la ventana; y permanecía detrás, con las pistolas en sus manos, mirando hacia la carretera. Vio moverse algo detrás del seto, y disparó dos veces por la ventana, pero no pudo decir el daño que les había hecho.

Había vuelto a sus labios la sonrisa Santa, y había vuelto a sus ojos la vieja luz Santa. No se había divertido verdaderamente contra Harding. Contra Teal, si verdaderamente hubiese estado Teal fuera, y se les daba de plazo hasta mañana a la misma hora para contestar.

—¿De qué país está usted hablando? ¿Y sobre qué trata ese ultimátum?

Harding le contestó, y la contestación no sorprendió mucho a El Santo. Por algo había leído tan asiduamente entre líneas en los periódicos.

Harding dijo:

—Desde luego, todo eso es un absurdo, como todo ultimátum enviado por un país a otro. Hemos aguantado todo lo que pudimos, pero no nos han dejado

opción. Están buscando dificultades, y están resueltos a tenerlas. La mitad del gobierno no lo comprende todavía..., piensa que nuestros amigos deberían estar mejor enterados. Son las cabezas locas, dicen. Por eso lo han guardado todo de manera tan oscura. El gobierno pensaba que la locura pasaría, naturalmente. Pero, en vez de pasar, ha estado creciendo.

El Santo recordó una frase de la carta que había cogido a Marius: «*¡Esta vez no puede fallar!...*»

Y comprendió que un hombre como Marius, con todo el poder que él representaba, apoyando su palabra, bien pudiera bastar para regir las resoluciones que tomasen los reyes y los consejos.

Dijo, vigilando aún con su mirada la carretera:

—¿Cuánta gente hay con una teoría que explique la locura?

Harding le contestó:

—Mi jefe, y un puñado más. Sabíamos que Marius andaba en ello, y Marius representa las grandes finanzas. Pero ¿de qué sirve decir eso a la gente vulgar? No podían verlo. Además, había aún en nuestra teoría un fallo, y no encontrábamos el modo de cerrarlo..., hasta la exhibición de Esher, el sábado. Entonces lo comprendimos.

—Yo me lo representé de la misma forma —dijo El Santo.

Harding dijo tranquilamente:

—Todo depende de esto. Si Marius logra llevarse a Vargan, eso significa la guerra.

Simón alzó una de sus pistolas, y volvió a bajarla al ver que su blanco se agachaba. Y dijo a Harding:

—¿Por qué me ha dicho todo eso?

Harding le contestó con firmeza:

—Porque usted debiera estar del lado nuestro. No me importa quién es usted. No me importa lo que usted ha hecho. No me importa para quién trabaja. Pero Marius está ahora aquí, y a mí me consta que usted no puede estar en favor de Marius. De modo...

El Santo dijo:

—Alguien está haciendo señales con una bandera blanca.

Se puso en pie, y Harding se acercó a su lado. Detrás del seto había un hombre que hacía señales con un pañuelo.

Simón vio entonces que la carretera de más allá del seto estaba animada de hombres, y preguntó:

—¿Qué haría usted?

Harding le replicó terminantemente:

—¡Me entrevistaría con ellos! Escucharía lo que tienen que decir. Y después, podríamos seguir la lucha. ¡Ellos pelearán! Templar...

El Santo contestó haciendo la señal de que hablaría con el del pañuelo, y vio que un hombre se alzaba de su postura agazapada debajo del seto y avanzaba solo por el paseo de coches. Era un gigante...

—¡Es Cara de Angel en persona! —murmuró Simón.

Giró sobre sí mismo, con las manos en las caderas, y dijo:

—He escuchado su razonamiento, Harding. Razona usted bien. Pero yo prefiero el mío. Me temo que usted no lo acepte, dadas las circunstancias. Ahora quiero que me responda rápidamente. Queda aún abierto el ofrecimiento que le hice. ¿Quiere juntarse a nosotros mientras dure la operación, o tendré que enviarlo fuera, para que se las arregle por sí mismo? Me molestaría, pero si usted no está en favor nuestro...

—No es ese el asunto —contestó con firmeza Harding—. A mí me enviaron para que encontrase a Vargan, y creo que lo he encontrado. Por lo que a eso se refiere, no podrá haber paz entre nosotros. Usted lo comprenderá. En cuanto a lo demás... El mendigo no puede elegir. Estamos de acuerdo en que Marius no debe tener a Vargan, cualesquiera que sean nuestras diferencias a ese respecto. De modo que, mientras tengamos que pelear con Marius...

—¿Eso es una tregua?

El joven se encogió de hombros. Luego le alargó la mano y dijo:

—¡Maldición para ellos!

EN EL QUE SIMÓN TEMPLAR RECIBE A MARIUS Y EL PRÍNCIPE HEREDERO LE RECUERDA UNA DEUDA

Un momento después El Santo estaba de rodillas junto a Norman Kent, examinando su herida como un técnico.

—¿Pat? —cuchicheó Norman—. La dejé escondida en tu habitación.

Simón asintió.

—Perfectamente. Estará segura por un rato. Prefiero tenerla allí mientras que el Minúsculo Tim anda merodeando. Veamos en primer lugar lo que podemos hacer contigo.

Siguió adelante con su examen. La entrada de la herida estaba ocho centímetros por encima de la rodilla, y era mucho mayor que la entrada de una bala de automática de grueso calibre. No tenía agujero de salida, y Norman dejó escapar un lamento involuntario de angustia, por los tanteos que realizaba El Santo.

—No te molesto más, muchacho —dijo El Santo.

Norman dejó de morderse los labios, y preguntó:

—Ha destrozado el hueso, ¿verdad?

Simón se despojó de la chaqueta y se arrancó la manga de la camisa para improvisar un vendaje. Y dijo:

—Te lo ha hecho migas, Norman, viejo querido. Esos cerdos emplean balas *dum-dum*... Roger, trae un *whisky* abundante... Eso te servirá de alivio, Norman, viejo guerrero.

—Algo es algo —contestó Norman con voz ronca.

No dijo nada más, pero comprendió con claridad una cosa.

Nadie puede correr una distancia larga con el hueso del muslo hecho añicos por una bala explosiva.

¡Cosa extraña! A Norman no le preocupó eso. Bebió el *whisky* agradecido y se sometió con indiferencia a los vendajes de El Santo. Había una calma

extraña en la palidez de la cara de Norman Kent.

También Simón Templar comprendió lo que aquella herida significaba; pero no pensaba en ella de la misma manera que Norman.

Sabía que Marius estaba en pie junto a la ventana, pero no levantó la vista hasta que hubo terminado la cura improvisada por sus manos prácticas, que eran tan suaves como las de una mujer. Quería pensar muy seriamente antes de empezar a ponerle cebo a Marius. Una vez lanzado a ello, el proceso de pensar continuaría por sí mismo, so capa del inevitable machaqueo y disimulo; pero, antes que nada, El Santo quería asegurarse de las líneas fundamentales de la situación. Y era un conjunto de líneas sumamente ligeras las que disponía para estar seguro. Con Patricia en el *bungalow* para dificultar sus movimientos; con Norman Kent lisiado, y el Servicio Secreto Británico representado por el capitán Gerald Harding, prisionero dentro del fuerte con una palabra muy vaga; el inspector jefe Teal revisando el distrito, que podía presentarse en cualquier momento sobre el escenario, y Rayt Marius rodeando el *bungalow* con un cuerpo de ejército joven, que había dado ya pruebas suficientes de que no había sido acumulado en Maidenhead para una pelea simulada de un sábado por la tarde..., hasta un hombre tan optimista como El Santo tuvo que admitir que las cosas se le estaban poniendo difíciles. Hubo un tiempo en que a El Santo le divertía decir que era un auténtico profesional busca-dificultades. Recordó ahora esa grata jactancia, y se preguntó si alguna vez había adivinado que sus súplicas serían atendidas de manera tan copiosa. En verdad que había echado su pan con el anzuelo y había pescado toda una cadena de fábricas de pan modernísimas...

Se puso, por fin, en pie, con estas meditaciones hirviendo en las impenetrables profundidades de su cerebro. Pero su cara no había sido nunca tan suave.

—Buenas tardes, pequeño. Había pensado en volver a encontrarme con usted. En las últimas dieciocho horas, la vida me ha parecido muy vacía sin estar a su lado. Pero no hablemos de eso.

El gigante inclinó su cabeza, y dijo:

—Veo que usted me conoce.

El Santo le contestó:

—En efecto; creo que antes nos hemos visto. Me parece reconocer su cara. ¿No era acaso usted el rabo del elefante del circo al que mi querida abuelita me llevó precisamente antes que cayese con el sarampión?

Marius se encogió de hombros. Llevaba de nuevo, igual que la primera vez que El Santo se encontró con él en Brook Street, un traje completo de

mañana; pero la combinación de aquel traje con esta nueva situación, junto con la colosal estructura del hombre, y su cara horrorosamente arrugada, habría resultado grotescamente divertida, de no haber sido sutilmente espantosa. Le contestó:

—Templar, he tenido ya algunos ejemplos del humorismo suyo...

El Santo le contestó suavemente:

—Los tuvo usted en cierta ocasión que todos nosotros recordamos. Lo recordamos muy bien. Pero no cargamos de nuevo la cuenta cuando se trata de una repetición, de manera que le devolveremos su dinero.

Los ojillos de Marius se fijaron en los demás..., en Roger Conway que, recostado contra la biblioteca, daba vueltas a una automática haciéndola girar por la guarda del gatillo; en Norman Kent que, descansando en un sofá, tenía un vaso en la mano; en Gerald Harding que estaba al otro lado de la ventana con las manos en los bolsillos y un débil sonrojo en su cara de muchacho.

Dijo Marius:

—Acabo de saber que es usted el caballero que se llama a sí mismo El Santo. El inspector Teal fue lo bastante indiscreto para servirse de un teléfono público estando escuchándole uno de mis hombres. Las cabinas de que disponemos no están hechas de manera que sea imposible oír... Me imagino que esta será su cuadrilla, ¿no es así?

El Santo protestó:

—Nada de «cuadrilla». Estoy seguro de que los santos nunca andan en cuadrilla. Pero, sí... estos son otros que los que usan la coronita sobre la cabeza... Pero se me olvidaba. Usted no nos ha sido presentado nunca de una manera formal, ¿verdad que no?... Conozca usted a los muchachos... A su izquierda, por ejemplo, el capitán, metido a Santo, Gerald Harding, que fue en tiempos miembro del Clark's College, canonizado por sus muchas obras caritativas, incluso en lograr la firma de un pobretón millonario para un cheque de cinco cifras, dado por caridad. El millonario se molestó mucho cuando se enteró del asunto... Allá enfrente otro Santo, Roger Conway, ganador del concurso de belleza para hombres, de Noahsville, Ark., canonizado el año veinticinco por glorificar a la muchacha norteamericana. Por lo menos, la muchacha declaró ante el juez que cantaba sus glorias en la canción... En el suelo, El Santo Norman Kent, campeón de bebedores de cerveza, juerguista centenario de hoteleros y de negociantes reunidos, canonizado por defender la bebida libre para cierto número de mendigos ciegos. Los mendigos, dicho sea de paso, no perdieron la vista hasta después de que ingirieron las bebidas... ¡Se me olvidaba! Y yo.

Marius oyó toda esta catarata de disparates sin que se moviese un músculo de su cara. Al fin le dijo, pacientemente:

—¿Y miss Holm?

El Santo le contestó:

—Me temo que esté ausente. Hoy es mi cumpleaños y ella marchó a Woolwort a comprarme un regalo.

Marius asintió con la cabeza:

—La cosa no tiene importancia. Usted sabe para qué vengo, ¿verdad?

Simón pareció meditar:

—Veamos... Podría usted venir para afinar el piano, si lo tuviésemos. Y si tuviésemos una máquina de planchar, podría haber venido para arreglarla. Pero no..., sólo se me ocurre que usted sea viajante de sombreros de paja y de elegantes corbatas. Lo siento, porque estamos surtidos para la temporada.

Marius quitó el polvo a su sombrero de seda con un pañuelo que movió suavemente. Su cara, como siempre, era una máscara.

Simón no tuvo más remedio que admirar la serenidad del hombre. Tenía él aún una larga cuenta que arreglar con Marius, y este lo sabía; pero allí estaba, quitando tranquilamente el polvo a su sombrero, en la cara misma del hombre que había prometido matarlo. Ciertamente que Marius se había presentado bajo bandera de tregua, que lógicamente esperaba que El Santo respetaría; pero Marius no daba aún señales de reconocer que estaba en una situación delicada, porque tenía que presentar un ultimátum a un hombre que le habría metido un balazo en la barriga muy alegremente, si le hubiese dado la más ligerísima oportunidad.

Marius dijo:

—No gana usted nada perdiendo tiempo. He llegado con la esperanza de salvar las vidas de algunos de mis hombres, porque algunos de ellos morirán, con toda seguridad, si nos vemos obligados a combatir.

—¡Muy conmovedor!..., como le dijo la actriz al obispo. ¿Será posible que le remuerda la conciencia por el recuerdo del hombre al que mató en Bures, querido? ¿O es, quizá, porque en este tiempo resultan caros los funerales?

Marius se encogió de hombros, y dijo:

—Eso es asunto mío. En vez de pensar en ello, haría mejor con meditar en su propia situación. Todas las líneas telefónicas han sido cortadas en veinte kilómetros a la redonda. Esto lo hicimos en cuanto lo situamos a usted definitivamente. De modo, pues, que la comunicación más rápida que tenga con Londres será por auto. La Policía local no es peligrosa. El inspector Teal

está fuera de contacto junto con su cuartel general; también le tenemos puesta una emboscada en la que caerá sin remedio. Además de esto, he colocado en las carreteras más próximas, a uno y otro lado de esta casa, hombres con uniformes de policía, que a todo auto que trate de venir por este lado lo harán volver sobre sus pasos, y que explicarán oportunamente a todas las personas curiosas los ruidos de los disparos. Antes que pueda llegar ayuda alguna, pasará más de una hora..., y el final solo puede ser el apresamiento de usted. Eso, si salva usted la vida. No tenga la esperanza de volver a engañarme con la astucia que se sirvió con tanto éxito la noche pasada.

—¿Está usted seguro de que era una astucia?

—Si no hubiese sido una burla no lo habría encontrado a usted aquí. ¿Me tiene usted por tan ignorante de los métodos oficiales, como para creer que podría usted haber sido libertado con tanta rapidez?

El Santo dijo, pensativo:

—Y, sin embargo, podríamos haber sido puestos aquí de cebo por la Policía..., para que usted cayese en la trampa.

Marius se sonrió. El Santo no habría sido capaz de creer que aquella cara pudiera sonreírse, de no haberlo visto sonreír otra vez. Y esta se sonrió con urbanidad espantosa.

—Desde que el inspector Teal salió de Londres, estuvo en todo momento a la vista de mis agentes. Por ello tengo buenas razones para estar convencido de que sigue sin saber dónde se encuentra usted. ¿Me permite que le diga, Templar, que esta vez tendrá que pensar en algo más tangible que?... ¿cómo fue la frase que sus amigos emplearon?..., que «el pan rallado y el cebo para peces de agua dulce», con lo que querían significar algo que no valía la pena?

Simón asintió, murmurando:

—Es una frase encantadora.

Marius le dijo:

—De modo que puede usted optar entre rendir a Vargan o dejar que se lo quitemos a viva fuerza.

El Santo se sonrió:

—Es decir, que si elijo una cosa, gana usted, y si elijo la otra, pierdo yo..., ¿no es eso?... Pero supongamos que la moneda cae de canto. Supóngase, dulce palomo, que resulta usted mismo cogido. Ya lo sabe, esto no es Chicago. No puede usted llevar sus pequeñas guerras por todas las regiones inglesas. Podrían indignarse los campesinos y empezar a tirarle *brócolis*. No estoy muy seguro sobre lo que llaman *brócolis*, pero es posible que se los tiren.

Nuevamente se movió en la cara del gigante la espantosa sonrisa:

—No me ha comprendido usted. Mi país exige a Vargan y su invento. Para conseguirlo, sacrificaré todas las vidas que haga falta; y mis hombres morirán aquí por su patria, con la misma facilidad con que habrían muerto en otro campo de batalla.

—*¡Por su patria!*

El Santo había encendido un cigarrillo con mano firme y serena; cualquier cosa que hubiese visto en aquella escena un observador que no pudiera oír las palabras, habría juzgado que estaban discutiendo acerca de un partido de golf poco amistoso..., y no de una situación en que iba envuelto el destino de las naciones... Hasta que El Santo rompió la débil corteza de calma con aquellas tres palabras eléctricas. No era ya el arrastre gentil de la voz burlona de El Santo el que las pronunció. Era una voz de puro acero, de roca, de ácido. Fueron suficientes aquellas pocas sílabas, afiladas y vaciadas por un centenar de filos de cuchillo, reforzadas por un millar de puntas de aguja que se clavaban, y que tenían un acento de latigazos del Polo Norte.

—*¡Por su patria!*

—Eso es lo que he dicho.

—Pero ¿tiene patria un hombre como usted? ¿Existe un acre de tierra de Dios, amada por un hombre como usted, nada más que porque es su hogar? ¿Pero tiene usted lealtad para nada..., como no sea para las arañas de oro, hinchadas, cuyas telas usted teje? ¿Existe algún pueblo al que usted puede llamar suyo..., algún pueblo al que usted no sea capaz de sacrificar sin escrúpulos para meter en su bolsillo treinta monedas de plata? Rayt Marius, ¿se interesa usted por nada en el mundo como no sea por su grasiento dios del dinero?

La cara de Marius cambió por vez primera, y dijo:

—Es mi patria.

El Santo se echó a reír con risas cortas, y dijo:

—Marius, cuéntenos cualquier mentira menos esa. Porque esa no nos la tragamos.

—Pues, aunque usted no lo crea, sigue siendo mi patria. Y los hombres que están ahí fuera y que me fueron entregados por ella para esta tarea...

El Santo le interrumpió:

—¿No se le ha ocurrido pensar que quizá también nosotros pudiéramos estar preparados para morir por nuestra patria..., y que es posible que la certeza de que nos lleven a la cárcel, si fuéramos rescatados, pudiera no ejercer influencia sobre nosotros?

—He pensado en ello.

—¿Y no confía usted con exceso en nuestra honradez? ¿No pudiera haber algo que nos haga olvidarnos de este armisticio, y retenerlo a usted como rehén?

Marius denegó con la cabeza, y dijo con voz sedosa:

—¿Y habría algo que impidiese que mis hombres ocupasen el resto de esta casa, por el otro lado, en tanto que yo me presentaba aquí con bandera blanca, y distraía la atención suya? Cuando está en juego la suerte de un país, queda poco tiempo para perderlo en convencionalismos de honradez. Una bandera blanca puede ser respetada en un campo de batalla, pero esto es más que un campo de batalla. Son todos los campos de batalla de la guerra.

Simón se columpiaba vigilante sobre sus talones, con el cigarrillo ladeado hacia arriba entre sus labios. Sus manos colgaban sueltas a uno y otro lado, pero en cada una de ellas tenía la muerte súbita. Y dijo:

—Usted sería siempre nuestro rehén, encanto, y si es que va a haber una traición...

Marius le contestó:

—Mi vida no es nada. Hay un jefe ahí fuera —señaló con un gesto la carretera —que no vacilaría en sacrificarme a mí y a otros muchos.

—¿El nombre de ese jefe?

—Su alteza...

Simón Templar aspiró profundamente el aliento.

—Su alteza el Príncipe Heredero Rudolf de...

—¡Diablo! —exclamó El Santo.

Marius le dijo:

—Hace poco que salvó usted su vida. Por esa razón, su alteza me ha enviado para que le dé a usted una oportunidad. También quiso que me disculpase por haberle herido ayer, aunque la cosa ocurrió cuando aún no sabíamos que usted era El Santo.

Este contestó:

—Dulce corderito..., apuesto a que usted no habría obedecido a su alteza de no haber necesitado a sus hombres para esta sucia tarea.

Marius extendió sus enormes manos:

—Eso no tiene importancia. He obedecido. Y espero lo que usted decida. Puede tomarse un minuto para pensarlo.

Simón lanzó su cigarrillo dando vueltas a través de la ventana, haciendo con la mano un floreo temerario, y dijo:

—Ahora mismo le haré conocer mi decisión...

Marius se inclinó:

—... siempre que usted me conteste a una pregunta.

—¿Qué desea saber?

—Cuando usted raptó a Vargan, no pudo llevarse con él sus aparatos...

El gigante le contestó:

—Sigo sus pensamientos. Está usted pensando que aun entregándonos a Vargan, los técnicos británicos siguen en posesión del aparato y que aun sin comprenderlo, pueden hacerlo copiar. Permítame que le desilusione. En tanto que algunos de mis hombres se apoderaban de Vargan, otros destruían sus aparatos... con gran eficacia. Puede tener usted la seguridad de que nada quedó que pudiera ser aprovechado ni siquiera por sir Roland Hale. Lamento mucho quitarle esa ilusión.

El Santo dijo:

—No me desilusiona usted en manera alguna, Cara de Angel. Todo lo contrario, me da usted la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo. Le echaría los brazos a su cuello de toro, Cara de Angel, si no fuese usted tan indeciblemente repulsivo... ¡Crémelo! Habría adivinado que podía fiarme de su eficacia, pero es encantador saber a ciencia cierta...

Roger Conway, desde el otro lado de la habitación, dijo, entremetiéndose:

—Escucha, Santo; si el Príncipe Heredero está ahí fuera, podríamos aprovechar la ocasión para informarle de la verdad acerca de Marius...

Marius se volvió, y preguntó con suavidad:

—¿De qué verdad?

—De la referente a su patriotismo aséptico. Podríamos decirle lo que nosotros sabemos: que usted busca, sin que él lo sepa, sus propias finalidades venenosas...

Marius le contestó, burlón:

—¿Está usted seguro de que él le creería? ¡Conway, es usted demasiado infantil! Ni siquiera usted puede negar que estoy poniendo todo cuanto está en mí para colocar el invento de Vargan en las manos de Su Alteza.

El Santo movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Roger, tiene razón Cara de Angel. El Príncipe Heredero es el hombre que está recreándose con el caviar y al que le tiene sin cuidado la manera que tuvieron de matar al esturión. No... Yo tengo una salida mucho más hábil en el problema.

Volvió a encararse con Marius.

—Dime, cariño, ¿es cierto que Vargan es la clave de todo este asunto? — le pregunto suave, persuasivamente.

—Exacto.

—¿Vargan es la auténtica crema de tu café?

El gigante se encogió de hombros:

—No comprendo con exactitud toda su jerga, pero creo haberme explicado con claridad.

—¿Y quién la comprende? —exclamó Roger con simpatía.

Una nueva sonrisa apareció en la boca de Simón Templar..., una sonrisa Santa, burlona, despreocupada, de perdonavidas. Puso las manos en las caderas y se sonrió, diciendo:

—Entonces, he aquí nuestra respuesta. Si usted quiere a Vargan, puede venir a echarlo mano, o puede largarse a su casa y ponerse a chupar azufaifas. ¡Elija usted, Cara de Ángel!

Marius se quedó inmóvil y contestó:

—Si es así, su alteza tiene a bien manifestarle que se desentiende de toda responsabilidad por las consecuencias de su falta de juicio...

—¡Un momento!

Quien así habló era Norman Kent, que trataba penosamente de ponerse en pie sobre la pierna sana. El Santo estuvo a su lado inmediatamente, rodeándole los hombros con el brazo:

—¡Con cuidado, querido Norman!

Norman se sonrió débilmente:

—Quiero ponerme en pie, Simón.

Y se puso, apoyándose en El Santo, y miró desde su lugar a Marius, que estaba muy serio, muy rígido, como alejado del lugar.

Y dijo Norman Kent:

—Supóngase que nosotros le decimos que no tenemos en nuestras manos a Vargan...

—No lo creería.

Roger Conway intervino:

—¿Y por qué habríamos de tenerlo? Si hubiésemos querido quitárselo a usted, lo habríamos devuelto antes de ahora al Gobierno. Usted debe saber que no ha sido devuelto a su casa. ¿Para qué íbamos a quererlo nosotros?

—Pueden tener ustedes sus razones personales. La de conseguir un rescate, por ejemplo. Quizá el Gobierno está preparado a pagar una buena cantidad...

Norman Kent rompió a reír con una risa clara y breve, que quebrantó la teoría de Marius más profundamente de lo que hubieran podido quebrantarla todas las palabras que se dijeron a continuación:

—¡Piénselo otra vez, Marius! ¡Todavía no nos entiende usted!... Raptamos a Vargan mirando por la paz del mundo, por salvar millones de vidas nobles. Esperábamos convencerlo de que se volviese atrás de lo que pretendía. Pero estaba loco, y no quiso escucharnos. Y por eso esta tarde, mirando por la paz del mundo...

Se detuvo, y se pasó una mano por los ojos.

Luego se irguió, y sus ojos negros miraron sin temor a lo lejos sin que su luz se aminorase.

Su voz se hizo de nuevo clara y fuerte, y dijo:

—Yo lo maté a tiros lo mismo que a un perro rabioso.

—Usted...

Harding avanzó hacia él, pero Roger Conway le cortó instantáneamente el camino.

Norman Kent repitió:

—Por la paz del mundo. Y... por la paz de mis dos amigos más queridos. Tú lo comprenderás, Santo. Comprendí en el acto que nunca consentirías en que Roger ni yo corriésemos con el peligro que encerraba ese disparo. Por eso tomé la ley en mis manos. Porque Pat te ama, Simón, como yo te amo. No podía dejarla que se pasase el resto de su vida teniéndote a la sombra del patíbulo. También yo la amo, Simón. Lo siento...

—¿Que usted mató a Vargan? —exclamó Marius, incrédulo.

Norman hizo una señal afirmativa. Estaba completamente sereno.

Fuera de la ventana, las sombras de los árboles se iban alargando sobre el jardín tranquilo.

—Me lo encontré escribiendo en un libro de notas. Había llenado ya páginas y páginas. Ignoro de qué trataban, o si había allí material suficiente para que lo trabajase un técnico. Yo no soy hombre de ciencia. Para estar seguro, se las quité. Habría quemado esas páginas, pero no pude encontrar cerillas. Pero ahora las quemaré delante de sus ojos; y ahí acabará todo. Santo, dame tu encendedor...

Este maniobró en su bolsillo.

Roger Conway vio que la mano derecha de Marius saltaba a su bolsillo posterior, y movió en redondo su automática, apuntando al pecho del gigante.

—¡Todavía no, Marius! —dijo Roger, entre dientes.

El Santo, cuando se acercó para sostener a Norman, había metido una pistola en el bolsillo de su chaqueta. Ahora, mientras con una mano sostenía a su amigo y buscaba en el bolsillo su encendedor, había tenido que dejar la otra pistola en el brazo del sofá.

No se había dado cuenta de que el agrupamiento de los demás había cambiado; Conway quedaba ahora imposibilitado de cubrir con su pistola a Harding y a Marius. Dos sencillos movimientos habían bastado para arreglar las posiciones de manera catastrófica..., en el momento en que Norman Kent se puso en pie y Marius trató de sacar el arma. Simón no lo había advertido. Hizo la confesión de que aquel día estaba torpón como un coche de carga, lo que podía ser verdad o podía no serlo; pero la realidad era que había dejado perder durante una fracción de segundo su máxima vigilancia, y que vio su error una fracción de segundo demasiado tarde.

En dos zancadas y una zambullida, como un raye, Harding se había hecho con la pistola que estaba encima del sofá; y luego, puso su espalda contra la pared:

—Tú, deja caer esa pistola... Te doy tres segundos. *Uno...*

Conway, moviendo tan solo su cabeza para mirar, comprendió que el joven podía tumbarlo antes que tuviese tiempo de mover su automática. No tuvo necesidad de preguntarse si Harding llevaría a cabo su amenaza. La simple audacia con que se había apoderado de la pistola y la ventaja estratégica en que se había situado, probaban la resolución ceñuda y desesperada de Harding. Y su mirada era todo lo firme y rígida que podía ser la mirada de un joven.

—*Dos...*

¿Y si Roger se decidiese a usar el arma? Tenía un millón de probabilidades en contra, y Harding lo agujerearía, como un pollito su cascarón. Pero ¿daría eso facilidades a Simón para sacar el arma? También Marius estaba a punto de sacarla...

—*¡Tres!...*

Roger Conway soltó la pistola, tal como Harding había tenido que hacerlo no muchos minutos antes; y sufrió todo el sentimiento de amarga humillación que Harding debió de haber experimentado.

—Envíemela con el pie.

Conway obedeció; Harding recogió la pistola, y apuntó con dos automáticas, formando arcos que abarcaban a cuantos estaban en la habitación.

—¡El honor del Servicio Secreto Británico! —dijo El Santo arrastrando la voz con una suavidad que no hizo sino poner de relieve el agujijón hiriente de su desdén.

Harding le dijo con dureza:

—La tregua ha terminado. Usted haría en mi lugar lo mismo que yo. ¡Deme esos papeles!

El Santo dejó gentilmente en el sillón a Norman Kent, y este se apoyó, medio en pie, medio sentado, en el alto brazo de aquel. Simón tensó su cuerpo para jugarse el último temerario tanto.

Y de pronto, una sombra cayó sobre él; se volvió a mirar y vio que el número de la congregación había crecido con una persona más.

En la abertura de la ventana francesa estaba en pie una figura alta, de estilo militar. Era una figura completamente inmaculada, y que se movía con entera libertad... Como es natural, resulta totalmente absurdo decir que la educación hace que un hombre sobresalga entre sus compañeros; pero el recién llegado no podía ser otro que el que era.

—Marius —dijo el hombre de gris, y Marius se volvió.

—¡Retírese, alteza! Por amor de Dios...

La advertencia fue proferida vivamente en un idioma que no era el inglés, pero el hombre de gris contestó en este idioma, y dijo:

—No existe peligro. Vine para ver por qué razón había usted traspasado su tiempo límite.

Se paseó tranquilamente por la habitación, sin dedicar más que una mirada despreocupada, y un alzamiento de sus finos párpados, a Gerald Harding, y a las dos pistolas de Gerald Harding que lo abarcaban todo.

El Santo oyó entonces un ruido en el vestíbulo, más allá de la puerta que estaba todavía medio abierta.

Dio un salto desesperado, y cerró la puerta de golpe. Luego agarró la pesada biblioteca que estaba junto a la pared, y con un solo esfuerzo titánico la cruzó delante de la puerta, echándola como un gran cerrojo. Un instante después, la mesa del centro de la habitación fue lanzada como un refuerzo de la biblioteca.

Simón Templar se quedó en pie, vuelto de espaldas al montón, echando atrás con gesto de desafío la cabeza. Y habló:

—¡De manera, alteza, que usted es otro hombre de honor!

El príncipe se acarició el bigote con un dedo espléndidamente manicurado, y dijo:

—Yo le di a Marius un plazo determinado para que hiciese su ofrecimiento. Cuando pasó de ese plazo, tuve que imaginarme que usted había roto la tregua y que lo había hecho su prisionero, en vista de lo cual di orden a mis hombres de que penetrasen en la casa. Tuvieron la buena suerte de apresar a una señora...

El Santo se puso lívido.

—Dije que tuvieron la buena suerte porque estaba armada y habría podido matar a alguno de ellos, o pudiera haber dado, por lo menos, la alarma, si no se hubiesen apoderado de ella por sorpresa. Pero no se le hizo daño alguno. Menciono el hecho simplemente para hacer comprender que mi intrusión no ha sido tan improvisada como podría usted pensar. Sin embargo, Marius debió decirle que no soy insensible a la deuda que tengo contraída con usted. ¿Es usted Simón Templar?

—Yo soy.

El príncipe le alargó la mano:

—Creo que le debo mi vida. Esperé tener una oportunidad de conocerlo, pero nunca creí que nuestro conocimiento se realizase en circunstancias tan poco propicias. Sin embargo, Marius ha debido decirle que no soy insensible a la deuda que tengo con usted.

Simón no se movió de donde estaba y le contestó con una voz que era como un latigazo:

—Príncipe Rudolf, le salvé la vida porque nada tenía contra usted. Pero ahora sí que tengo algo, y antes que termine el día, puedo quitársela por ello.

El príncipe se encogió levemente de hombros, y le contestó:

—Por lo menos mientras discutimos el asunto, podría usted pedirle a su amigo que apartase sus armas. Me acongojan.

El capitán Gerald Harding se apoyó cómodamente en la pared, y dedicó por completo al príncipe una de sus acongojantes armas. Y dijo:

—Yo no soy amigo de Templar. Soy un miembro humilde del Servicio Secreto Británico, y fui enviado para que me apoderase de Vargan. No conseguí llegar a tiempo para salvarlo; pero, según parece, sí que llegué con tiempo para salvar algo que es casi tan valioso. ¡Llegó usted tarde, alteza!

EN EL QUE SIMÓN TEMPLAR MARCHA HACIA SU DAMA, Y NORMAN KENT CONTESTA A LA TROMPETA

Reinó por un momento un silencio absoluto; y entonces Marius empezó a hablar rápidamente en su propio idioma. El príncipe le escuchó, empujando los ojos. Ni su actitud ni su expresión cambiaron en manera alguna, aparte de este atento gesto. Aquel hombre tenía una superioridad melosa e inhumana para toda emoción ordinaria.

No realizó Simón tentativa alguna para interrumpir el recitado de Marius. Alguien tenía que explicar la situación, y, puesto que Marius había tomado a su cargo la tarea, podía él llevarla hasta el fin. Ese intervalo le proporcionaría al Santo otro bien venido respiro. Se relajó, apoyándose en la barricada, sacó su pitillera, y se puso a dar golpecitos contra sus dientes al cigarrillo que extrajo de ella. El príncipe se volvió entonces hacia él, y le habló con su voz dulce y aterciopelada:

—¡Vaya! Empiezo a comprender. Este individuo se apoderó de usted, pero llegaron entre ustedes a un convenio al encontrarse con que ambos estaban unidos, por lo menos, en contra mía. ¿Es así?

El Santo murmuró:

—Pero ¡qué talento tiene su alteza!

—Y él ha roto el armisticio a su manera, sin avisarle a usted...

—Me temo que sí. Creo que cuando vio los documentos le debió de atacar una fiebre propia de varón. En todo caso, se olvidó del espíritu de la canción remera de Eton.

—¿Y no posee usted influencia sobre él?

—Absolutamente ninguna.

—Pero ¿tiene, en efecto, su amigo los documentos? —dijo el príncipe, señalando a Norman Kent.

Harding dijo alegremente:

—Y yo tengo al amigo. ¿Qué resuelven, pues, todos ustedes sobre el asunto?

En aquel instante se encontraba absolutamente solitario, dominando la situación. Todos le miraron. ¡Era joven aquel muchacho, pero tenía espíritu! El Santo comprendió que Harding no vacilase en quebrantar su palabra, aunque de haber sido de mayor edad, hubiese vacilado.

Pero un instante después Harding ya no estaba solitario. Norman Kent usurpó el primer plano un poco más tarde, con un movimiento de su mano que atrajo todas las miradas. Dijo Norman Kent:

—Me gustaría decir algo acerca de estos papeles.

Su voz seguía siendo baja y mesurada. Ahora era más tranquila que nunca, y cada una de sus sílabas tan firme como un clarinazo:

—Soy yo quien tiene los documentos, y el capitán Harding me tiene a mí. Ha sido dicho con toda perfección. Pero hay algo que a todos se les ha pasado por alto.

—¿De qué se trata?

Fue el príncipe quien habló; pero Norman Kent contestó a todos ellos. Apartó su mirada de la ventana, del sol, de los árboles, de la hierba verde, y de una masa de dalias rojas esparcidas sobre el seto como una herida; todos le vieron sonreírse. Y luego contestó:

—Nada se gana sin sacrificio.

Lo dijo con sencillez, y dirigió una mirada a El Santo, diciéndole:

Simón, quisiera que tuvieses confianza en mí. Desde que nos reunimos, he obedecido sin discutir todas tus órdenes. Te hemos seguido todos, naturalmente, porque tú eras nuestro jefe. Pero no pudimos menos de aprender algo de tu jefatura. Me he enterado de qué forma batiste a Marius en Brook Street la noche pasada..., haciendo algo que te era imposible. Y he oído también de qué manera Roger se sirvió del mismo principio, y nos ayudó a derrotar a Teal..., haciendo precisamente una cosa que le era imposible. Ahora me toca a mí. Creo que hoy me toca ser muy inteligente. He comprendido de qué forma debo aplicar el mismo principio a la cuestión actual. Siguiendo mi propia manera. Porque ahora..., aquí mismo..., hay algo que nadie podría realizar. Y yo sí que puedo hacerlo. ¿Me sigues?

Los ojos negros de Norman, en los que ardía una extraña luz fanática, se encontraron con los de El Santo, claros y azules. Durante un segundo de inmovilidad tensa...

Y El Santo le dijo:

—Realízalo.

Norman Kent se sonrió y dijo:

—Es cosa fácil. Todos ustedes han apreciado la situación, ¿no es cierto?... Los tenemos a usted, príncipe, y a usted, Marius, como rehenes: y ustedes tienen como contra-rehén a una señora que nos es muy querida a todos nosotros, salvo a uno. Esto sería en sí mismo un punto muerto, aunque no mediasen el capitán Harding y sus pistolas.

—Lo ha expresado usted admirablemente —le dijo el príncipe.

—El capitán Harding, por otro lado, que tiene por ahora el mando de la situación, encuéntrase en posición delicada. Es con mucho la parte más débil en una pugna de tres luchadores. Si el que ustedes tengan a una persona como rehén nuestro ejerce sobre él algún peso, es muy dudoso. Personalmente, yo lo dudo. No ha conocido a la dama..., que no es para él sino un nombre..., y tiene que cumplir con lo que cree que es su deber. Además, acaba de darnos un ejemplo de la forma en que su sentido del deber es capaz de suprimir todas las demás consideraciones. De modo que todos estamos en una situación muy difícil. En nuestra condición de ingleses, nosotros estamos obligados a tomar su defensa en contra de usted, Príncipe. Como simples hombres, nos dejaríamos matar antes de hacer nada contra la señora que usted tiene en poder suyo. Solo estos dos motivos ya serían complicación suficiente. Pero hay otro más. En nuestra condición de amigos de El Santo, hombre que se atiene a sus ideales, nos hemos lanzado a realizar algo que, tanto usted como el capitán Harding, harían cualquier cosa por evitar.

—No podría haber hecho usted un resumen más conciso —le contestó el príncipe.

De nuevo se sonrió Norman Kent, y dijo:

—Así pues, todos estamos de acuerdo en que el punto muerto solo existe porque todos estamos tratando de salir airosos sin realizar ningún sacrificio. La situación no permite una victoria sin que se haga un sacrificio, a pesar de que existen muchos medios de rendición sin sacrificar más que el honor. Pero nos desagrade rendirnos.

Sacó de su bolsillo tres hojas de papel apretadamente escritas en una letra pequeña y pulcra, las dobló cuidadosamente, y se las ofreció al capitán Harding, diciendo:

—Capitán Harding..., puede usted tomar estos papeles.

—¡Norman! ¡Maldita sea...!

El Santo cruzó la habitación. Su boca estaba apretada formando una línea rígida, y sus ojos eran tan fríos como un firmamento ártico. Pero Norman Kent se encaró con ellos sin temor.

—Santo, diste tu conformidad para que yo manejase el asunto.

—Nunca estuve conforme en que te rindieses. Antes que eso...

Norman Kent dijo:

—Esto no es una rendición, sino una victoria. ¡Mira!

Harding estaba junto a él. Norman se volvió, sosteniendo los papeles en las manos flojamente. Y miró derecho a la cara de Roger Conway diciendo despacio:

—Roger, creo que tú comprenderás... Harding, tome estos papeles.

Harding se metió una pistola en el bolsillo, y agarró de un zarpazo los papeles...

Y El Santo comprendió...

Harding estaba, como había dicho Norman, entre muchos enemigos. Y en aquel momento solo tenía una pistola para sostenerlos a todos a distancia. La pistola apuntaba a Roger Conway, que era el que estaba más próximo; pero al echar mano a los papeles, Harding tuvo que mirar en otra dirección: hacia Norman Kent y hacia El Santo. Un solo instante, que fue suficiente.

Norman soltó los papeles en el instante en que Harding los tocó; pero su mano, en lugar de retroceder, avanzó. Se había aferrado a la muñeca de Harding instantáneamente, sujetándose a ella lo mismo que un tornillo. Y la levantó repentinamente, poniendo en ese esfuerzo todo su empuje.

La pistola que Harding tenía en la mano hizo un disparo, que fue a elevarse en el techo, sin hacer daño. Roger Conway había comprendido a tiempo. Se lanzó sobre la mano izquierda de Harding, y le arrancó la otra pistola, en el instante que se le dio de tiempo; y había apuntado con ella al príncipe mientras que Gerald Harding, perdido el equilibrio por el esfuerzo sobrehumano de Norman Kent, caía al suelo por un izquierdazo que le asestó El Santo.

Todo ocurrió en una fracción de segundo, sin que el príncipe ni Marius se diesen cuenta de lo que estaba pasando, y sacasen ventaja alguna.

La pistola de Roger cortó en seco el movimiento de la mano de Marius hacia la cadera; y Norman Kent, cuya boca se había quedado blanca con la angustia que le había costado aquel tremendo esfuerzo, se apoyaba débilmente en el brazo del sofá. Gerald Harding se hallaba tumbado en el suelo lo mismo que un tronco, en tanto que El Santo se inclinaba sobre el mismo y le quitaba con una mano la segunda pistola, y los papeles, con la otra.

—Así estamos mejor —exclamó Roger Conway con satisfacción.

Pero Norman Kent no había terminado.

Y decía con los dientes apretados:

—¡Simón, devuélveme esos documentos!

El Santo vaciló, sintiendo cómo las hojas estaban arrugadas en su mano.

—Pero...

La voz de Norman resonó imperativa:

—¡Inmediatamente! Hasta ahora has confiado en mí, y nunca te dejé mal. Confía en mí un poco más.

Se apoderó de los documentos casi a viva fuerza, y se los metió descuidadamente en el bolsillo. Luego volvió a alargar la mano, diciendo:

—¡Y ahora esa pistola!

Simón obedeció. Le habría sido imposible negarse. Por otra vez, no estaba la jefatura en El Santo. Quizá la cosa mayor que realizó en el transcurso de su jefatura fue el rendirla en aquel momento, sin mostrarse celoso ni complaciente.

Pero Norman Kent era un hombre inspirado. Su personalidad, que siempre había sido tan gentil y reservada, llameó dentro de aquella habitación lo mismo que una hoguera. Y dijo:

—Esto es lo primero. Y aún hay dos cosas más.

El príncipe no se había movido. Nada había provocado el más leve rizo sobre la tranquila superficie del control de sí mismo, en aquellos pocos segundos trascendentales. Seguía aún en la posición que había adoptado cuando entró en la habitación..., completamente natural, completamente tranquilo, completamente impasible, acariciándose el bigotito. Suave e imperturbable, esperaba sin esfuerzos visibles de paciencia que el fermento se tranquilizase, y que los embrollados elementos del mismo se asentasen, tomando sus nuevas disposiciones. Hasta el momento en que tuvo esa satisfacción no habló, y la sonrisa más fina no encorvó sus labios. E hizo observar:

—Caballeros, que conste que no me desilusionan ustedes. Mucho era lo que de ustedes había oído hablar, y era poco lo que había visto. Ese poco me asegura que lo mucho que he oído hablar de ustedes puede que no sea muy exagerado. Si en alguna ocasión desean olvidar sus carreras del crimen y ponerse al servicio de un extranjero, me encantaría tomarlos al mío.

Norman dijo brevemente:

—Gracias, pero esto no es un crimen. Es con mucho, a nuestros ojos, una cosa que estará mucho mejor que lo que ustedes harán nunca. No perdamos más tiempo. Príncipe, ¿está usted de acuerdo en que la situación ha quedado extraordinariamente simplificada?

El príncipe inclinó la cabeza.

—He sido testigo de cómo la simplificaba usted.

Norman Kent se tocó el bolsillo:

—¿Y afirma usted que si le entregamos estos documentos, podremos marcharnos inmediatamente, sin molestia alguna?

—Ese fue mi ofrecimiento.

—¿Tenemos alguna seguridad de que usted lo mantendrá?

Las finas cejas se alzaron con expresión de súplica.

—Les he dado mi palabra.

—¿Y qué más, aparte de eso?

—Si la palabra de un caballero no le basta, ¿se me permite señalar el hecho de que tengo aquí veinticinco hombres..., unos en el jardín, otros en el interior de la casa, al otro lado de la puerta que míster Templar ha tapiado con tanta habilidad, y otros en el río? No tengo que hacer otra cosa que dar la señal..., a ellos les basta con oír mi voz... —Acabó la frase encogiéndose significativamente de hombros—. Están ustedes a merced mía. Después de que me hayan entregado los documentos, ¿qué razón hay para detenerlos por más tiempo? En todo caso, ¿qué necesidad tenía yo de ofrecerles condiciones, si no recordase el servicio que en una ocasión me hizo míster Templar? Es cierto que míster Templar se ha negado a intercambiar conmigo un apretón de manos, pero yo no le conservo animadversión por eso. Es posible que yo sea capaz de comprender sus sentimientos. Ya dije que lamentaba las circunstancias. Pero esta es la suerte de la guerra. Me comprometo de la manera más generosa que me es posible.

Norman Kent le contestó:

—Sin embargo, me agradecería asegurarme de que no puede haber error posible. Yo tengo en mi poder los documentos. Que mis amigos, con la joven señora, se marchen en el automóvil que tienen fuera esperándoles. Yo me comprometeré a que no avisarán a la Policía, y a que no volverán para atacar a ustedes; y yo mismo me quedaré aquí como rehén, comprometiéndome a darles los documentos media hora después de que se hayan marchado. Usted y Marius se quedarán aquí como seguridad del salvoconducto de mis amigos..., se quedarán aquí, comprometidos por medio de esta pistola.

—¡Alteza!

Marius habló, permaneciendo rígido, en actitud de saludo.

—Alteza, ¿es preciso que continúe esta charla? Una palabra a los hombres...

El príncipe alzó su mano.

—No es esa, Marius, la manera de conducirme. Tengo con estos caballeros una deuda. Y aunque parezca extraño, acepto sus condiciones. — Se volvió nuevamente hacia Norman. —Pero, apenas necesito añadir, caballero, que si descubro motivo para recelar traición en usted, consideraré mi deuda cancelada.

Norman Kent dijo:

—Naturalmente. Eso es completamente justo.

El príncipe se acercó a la ventana:

—Entonces, si ustedes me lo permiten...

Se aproximó al recuadro de la ventana, e hizo una señal. Dos hombres vinieron corriendo. Ya dentro de la habitación, se guardaron sus automáticas, y saludaron.

El príncipe se dirigió a ellos brevemente, y los hombres volvieron a saludar. Luego se volvió y habló de nuevo en inglés, con un gracioso gesto de sus manos sensibles:

—Su auto les está esperando, caballeros.

Lo mismo Roger que El Santo miraron a Norman Kent, confundidos, dudosos, casi incrédulos, pero Norman no hizo otra cosa que sonreírse. Y dijo:

—No os olvidéis de que habéis prometido confiar en mí. Sé que pensáis que me he vuelto loco. Pero en mi vida estuve más sano. He hallado la única solución..., la única manera de conseguir la paz con honor.

Simón Templar seguía mirándole, tratando de leer lo que no podía ser leído.

Le desgarraba el alma dejar allí de esa manera a Norman Kent. Y no lograba descifrar a qué inspiración obedecía Norman. No podía en modo alguno tratarse de una rendición. Una rendición no podía ser la paz con honor. ¿Y cómo podía Norman descubrir para sí mismo ninguna salida, estando solo, herido y lisiado como estaba?... Pero Norman no parecía sentir duda ni miedo..., esa era la única sensación que podía leerse en su cara, su confianza y su satisfacción sobrenatural.

El Santo mismo no veía salida alguna, ni aun siquiera para los tres juntos. El príncipe tenía en su poder todas las cartas. Aunque Patricia no hubiese estado en peligro, y ellos hubiesen muerto a tiros al príncipe y a Marius, y hubiesen mantenido el asedio, tenían que ser derrotados inexorablemente. Aun en el caso de que estuviesen decididos a vender sus vidas en el cumplimiento de su propósito... Pero no tenía Norman el aspecto de hombre que se está encarando con la muerte.

Y los hombres del príncipe tenían a Patricia, tal y como Marius la había tenido la noche anterior. Pero no había manera de aplicar los mismos métodos para libertarla.

El Santo suplicó:

—Permíteme que me quede contigo, hijo. Tengo confianza en ti, pero no ignoro que estás herido...

Norman Kent movió negativamente la cabeza y dijo:

—No importa. Me sacarán de aquí con todos los honores.

Roger le preguntó:

—¿Cuándo te veremos?

Norman dirigió una mirada ensoñadora a lo lejos, y lo que vio pareció divertirlo. Y dijo:

—Alguna vez os veré.

Y se volvió hacia el príncipe:

—¿Puedo escribir una breve nota?

El príncipe le contestó:

—Le recuerdo que usted permanece aquí como garantía del buen comportamiento de sus amigos.

Norman le contestó:

—De acuerdo. Roger, dame pluma y papel.

De nuevo trató de intervenir Marius:

—Alteza, confía en ellos demasiado. Solo puede tratarse de una traición. Si desean hacer lo que dicen, ¿qué necesidad hay de todo esto?

El príncipe dijo con tranquilidad:

—Es su manera, Marius. Reconozco que es cosa extraña. Pero no importa. Debería ser usted un psicólogo más completo, amigo mío. Después de lo que usted ha visto, ¿sería capaz de creer que dos de ellos pueden dejar al tercero desamparado, en tanto que ellos mismos escapan? ¡Eso es un absurdo!

Norman Kent había garrapateado una sola línea. La secó cuidadosamente y dobló la hoja.

Después le dio la mano a Roger Conway, diciéndole:

—Buena suerte, Roger. Sé bueno.

—Descuida, Norman, viejo.

Se estrecharon las manos.

Simón estaba hablando al príncipe, y le decía:

—¡Alteza, esto se parece a un *au revoir*!

El príncipe le contestó con uno de sus gestos exquisitamente corteses:

—Confío en que no se trate de un *adieu*, y que volveré a encontrarme con usted en tiempos mejores.

Luego El Santo clavó su vista en Marius y sostuvo mucho tiempo la mirada del gigante, diciéndole muy despacio:

—También a usted espero encontrármelo.

Pero Norman Kent se echó a reír a espaldas de El Santo, haciendo que este se volviese. Norman alargó una mano, y El Santo se apoderó de ella con un fuerte apretón. La otra mano de Norman le presentó la carta:

—Métela en tu bolsillo, Simón, y dame tu palabra de que no la abrirás hasta dentro de cuatro horas. Cuando la hayas leído sabrás en qué lugar puedes encontrarme. Te estaré esperando. Y no te preocupes. Todo está a salvo conmigo. ¡Buena caza, Santo!

—¡Muy buena caza a ti, Norman!

Norman Kent se sonrió, y dijo:

—Creo que daremos una magnífica batida.

Y así fue como Simón Templar marchó a reunirse con su dama.

Norman vio cómo Roger y Simón salían por la ventana francesa, y cómo se volvieron a mirarle cuando se vieron en el jardín; sonrió de nuevo, y les envió con la mano un alegre adiós. Un momento más tarde oyó el runruneo del Hirondele, y el suave crujir de los neumáticos por el paseo de coches adelante.

Tuvo una última visión de ellos cuando el auto desembocaba en la carretera... El Santo marchaba al volante, con un brazo por encima de los hombros de Patricia, y Roger Conway en el asiento de atrás, con uno de los hombres del príncipe, en pie en el estribo. Esa medida era, como es natural, para que los guardias del cruce de caminos les dejaran el paso libre...

Y así desaparecieron.

Norman se sentó en el sofá, sintiéndose curiosamente débil. Tenía la pierna dormida de dolor. Indicó la garrafa, el sifón, los vasos y la caja de cigarrillos con un ademán de su pistola, e invitó a los allí presentes:

—Caballeros, sírvanse, como si estuvieran en su casa. Y de paso, sírvanme a mí alguna cosa. Creo que no puedo moverme. Debería usted, Marius, prohibir a su gente que emplee balas *dum-dum*... Son una porquería.

Fue el príncipe quien sirvió el *whisky* y encendió a Norman un cigarrillo. Y le dijo:

—La guerra es una cosa implacable. Como hombre, me gusta usted y le admiro. Pero como príncipe, por estar usted contra mi país y contra mí mismo, si yo creyese que trataba usted de trampear, lo mataría sin el menor

respeto. ¡Así! —Hizo chasquear sus dedos. —No podría siquiera atenuar su culpa el haber ayudado a salvar mi vida en una ocasión.

—¿Me cree usted un estúpido? —preguntó Norman, bastante cansado.

Tomó su bebida a sorbos, y las manillas del reloj fueron adelantando en su carrera.

Cinco minutos.

Diez.

Quince.

El príncipe estaba sentado en un sofá, con las piernas elegantemente cruzadas, cuidando del pliegue bien trazado de sus pantalones. En una mano tenía un vaso, y con la otra fumaba plácidamente un cigarrillo valiéndose de una larga boquilla.

Marius se paseaba por el cuarto como león enjaulado. De cuando en cuando miraba a Norman con ojos venenosos y recelosos, y parecía estar dispuesto a decir algo: pero siempre se contenía y reanudaba su impaciente paseo..., hasta que el Príncipe le hizo detenerse con un lánguido movimiento de su boquilla.

—Mi querido Marius, su inquietud me molesta. ¡Por amor de Dios, practique el dominio de sí mismo!

—Pero, alteza...

—Marius, se repite usted a sí mismo. Repetirse es un vicio feo.

Entonces Marius se sentó.

El príncipe ahogó delicadamente un bostezo.

Harding, en el suelo, gimió y se levantó como si saliese de un profundo sueño. Norman se inclinó y le ayudó a sentarse. El joven abrió sus ojos lentamente frotándose confuso su mandíbula dolorida. Nunca sabría hasta qué punto le dolió a El Santo tener que dar aquel golpe.

Norman le ayudó a tomar su posición lo mejor que pudo. Y miró bondadosamente la automática. Harding le preguntó confusamente:

—¿Dónde están los demás?

—Se han marchado —le contestó Norman.

En frases breves y compactas le explicó lo que había ocurrido.

Luego dirigió una pregunta al príncipe:

—¿Qué posición ocupa el capitán Harding en este asunto?

El príncipe le contestó con despreocupación:

—No tenemos ya interés en él. Si no deja que el sentimiento del deber suprima su discreción.

Harding se puso en pie con dificultad, y replicó:

—Pero ¡yo sí que estoy muy interesado en usted! —Se volvió hacia Norman, suplicándole con ofuscamiento y desesperación—: Kent..., como inglés que es usted..., no va a permitir que esta basura...

Norman le contestó tranquilamente:

—Dentro de siete minutos va usted a verlo.

Harding vaciló ante la pistola con que le amenazaba Norman. Lo maldijo, se encolerizó impotente, sollozó casi:

—¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Maldito seas!... ¿Es que no posees rastro alguno de vergüenza? ¿No puedes comprender...?

Norman no se movió, pero estaba muy pálido. Aquellos escasos minutos eran los peores que había pasado. La pierna le dolía horriblemente. Y Harding juraba e imploraba, razonaba, suplicábale, se encolerizaba, le pedía casi de rodillas, insultaba a Norman Kent con palabras de burla sangrienta...

Faltaban cinco minutos.

Cuatro..., tres..., dos...

Un minuto tan solo.

El príncipe miró el reloj de oro que tenía en su muñeca, y extrajo con dedos remilgados el cigarro de su larga boquilla. Y murmuró gentilmente:

—Va a cumplirse el tiempo.

Harding dejó oír un lamento:

—¡Por amor de Dios! ¡Piénselo, Kent, gusano miserable! ¡Piénselo, abyecto, cobarde reptante! Deme su pistola y déjeme pelear...

Norman Kent le contestó:

—No hay ninguna necesidad de pelear.

Se llevó una mano a su bolsillo, y pensó por un segundo que Harding iba a intentar quitarle la pistola, y lanzarse a su cuello. Cogió en la mano las hojas arrugadas, y tanto el príncipe como Marius se levantaron..., el príncipe con elegancia, cortesía y sin prisas, y Marius lo mismo que un demonio al que han soltado de la traílla.

Norman Kent se esforzaba por ponerse de nuevo en pie. Estaba muy pálido y el fuego de sus ojos ardía con orgullo febril. Su pierna herida era una fuente muerta de la que nacían un millar de dolorosas punzadas que, al menor movimiento, se proyectaban por todo su costado como agujas largas y melladas. Pero estaba poseído de una firme resolución de afrontar el final en pie.

—Aquí tiene los documentos que le prometí.

Los empujó hacia Marius, y el gigante se apoderó de ellos con sus manos enormes y ansiosas.

Norman cogió su pistola, con la culata por delante, brindándosela a Harding, con una orden vibrante y rápida:

—¡Salga por la ventana, cruce el jardín, Harding! Apodérese de la canoa de El Santo. Está anclada al final del prado. Los dos hombres del río no podrán detenerlo...

—¡Alteza!

Era la voz de Marius, chillona y salvaje. La cara del gigante estaba horriblemente contorsionada.

Norman puso su cuerpo delante de Harding, cubriéndole su retirada hacia la ventana, y le gritó desesperadamente:

—¡Váyase! No sacará usted nada quedándose aquí... ¿Qué ocurre, Marius?

La voz del Príncipe sonó como un latigazo, a pesar de su suavidad mortal:

—¿No son los papeles de Vargan, Marius?

—Una carta absurda..., dirigida a este mismo individuo..., de uno de sus amigos.

—¿Qué me dice?

Las palabras cayeron en la habitación con la encrespadura de una gota de metal calentado al rojo vivo. Sin embargo, el príncipe no habría podido posar con más gracia, ni su rostro habría podido estar más sereno.

—¿De modo que me la jugó, en fin de cuentas?

Norman le contestó fríamente:

—Esos fueron los documentos que le prometí.

Marius balbució:

—Alteza, debe de tener encima todavía los papeles. ¡No tuvo la posibilidad de entregárselos a sus amigos!... Yo no lo perdí de vista...

—Ahí es donde usted se equivoca.

Norman le hablaba con mucha tranquilidad, casi en un murmullo, pero ese murmullo tenía una tonalidad triunfante, como el toque de una trompeta. El brillo de sus ojos no era de este mundo:

—¿Recuerda usted, Marius, cuando Harding arrebató la pistola a Templar?... Yo tenía los documentos en mi mano. Se los metí a Templar en el bolsillo, sin que él lo advirtiese. Ni yo mismo me di casi cuenta. Lo hice sin pensarlo. Fue una inspiración ciega... La única manera de burlarme de todos ustedes, y de poner a salvo a mis amigos. ¡Y la cosa funcionó! Lo derroté a usted...

Oyó un ruido a su espalda, y se volvió para mirar. Harding había arrancado... corría por el prado adelante, inclinado hacia el suelo igual que un

galgo. Es posible que le hiciesen fuego con silenciadores desde todo alrededor de la casa, pero no podía oírseles y seguramente que no lo alcanzaron, porque corrió, sin dar un paso en falso, girando y zigzagueando como una culebra.

Una sonrisa apareció en la boca de Norman. Nada le importaba que lo dejaran solo, ya que su obra estaba hecha. Sabía que Harding no podía quedarse allí. Él tenía trabajo que hacer. Tenía que encontrar ayuda..., entenderse con Marius e interceptar a Simón Templar y los preciosos documentos. Pero Norman se sonrió, porque tenía la seguridad de que El Santo no sería interceptado. Sin embargo, gustábale el nervio de aquel joven rubio...

Le dolía la pierna condenadamente.

Pero El Santo no había adivinado la cosa imposible. Ese había sido el único temor de Norman Kent, que El Santo recelase y se negase a abandonarlo. Pero el primer éxito de Norman cuando burló a Harding ofreciéndole los documentos, le ganó la confianza de El Santo, como no podía menos. Y Simón se había marchado, y con él, Patricia. Eso bastaba.

Simón, dándole tiempo, encontraría los documentos; y abriría la carta y leería la única línea que había escrita en ella. Norman había pronunciado ya aquella frase, y nadie la había comprendido.

«*Nada se gana sin sacrificio*».

Norman se volvió de nuevo, y vio la pistola en la mano de Marius. Algo había en la manera de empuñarla, algo había en la cara que estaba tras ella, que le dijo que aquel hombre no erraba. La pistola no apuntaba a Norman, sino más allá de él, a la figura que volaba, acercándose al final del prado.

Aún tenía Norman Kent en su boca la sonrisa gentil y lejana, cuando dio los dos brincos rápidos hacia atrás y de costado, de manera que su cuerpo se colocó entre Marius y la ventana.

Sabía que Marius, loco de rabia, no aflojaría su presión sobre el gatillo por el hecho de que Norman Kent estuviese directamente en su línea de fuego. Pero a Norman nada le importaba. Aquello no suponía diferencia para él. Más pronto o más tarde, Marius o el príncipe, lo matarían a tiros. Probablemente se lo tenía merecido. Los había estafado deliberadamente, sabiendo lo que costaba aquel renuncio. No pensó más en sí mismo. Pero un segundo o dos eran suficientes para dar tiempo a que Harding se situase en una seguridad relativa dentro de la canoa.

Norman Kent no estaba asustado. Se sonreía.

Era una manera extraña de llegar al final de todo, dentro de aquel tranquilo *bungalow*, a orillas del pacífico Támesis, con las primeras nieblas de

la tarde ascendiendo desde el río como nubes cansadas, venidas abajo desde los cielos, y con la luz suavizándose sobre el jardín, frío y sosegado. Aquel lugar había visto muchos gozos suyos, mucha camaradería y risas despreocupadas. Había sido encantador y agradable en las vidas de todos ellos... ¡Si su pierna no le hiciese sufrir tanto! Pero eso pasaría muy pronto. Otras muchas maneras peores había de despedirse de una vida tan jugosa. Ya era algo el haber oído el sonido de la trompeta. El juego seguiría. Parecía como si las sombras de la tarde pacífica fuesen las que anunciaban la paz inmensa sobre todo el mundo.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.